

¿La Propiedad Privada es un derecho natural o una convención social?

Resumen: Las ideas de **John Locke** y **Adam Smith** sobre el derecho de propiedad son fundamentales para entender la tradición liberal, pero parten de preocupaciones diferentes. Locke desarrolla una **justificación filosófica y moral del derecho de propiedad**; Smith, en cambio, lo analiza principalmente desde la perspectiva de la **economía, la división del trabajo, el intercambio y las instituciones sociales**.

1. John Locke: la propiedad como derecho natural

Para Locke, la propiedad está vinculada a la propia naturaleza humana. En el *Segundo tratado sobre el gobierno civil* (1689), sostiene que los seres humanos nacen libres e iguales y poseen ciertos derechos naturales, principalmente **vida, libertad y propiedad**.

Su argumento parte de una idea aparentemente sencilla: **cada persona es propietaria de su propio cuerpo y de su trabajo**. Cuando una persona mezcla su trabajo con algo que originalmente pertenece a todos —por ejemplo, cultivar una tierra que estaba sin trabajar— adquiere un derecho sobre el resultado de ese trabajo.

La propiedad surge cuando el trabajo transforma y apropia aquello que la naturaleza originalmente ofrece en común.

Sin embargo, Locke introduce límites. En el estado original, una persona puede apropiarse de recursos siempre que:

1. **Deje “suficiente y tan bueno” para los demás.**
2. No tome más de lo que pueda utilizar antes de que se eche a perder.

El dinero modifica radicalmente esta situación. Al aceptar convencionalmente el uso del dinero, los seres humanos pueden acumular riqueza sin que ésta se deteriore. Así aparece la posibilidad de **desigualdades patrimoniales mucho mayores**.

Para Locke, entonces, la propiedad **no es una concesión del Estado**. Es anterior al Estado. Precisamente por eso, una de las funciones principales del gobierno consiste en **proteger la propiedad y los demás derechos naturales**. Un gobierno

que arbitrariamente confisca los bienes de sus ciudadanos viola la finalidad para la cual fue constituido.

Esta concepción tiene una enorme importancia política: **el Estado no crea el derecho de propiedad; está limitado por él.**

2. Adam Smith: la propiedad como institución social y económica

Smith comparte con Locke la importancia de la propiedad privada, pero su explicación es diferente. En *La riqueza de las naciones* (1776), no intenta demostrar principalmente que la propiedad sea un derecho natural derivado del trabajo.

Su preocupación es explicar **cómo las instituciones de propiedad, intercambio y contrato permiten la cooperación económica entre millones de individuos.**

Para Smith, los seres humanos tienen una propensión natural a **“trocar, permutar e intercambiar una cosa por otra”**. La división del trabajo aumenta enormemente la productividad, pero sólo puede desarrollarse cuando existen ciertas condiciones institucionales: seguridad, contratos, mercados y protección de los bienes.

Por ello, la propiedad privada tiene una función económica decisiva: permite que las personas tengan incentivos para **ahorrar, invertir, trabajar, producir e intercambiar.**

Smith también introduce una dimensión crítica que no encontramos con la misma fuerza en Locke. No idealiza necesariamente al propietario. Observa que existen **conflictos entre grupos económicos** y advierte que los propietarios pueden intentar utilizar el poder político para favorecer sus propios intereses.

De ahí su famosa preocupación por las relaciones entre **terratenientes, trabajadores y comerciantes**. El mercado puede coordinar intereses privados, pero eso no significa que todos los intereses privados sean moralmente equivalentes.

3. La diferencia fundamental

Puede resumirse así:

Locke	Adam Smith
La propiedad es principalmente un derecho natural	La propiedad es principalmente una institución fundamental para el funcionamiento de la sociedad económica
Surge del trabajo y la apropiación	Se desarrolla dentro de relaciones de intercambio, producción y contratos
Existe antes del Estado	Su funcionamiento depende de instituciones sociales y jurídicas
El Estado debe protegerla	El Estado debe crear y proteger las condiciones institucionales que permiten el intercambio
Su preocupación central es la libertad individual	Su preocupación central es la cooperación económica y la prosperidad
Justifica filosóficamente la propiedad privada	Analiza sus consecuencias económicas y sociales
El poder político está limitado por los derechos de propiedad	El poder económico también puede intentar capturar al poder político

4. Una síntesis interesante

La diferencia permite ver dos dimensiones complementarias del liberalismo.

Locke responde a la pregunta: “¿Por qué tengo derecho a poseer?”

Su respuesta es: porque soy dueño de mí mismo, de mi trabajo y, mediante mi trabajo legítimamente ejercido, puedo adquirir propiedad.

Smith responde a otra pregunta: “¿Para qué sirve un sistema de propiedad privada?”

Su respuesta sería: porque permite organizar la cooperación social mediante el trabajo, el ahorro, la inversión, el intercambio y los mercados, aumentando la riqueza de la sociedad.

Pero Smith introduce una advertencia esencial: **la defensa de la propiedad privada no implica que todo ejercicio del poder económico sea legítimo**. La propiedad

necesita reglas, justicia y competencia, y el Estado debe evitar que grupos particulares utilicen las instituciones públicas para consolidar privilegios.

En ese sentido, puede decirse que **Locke proporciona la filosofía política del derecho de propiedad**, mientras **Smith proporciona buena parte de su explicación económica**. El primero protege al individuo frente al Estado; el segundo muestra cómo las instituciones de propiedad e intercambio permiten coordinar a individuos que persiguen sus propios fines.

Esta distinción resulta especialmente importante para discutir hoy la propiedad: **si la propiedad es un derecho natural, el Estado debe respetarla; pero si también es una institución social, la sociedad puede establecer las reglas que determinan cómo se adquiere, utiliza, transmite y limita la propiedad**. Esa tensión entre **derecho individual y función social de la propiedad** será posteriormente central en autores como Hume, Rousseau, Marx, Hayek y Rawls.

Puede verse la evolución de estas ideas como un desplazamiento desde la **propiedad como derecho natural** hacia la propiedad como **institución social, fuente de poder y objeto de justicia**:

- **David Hume:** Rechaza la idea de que la propiedad sea un derecho natural anterior a la sociedad. Para Hume, las reglas de propiedad surgen de **convenciones sociales** destinadas a resolver el problema de la escasez y permitir la convivencia. La propiedad es legítima porque existen reglas de **estabilidad de la posesión, transferencia por consentimiento y cumplimiento de las promesas**. Su justificación es fundamentalmente pragmática: las instituciones de propiedad favorecen la estabilidad y la cooperación.
- **Jean-Jacques Rousseau:** Es mucho más crítico. En el *Discurso sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad*, presenta la propiedad privada como un momento decisivo en el surgimiento de la **desigualdad social**. La famosa imagen del hombre que cercó un terreno y dijo “esto es mío” representa, para Rousseau, el origen de una sociedad basada en desigualdades artificiales. Sin embargo, Rousseau no propone simplemente abolir toda propiedad; en *El contrato social* busca una comunidad política en la que la propiedad esté subordinada a la **voluntad general y al bien común**.
- **Karl Marx:** Lleva la crítica mucho más lejos. La propiedad privada de los **medios de producción** permite que una clase —la burguesía— controle capital, fábricas y recursos productivos, mientras otra clase debe vender su

fuerza de trabajo. La propiedad privada capitalista produce así una relación de **poder y explotación de clase**. Marx distingue implícitamente entre la propiedad personal y la propiedad capitalista: su crítica se dirige principalmente a esta última. La abolición de la propiedad privada de los medios de producción permitiría superar la estructura de clases.

- **Friedrich Hayek:** Defiende firmemente la propiedad privada, pero por razones diferentes de Locke. Para Hayek, la propiedad privada es indispensable para una **sociedad libre** porque descentraliza el poder y permite que millones de personas tomen decisiones sin que una autoridad central controle la economía. Además, los precios transmiten información que ningún planificador puede poseer en su totalidad. La propiedad privada, junto con el Estado de derecho y la competencia, limita la **concentración arbitraria del poder**.
- **John Rawls:** No considera la propiedad privada un derecho natural absoluto. Su pregunta es si las instituciones económicas son **justas**. En *A Theory of Justice*, acepta la propiedad privada, pero sostiene que las desigualdades sólo son justificables si satisfacen el **principio de diferencia**: deben beneficiar especialmente a los miembros menos aventajados de la sociedad. Posteriormente, Rawls distingue entre una democracia de propietarios (*property-owning democracy*) y el capitalismo de bienestar. No busca simplemente redistribuir riqueza después de que se concentra, sino **distribuir ampliamente la propiedad, el capital y las oportunidades desde el principio**.

En una línea

Locke: propiedad = derecho natural.

Hume: propiedad = convención social útil.

Rousseau: propiedad = origen de la desigualdad.

Marx: propiedad de los medios de producción = poder de clase.

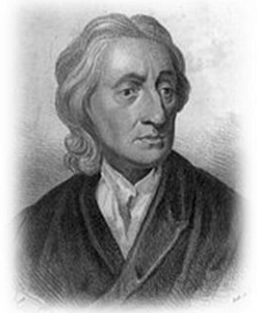
Hayek: propiedad = condición de libertad y descentralización del poder.

Rawls: propiedad = institución legítima sólo dentro de un sistema de justicia.

Una cuestión filosófica particularmente interesante surge al comparar **Locke y Rawls**: para Locke, el problema central es “¿tengo derecho a esta propiedad?”; para Rawls, es “¿es justo el sistema de instituciones que determina quién posee qué?”. Esa diferencia resume buena parte de la evolución de la filosofía política moderna sobre la propiedad.

Segundo Tratado sobre el gobierno civil.

John Locke.



Cap. 5. De la propiedad.

Tanto si consideramos la razón natural, la cual nos dice que, una vez que nacen, los hombres tienen derecho a su autoconservación y, en consecuencia, a comer, a beber y a beneficiarse de todas aquellas cosas que la naturaleza procura para su subsistencia, como si nos atenemos a la revelación, la cual nos da cuenta de los dones mundanales que Dios otorgo a Adán, a Noé y a sus hijos, es sobremanera evidente que Dios, como dice el Rey David (Salmos cxv. 16), “ha dado la tierra a los hijos de los hombres”, es decir, que se la ha dado a toda la humanidad para que ésta participe en común de ella. (...)

Dios, que ha dado en común el mundo a los hombres, también les ha dado la razón, a fin de que hagan uso de ella para conseguir mayor beneficio de la vida, y mayores ventajas. La tierra y todo lo que hay en ella le fue dada al hombre para soporte y comodidad de su existencia. Y aunque todos los frutos que la tierra produce naturalmente, así como las bestias que de ellos se alimentan, pertenecen a la humanidad comunitariamente, al ser productos espontáneos de la naturaleza; y aunque nadie tiene originalmente un exclusivo dominio privado sobre ninguna de estas cosas tal y como son dadas en el estado natural, ocurre, sin embargo, que, como dichos bienes están ahí para uso de los hombres, tiene que haber necesariamente algún medio de apropiárselos antes de que puedan ser utilizados de algún modo o resulten beneficiosos para algún hombre en particular. (...)

Aunque la tierra y todas las criaturas inferiores pertenecen en común a todos los hombres, cada hombre tiene, sin embargo, una propiedad que pertenece a su propia persona; y a esa propiedad nadie tiene derecho, excepto él mismo. El trabajo de su cuerpo y la labor producida por sus manos, podemos decir que son suyos. Cualquier cosa que él saca del estado en que la naturaleza la produjo y la dejó, y la modifica con su labor y añade a ella algo que es de sí mismo, es, por consiguiente, propiedad suya. Pues al sacarla del estado común en el que la naturaleza la había puesto, agrega a ella algo con su trabajo, y ello hace que no tengan ya derecho a ella los demás hombres. Porque este trabajo, al ser indudablemente propiedad del trabajador, da como resultado el que ningún hombre, excepto él, tenga derecho a lo que ha sido añadido a la cosa en cuestión, al menos cuando queden todavía suficientes bienes comunes para los demás.

Ciertamente, quien se ha alimentado de las (...) manzanas que ha cosechado de los árboles del bosque, puede decirse que se ha apropiado de ellas. Nadie podrá negar que ese alimento es suyo. Pregunto, pues: ¿Cuándo empezaron esos frutos a pertenecerle? ¿Cuándo los ha digerido? ¿Cuándo los comió? ¿Cuándo los coció? ¿Cuándo se los llevó a su casa? ¿Cuándo los recogió del campo? Es claro que si el hecho de recogerlos no los hizo suyos, ninguna otra cosa podría haberlo hecho. Ese trabajo estableció la distinción entre lo que devino propiedad suya, y lo que permaneció siendo propiedad común. El trabajo de recoger esos frutos añadió a ellos algo más de lo que la naturaleza, madre común de todos, había realizado. Y de este modo, dichos frutos se convirtieron en derecho privado suyo. ¿Podrá decir alguno que este hombre no tenía derecho a las bellotas o manzanas que él se apropió de este modo, alegando que no tenía el consentimiento

de todo el género humano para tomarlas en pertenencia? ¿Fue un robo el apropiarse de lo que pertenecía comunitariamente a todos? Si el consentimiento de todo el género humano hubiera sido necesario, este hombre se habría muerto de hambre, a pesar de la abundancia que Dios le había dado. (...)

Así, esta ley de la razón hace que el ciervo sea posesión del indio que lo ha matado; es de su propiedad porque él se ha tomado el trabajo de cazarlo, aunque antes todos tuvieran un derecho comunitario sobre el animal. Y entre aquéllos que se cuentan entre la parte civilizada de la humanidad y que han hecho y multiplicado una serie de leyes positivas para determinar la propiedad, esta ley original de naturaleza que se aplicaba antes a los bienes comunes para establecer los orígenes de la apropiación, sigue siendo vigente. Y en virtud de ella, cualquier pez que uno pesque en el mar –ese gran bien comunal que continúa perteneciendo por igual a toda la humanidad–, y todo ámbar gris que uno saque a la superficie, será propiedad suya en razón de que esas cosas son el resultado de su trabajo, y de que él fue quien, con su esfuerzo, las sacó del estado en el que la naturaleza las había dejado. E incluso entre nosotros, la liebre que alguien está cazando, se considera propiedad de aquél que la persigue durante la caza; pues, tratándose de un animal que se considera todavía propiedad común de todos, quien dedique tanto esfuerzo a encontrarlo y a perseguirlo con el propósito de sacarlo del estado natural en el que ese animal era aún de la comunidad, habrá empezado a poseerlo como algo suyo.

(...) Quizá pueda objetarse a esto que “si el hecho de recoger las bellotas y otros frutos de la tierra hace que tengamos derecho a ellos, entonces cualquiera podría aumentar su propiedad tanto como quisiese”. A lo cual respondo: no es así. Pues la misma ley de naturaleza que mediante este procedimiento nos da la propiedad, también pone límites a esa propiedad. “Dios nos ha dado todas las cosas en abundancia” (1. Timoteo vi. 17), (...) Pero ¿hasta dónde nos ha dado Dios esa abundancia? Hasta donde podamos disfrutarla. Todo lo que uno pueda usar para ventaja de su vida antes de que se eche a perder, será lo que le esté permitido apropiarse mediante su trabajo. Más todo aquello que excede lo utilizable, será de otros. Dios no creó ninguna cosa para que el hombre la dejara echarse a perder o para destruirla. Y así, considerando la abundancia de provisiones naturales que durante mucho tiempo hubo en el mundo, y la escasez de consumidores; y considerando lo pequeña que sería la parte de esa abundancia que el trabajo de un hombre podría abarcar y acumular con perjuicio para los demás, especialmente si dicho hombre se mantuviese dentro de los límites establecidos por la razón, apropiándose solamente lo que pudiera ser de su uso, sólo pudieron haberse producido muy pocos altercados (...).

Mas, como la cuestión principal acerca de la propiedad no se refiere hoy día a los frutos de la tierra ni a las bestias que en ella habitan, sino a la tierra misma al ser ésta la que contiene y lleva consigo todo lo demás, diré que la propiedad de la tierra se adquiere también, como es obvio, del mismo modo que en el caso anterior. Toda porción de tierra que un hombre labre, plante, mejore, cultive y haga que produzca frutos para su uso, será propiedad suya. Es como si, como resultado de su trabajo, este hombre pusiera cercas a esa tierra, apartándola de los terrenos comunales. (...) Dios, y su propia razón, ordenaron al hombre que éste sometiera la tierra, esto es, que la mejorara para beneficio de su vida, agregándole algo que fuese suyo, es decir, su trabajo. Por lo tanto, aquél que obedeciendo el mandato de Dios, sometió, labró, y sembró una parcela de la tierra, añadió a ella algo que era de su propiedad y a lo que ningún otro tenía derecho ni podía arrebatar sin cometer injuria.

Y esta apropiación de alguna parcela de tierra, lograda mediante el trabajo empleado en mejorarla, no implicó perjuicio alguno contra los demás hombres. Pues todavía quedaban muchas y buenas tierras, en cantidad mayor de la que los que aún no poseían terrenos podían usar. De manera que, efectivamente, el que se apropiaba una parcela de tierra no les estaba dejando, menos a los otros; pues quien deja al otro tanto como a éste le es posible usar, es lo mismo que si no le estuviera quitando nada en absoluto. Nadie que

tuviera todo un río para calmar su sed podría sentirse perjudicado porque un hombre bebiese de esa misma agua (...)

Es cierto que en las tierras comunales de Inglaterra o de cualquier otro país en el que mucha gente con dinero y comercio vive bajo un gobierno, nadie puede cercar o apropiarse parcela alguna sin el consentimiento de todos los co-propietarios. Pues esas tierras llegaron a ser comunales mediante pacto, es decir, por la ley de la tierra, la cual no debe ser violada. Y aunque estos terrenos sean comunales con respecto a algunos hombres, no lo son con respecto a toda la humanidad; sólo son propiedad común dentro de un país determinado.

(...) esa misma regla de la propiedad, a saber, que cada hombre sólo debe posesionarse de aquello que le es posible usar, puede seguir aplicándose en el mundo sin perjuicio para nadie; pues hay en el mundo tierra suficiente para abastecer al doble de sus habitantes, si la invención del dinero y el tácito consentimiento de asignarle a la tierra un valor no hubiese dado lugar al hecho de posesionarse de extensiones de tierra más grande de lo necesario, y a tener derecho a ellas. (...)

Es claro que, en el principio, antes de que el deseo de tener más de lo necesario hubiese alterado el valor intrínseco de las cosas, el cual sólo depende de su grado de utilidad para la vida de un hombre, y antes de que los hombres hubiesen acordado que una pequeña pieza de metal amarillo inoxidable e incorruptible tuviese el mismo valor que un gran trozo de carne o todo un montón de grano, los hombres podían apropiarse con derecho, mediante su trabajo, de tantas cosas naturales como fuesen capaces de usar; mas estas cosas no pudieron ser muchas, ni causaron perjuicio a nadie allí donde una cantidad igual fue dejada para uso de quienes estuvieron dispuestos a emplear el mismo trabajo. A lo cual me permito añadir que aquél que, mediante su propio esfuerzo, se apropia de una parcela de tierra, no sólo no disminuye la propiedad común de la humanidad, sino que la acrecienta; pues los frutos en beneficio de la vida humana que son producidos por un acre de tierra cultivada, resultan ser –sin exageración– diez veces más que los producidos por un acre de tierra igualmente fértil que no es aprovechado y continúa siendo terreno comunal.

(...) A fin de que esto quede un poco más claro, repasemos el camino que siguen algunos productos necesarios para la vida antes de que estén listos para nuestro consumo; y veremos que gran parte de su valor lo reciben del trabajo humano que se ha invertido en ellos. El pan, el vino y el vestido son cosas de uso diario, que se utilizan en cantidad. Sin embargo, si no fuera porque el trabajo nos hubiese proporcionado estos productos, nuestro pan, nuestra bebida y nuestros vestidos no serían más que bellotas, agua, hojas o pieles. Pues si el pan tiene más valor que las bellotas, el vino más que el agua, y los vestidos más que las hojas o las pieles, ello se debe enteramente al trabajo y a la industria. Las materias primas son las que constituyen el alimento y la cobertura que la naturaleza misma nos da, sin intervención humana alguna; pero los productos elaborados para el consumo son preparados mediante el trabajo y el esfuerzo.

(...) La mayor parte de las cosas que verdaderamente son útiles para la vida del hombre y que la necesidad de subsistir hizo que fuesen buscadas por el género humano cuando este vivía en condición comunal, lo mismo que hoy hacen los indios americanos, son generalmente cosas de poca duración. De tal manera, que si no son utilizadas para el consumo, se deterioran y perecen pronto. El oro, la plata y los diamantes son cosas que han recibido su valor del mero capricho o de un acuerdo mutuo; pero son de menos utilidad para las verdaderas necesidades de la vida. Ahora bien, de todos esos bienes que la naturaleza había proporcionado comunamente, cada individuo tenía derecho a ellos en la medida en que pudiera usarlos, como ya hemos dicho; y podía apropiárselos en la medida en que los hubiera mejorado con su trabajo. De tal modo, que todo aquello que pudiera ser afectado por su laboriosidad, y alterado de la condición en que la naturaleza lo había puesto, era suyo. (...) Lo único que el propietario debía tener en cuenta, era hacer uso de

ellas antes de que se echaran a perder; si no, habría tomado más de lo que le correspondía y, por ello mismo, estaría robando a los otros. Y era, ciertamente, cosa insensata, además de deshonesto, acumular más de lo que podía ser utilizado. Si, a fin de que esos frutos no se pudrieran inútilmente en su posesión, regalaba una parte a otra persona, puede decirse que también estaba haciendo uso de ellos. Y si trocaba ciruelas que se habrían echado a perder en una semana, por nueces que se conservarían en condiciones comestibles durante todo un año, tampoco estaba haciendo daño a nadie, (...)

Asimismo, si cambiaba sus nueces por una pieza de metal porque le gustaba el color de ésta; o si trocaba (...) lana por una gema vistosa o por un diamante, y se los quedaba durante toda su vida, tampoco estaba entrometiéndose en los derechos de los demás; de estos objetos durables podía acumular tantos como quisiese, pues lo que rebasaba los límites de su justa propiedad no consistía en la cantidad de cosas poseídas, sino en dejar que se echaran a perder, sin usarlas, las que estaban en su poder.

Así fue como se introdujo el uso del dinero: una cosa que los hombres podían conservar sin que se pudriera, y que, por mutuo consentimiento, podían cambiar por productos verdaderamente útiles para la vida, pero de naturaleza corruptible.

(...) Ahora bien, como el oro y la plata, al ser poco útiles para la vida de un hombre en comparación con la utilidad del alimento, del vestido y de los medios de transporte, adquieren su valor, únicamente, por el consentimiento de los hombres, siendo el trabajo lo que, en gran arte, constituye la medida de dicho valor, es claro que los hombres han acordado que la posesión de la tierra sea desproporcionada y desigual. Pues, mediante tácito y voluntario consentimiento, han descubierto el modo en que un hombre puede poseer más tierra de la que es capaz de usar, recibiendo oro y plata a cambio de la tierra sobrante; oro y plata pueden ser acumulados sin causar daño a nadie, al ser metales que no se estropean ni se corrompen aunque permanezcan mucho tiempo en manos de su propietario. Esta distribución de las cosas según la cual las posesiones privadas son desiguales, ha sido posible al margen de las reglas de la sociedad y sin contrato alguno; y ello se ha logrado, simplemente, asignando un valor al oro y a la plata, y acordando tácitamente la puesta en uso del dinero(...).

Y así, según pienso, resulta muy fácil entender cómo el trabajo empezó a ser un título de propiedad en cosas comunes de la naturaleza, y como esa propiedad fue limitada por el uso que hacíamos de ella. De manera que no puede haber razón para disputas en lo referente al derecho a la propiedad, ni duda alguna con respecto a la extensión de las posesiones que ese derecho permitía. El derecho y la conveniencia iban unidos; pues del mismo modo que un hombre tenía derecho a todo aquello que él pudiese abarcar con su trabajo, tampoco tenía tentaciones de trabajar en más tierra de la que pudiese hacer uso. Esto cerraba el camino a toda controversia acerca de los derechos a la propiedad, e impedía también que se violaran los derechos de otros. La parcela que un hombre labraba para sí mismo era claramente visible; y era inútil y deshonesto que labrase demasiado terreno o que tomara más de lo que le servía para satisfacer sus necesidades.

Investigación sobre la naturaleza y causas de

La riqueza de las naciones

(Antología esencial)

ADAM SMITH

*Esta antología y el uso de la traducción
de Gabriel Franco están autorizadas
por el Fondo de Cultura Económica*

Título original: *The Wealth of Nations*

Traducción: Gabriel Franco

Buenos Aires

Impreso en el mes de enero de 1998

Provincia de Buenos Aires

Impreso en la Argentina

Printed in Argentina

Fuente: [El Ortiba](#)



Libro quinto

CAPITULO I

De los gustos del Soberano o de la República

Parte I

De los gastos de defensa

La primera obligación del Soberano, que es la de proteger la sociedad contra la violencia y de la invasión de otras sociedades independientes, no puede realizarse por otro medio que el de la fuerza militar. [...]

Parte II

De los gastos de justicia

El segundo deber del Soberano, consiste en proteger, hasta donde sea posible, a los miembros de la sociedad contra las injusticias y opresiones de cualquier otro componente de ella, o sea el deber de establecer una recta administración de justicia.

Parte III

De los gustos de obras públicas e instituciones públicas

La tercera y ultima obligación del Soberano y del Estado es la de establecer y sostener aquellas instituciones y obras publicas que, aun siendo ventajosas en sumo grado a toda la sociedad, son, no obstante, de tal naturaleza que la utilidad nunca podría

recompensar su costo a un individuo o a un corto número de ellos, y, por lo mismo, no debe esperarse que estos se aventuren a fundarlas ni a mantenerlas. [...]

Después de las instituciones y obras publicas necesarias para la defensa de la sociedad y de la administración de justicia, que acabamos de mencionar, las principales son aquellas que sirven para facilitar el comercio de la nación y fomentar la instrucción del pueblo. Las instituciones educativas son de dos clases: las destinadas a la educación de la juventud y las que se establecen para instruir a las gentes de todas las edades. [...]

CAPITULO II

Sobre las fuentes de donde proceden los ingresos públicos y generales de la sociedad

La renta, que no solo ha de enjugar los gastos de defensa de la sociedad y sostener la dignidad del principal magistrado, sino todos los demás gastos del Gobierno, para los cuales la Constitución del Estado no ha señalado algún ingreso particular, proviene bien sea de un fondo que pertenece al Soberano o a la comunidad y es independiente de los ingresos del pueblo, o bien de la renta de la nación.

Parte I

De las fuentes de ingresos que pertenecen particularmente al Soberano o a la República

Esos fondos o fuentes de ingresos que pertenecen de una manera peculiar al Soberano o a la comunidad, pueden consistir en capitales o en tierras.

El Soberano, como cualquier otro propietario de capital, puede obtener una renta de el, bien empleándolo directamente o pres-

tándolo. En el primer caso, obtiene un beneficio; en el segundo, un interés. [...]

Parte II

De los impuestos

Los ingresos privados de los individuos provienen, como ya tuvimos ocasión de observar en la Primera parte de esta Investigación, de tres fuentes diferentes: rentas, beneficios y salarios. En consecuencia, todo impuesto se ha de pagar, en ultima instancia, por alguna de estas fuentes de ingreso, o por todas a la vez. [...]

[...] es necesario dejar establecidas las cuatro máximas siguientes, que comprenden a todos los tributes en general.

I. Los ciudadanos de cualquier Estado deben contribuir al sostenimiento del Gobierno, en cuanto sea posible, en proporción a sus respectivas aptitudes, es decir, en proporción a los ingresos que disfruten bajo la protección estatal. Los gastos del Gobierno, en lo que concierne a los súbditos de una gran nación, vienen a ser como los gastos de administración de una gran hacienda con respecto a sus copropietarios, los cuales, sin excepción, están obligados a contribuir en proporción a sus respectivos intereses. En la observancia o en la omisión de esta máxima consiste lo que se llama igualdad o desigualdad de la imposición. Es necesario tener presente que cualquier impuesto que finalmente se pague por una sola de esas tres fuentes originarias de ingreso sin afectar a las otras dos, es esencialmente desigual. [...]

II. El impuesto que cada individuo esta obligado a pagar debe ser cierto y no arbitrario. El tiempo de su cobro, la forma de su pago, la cantidad adeudada, todo debe ser claro y precise, lo mismo para el contribuyente que para cualquier otra persona. Donde ocurra lo contrario resultara que cualquier persona sujeta a la obligación de contribuir estará más o menos sujeta a la férula del recaudador, quien puede muy bien agravar la situa-

ción contributiva en caso de malquerencia, o bien lograr ciertas dádivas, mediante amenazas. La incertidumbre de la contribución da pábulo al abuso y favorece la corrupción de ciertas gentes que son impopulares por la naturaleza misma de sus cargos, aun cuando no incurran en corrupción y abuso. La certeza de lo que cada individuo tiene obligación de pagar es cuestión de tanta importancia, a nuestro modo de ver, que aun una desigualdad considerable en el modo de contribuir, no acarrea un mal tan grande según la experiencia de muchas naciones— como la más leve incertidumbre en lo que se ha de pagar.

III. Todo impuesto debe cobrarse en el tiempo y de la manera que sean más cómodos para el contribuyente. Un impuesto sobre la renta de las tierras o de las casas, pagadero en el momento mismo en que el dueño las cobra, se percibe con la mayor comodidad para el contribuyente, pues se supone que en esa época se halla en mejores condiciones de satisfacerlo. Los impuestos que recaen sobre aquellos bienes de consumo que, al mismo tiempo, son artículos de lujo, vienen a pagarse definitivamente por el consumidor y de una manera muy cómoda para él. Los va satisfaciendo poco a poco, a medida que tiene necesidad de comprarlos. Como, por otra parte, también se halla en libertad de adquirirlos o no, según le plazca, la incomodidad resultante de estos impuestos es una culpa que a él únicamente se le puede imputar.

IV. Toda contribución debe percibirse de tal forma que haya la menor diferencia posible entre las sumas que salen del bolsillo del contribuyente y las que se ingresan en el Tesoro público, acortando el periodo de exacción lo más que se pueda. Un impuesto únicamente puede recabar de los particulares mayores cantidades de las que de hecho se ingresan en las cajas del Estado en los cuatro casos siguientes: primero, cuando la exacción requiere un gran número de funcionarios, cuyos salarios absorben la mayor parte del producto del impuesto y cuyos emolumentos suponen otra contribución adicional sobre el pueblo.

Segundo, cuando el impuesto es de tal naturaleza que oprime la industria y desanima a las gentes para que se dediquen a ciertas actividades que proporcionaban empleo y mantendrían

un gran número de personas. De esa manera, cuando se obliga a alguien a pagar una contribución de esa especie, disminuye o anula los fondos que servirían para satisfacerla de una manera más fácil. Tercero, las confiscaciones y penalidades en que necesariamente incurren los individuos que pretenden evadir el impuesto, suelen arruinarlos, eliminando los beneficios que la comunidad podría retirar del empleo de sus capitales. Un impuesto excesivo constituye un poderoso estímulo a la evasión, por lo cual las penalidades a los contraventores crecen proporcionalmente a la tentación que la ocasiona. La ley, contrariamente a los principios de justicia, suscita, primero, la tentación de infringirla y, después, castiga a quien la viola, y, por lo común, agrava la penalidad en proporción a las circunstancias que debieran contribuir a mitigarla, o sea el estado de ánimo propicio a la comisión del delito. Cuarto y finalmente, cuando se sujeta los pueblos a visitas frecuentes y fiscalizaciones odiosas, por parte de los recaudadores, se les hace objeto de muchas vejaciones innecesarias, opresiones e incomodidades, y aunque la vejación, en un sentido riguroso, no significa ningún gasto, es ciertamente equivalente a una carga que cualquiera redimiría gustoso. De uno u otro de estos cuatro modos distintos, los impuestos llegan a ser con frecuencia mucho más gravosos para el pueblo que ventajosos para el Soberano.

La justicia clara y evidente de las cuatro máximas antes citadas ha contribuido a recomendarlas, en mayor o menor grado, a la atención de todas las naciones. Todas ellas han procurado que sus tributes fuesen lo más equitativos posible, ciertos y cómodos para el contribuyente, tanto por lo que respecta a la época como al modo de pago, y lo menos gravosos para el pueblo, en proporción al ingreso que reportan al Soberano. [...]

CAPITULO III

De las deudas publicas

En el primitivo estado social que precede a la expansión del comercio y a los adelantos de las manufacturas, y en que se desconocen todos aquellos costosos artículos de lujo que solo las mencionadas actividades son capaces de procurar, quien posee un ingreso cuantioso no puede gastarlo de otra suerte ni

disfrutarlo de otra manera sino manteniendo toda la gente que sea posible sustentar con el mismo. [...] Puede decirse que un ingreso cuantioso equivale a la facultad de disponer de una gran cantidad de cosas necesarias para la vida. En las primitivas etapas de la sociedad, todo ingreso de esa clase se paga realmente en una gran cantidad de artículos necesarios para la subsistencia, alimentos, vestidos burdos, granos, ganado, lana y pieles sin curtir. Mientras no existen comercio ni manufacturas que permitan ofrecer algunas cosas por las cuales se puedan cambiar la mayor parte de aquellos materiales que sobrepasan el consume personal, el dueño no puede usarlos en otra forma sino alimentando y vistiendo a cuantos le sea posible. Una hospitalidad sin lujo y una liberalidad sin ostentación dan origen, en aquel estado de cosas, a los principales gastos del rico y del poderoso; pero también procurábamos poner de relieve, [...] que tales dispendios difícilmente llegan a ocasionar su ruina. No hay, sin embargo, diversión por frívola que sea, cuyas consecuencias no hayan arruinado a algunos. [...]

La misma disposición a ahorrar y atesorar que se advierte en los súbditos prevalece también en el Soberano. En aquellas naciones donde el comercio y las manufacturas son todavía poco frecuentes, el Soberano se encuentra en una situación que le predispone naturalmente a la parsimonia requerida para atesorar. [...]

En ese estado de cosas, ni aun los gastos del Soberano se inspiran por la vanidad que encuentra deleite en el ostentoso despliegue de una Corte. La ignorancia misma de los tiempos permite disponer de muy pocos artículos característicos de dicha ostentación. No se necesitan ejércitos permanentes, así que los gastos del Soberano, como los de cualquier otro señor, apenas pueden aplicarse sino a muestras de liberalidad con los colonos y hospitalidad con los invitados. Pero estos actos rara vez conducen a la extravagancia, aunque casi siempre *a*. la vanidad. [.]

En un país donde florece el comercio y abunda todo género de costosos artículos de lujo, lo mismo el Soberano que todos los grandes propietarios de sus dominios gastan naturalmente una

gran parte de sus ingresos en procurarse aquellos objetos suntuarios. Tanto su nación como los países vecinos le proveen con abundancia de todos aquellos artículos frívolos y costosos que componen el aparato a la vez espléndido y banal de una Corte. [...] Sus gastos ordinarios se equiparan con sus ingresos, cuando no los exceden, como suele ocurrir frecuentemente. No cabe, en consecuencia, poner muchas esperanzas en la acumulación de tesoros, y por ello, cuando circunstancias extraordinarias requieren gastos igualmente extraordinarios, ha de acudir necesariamente a sus súbditos, solicitando de ellos una ayuda apropiada al caso. [...]

La falta de prudencia en el gasto, en tiempo de paz, es una de las principales causas de que se contraigan deudas en épocas de guerra. Cuando la guerra estalla no hay en el Tesoro sino lo indispensable para cubrir los gastos ordinarios en época normal. Mas para hacer la guerra se necesita un gasto tres o cuatro veces mayor para atender a las necesidades del Estado y, por lo tanto, un ingreso que supere en la misma proporción a los de los tiempos corrientes. Aun suponiendo que el Soberano dispusiera de medios inmediatos para aumentar sus ingresos en proporción al alza de sus gastos —circunstancia que rara vez ocurre— todavía el producto de aquellas contribuciones, el consiguiente incremento de ingresos, no luciría en el Tesoro sino hasta pasados diez o doce meses, desde que se establecieron los tributes. [...] Se incurre en gastos extraordinarios e inmediatos tan pronto como se presenta el peligro, y este no espera al incremento gradual y lento de las nuevas contribuciones. En tal apremio el Gobierno no tiene, por lo tanto, otro recurso que el empréstito.

La misma condición social y mercantil que, movida por causas morales, conduce de este modo al Gobierno a la necesidad de pedir prestado, produce en los súbditos dos cosas: la capacidad para prestar y la inclinación a hacerlo. La misma circunstancia que obliga a tomar prestado va acompañada de la posibilidad de realizar fácilmente esa clase de operaciones.

En un país donde existen muchos comerciantes y manufactureros, necesariamente abundan las personas por cuyas manos

pasan, no solo sus propios capitales, sino también los de aquellos otros que les confían los suyos, mediante el pago de un determinado interés, o les entregan mercancías a crédito, pasando todos estos caudales a través de aquellos con tanta o más frecuencia de lo que pasan las rentas de un particular que vive de esa clase de ingresos, sin dedicarse a ningún trato o negociación. Estas entradas, por lo regular, no pasan por sus manos sino una vez al año. Pero todo el capital y el crédito de un comerciante que negocia en artículos de un giro muy rápido puede pasar dos, tres y cuatro veces anualmente por sus áreas. Por lo tanto, un país en el que abundan comerciantes e industriales es también una sociedad en la que necesariamente abunda una clase de gentes que en todo momento puede adelantar, si quiere, sumas considerables al Gobierno. En esto consiste la capacidad para prestar que tienen los súbditos de un Estado comercial.

No pueden florecer largo tiempo el comercio y las manufacturas en un Estado que no disponga de una ordenada Administración de justicia; donde el pueblo no se sienta seguro en la posesión de su propiedad; en que no se sostenga y proteja, por obra de la ley, la buena fe de los contratos, y en que no se depore sentado que la autoridad del Gobierno se esfuerza en promover el pago de los débitos por quienes se encuentran en condiciones de satisfacer sus deudas. En una palabra, el comercio y las manufacturas sólo pueden florecer en un Estado en que exista cierto grado de confianza en la justicia del Gobierno. La misma confianza que inclina el ánimo de los poderosos comerciantes e industriales a confiar sus caudales a la protección de un Gobierno, en circunstancias normales, esta misma confianza les mueve a confiar el uso de ellos al Estado en casos extraordinarios. Los empréstitos que hacen al Gobierno, de ninguna manera los inhabilita para proseguir ejerciendo su comercio e industria. Por el contrario, generalmente ensancha esas actividades, porque las necesidades del Estado suelen obligar al Gobierno a tomar dinero prestado en términos muy ventajosos para el prestamista. [...] De aquí nace la disposición y complacencia en prestar, que se advierte entre los súbditos de un Estado donde florece el comercio. ●



Biblioteca
OMEGALFA

ΩΑ

Mayo
2012

AN INQUIRY INTO THE NATURE AND CAUSES OF
**THE WEALTH OF
NATIONS**

by

Adam Smith

AN ELECTRONIC CLASSICS SERIES PUBLICATION

An Inquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations by Adam Smith is a publication of The Electronic Classics Series. This Portable Document file is furnished free and without any charge of any kind. Any person using this document file, for any purpose, and in any way does so at his or her own risk. Neither the Pennsylvania State University nor Jim Manis, Editor, nor anyone associated with the Pennsylvania State University assumes any responsibility for the material contained within the document or for the file as an electronic transmission, in any way.

An Inquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations by Adam Smith, The Electronic Classics Series, Jim Manis, Editor, PSU-Hazleton, Hazleton, PA 18202 is a Portable Document File produced as part of an ongoing publication project to bring classical works of literature, in English, to free and easy access of those wishing to make use of them.

Jim Manis is a faculty member of the English Department of The Pennsylvania State University. This page and any preceding page(s) are restricted by copyright. The text of the following pages are not copyrighted within the United States; however, the fonts used may be.

Cover Design: Jim Manis

Copyright © 2005

The Pennsylvania State University is an equal opportunity university.

Contents

INTRODUCTION AND PLAN OF THE WORK	8
BOOK I OF THE CAUSES OF IMPROVEMENT IN THE PRODUCTIVE POWERS OF LABOUR, AND OF THE ORDER ACCORDING TO WHICH ITS PRODUCE IS NATU- RALLY DISTRIBUTED AMONG THE DIFFERENT RANKS OF THE PEOPLE.....	10
CHAPTER I OF THE DIVISION OF LABOUR	10
CHAPTER II OF THE PRINCIPLE WHICH GIVES OCCASION TO THE DIVISION OF LABOUR	18
CHAPTER III THAT THE DIVISION OF LABOUR IS LIMITED BY THE EXTENT OF THE MARKET	21
CHAPTER IV OF THE ORIGIN AND USE OF MONEY	25
CHAPTER V OF THE REAL AND NOMINAL PRICE OF COMMODITIES, OR OF THEIR PRICE IN LABOUR, AND THEIR PRICE IN MONEY	31
CHAPTER VI OF THE COMPONENT PART OF THE PRICE OF COMMODITIES	45
CHAPTER VII OF THE NATURAL AND MARKET PRICE OF COMMODITIES	51
CHAPTER VIII OF THE WAGES OF LABOUR.....	58
CHAPTER IX OF THE PROFITS OF STOCK	77
CHAPTER X OF WAGES AND PROFIT IN THE DIFFERENT EMPLOYMENTS OF LABOUR AND STOCK.....	86
CHAPTER XI OF THE RENT OF LAND	124

BOOK II OF THE NATURE, ACCUMULATION, AND EMPLOYMENT OF STOCK ...	222
INTRODUCTION	222
CHAPTER I OF THE DIVISION OF STOCK	224
CHAPTER II OF MONEY, CONSIDERED AS A PARTICULAR BRANCH OF THE GEN- ERAL STOCK OF THE SOCIETY, OR OF THE EXPENSE OF MAINTAINING THE NATIONAL CAPITAL	230
CHAPTER III OF THE ACCUMULATION OF CAPITAL, OR OF PRODUCTIVE AND UNPRODUCTIVE LABOUR	270
CHAPTER IV OF STOCK LENT AT INTEREST	286
CHAPTER V OF THE DIFFERENT EMPLOYMENTS OF CAPITALS	293
BOOK III OF THE DIFFERENT PROGRESS OF OPULENCE IN DIFFERENT NA- TIONS	307
CHAPTER I OF THE NATURAL PROGRESS OF OPULENCE	307
CHAPTER II OF THE DISCOURAGEMENT OF AGRICULTURE IN THE ANCIENT STATE OF EUROPE, AFTER THE FALL OF THE ROMAN EMPIRE.....	311
CHAPTER III OF THE RISE AND PROGRESS OF CITIES AND TOWNS, AFTER THE FALL OF THE ROMAN EMPIRE	321
CHAPTER IV HOW THE COMMERCE OF TOWNS CONTRIBUTED TO THE IM- PROVEMENT OF THE COUNTRY	330
BOOK IV OF SYSTEMS OF POLITICAL ECONOMY	341
CHAPTER I OF THE PRINCIPLE OF THE COMMERCIAL OR MERCANTILE SYSTEM	342

CHAPTER II OF RESTRAINTS UPON IMPORTATION FROM FOREIGN COUNTRIES OF SUCH GOODS AS CAN BE PRODUCED AT HOME	361
CHAPTER III OF THE EXTRAORDINARY RESTRAINTS UPON THE IMPORTATION OF GOODS OF ALMOST ALL KINDS, FROM THOSE COUNTRIES WITH WHICH THE BALANCE IS SUPPOSED TO BE DISADVANTAGEOUS	378
Part I — Of the Unreasonableness of those Restraints, even upon the-Principles of the Commercial System.	378
PART II. — Of the Unreasonableness of those extraordinary Restraints, upon other Principles.	391
CHAPTER IV OF DRAWBACKS	400
CHAPTER V OF BOUNTIES	405
CHAPTER VI OF TREATIES OF COMMERCE	437
CHAPTER VII OF COLONIES	447
CHAPTER VIII CONCLUSION OF THE MERCANTILE SYSTEM	522
CHAPTER IX OF THE AGRICULTURAL SYSTEMS, OR OF THOSE SYSTEMS OF PO- LITICAL ECONOMY WHICH REPRESENT THE PRODUCE OF LAND, AS EITHER THE SOLE OR THE PRINCIPAL SOURCE OF THE REVENUE AND WEALTH OF EVERY COUNTRY	539
APPENDIX TO BOOK IV,.....	562
BOOK V OF THE REVENUE OF THE SOVEREIGN OR COMMONWEALTH	564
CHAPTER I OF THE EXPENSES OF THE SOVEREIGN OR COMMONWEALTH	564
PART I Of the Expense of Defence.....	564
PART II Of the Expense of Justice	579
PART III Of the Expense of public Works and public Institutions.....	590
PART IV Of the Expense of supporting the Dignity of the Sovereign	666
CONCLUSION	667

CHAPTER II OF THE SOURCES OF THE GENERAL OR PUBLIC REVENUE OF THE SOCIETY	668
PART I Of the Funds, or Sources, of Revenue, which may peculiarly belong to the Sovereign or Commonwealth	668
PART II Of Taxes	676
CHAPTER III OF PUBLIC DEBTS	749



BOOK V

OF THE REVENUE OF THE SOVEREIGN OR COMMONWEALTH

CHAPTER I

OF THE EXPENSES OF THE SOVEREIGN OR COMMONWEALTH

PART I

Of the Expense of Defence

THE FIRST DUTY of the sovereign, that of protecting the society from the violence and invasion of other independent societies, can be performed only by means of a military force. But the expense both of preparing this military force in time of peace, and of employing it in time of war, is very different in the different states of society, in the different periods of improvement.

Among nations of hunters, the lowest and rudest state of society, such as we find it among the native tribes of North America,

Foreign Salt	Scotch Salt delivered	
PERIOD	imported	from the Works
	Bushels	Bushels
From 5th. April 1771 to		
5th. April 1782	936,974	168,226
Medium for one year	85,159½	15,293¼

It is to be observed, that the bushel of foreign salt weighs 48lbs., that of British weighs 56lbs. only.

every man is a warrior, as well as a hunter. When he goes to war, either to defend his society, or to revenge the injuries which have been done to it by other societies, he maintains himself by his own labour, in the same manner as when he lives at home. His society (for in this state of things there is properly neither sovereign nor commonwealth) is at no sort of expense, either to prepare him for the field, or to maintain him while he is in it.

Among nations of shepherds, a more advanced state of society, such as we find it among the Tartars and Arabs, every man is, in the same manner, a warrior. Such nations have commonly no fixed habitation, but live either in tents, or in a sort of covered waggons, which are easily transported from place to place. The whole tribe, or nation, changes its situation according to the different seasons of the year, as well as according to other accidents. When its herds and flocks have consumed the forage of one part of the country, it removes to another, and from that to a third. In the dry season, it comes down to the banks of the rivers; in the wet season, it retires to the upper country. When such a nation goes to war, the warriors will not trust their herds and flocks to the feeble defence of their old men, their women and children; and their old men, their women and children, will not be left behind without defence, and without subsistence. The whole nation, besides, being accustomed to a wandering life, even in time of peace, easily takes the field in

time of war. Whether it marches as an army, or moves about as a company of herdsmen, the way of life is nearly the same, though the object proposed by it be very different. They all go to war together, therefore, and everyone does as well as he can. Among the Tartars, even the women have been frequently known to engage in battle. If they conquer, whatever belongs to the hostile tribe is the recompence of the victory; but if they are vanquished, all is lost; and not only their herds and flocks, but their women and children become the booty of the conqueror. Even the greater part of those who survive the action are obliged to submit to him for the sake of immediate subsistence. The rest are commonly dissipated and dispersed in the desert.

The ordinary life, the ordinary exercise of a Tartar or Arab, prepares him sufficiently for war. Running, wrestling, cudgel-playing, throwing the javelin, drawing the bow, etc. are the common pastimes of those who live in the open air, and are all of them the images of war. When a Tartar or Arab actually goes to war, he is maintained by his own herds and flocks, which he carries with him, in the same manner as in peace. His chief or sovereign (for those nations have all chiefs or sovereigns) is at no sort of expense in preparing him for the field; and when he is in it, the chance of plunder is the only pay which he either expects or requires.

An army of hunters can seldom exceed two or three hundred

men. The precarious subsistence which the chase affords, could seldom allow a greater number to keep together for any considerable time. An army of shepherds, on the contrary, may sometimes amount to two or three hundred thousand. As long as nothing stops their progress, as long as they can go on from one district, of which they have consumed the forage, to another, which is yet entire; there seems to be scarce any limit to the number who can march on together. A nation of hunters can never be formidable to the civilized nations in their neighbourhood; a nation of shepherds may. Nothing can be more contemptible than an Indian war in North America; nothing, on the contrary, can be more dreadful than a Tartar invasion has frequently been in Asia. The judgment of Thucydides, that both Europe and Asia could not resist the Scythians united, has been verified by the experience of all ages. The inhabitants of the extensive, but defenceless plains of Scythia or Tartary, have been frequently united under the dominion of the chief of some conquering horde or clan; and the havock and devastation of Asia have always signalized their union. The inhabitants of the inhospitable deserts of Arabia, the other great nation of shepherds, have never been united but once, under Mahomet and his immediate successors. Their union, which was more the effect of religious enthusiasm than of conquest, was signalized in the same manner. If the hunting nations of America

should ever become shepherds, their neighbourhood would be much more dangerous to the European colonies than it is at present.

In a yet more advanced state of society, among those nations of husbandmen who have little foreign commerce, and no other manufactures but those coarse and household ones, which almost every private family prepares for its own use, every man, in the same manner, either is a warrior, or easily becomes such. Those who live by agriculture generally pass the whole day in the open air, exposed to all the inclemencies of the seasons. The hardiness of their ordinary life prepares them for the fatigues of war, to some of which their necessary occupations bear a great analogy. The necessary occupation of a ditcher prepares him to work in the trenches, and to fortify a camp, as well as to inclose a field. The ordinary pastimes of such husbandmen are the same as those of shepherds, and are in the same manner the images of war. But as husbandmen have less leisure than shepherds, they are not so frequently employed in those pastimes. They are soldiers but soldiers not quite so much masters of their exercise. Such as they are, however, it seldom costs the sovereign or commonwealth any expense to prepare them for the field.

Agriculture, even in its rudest and lowest state, supposes a settlement, some sort of fixed habitation, which cannot be abandoned without great loss. When a nation of mere husbandmen, there-

fore, goes to war, the whole people cannot take the field together. The old men, the women and children, at least, must remain at home, to take care of the habitation. All the men of the military age, however, may take the field, and in small nations of this kind, have frequently done so. In every nation, the men of the military age are supposed to amount to about a fourth or a fifth part of the whole body of the people. If the campaign, too, should begin after seedtime, and end before harvest, both the husbandman and his principal labourers can be spared from the farm without much loss. He trusts that the work which must be done in the mean time, can be well enough executed by the old men, the women, and the children. He is not unwilling, therefore, to serve without pay during a short campaign; and it frequently costs the sovereign or commonwealth as little to maintain him in the field as to prepare him for it. The citizens of all the different states of ancient Greece seem to have served in this manner till after the second Persian war; and the people of Peloponnesus till after the Peloponnesian war. The Peloponnesians, Thucydides observes, generally left the field in the summer, and returned home to reap the harvest. The Roman people, under their kings, and during the first ages of the republic, served in the same manner. It was not till the siege of Veii, that they who staid at home began to contribute something towards maintaining those who went to war. In the

European monarchies, which were founded upon the ruins of the Roman empire, both before, and for some time after, the establishment of what is properly called the feudal law, the great lords, with all their immediate dependents, used to serve the crown at their own expense. In the field, in the same manner as at home, they maintained themselves by their own revenue, and not by any stipend or pay which they received from the king upon that particular occasion.

In a more advanced state of society, two different causes contribute to render it altogether impossible that they who take the field should maintain themselves at their own expense. Those two causes are, the progress of manufactures, and the improvement in the art of war.

Though a husbandman should be employed in an expedition, provided it begins after seedtime, and ends before harvest, the interruption of his business will not always occasion any considerable diminution of his revenue. Without the intervention of his labour, Nature does herself the greater part of the work which remains to be done. But the moment that an artificer, a smith, a carpenter, or a weaver, for example, quits his workhouse, the sole source of his revenue is completely dried up. Nature does nothing for him; he does all for himself. When he takes the field, therefore, in defence of the public, as he has no revenue to maintain himself,

he must necessarily be maintained by the public. But in a country, of which a great part of the inhabitants are artificers and manufacturers, a great part of the people who go to war must be drawn from those classes, and must, therefore, be maintained by the public as long as they are employed in its service,

When the art of war, too, has gradually grown up to be a very intricate and complicated science; when the event of war ceases to be determined, as in the first ages of society, by a single irregular skirmish or battle; but when the contest is generally spun out through several different campaigns, each of which lasts during the greater part of the year; it becomes universally necessary that the public should maintain those who serve the public in war, at least while they are employed in that service. Whatever, in time of peace, might be the ordinary occupation of those who go to war, so very tedious and expensive a service would otherwise be by far too heavy a burden upon them. After the second Persian war, accordingly, the armies of Athens seem to have been generally composed of mercenary troops, consisting, indeed, partly of citizens, but partly, too, of foreigners; and all of them equally hired and paid at the expense of the state. From the time of the siege of Veii, the armies of Rome received pay for their service during the time which they remained in the field. Under the feudal governments, the military service, both of the great lords, and of their immedi-

ate dependents, was, after a certain period, universally exchanged for a payment in money, which was employed to maintain those who served in their stead.

The number of those who can go to war, in proportion to the whole number of the people, is necessarily much smaller in a civilized than in a rude state of society. In a civilized society, as the soldiers are maintained altogether by the labour of those who are not soldiers, the number of the former can never exceed what the latter can maintain, over and above maintaining, in a manner suitable to their respective stations, both themselves and the other officers of government and law, whom they are obliged to maintain. In the little agrarian states of ancient Greece, a fourth or a fifth part of the whole body of the people considered the themselves as soldiers, and would sometimes, it is said, take the field. Among the civilized nations of modern Europe, it is commonly computed, that not more than the one hundredth part of the inhabitants of any country can be employed as soldiers, without ruin to the country which pays the expense of their service.

The expense of preparing the army for the field seems not to have become considerable in any nation, till long after that of maintaining it in the field had devolved entirely upon the sovereign or commonwealth. In all the different republics of ancient Greece, to learn his military exercises, was a necessary part of edu-

cation imposed by the state upon every free citizen. In every city there seems to have been a public field, in which, under the protection of the public magistrate, the young people were taught their different exercises by different masters. In this very simple institution consisted the whole expense which any Grecian state seems ever to have been at, in preparing its citizens for war. In ancient Rome, the exercises of the Campus Martius answered the same purpose with those of the Gymnasium in ancient Greece. Under the feudal governments, the many public ordinances, that the citizens of every district should practise archery, as well as several other military exercises, were intended for promoting the same purpose, but do not seem to have promoted it so well. Either from want of interest in the officers entrusted with the execution of those ordinances, or from some other cause, they appear to have been universally neglected; and in the progress of all those governments, military exercises seem to have gone gradually into disuse among the great body of the people.

In the republics of ancient Greece and Rome, during the whole period of their existence, and under the feudal governments, for a considerable time after their first establishment, the trade of a soldier was not a separate, distinct trade, which constituted the sole or principal occupation of a particular class of citizens; every subject of the state, whatever might be the ordinary trade or occupa-

tion by which he gained his livelihood, considered himself, upon all ordinary occasions, as fit likewise to exercise the trade of a soldier, and, upon many extraordinary occasions, as bound to exercise it.

The art of war, however, as it is certainly the noblest of all arts, so, in the progress of improvement, it necessarily becomes one of the most complicated among them. The state of the mechanical, as well as some other arts, with which it is necessarily connected, determines the degree of perfection to which it is capable of being carried at any particular time. But in order to carry it to this degree of perfection, it is necessary that it should become the sole or principal occupation of a particular class of citizens; and the division of labour is as necessary for the improvement of this, as of every other art. Into other arts, the division of labour is naturally introduced by the prudence of individuals, who find that they promote their private interest better by confining themselves to a particular trade, than by exercising a great number. But it is the wisdom of the state only, which can render the trade of a soldier a particular trade, separate and distinct from all others. A private citizen, who, in time of profound peace, and without any particular encouragement from the public, should spend the greater part of his time in military exercises, might, no doubt, both improve himself very much in them, and amuse himself very well; but he

certainly would not promote his own interest. It is the wisdom of the state only, which can render it for his interest to give up the greater part of his time to this peculiar occupation; and states have not always had this wisdom, even when their circumstances had become such, that the preservation of their existence required that they should have it.

A shepherd has a great deal of leisure; a husbandman, in the rude state of husbandry, has some; an artificer or manufacturer has none at all. The first may, without any loss, employ a great deal of his time in martial exercises; the second may employ some part of it; but the last cannot employ a single hour in them without some loss, and his attention to his own interest naturally leads him to neglect them altogether. Those improvements in husbandry, too, which the progress of arts and manufactures necessarily introduces, leave the husbandman as little leisure as the artificer. Military exercises come to be as much neglected by the inhabitants of the country as by those of the town, and the great body of the people becomes altogether unwarlike. That wealth, at the same time, which always follows the improvements of agriculture and manufactures, and which, in reality, is no more than the accumulated produce of those improvements, provokes the invasion of all their neighbours. An industrious, and, upon that account, a wealthy nation, is of all nations the most likely to be attacked; and unless

the state takes some new measure for the public defence, the natural habits of the people render them altogether incapable of defending themselves.

In these circumstances, there seem to be but two methods by which the state can make any tolerable provision for the public defence.

It may either, first, by means of a very rigorous police, and in spite of the whole bent of the interest, genius, and inclinations of the people, enforce the practice of military exercises, and oblige either all the citizens of the military age, or a certain number of them, to join in some measure the trade of a soldier to whatever other trade or profession they may happen to carry on.

Or, secondly, by maintaining and employing a certain number of citizens in the constant practice of military exercises, it may render the trade of a soldier a particular trade, separate and distinct from all others.

If the state has recourse to the first of those two expedients, its military force is said to consist in a militia; if to the second, it is said to consist in a standing army. The practice of military exercises is the sole or principal occupation of the soldiers of a standing army, and the maintenance or pay which the state affords them is the principal and ordinary fund of their subsistence. The practice of military exercises is only the occasional occupation of the

soldiers of a militia, and they derive the principal and ordinary fund of their subsistence from some other occupation. In a militia, the character of the labourer, artificer, or tradesman, predominates over that of the soldier; in a standing army, that of the soldier predominates over every other character; and in this distinction seems to consist the essential difference between those two different species of military force.

Militias have been of several different kinds. In some countries, the citizens destined for defending the state seem to have been exercised only, without being, if I may say so, regimented; that is, without being divided into separate and distinct bodies of troops, each of which performed its exercises under its own proper and permanent officers. In the republics of ancient Greece and Rome, each citizen, as long as he remained at home, seems to have practised his exercises, either separately and independently, or with such of his equals as he liked best; and not to have been attached to any particular body of troops, till he was actually called upon to take the field. In other countries, the militia has not only been exercised, but regimented. In England, in Switzerland, and, I believe, in every other country of modern Europe, where any imperfect military force of this kind has been established, every militiaman is, even in time of peace, attached to a particular body of troops, which performs its exercises under its own proper and per-

manent officers.

Before the invention of fire-arms, that army was superior in which the soldiers had, each individually, the greatest skill and dexterity in the use of their arms. Strength and agility of body were of the highest consequence, and commonly determined the fate of battles. But this skill and dexterity in the use of their arms could be acquired only, in the same manner as fencing is at present, by practising, not in great bodies, but each man separately, in a particular school, under a particular master, or with his own particular equals and companions. Since the invention of fire-arms, strength and agility of body, or even extraordinary dexterity and skill in the use of arms, though they are far from being of no consequence, are, however, of less consequence. The nature of the weapon, though it by no means puts the awkward upon a level with the skilful, puts him more nearly so than he ever was before. All the dexterity and skill, it is supposed, which are necessary for using it, can be well enough acquired by practising in great bodies.

Regularity, order, and prompt obedience to command, are qualities which, in modern armies, are of more importance towards determining the fate of battles, than the dexterity and skill of the soldiers in the use of their arms. But the noise of fire-arms, the smoke, and the invisible death to which every man feels himself every moment exposed, as soon as he comes within cannon-shot,

and frequently a long time before the battle can be well said to be engaged, must render it very difficult to maintain any considerable degree of this regularity, order, and prompt obedience, even in the beginning of a modern battle. In an ancient battle, there was no noise but what arose from the human voice; there was no smoke, there was no invisible cause of wounds or death. Every man, till some mortal weapon actually did approach him, saw clearly that no such weapon was near him. In these circumstances, and among troops who had some confidence in their own skill and dexterity in the use of their arms, it must have been a good deal less difficult to preserve some degree of regularity and order, not only in the beginning, but through the whole progress of an ancient battle, and till one of the two armies was fairly defeated. But the habits of regularity, order, and prompt obedience to command, can be acquired only by troops which are exercised in great bodies.

A militia, however, in whatever manner it may be either disciplined or exercised, must always be much inferior to a well disciplined and well exercised standing army.

The soldiers who are exercised only once a week, or once a-month, can never be so expert in the use of their arms, as those who are exercised every day, or every other day; and though this circumstance may not be of so much consequence in modern, as

it was in ancient times, yet the acknowledged superiority of the Prussian troops, owing, it is said, very much to their superior expertness in their exercise, may satisfy us that it is, even at this day, of very considerable consequence.

The soldiers, who are bound to obey their officer only once a-week, or once a-month, and who are at all other times at liberty to manage their own affairs their own way, without being, in any respect, accountable to him, can never be under the same awe in his presence, can never have the same disposition to ready obedience, with those whose whole life and conduct are every day directed by him, and who every day even rise and go to bed, or at least retire to their quarters, according to his orders. In what is called discipline, or in the habit of ready obedience, a militia must always be still more inferior to a standing army, than it may sometimes be in what is called the manual exercise, or in the management and use of its arms. But, in modern war, the habit of ready and instant obedience is of much greater consequence than a considerable superiority in the management of arms.

Those militias which, like the Tartar or Arab militia, go to war under the same chieftains whom they are accustomed to obey in peace, are by far the best. In respect for their officers, in the habit of ready obedience, they approach nearest to standing armies. The Highland militia, when it served under its own chieftains, had

some advantage of the same kind. As the Highlanders, however, were not wandering, but stationary shepherds, as they had all a fixed habitation, and were not, in peaceable times, accustomed to follow their chieftain from place to place; so, in time of war, they were less willing to follow him to any considerable distance, or to continue for any long time in the field. When they had acquired any booty, they were eager to return home, and his authority was seldom sufficient to detain them. In point of obedience, they were always much inferior to what is reported of the Tartars and Arabs. As the Highlanders, too, from their stationary life, spend less of their time in the open air, they were always less accustomed to military exercises, and were less expert in the use of their arms than the Tartars and Arabs are said to be.

A militia of any kind, it must be observed, however, which has served for several successive campaigns in the field, becomes in every respect a standing army. The soldiers are every day exercised in the use of their arms, and, being constantly under the command of their officers, are habituated to the same prompt obedience which takes place in standing armies. What they were before they took the field, is of little importance. They necessarily become in every respect a standing army, after they have passed a few campaigns in it. Should the war in America drag out through another campaign, the American militia may become, in every

respect, a match for that standing army, of which the valour appeared, in the last war at least, not inferior to that of the hardest veterans of France and Spain.

This distinction being well understood, the history of all ages, it will be found, hears testimony to the irresistible superiority which a well regulated standing army has over a militia.

One of the first standing armies, of which we have any distinct account in any well authenticated history, is that of Philip of Macedon. His frequent wars with the Thracians, Illyrians, Thessalians, and some of the Greek cities in the neighbourhood of Macedon, gradually formed his troops, which in the beginning were probably militia, to the exact discipline of a standing army. When he was at peace, which he was very seldom, and never for any long time together, he was careful not to disband that army. It vanquished and subdued, after a long and violent struggle, indeed, the gallant and well exercised militias of the principal republics of ancient Greece; and afterwards, with very little struggle, the effeminate and ill exercised militia of the great Persian empire. The fall of the Greek republics, and of the Persian empire was the effect of the irresistible superiority which a standing arm has over every other sort of militia. It is the first great revolution in the affairs of mankind of which history has preserved any distinct and circumstantial account.

The fall of Carthage, and the consequent elevation of Rome, is the second. All the varieties in the fortune of those two famous republics may very well be accounted for from the same cause.

From the end of the first to the beginning of the second Carthaginian war, the armies of Carthage were continually in the field, and employed under three great generals, who succeeded one another in the command; Amilcar, his son-in-law Asdrubal, and his son Annibal: first in chastising their own rebellious slaves, afterwards in subduing the revolted nations of Africa; and lastly, in conquering the great kingdom of Spain. The army which Annibal led from Spain into Italy must necessarily, in those different wars, have been gradually formed to the exact discipline of a standing army. The Romans, in the meantime, though they had not been altogether at peace, yet they had not, during this period, been engaged in any war of very great consequence; and their military discipline, it is generally said, was a good deal relaxed. The Roman armies which Annibal encountered at Trebi, Thrasymenus, and Cannae, were militia opposed to a standing army. This circumstance, it is probable, contributed more than any other to determine the fate of those battles.

The standing army which Annibal left behind him in Spain had the like superiority over the militia which the Romans sent to oppose it; and, in a few years, under the command of his brother,

the younger Asdrubal, expelled them almost entirely from that country.

Annibal was ill supplied from home. The Roman militia, being continually in the field, became, in the progress of the war, a well disciplined and well exercised standing army; and the superiority of Annibal grew every day less and less. Asdrubal judged it necessary to lead the whole, or almost the whole, of the standing army which he commanded in Spain, to the assistance of his brother in Italy. In this march, he is said to have been misled by his guides; and in a country which he did not know, was surprised and attacked, by another standing army, in every respect equal or superior to his own, and was entirely defeated.

When Asdrubal had left Spain, the great Scipio found nothing to oppose him but a militia inferior to his own. He conquered and subdued that militia, and, in the course of the war, his own militia necessarily became a well disciplined and well exercised standing army. That standing army was afterwards carried to Africa, where it found nothing but a militia to oppose it. In order to defend Carthage, it became necessary to recall the standing army of Annibal. The disheartened and frequently defeated African militia joined it, and, at the battle of Zama, composed the greater part of the troops of Annibal. The event of that day determined the fate of the two rival republics.

From the end of the second Carthaginian war till the fall of the Roman republic, the armies of Rome were in every respect standing armies. The standing army of Macedon made some resistance to their arms. In the height of their grandeur, it cost them two great wars, and three great battles, to subdue that little kingdom, of which the conquest would probably have been still more difficult, had it not been for the cowardice of its last king. The militias of all the civilized nations of the ancient world, of Greece, of Syria, and of Egypt, made but a feeble resistance to the standing armies of Rome. The militias of some barbarous nations defended themselves much better. The Scythian or Tartar militia, which Mithridates drew from the countries north of the Euxine and Caspian seas, were the most formidable enemies whom the Romans had to encounter after the second Carthaginian war. The Parthian and German militias, too, were always respectable, and upon several occasions, gained very considerable advantages over the Roman armies. In general, however, and when the Roman armies were well commanded, they appear to have been very much superior; and if the Romans did not pursue the final conquest either of Parthia or Germany, it was probably because they judged that it was not worth while to add those two barbarous countries to an empire which was already too large. The ancient Parthians appear to have been a nation of Scythian or Tartar extraction, and

to have always retained a good deal of the manners of their ancestors. The ancient Germans were, like the Scythians or Tartars, a nation of wandering shepherds, who went to war under the same chiefs whom they were accustomed to follow in peace. 'Their militia was exactly of the same kind with that of the Scythians or Tartars, from whom, too, they were probably descended.

Many different causes contributed to relax the discipline of the Roman armies. Its extreme severity was, perhaps, one of those causes. In the days of their grandeur, when no enemy appeared capable of opposing them, their heavy armour was laid aside as unnecessarily burdensome, their laborious exercises were neglected, as unnecessarily toilsome. Under the Roman emperors, besides, the standing armies of Rome, those particularly which guarded the German and Pannonian frontiers, became dangerous to their masters, against whom they used frequently to set up their own generals. In order to render them less formidable, according to some authors, Dioclesian, according to others, Constantine, first withdrew them from the frontier, where they had always before been encamped in great bodies, generally of two or three legions each, and dispersed them in small bodies through the different provincial towns, from whence they were scarce ever removed, but when it became necessary to repel an invasion. Small bodies of soldiers, quartered in trading and manufacturing towns, and

seldom removed from those quarters, became themselves trades men, artificers, and manufacturers. The civil came to predominate over the military character; and the standing armies of Rome gradually degenerated into a corrupt, neglected, and undisciplined militia, incapable of resisting the attack of the German and Scythian militias, which soon afterwards invaded the western empire. It was only by hiring the militia of some of those nations to oppose to that of others, that the emperors were for some time able to defend themselves. The fall of the western empire is the third great revolution in the affairs of mankind, of which ancient history has preserved any distinct or circumstantial account. It was brought about by the irresistible superiority which the militia of a barbarous has over that of a civilized nation; which the militia of a nation of shepherds has over that of a nation of husbandmen, artificers, and manufacturers. The victories which have been gained by militias have generally been, not over standing armies, but over other militias, in exercise and discipline inferior to themselves. Such were the victories which the Greek militia gained over that of the Persian empire; and such, too, were those which, in later times, the Swiss militia gained over that of the Austrians and Burgundians.

The military force of the German and Scythian nations, who established themselves upon ruins of the western empire, contin-

ued for some time to be of the same kind in their new settlements, as it had been in their original country. It was a militia of shepherds and husbandmen, which, in time of war, took the field under the command of the same chieftains whom it was accustomed to obey in peace. It was, therefore, tolerably well exercised, and tolerably well disciplined. As arts and industry advanced, however, the authority of the chieftains gradually decayed, and the great body of the people had less time to spare for military exercises. Both the discipline and the exercise of the feudal militia, therefore, went gradually to ruin, and standing armies were gradually introduced to supply the place of it. When the expedient of a standing army, besides, had once been adopted by one civilized nation, it became necessary that all its neighbours should follow the example. They soon found that their safety depended upon their doing so, and that their own militia was altogether incapable of resisting the attack of such an army.

The soldiers of a standing army, though they may never have seen an enemy, yet have frequently appeared to possess all the courage of veteran troops, and, the very moment that they took the field, to have been fit to face the hardest and most experienced veterans. In 1756, when the Russian army marched into Poland, the valour of the Russian soldiers did not appear inferior to that of the Prussians, at that time supposed to be the hardest and most

experienced veterans in Europe. The Russian empire, however, had enjoyed a profound peace for near twenty years before, and could at that time have very few soldiers who had ever seen an enemy. When the Spanish war broke out in 1739, England had enjoyed a profound peace for about eight-and-twenty years. The valour of her soldiers, however, far from being corrupted by that long peace, was never more distinguished than in the attempt upon Carthage, the first unfortunate exploit of that unfortunate war. In a long peace, the generals, perhaps, may sometimes forget their skill; but where a well regulated standing army has been kept up, the soldiers seem never to forget their valour.

When a civilized nation depends for its defence upon a militia, it is at all times exposed to be conquered by any barbarous nation which happens to be in its neighbourhood. The frequent conquests of all the civilized countries in Asia by the Tartars, sufficiently demonstrates the natural superiority which the militia of a barbarous has over that of a civilized nation. A well regulated standing army is superior to every militia. Such an army, as it can best be maintained by an opulent and civilized nation, so it can alone defend such a nation against the invasion of a poor and barbarous neighbour. It is only by means of a standing army, therefore, that the civilization of any country can be perpetuated, or even preserved, for any considerable time.

As it is only by means of a well regulated standing army, that a civilized country can be defended, so it is only by means of it that a barbarous country can be suddenly and tolerably civilized. A standing army establishes, with an irresistible force, the law of the sovereign through the remotest provinces of the empire, and maintains some degree of regular government in countries which could not otherwise admit of any. Whoever examines with attention, the improvements which Peter the Great introduced into the Russian empire, will find that they almost all resolve themselves into the establishment of a well regulated standing army. It is the instrument which executes and maintains all his other regulations. That degree of order and internal peace, which that empire has ever since enjoyed, is altogether owing to the influence of that army.

Men of republican principles have been jealous of a standing army, as dangerous to liberty. It certainly is so, wherever the interest of the general, and that of the principal officers, are not necessarily connected with the support of the constitution of the state. The standing army of Caesar destroyed the Roman republic. The standing army of Cromwell turned the long parliament out of doors. But where the sovereign is himself the general, and the principal nobility and gentry of the country the chief officers of the army; where the military force is placed under the command of those who have the greatest interest in the support of the civil

authority, because they have themselves the greatest share of that authority, a standing army can never be dangerous to liberty. On the contrary, it may, in some cases, be favourable to liberty. The security which it gives to the sovereign renders unnecessary that troublesome jealousy, which, in some modern republics, seems to watch over the minutest actions, and to be at all times ready to disturb the peace of every citizen. Where the security of the magistrate, though supported by the principal people of the country, is endangered by every popular discontent; where a small tumult is capable of bringing about in a few hours a great revolution, the whole authority of government must be employed to suppress and punish every murmur and complaint against it. To a sovereign, on the contrary, who feels himself supported, not only by the natural aristocracy of the country, but by a well regulated standing army, the rudest, the most groundless, and the most licentious remonstrances, can give little disturbance. He can safely pardon or neglect them, and his consciousness of his own superiority naturally disposes him to do so. That degree of liberty which approaches to licentiousness, can be tolerated only in countries where the sovereign is secured by a well regulated standing army. It is in such countries only, that the public safety does not require that the sovereign should be trusted with any discretionary power, for suppressing even the impertinent wantonness of this licentious liberty.

The first duty of the sovereign, therefore, that of defending the society from the violence and injustice of other independent societies, grows gradually more and more expensive, as the society advances in civilization. The military force of the society, which originally cost the sovereign no expense, either in time of peace, or in time of war, must, in the progress of improvement, first be maintained by him in time of war, and afterwards even in time of peace.

The great change introduced into the art of war by the invention of fire-arms, has enhanced still further both the expense of exercising and disciplining any particular number of soldiers in time of peace, and that of employing them in time of war. Both their arms and their ammunition are become more expensive. A musket is a more expensive machine than a javelin or a bow and arrows; a cannon or a mortar, than a balista or a catapulta. The powder which is spent in a modern review is lost irrecoverably, and occasions a very considerable expense. The javelins and arrows which were thrown or shot in an ancient one, could easily be picked up again, and were, besides, of very little value. The cannon and the mortar are not only much dearer, but much heavier machines than the balista or catapulta; and require a greater expense, not only to prepare them for the field, but to carry them to it. As the superiority of the modern artillery, too, over that of the ancients, is very great; it has become much more difficult, and

PART II

Of the Expense of Justice

consequently much more expensive, to fortify a town, so as to resist, even for a few weeks, the attack of that superior artillery. In modern times, many different causes contribute to render the defence of the society more expensive. The unavoidable effects of the natural progress of improvement have, in this respect, been a good deal enhanced by a great revolution in the art of war, to which a mere accident, the invention of gunpowder, seems to have given occasion.

In modern war, the great expense of firearms gives an evident advantage to the nation which can best afford that expense; and, consequently, to an opulent and civilized, over a poor and barbarous nation. In ancient times, the opulent and civilized found it difficult to defend themselves against the poor and barbarous nations. In modern times, the poor and barbarous find it difficult to defend themselves against the opulent and civilized. The invention of fire-arms, an invention which at first sight appears to be so pernicious, is certainly favourable, both to the permanency and to the extension of civilization.

THE SECOND DUTY of the sovereign, that of protecting, as far as possible, every member of the society from the injustice or oppression of every other member of it, or the duty of establishing an exact administration of justice, requires two very different degrees of expense in the different periods of society.

Among nations of hunters, as there is scarce any property, or at least none that exceeds the value of two or three days labour; so there is seldom any established magistrate, or any regular administration of justice. Men who have no property, can injure one another only in their persons or reputations. But when one man kills, wounds, beats, or defames another, though he to whom the injury is done suffers, he who does it receives no benefit. It is otherwise with the injuries to property. The benefit of the person who does the injury is often equal to the loss of him who suffers it. Envy, malice, or resentment, are the only passions which can prompt one man to injure another in his person or reputation. But the greater part of men are not very frequently under the influence of those passions; and the very worst men are so only occasionally. As their gratification, too, how agreeable soever it

may be to certain characters, is not attended with any real or permanent advantage, it is, in the greater part of men, commonly restrained by prudential considerations. Men may live together in society with some tolerable degree of security, though there is no civil magistrate to protect them from the injustice of those passions. But avarice and ambition in the rich, in the poor the hatred of labour and the love of present ease and enjoyment, are the passions which prompt to invade property; passions much more steady in their operation, and much more universal in their influence. Wherever there is a great property, there is great inequality. For one very rich man, there must be at least five hundred poor, and the affluence of the few supposes the indigence of the many. The affluence of the rich excites the indignation of the poor, who are often both driven by want, and prompted by envy to invade his possessions. It is only under the shelter of the civil magistrate, that the owner of that valuable property, which is acquired by the labour of many years, or perhaps of many successive generations, can sleep a single night in security. He is at all times surrounded by unknown enemies, whom, though he never provoked, he can never appease, and from whose injustice he can be protected only by the powerful arm of the civil magistrate, continually held up to chastise it. The acquisition of valuable and extensive property, therefore, necessarily requires the establishment of civil government.

Where there is no property, or at least none that exceeds the value of two or three days labour, civil government is not so necessary.

Civil government supposes a certain subordination. But as the necessity of civil government gradually grows up with the acquisition of valuable property; so the principal causes, which naturally introduce subordination, gradually grow up with the growth of that valuable property.

The causes or circumstances which naturally introduce subordination, or which naturally and antecedent to any civil institution, give some men some superiority over the greater part of their brethren, seem to be four in number.

The first of those causes or circumstances, is the superiority of personal qualifications, of strength, beauty, and agility of body; of wisdom and virtue; of prudence, justice, fortitude, and moderation of mind. The qualifications of the body, unless supported by those of the mind, can give little authority in any period of society. He is a very strong man, who, by mere strength of body, can force two weak ones to obey him. The qualifications of the mind can alone give very great authority. They are however, invisible qualities; always disputable, and generally disputed. No society, whether barbarous or civilized, has ever found it convenient to settle the rules of precedency of rank and subordination, according to those invisible qualities; but according to something that is

more plain and palpable.

The second of those causes or circumstances, is the superiority of age. An old man, provided his age is not so far advanced as to give suspicion of dotage, is everywhere more respected than a young man of equal rank, fortune, and abilities. Among nations of hunters, such as the native tribes of North America, age is the sole foundation of rank and precedency. Among them, father is the appellation of a superior; brother, of an equal; and son, of an inferior. In the most opulent and civilized nations, age regulates rank among those who are in every other respect equal; and among whom, therefore, there is nothing else to regulate it. Among brothers and among sisters, the eldest always takes place; and in the succession of the paternal estate, every thing which cannot be divided, but must go entire to one person, such as a title of honour, is in most cases given to the eldest. Age is a plain and palpable quality, which admits of no dispute.

The third of those causes or circumstances, is the superiority of fortune. The authority of riches, however, though great in every age of society, is, perhaps, greatest in the rudest ages of society, which admits of any considerable inequality of fortune. A Tartar chief, the increase of whose flocks and herds is sufficient to maintain a thousand men, cannot well employ that increase in any other way than in maintaining a thousand men. The rude state of

his society does not afford him any manufactured produce any trinkets or baubles of any kind, for which he can exchange that part of his rude produce which is over and above his own consumption. The thousand men whom he thus maintains, depending entirely upon him for their subsistence, must both obey his orders in war, and submit to his jurisdiction in peace. He is necessarily both their general and their judge, and his chieftainship is the necessary effect of the superiority of his fortune. In an opulent and civilized society, a man may possess a much greater fortune, and yet not be able to command a dozen of people. Though the produce of his estate may be sufficient to maintain, and may, perhaps, actually maintain, more than a thousand people, yet, as those people pay for every thing which they get from him, as he gives scarce any thing to any body but in exchange for an equivalent, there is scarce anybody who considers himself as entirely dependent upon him, and his authority extends only over a few menial servants. The authority of fortune, however, is very great, even in an opulent and civilized society. That it is much greater than that either of age or of personal qualities, has been the constant complaint of every period of society which admitted of any considerable inequality of fortune. The first period of society, that of hunters, admits of no such inequality. Universal poverty establishes their universal equality; and the superiority, either of age or of

personal qualities, are the feeble, but the sole foundations of authority and subordination. There is, therefore, little or no authority or subordination in this period of society. The second period of society, that of shepherds, admits of very great inequalities of fortune, and there is no period in which the superiority of fortune gives so great authority to those who possess it. There is no period, accordingly, in which authority and subordination are more perfectly established. The authority of an Arabian scherif is very great; that of a Tartar khan altogether despotic.

The fourth of those causes or circumstances, is the superiority of birth. Superiority of birth supposes an ancient superiority of fortune in the family of the person who claims it. All families are equally ancient; and the ancestors of the prince, though they may be better known, cannot well be more numerous than those of the beggar. Antiquity of family means everywhere the antiquity either of wealth, or of that greatness which is commonly either founded upon wealth, or accompanied with it. Upstart greatness is everywhere less respected than ancient greatness. The hatred of usurpers, the love of the family of an ancient monarch, are in a great measure founded upon the contempt which men naturally have for the former, and upon their veneration for the latter. As a military officer submits, without reluctance, to the authority of a superior by whom he has always been commanded, but cannot bear

that his inferior should be set over his head; so men easily submit to a family to whom they and their ancestors have always submitted; but are fired with indignation when another family, in whom they had never acknowledged any such superiority, assumes a dominion over them.

The distinction of birth, being subsequent to the inequality of fortune, can have no place in nations of hunters, among whom all men, being equal in fortune, must likewise be very nearly equal in birth. The son of a wise and brave man may, indeed, even among them, be somewhat more respected than a man of equal merit, who has the misfortune to be the son of a fool or a coward. The difference, however will not be very great; and there never was, I believe, a great family in the world, whose illustration was entirely derived from the inheritance of wisdom and virtue.

The distinction of birth not only may, but always does, take place among nations of shepherds. Such nations are always strangers to every sort of luxury, and great wealth can scarce ever be dissipated among them by improvident profusion. There are no nations, accordingly, who abound more in families revered and honoured on account of their descent from a long race of great and illustrious ancestors; because there are no nations among whom wealth is likely to continue longer in the same families.

Birth and fortune are evidently the two circumstances which

principally set one man above another. They are the two great sources of personal distinction, and are, therefore, the principal causes which naturally establish authority and subordination among men. Among nations of shepherds, both those causes operate with their full force. The great shepherd or herdsman, respected on account of his great wealth, and of the great number of those who depend upon him for subsistence, and revered on account of the nobleness of his birth, and of the immemorial antiquity or his illustrious family, has a natural authority over all the inferior shepherds or herdsmen of his horde or clan. He can command the united force of a greater number of people than any of them. His military power is greater than that of any of them. In time of war, they are all of them naturally disposed to muster themselves under his banner, rather than under that of any other person; and his birth and fortune thus naturally procure to him some sort of executive power. By commanding, too, the united force of a greater number of people than any of them, he is best able to compel any one of them, who may have injured another, to compensate the wrong. He is the person, therefore, to whom all those who are too weak to defend themselves naturally look up for protection. It is to him that they naturally complain of the injuries which they imagine have been done to them; and his interposition, in such cases, is more easily submitted to, even by the

person complained of, than that of any other person would be. His birth and fortune thus naturally procure him some sort of judicial authority.

It is in the age of shepherds, in the second period of society, that the inequality of fortune first begins to take place, and introduces among men a degree of authority and subordination, which could not possibly exist before. It thereby introduces some degree of that civil government which is indispensably necessary for its own preservation; and it seems to do this naturally, and even independent of the consideration of that necessity. The consideration of that necessity comes, no doubt, afterwards, to contribute very much to maintain and secure that authority and subordination. The rich, in particular, are necessarily interested to support that order of things, which can alone secure them in the possession of their own advantages. Men of inferior wealth combine to defend those of superior wealth in the possession of their property, in order that men of superior wealth may combine to defend them in the possession of theirs. All the inferior shepherds and herdsmen feel, that the security of their own herds and flocks depends upon the security of those of the great shepherd or herdsman; that the maintenance of their lesser authority depends upon that of his greater authority; and that upon their subordination to him depends his power of keeping their inferiors in subordination to them. They

constitute a sort of little nobility, who feel themselves interested to defend the property, and to support the authority, of their own little sovereign, in order that he may be able to defend their property, and to support their authority. Civil government, so far as it is instituted for the security of property, is, in reality, instituted for the defence of the rich against the poor, or of those who have some property against those who have none at all.

The judicial authority of such a sovereign, however, far from being a cause of expense, was, for a long time, a source of revenue to him. The persons who applied to him for justice were always willing to pay for it, and a present never failed to accompany a petition. After the authority of the sovereign, too, was thoroughly established, the person found guilty, over and above the satisfaction which he was obliged to make to the party, was like-wise forced to pay an amercement to the sovereign. He had given trouble, he had disturbed, he had broke the peace of his lord the king, and for those offences an amercement was thought due. In the Tartar governments of Asia, in the governments of Europe which were founded by the German and Scythian nations who overturned the Roman empire, the administration of justice was a considerable source of revenue, both to the sovereign, and to all the lesser chiefs or lords who exercised under him any particular jurisdiction, either over some particular tribe or clan, or over some

particular territory or district. Originally, both the sovereign and the inferior chiefs used to exercise this jurisdiction in their own persons. Afterwards, they universally found it convenient to delegate it to some substitute, bailiff, or judge. This substitute, however, was still obliged to account to his principal or constituent for the profits of the jurisdiction. Whoever reads the instructions (They are to be found in Tyrol's History of England) which were given to the judges of the circuit in the time of Henry II will see clearly that those judges were a sort of itinerant factors, sent round the country for the purpose of levying certain branches of the king's revenue. In those days, the administration of justice not only afforded a certain revenue to the sovereign, but, to procure this revenue, seems to have been one of the principal advantages which he proposed to obtain by the administration of justice.

This scheme of making the administration of justice subservient to the purposes of revenue, could scarce fail to be productive of several very gross abuses. The person who applied for justice with a large present in his hand, was likely to get something more than justice; while he who applied for it with a small one was likely to get something less. Justice, too, might frequently be delayed, in order that this present might be repeated. The amercement, besides, of the person complained of, might frequently suggest a very strong reason for finding him in the wrong, even when

he had not really been so. That such abuses were far from being uncommon, the ancient history of every country in Europe bears witness.

When the sovereign or chief exercises his judicial authority in his own person, how much soever he might abuse it, it must have been scarce possible to get any redress; because there could seldom be any body powerful enough to call him to account. When he exercised it by a bailiff, indeed, redress might sometimes be had. If it was for his own benefit only, that the bailiff had been guilty of an act of injustice, the sovereign himself might not always be unwilling to punish him, or to oblige him to repair the wrong. But if it was for the benefit of his sovereign; if it was in order to make court to the person who appointed him, and who might prefer him, that he had committed any act of oppression; redress would, upon most occasions, be as impossible as if the sovereign had committed it himself. In all barbarous governments, accordingly, in all those ancient governments of Europe in particular, which were founded upon the ruins of the Roman empire, the administration of justice appears for a long time to have been extremely corrupt; far from being quite equal and impartial, even under the best monarchs, and altogether profligate under the worst.

Among nations of shepherds, where the sovereign or chief is only the greatest shepherd or herdsman of the horde or clan, he is

maintained in the same manner as any of his vassals or subjects, by the increase of his own herds or flocks. Among those nations of husbandmen, who are but just come out of the shepherd state, and who are not much advanced beyond that state, such as the Greek tribes appear to have been about the time of the Trojan war, and our German and Scythian ancestors, when they first settled upon the ruins of the western empire; the sovereign or chief is, in the same manner, only the greatest landlord of the country, and is maintained in the same manner as any other landlord, by a revenue derived from his own private estate, or from what, in modern Europe, was called the demesne of the crown. His subjects, upon ordinary occasions, contribute nothing to his support, except when, in order to protect them from the oppression of some of their fellow-subjects, they stand in need of his authority. The presents which they make him upon such occasions constitute the whole ordinary revenue, the whole of the emoluments which, except, perhaps, upon some very extraordinary emergencies, he derives from his dominion over them. When Agamemnon, in Homer, offers to Achilles, for his friendship, the sovereignty of seven Greek cities, the sole advantage which he mentions as likely to be derived from it was, that the people would honour him with presents. As long as such presents, as long as the emoluments of justice, or what may be called the fees of court, constituted, in this manner,

the whole ordinary revenue which the sovereign derived from his sovereignty, it could not well be expected, it could not even decently be proposed, that he should give them up altogether. It might, and it frequently was proposed, that he should regulate and ascertain them. But after they had been so regulated and ascertained, how to hinder a person who was all-powerful from extending them beyond those regulations, was still very difficult, not to say impossible. During the continuance of this state of things, therefore, the corruption of justice, naturally resulting from the arbitrary and uncertain nature of those presents, scarce admitted of any effectual remedy.

But when, from different causes, chiefly from the continually increasing expense of defending the nation against the invasion of other nations, the private estate of the sovereign had become altogether insufficient for defraying the expense of the sovereignty; and when it had become necessary that the people should, for their own security, contribute towards this expense by taxes of different kinds; it seems to have been very commonly stipulated, that no present for the administration of justice should, under any pretence, be accepted either by the sovereign, or by his bailiffs and substitutes, the judges. Those presents, it seems to have been supposed, could more easily be abolished altogether, than effectually regulated and ascertained. Fixed salaries were appointed to

the judges, which were supposed to compensate to them the loss of whatever might have been their share of the ancient emoluments of justice; as the taxes more than compensated to the sovereign the loss of his. Justice was then said to be administered gratis.

Justice, however, never was in reality administered gratis in any country. Lawyers and attorneys, at least, must always be paid by the parties; and if they were not, they would perform their duty still worse than they actually perform it. The fees annually paid to lawyers and attorneys, amount, in every court, to a much greater sum than the salaries of the judges. The circumstance of those salaries being paid by the crown, can nowhere much diminish the necessary expense of a law-suit. But it was not so much to diminish the expense, as to prevent the corruption of justice, that the judges were prohibited from receiving my present or fee from the parties.

The office of judge is in itself so very honourable, that men are willing to accept of it, though accompanied with very small emoluments. The inferior office of justice of peace, though attended with a good deal of trouble, and in most cases with no emoluments at all, is an object of ambition to the greater part of our country gentlemen. The salaries of all the different judges, high and low, together with the whole expense of the administration and execution of justice, even where it is not managed with very good economy, makes, in any civilized country, but a very incon-

siderable part of the whole expense of government.

The whole expense of justice, too, might easily be defrayed by the fees of court; and, without exposing the administration of justice to any real hazard of corruption, the public revenue might thus be entirely discharged from a certain, though perhaps but a small incumbrance. It is difficult to regulate the fees of court effectually, where a person so powerful as the sovereign is to share in them and to derive any considerable part of his revenue from them. It is very easy, where the judge is the principal person who can reap any benefit from them. The law can very easily oblige the judge to respect the regulation though it might not always be able to make the sovereign respect it. Where the fees of court are precisely regulated and ascertained where they are paid all at once, at a certain period of every process, into the hands of a cashier or receiver, to be by him distributed in certain known proportions among the different judges after the process is decided and not till it is decided; there seems to be no more danger of corruption than when such fees are prohibited altogether. Those fees, without occasioning any considerable increase in the expense of a law-suit, might be rendered fully sufficient for defraying the whole expense of justice. But not being paid to the judges till the process was determined, they might be some incitement to the diligence of the court in examining and deciding it. In courts which consisted

of a considerable number of judges, by proportioning the share of each judge to the number of hours and days which he had employed in examining the process, either in the court, or in a committee, by order of the court, those fees might give some encouragement to the diligence of each particular judge. Public services are never better performed, than when their reward comes only in consequence of their being performed, and is proportioned to the diligence employed in performing them. In the different parliaments of France, the fees of court (called *epices* and *vacations*) constitute the far greater part of the emoluments of the judges. After all deductions are made, the neat salary paid by the crown to a counsellor or judge in the parliament of Thoulouse, in rank and dignity the second parliament of the kingdom, amounts only to 150 livres, about £6:11s. sterling a-year. About seven years ago, that sum was in the same place the ordinary yearly wages of a common footman. The distribution of these *epices*, too, is according to the diligence of the judges. A diligent judge gains a comfortable, though moderate revenue, by his office; an idle one gets little more than his salary. Those parliaments are, perhaps, in many respects, not very convenient courts of justice; but they have never been accused; they seem never even to have been suspected of corruption.

The fees of court seem originally to have been the principal

support of the different courts of justice in England. Each court endeavoured to draw to itself as much business as it could, and was, upon that account, willing to take cognizance of many suits which were not originally intended to fall under its jurisdiction. The court of king's bench, instituted for the trial of criminal causes only, took cognizance of civil suits; the plaintiff pretending that the defendant, in not doing him justice, had been guilty of some trespass or misdemeanour. The court of exchequer, instituted for the levying of the king's revenue, and for enforcing the payment of such debts only as were due to the king, took cognizance of all other contract debts; the plaintiff alleging that he could not pay the king, because the defendant would not pay him. In consequence of such fictions, it came, in many cases, to depend altogether upon the parties, before what court they would choose to have their cause tried, and each court endeavoured, by superior dispatch and impartiality, to draw to itself as many causes as it could. The present admirable constitution of the courts of justice in England was, perhaps, originally, in a great measure, formed by this emulation, which anciently took place between their respective judges: each judge endeavouring to give, in his own court, the speediest and most effectual remedy which the law would admit, for every sort of injustice. Originally, the courts of law gave damages only for breach of contract. The court of chancery, as a court

of conscience, first took upon it to enforce the specific performance of agreements. When the breach of contract consisted in the non-payment of money, the damage sustained could be compensated in no other way than by ordering payment, which was equivalent to a specific performance of the agreement. In such cases, therefore, the remedy of the courts of law was sufficient. It was not so in others. When the tenant sued his lord for having unjustly ousted him of his lease, the damages which he recovered were by no means equivalent to the possession of the land. Such causes, therefore, for some time, went all to the court of chancery, to the no small loss of the courts of law. It was to draw back such causes to themselves, that the courts of law are said to have invented the artificial and fictitious writ of ejectment, the most effectual remedy for an unjust ouster or dispossession of land.

A stamp-duty upon the law proceedings of each particular court, to be levied by that court, and applied towards the maintenance of the judges, and other officers belonging to it, might in the same manner, afford a revenue sufficient for defraying the expense of the administration of justice, without bringing any burden upon the general revenue of the society. The judges, indeed, might in this case, be under the temptation of multiplying unnecessarily the proceedings upon every cause, in order to increase, as much as possible, the produce of such a stamp-duty. It has been the cus-

tom in modern Europe to regulate, upon most occasions, the payment of the attorneys and clerks of court according to the number of pages which they had occasion to write; the court, however, requiring that each page should contain so many lines, and each line so many words. In order to increase their payment, the attorneys and clerks have contrived to multiply words beyond all necessity, to the corruption of the law language of, I believe, every court of justice in Europe. A like temptation might, perhaps, occasion a like corruption in the form of law proceedings.

But whether the administration of justice be so contrived as to defray its own expense, or whether the judges be maintained by fixed salaries paid to them from some other fund, it does not seem necessary that the person or persons entrusted with the executive power should be charged with the management of that fund, or with the payment of those salaries. That fund might arise from the rent of landed estates, the management of each estate being entrusted to the particular court which was to be maintained by it. That fund might arise even from the interest of a sum of money, the lending out of which might, in the same manner, be entrusted to the court which was to be maintained by it. A part, though indeed but a small part of the salary of the judges of the court of session in Scotland, arises from the interest of a sum of money. The necessary instability of such a fund seems, however, to render

it an improper one for the maintenance of an institution which ought to last for ever.

The separation of the judicial from the executive power, seems originally to have arisen from the increasing business of the society, in consequence of its increasing improvement. The administration of justice became so laborious and so complicated a duty, as to require the undivided attention of the person to whom it was entrusted. The person entrusted with the executive power, not having leisure to attend to the decision of private causes himself, a deputy was appointed to decide them in his stead. In the progress of the Roman greatness, the consul was too much occupied with the political affairs of the state, to attend to the administration of justice. A praetor, therefore, was appointed to administer it in his stead. In the progress of the European monarchies, which were founded upon the ruins of the Roman empire, the sovereigns and the great lords came universally to consider the administration of justice as an office both too laborious and too ignoble for them to execute in their own persons. They universally, therefore, discharged themselves of it, by appointing a deputy, bailiff or judge.

When the judicial is united to the executive power, it is scarce possible that justice should not frequently be sacrificed to what is vulgarly called politics. The persons entrusted with the great interests of the state may even without any corrupt views, some-

times imagine it necessary to sacrifice to those interests the rights of a private man. But upon the impartial administration of justice depends the liberty of every individual, the sense which he has of his own security. In order to make every individual feel himself perfectly secure in the possession of every right which belongs to him, it is not only necessary that the judicial should be separated from the executive power, but that it should be rendered as much as possible independent of that power. The judge should not be liable to be removed from his office according to the caprice of that power. The regular payment of his salary should not depend upon the good will, or even upon the good economy of that power.

PART III

Of the Expense of public Works and public Institutions

THE THIRD AND LAST DUTY of the sovereign or commonwealth, is that of erecting and maintaining those public institutions and those public works, which though they may be in the highest degree advantageous to a great society, are, however, of such a nature, that the profit could never repay the expense to any individual, or small number of individuals; and which it, therefore, cannot be expected that any individual, or small number of individuals, should erect or maintain. The performance of this duty requires, too, very different degrees of expense in the different periods of society.

After the public institutions and public works necessary for the defence of the society, and for the administration of justice, both of which have already been mentioned, the other works and institutions of this kind are chiefly for facilitating the commerce of the society, and those for promoting the instruction of the people. The institutions for instruction are of two kinds: those for the education of the youth, and those for the instruction of people of all ages. The consideration of the manner in which the expense of those different sorts of public works and institutions may be most properly defrayed will divide this third part of the present chapter

into three different articles.

ARTICLE I. — Of the public Works and Institutions for facilitating the Commerce of the Society.

And, first, of those which are necessary for facilitating Commerce in general.

That the erection and maintenance of the public works which facilitate the commerce of any country, such as good roads, bridges, navigable canals, harbours, etc. must require very different degrees of expense in the different periods of society, is evident without any proof. The expense of making and maintaining the public roads of any country must evidently increase with the annual produce of the land and labour of that country, or with the quantity and weight of the goods which it becomes necessary to fetch and carry upon those roads. The strength of a bridge must be suited to the number and weight of the carriages which are likely to pass over it. The depth and the supply of water for a navigable canal must be proportioned to the number and tonnage of the lighters which are likely to carry goods upon it; the extent of a harbour, to the number of the shipping which are likely to take shelter in it.

It does not seem necessary that the expense of those public works should be defrayed from that public revenue, as it is commonly called, of which the collection and application are in most coun-

tries, assigned to the executive power. The greater part of such public works may easily be so managed, as to afford a particular revenue, sufficient for defraying their own expense without bringing any burden upon the general revenue of the society.

A highway, a bridge, a navigable canal, for example, may, in most cases, be both made and maintained by a small toll upon the carriages which make use of them; a harbour, by a moderate port-duty upon the tonnage of the shipping which load or unload in it. The coinage, another institution for facilitating commerce, in many countries, not only defrays its own expense, but affords a small revenue or a seignorage to the sovereign. The post-office, another institution for the same purpose, over and above defraying its own expense, affords, in almost all countries, a very considerable revenue to the sovereign.

When the carriages which pass over a highway or a bridge, and the lighters which sail upon a navigable canal, pay toll in proportion to their weight or their tonnage, they pay for the maintenance of those public works exactly in proportion to the wear and tear which they occasion of them. It seems scarce possible to invent a more equitable way of maintaining such works. This tax or toll, too, though it is advanced by the carrier, is finally paid by the consumer, to whom it must always be charged in the price of the goods. As the expense of carriage, however, is very much reduced

by means of such public works, the goods, notwithstanding the toll, come cheaper to the consumer than they could otherwise have done, their price not being so much raised by the toll, as it is lowered by the cheapness of the carriage. The person who finally pays this tax, therefore, gains by the application more than he loses by the payment of it. His payment is exactly in proportion to his gain. It is, in reality, no more than a part of that gain which he is obliged to give up, in order to get the rest. It seems impossible to imagine a more equitable method of raising a tax.

When the toll upon carriages of luxury, upon coaches, post-chaises, etc. is made somewhat higher in proportion to their weight, than upon carriages of necessary use, such as carts, waggons, etc. the indolence and vanity of the rich is made to contribute, in a very easy manner, to the relief of the poor, by rendering cheaper the transportation of heavy goods to all the different parts of the country.

When high-roads, bridges, canals, etc. are in this manner made and supported by the commerce which is carried on by means of them, they can be made only where that commerce requires them, and, consequently, where it is proper to make them. Their expense, too, their grandeur and magnificence, must be suited to what that commerce can afford to pay. They must be made, consequently, as it is proper to make them. A magnificent high-road

cannot be made through a desert country, where there is little or no commerce, or merely because it happens to lead to the country villa of the intendant of the province, or to that of some great lord, to whom the intendant finds it convenient to make his court. A great bridge cannot be thrown over a river at a place where nobody passes, or merely to embellish the view from the windows of a neighbouring palace; things which sometimes happen in countries, where works of this kind are carried on by any other revenue than that which they themselves are capable of affording.

In several different parts of Europe, the toll or lock-duty upon a canal is the property of private persons, whose private interest obliges them to keep up the canal. If it is not kept in tolerable order, the navigation necessarily ceases altogether, and, along with it, the whole profit which they can make by the tolls. If those tolls were put under the management of commissioners, who had themselves no interest in them, they might be less attentive to the maintenance of the works which produced them. The canal of Languedoc cost the king of France and the province upwards of thirteen millions of livres, which (at twenty-eight livres the mark of silver, the value of French money in the end of the last century) amounted to upwards of nine hundred thousand pounds sterling. When that great work was finished, the most likely method, it was found, of keeping it in constant repair, was to make a present

of the tolls to Riquet, the engineer who planned and conducted the work. Those tolls constitute, at present, a very large estate to the different branches of the family of that gentleman, who have, therefore, a great interest to keep the work in constant repair. But had those tolls been put under the management of commissioners, who had no such interest, they might perhaps, have been dissipated in ornamental and unnecessary expenses, while the most essential parts of the works were allowed to go to ruin.

The tolls for the maintenance of a highroad cannot, with any safety, be made the property of private persons. A high-road, though entirely neglected, does not become altogether impassable, though a canal does. The proprietors of the tolls upon a high-road, therefore, might neglect altogether the repair of the road, and yet continue to levy very nearly the same tolls. It is proper, therefore, that the tolls for the maintenance of such a work should be put under the management of commissioners or trustees.

In Great Britain, the abuses which the trustees have committed in the management of those tolls, have, in many cases, been very justly complained of. At many turnpikes, it has been said, the money levied is more than double of what is necessary for executing, in the completest manner, the work, which is often executed in a very slovenly manner, and sometimes not executed at all. The system of repairing the high-roads by tolls of this kind, it must be

observed, is not of very long standing. We should not wonder, therefore, if it has not yet been brought to that degree of perfection of which it seems capable. If mean and improper persons are frequently appointed trustees; and if proper courts of inspection and account have not yet been established for controlling their conduct, and for reducing the tolls to what is barely sufficient for executing the work to be done by them; the recency of the institution both accounts and apologizes for those defects, of which, by the wisdom of parliament, the greater part may, in due time, be gradually remedied.

The money levied at the different turnpikes in Great Britain, is supposed to exceed so much what is necessary for repairing the roads, that the savings which, with proper economy, might be made from it, have been considered, even by some ministers, as a very great resource, which might, at some time or another, be applied to the exigencies of the state. Government, it has been said, by taking the management of the turnpikes into its own hands, and by employing the soldiers, who would work for a very small addition to their pay, could keep the roads in good order, at a much less expense than it can be done by trustees, who have no other workmen to employ, but such as derive their whole subsistence from their wages. A great revenue, half a million, perhaps {Since publishing the two first editions of this book, I have got

good reasons to believe that all the turnpike tolls levied in Great Britain do not produce a neat revenue that amounts to half a million; a sum which, under the management of government, would not be sufficient to keep, in repair five of the principal roads in the kingdom}, it has been pretended, might in this manner be gained, without laying any new burden upon the people; and the turnpike roads might be made to contribute to the general expense of the state, in the same manner as the post-office does at present.

That a considerable revenue might be gained in this manner, I have no doubt, though probably not near so much as the projectors of this plan have supposed. The plan itself, however, seems liable to several very important objections.

First, If the tolls which are levied at the turnpikes should ever be considered as one of the resources for supplying the exigencies of the state, they would certainly be augmented as those exigencies were supposed to require. According to the policy of Great Britain, therefore, they would probably be augmented very fast. The facility with which a great revenue could be drawn from them, would probably encourage administration to recur very frequently to this resource. Though it may, perhaps, be more than doubtful whether half a million could by any economy be saved out of the present tolls, it can scarcely be doubted, but that a million might be saved out of them, if they were doubled; and perhaps two mil-

lions, if they were tripled {I have now good reason to believe that all these conjectural sums are by much too large.}. This great revenue, too, might be levied without the appointment of a single new officer to collect and receive it. But the turnpike tolls, being continually augmented in this manner, instead of facilitating the inland commerce of the country, as at present, would soon become a very great incumbrance upon it. The expense of transporting all heavy goods from one part of the country to another, would soon be so much increased, the market for all such goods, consequently, would soon be so much narrowed, that their production would be in a great measure discouraged, and the most important branches of the domestic industry of the country annihilated altogether.

Secondly, A tax upon carriages, in proportion to their weight, though a very equal tax when applied to the sole purpose of repairing the roads, is a very unequal one when applied to any other purpose, or to supply the common exigencies of the state. When it is applied to the sole purpose above mentioned, each carriage is supposed to pay exactly for the wear and tear which that carriage occasions of the roads. But when it is applied to any other purpose, each carriage is supposed to pay for more than that wear and tear, and contributes to the supply of some other exigency of the state. But as the turnpike toll raises the price of goods in proportion to their weight and not to their value, it is chiefly paid by the

consumers of coarse and bulky, not by those of precious and light commodities. Whatever exigency of the state, therefore, this tax might be intended to supply, that exigency would be chiefly supplied at the expense of the poor, not of the rich; at the expense of those who are least able to supply it, not of those who are most able.

Thirdly, If government should at any time neglect the reparation of the high-roads, it would be still more difficult, than it is at present, to compel the proper application of any part of the turnpike tolls. A large revenue might thus be levied upon the people, without any part of it being applied to the only purpose to which a revenue levied in this manner ought ever to be applied. If the meanness and poverty of the trustees of turnpike roads render it sometimes difficult, at present, to oblige them to repair their wrong; their wealth and greatness would render it ten times more so in the case which is here supposed.

In France, the funds destined for the reparation of the high-roads are under the immediate direction of the executive power. Those funds consist, partly in a certain number of days labour, which the country people are in most parts of Europe obliged to give to the reparation of the highways; and partly in such a portion of the general revenue of the state as the king chooses to spare from his other expenses.

By the ancient law of France, as well as by that of most other parts of Europe, the labour of the country people was under the direction of a local or provincial magistracy, which had no immediate dependency upon the king's council. But, by the present practice, both the labour of the country people, and whatever other fund the king may choose to assign for the reparation of the high-roads in any particular province or generality, are entirely under the management of the intendant; an officer who is appointed and removed by the king's council who receives his orders from it, and is in constant correspondence with it. In the progress of despotism, the authority of the executive power gradually absorbs that of every other power in the state, and assumes to itself the management of every branch of revenue which is destined for any public purpose. In France, however, the great post-roads, the roads which make the communication between the principal towns of the kingdom, are in general kept in good order; and, in some provinces, are even a good deal superior to the greater part of the turnpike roads of England. But what we call the cross roads, that is, the far greater part of the roads in the country, are entirely neglected, and are in many places absolutely impassable for any heavy carriage. In some places it is even dangerous to travel on horseback, and mules are the only conveyance which can safely be trusted. The proud minister of an ostentatious court, may fre-

quently take pleasure in executing a work of splendour and magnificence, such as a great highway, which is frequently seen by the principal nobility, whose applauses not only flatter his vanity, but even contribute to support his interest at court. But to execute a great number of little works, in which nothing that can be done can make any great appearance, or excite the smallest degree of admiration in any traveller, and which, in short, have nothing to recommend them but their extreme utility, is a business which appears, in every respect, too mean and paltry to merit the attention of so great a magistrate. Under such an administration therefore, such works are almost always entirely neglected.

In China, and in several other governments of Asia, the executive power charges itself both with the reparation of the high-roads, and with the maintenance of the navigable canals. In the instructions which are given to the governor of each province, those objects, it is said, are constantly recommended to him, and the judgment which the court forms of his conduct is very much regulated by the attention which he appears to have paid to this part of his instructions. This branch of public police, accordingly, is said to be very much attended to in all those countries, but particularly in China, where the high-roads, and still more the navigable canals, it is pretended, exceed very much every thing of the same kind which is known in Europe. The accounts of those

works, however, which have been transmitted to Europe, have generally been drawn up by weak and wondering travellers; frequently by stupid and lying missionaries. If they had been examined by more intelligent eyes, and if the accounts of them had been reported by more faithful witnesses, they would not, perhaps, appear to be so wonderful. The account which Bernier gives of some works of this kind in Indostan, falls very short of what had been reported of them by other travellers, more disposed to the marvellous than he was. It may too, perhaps, be in those countries, as it is in France, where the great roads, the great communications, which are likely to be the subjects of conversation at the court and in the capital, are attended to, and all the rest neglected. In China, besides, in Indostan, and in several other governments of Asia, the revenue of the sovereign arises almost altogether from a land tax or land rent, which rises or falls with the rise and fall of the annual produce of the land. The great interest of the sovereign, therefore, his revenue, is in such countries necessarily and immediately connected with the cultivation of the land, with the greatness of its produce, and with the value of its produce. But in order to render that produce both as great and as valuable as possible, it is necessary to procure to it as extensive a market as possible, and consequently to establish the freest, the easiest, and the least expensive communication between all the different parts of the country;

which can be done only by means of the best roads and the best navigable canals. But the revenue of the sovereign does not, in any part of Europe, arise chiefly from a land tax or land rent. In all the great kingdoms of Europe, perhaps, the greater part of it may ultimately depend upon the produce of the land: but that dependency is neither so immediate nor so evident. In Europe, therefore, the sovereign does not feel himself so directly called upon to promote the increase, both in quantity and value of the produce of the land, or, by maintaining good roads and canals, to provide the most extensive market for that produce. Though it should be true, therefore, what I apprehend is not a little doubtful, that in some parts of Asia this department of the public police is very properly managed by the executive power, there is not the least probability that, during the present state of things, it could be tolerably managed by that power in any part of Europe.

Even those public works, which are of such a nature that they cannot afford any revenue for maintaining themselves, but of which the conveniency is nearly confined to some particular place or district, are always better maintained by a local or provincial revenue, under the management of a local and provincial administration, than by the general revenue of the state, of which the executive power must always have the management. Were the streets of London to be lighted and paved at the expense of the treasury, is

there any probability that they would be so well lighted and paved as they are at present, or even at so small an expense? The expense, besides, instead of being raised by a local tax upon the inhabitants of each particular street, parish, or district in London, would, in this case, be defrayed out of the general revenue of the state, and would consequently be raised by a tax upon all the inhabitants of the kingdom, of whom the greater part derive no sort of benefit from the lighting and paving of the streets of London.

The abuses which sometimes creep into the local and provincial administration of a local and provincial revenue, how enormous soever they may appear, are in reality, however, almost always very trifling in comparison of those which commonly take place in the administration and expenditure of the revenue of a great empire. They are, besides, much more easily corrected. Under the local or provincial administration of the justices of the peace in Great Britain, the six days labour which the country people are obliged to give to the reparation of the highways, is not always, perhaps, very judiciously applied, but it is scarce ever exacted with any circumstance of cruelty or oppression. In France, under the administration of the intendants, the application is not always more judicious, and the exaction is frequently the most cruel and oppressive. Such corvees, as they are called, make one of the principal instruments of tyranny by which those officers chastise any parish

or communeaute, which has had the misfortune to fall under their displeasure.

Of the public Works and Institution which are necessary for facilitating particular Branches of Commerce.

The object of the public works and institutions above mentioned, is to facilitate commerce in general. But in order to facilitate some particular branches of it, particular institutions are necessary, which again require a particular and extraordinary expense.

Some particular branches of commerce which are carried on with barbarous and uncivilized nations, require extraordinary protection. An ordinary store or counting-house could give little security to the goods of the merchants who trade to the western coast of Africa. To defend them from the barbarous natives, it is necessary that the place where they are deposited should be in some measure fortified. The disorders in the government of Indostan have been supposed to render a like precaution necessary, even among that mild and gentle people; and it was under pretence of securing their persons and property from violence, that both the English and French East India companies were allowed to erect the first forts which they possessed in that country. Among other nations, whose vigorous government will suffer no

strangers to possess any fortified place within their territory, it may be necessary to maintain some ambassador, minister, or consul, who may both decide, according to their own customs, the differences arising among his own countrymen, and, in their disputes with the natives, may by means of his public character, interfere with more authority and afford them a more powerful protection than they could expect from any private man. The interests of commerce have frequently made it necessary to maintain ministers in foreign countries, where the purposes either of war or alliance would not have required any. The commerce of the Turkey company first occasioned the establishment of an ordinary ambassador at Constantinople. The first English embassies to Russia arose altogether from commercial interests. The constant interference with those interests, necessarily occasioned between the subjects of the different states of Europe, has probably introduced the custom of keeping, in all neighbouring countries, ambassadors or ministers constantly resident, even in the time of peace. This custom, unknown to ancient times, seems not to be older than the end of the fifteenth, or beginning of the sixteenth century; that is, than the time when commerce first began to extend itself to the greater part of the nations of Europe, and when they first began to attend to its interests.

It seems not unreasonable, that the extraordinary expense which

the protection of any particular branch of commerce may occasion, should be defrayed by a moderate tax upon that particular branch; by a moderate fine, for example, to be paid by the traders when they first enter into it; or, what is more equal, by a particular duty of so much per cent. upon the goods which they either import into, or export out of, the particular countries with which it is carried on. The protection of trade, in general, from pirates and freebooters, is said to have given occasion to the first institution of the duties of customs. But, if it was thought reasonable to lay a general tax upon trade, in order to defray the expense of protecting trade in general, it should seem equally reasonable to lay a particular tax upon a particular branch of trade, in order to defray the extraordinary expense of protecting that branch.

The protection of trade, in general, has always been considered as essential to the defence of the commonwealth, and, upon that account, a necessary part of the duty of the executive power. The collection and application of the general duties of customs, therefore, have always been left to that power. But the protection of any particular branch of trade is a part of the general protection of trade; a part, therefore, of the duty of that power; and if nations always acted consistently, the particular duties levied for the purposes of such particular protection, should always have been left equally to its disposal. But in this respect, as well as in many oth-

ers, nations have not always acted consistently; and in the greater part of the commercial states of Europe, particular companies of merchants have had the address to persuade the legislature to entrust to them the performance of this part of the duty of the sovereign, together with all the powers which are necessarily connected with it.

These companies, though they may, perhaps, have been useful for the first introduction of some branches of commerce, by making, at their own expense, an experiment which the state might not think it prudent to make, have in the long-run proved, universally, either burdensome or useless, and have either mismanaged or confined the trade.

When those companies do not trade upon a joint stock, but are obliged to admit any person, properly qualified, upon paying a certain fine, and agreeing to submit to the regulations of the company, each member trading upon his own stock, and at his own risk, they are called regulated companies. When they trade upon a joint stock, each member sharing in the common profit or loss, in proportion to his share in this stock, they are called joint-stock companies. Such companies, whether regulated or joint-stock, sometimes have, and sometimes have not, exclusive privileges.

Regulated companies resemble, in every respect, the corporation of trades, so common in the cities and towns of all the differ-

ent countries of Europe; and are a sort of enlarged monopolies of the same kind. As no inhabitant of a town can exercise an incorporated trade, without first obtaining his freedom in the incorporation, so, in most cases, no subject of the state can lawfully carry on any branch of foreign trade, for which a regulated company is established, without first becoming a member of that company. The monopoly is more or less strict, according as the terms of admission are more or less difficult, and according as the directors of the company have more or less authority, or have it more or less in their power to manage in such a manner as to confine the greater part of the trade to themselves and their particular friends. In the most ancient regulated companies, the privileges of apprenticeship were the same as in other corporations, and entitled the person who had served his time to a member of the company, to become himself a member, either without paying any fine, or upon paying a much smaller one than what was exacted of other people. The usual corporation spirit, wherever the law does not restrain it, prevails in all regulated companies. When they have been allowed to act according to their natural genius, they have always, in order to confine the competition to as small a number of persons as possible, endeavoured to subject the trade to many burdensome regulations. When the law has restrained them from doing this, they have become altogether useless and insignificant.

The regulated companies for foreign commerce which at present subsist in Great Britain, are the ancient merchant-adventurers company, now commonly called the **Hamburgh company**, the **Russia company**, the **Eastland company**, the **Turkey company**, and the **African company**.

The terms of admission into the **Hamburgh company** are now said to be quite easy; and the directors either have it not in their power to subject the trade to any troublesome restraint or regulations, or, at least, have not of late exercised that power. It has not always been so. About the middle of the last century, the fine for admission was fifty, and at one time one hundred pounds, and the conduct of the company was said to be extremely oppressive. In 1643, in 1645, and in 1661, the clothiers and free traders of the west of England complained of them to parliament, as of monopolists, who confined the trade, and oppressed the manufactures of the country. Though those complaints produced no act of parliament, they had probably intimidated the company so far, as to oblige them to reform their conduct. Since that time, at least, there have been no complaints against them. By the 10th and 11th of William III. c.6, the fine for admission into the **Russia company** was reduced to five pounds; and by the 25th of Charles II. c.7, that for admission into the **Eastland company** to forty shillings; while, at the same time, Sweden, Denmark, and Nor-

way, all the countries on the north side of the Baltic, were exempted from their exclusive charter. The conduct of those companies had probably given occasion to those two acts of parliament. Before that time, Sir Josiah Child had represented both these and the Hamburgh company as extremely oppressive, and imputed to their bad management the low state of the trade, which we at that time carried on to the countries comprehended within their respective charters. But though such companies may not, in the present times, be very oppressive, they are certainly altogether useless. To be merely useless, indeed, is perhaps, the highest eulogy which can ever justly be bestowed upon a regulated company; and all the three companies above mentioned seem, in their present state, to deserve this eulogy.

The fine for admission into the Turkey company was formerly twenty-five pounds for all persons under twenty-six years of age, and fifty pounds for all persons above that age. Nobody but mere merchants could be admitted; a restriction which excluded all shopkeepers and retailers. By a bye-law, no British manufactures could be exported to Turkey but in the general ships of the company; and as those ships sailed always from the port of London, this restriction confined the trade to that expensive port, and the traders to those who lived in London and in its neighbourhood. By another bye-law, no person living within twenty miles of London,

and not free of the city, could be admitted a member; another restriction which, joined to the foregoing, necessarily excluded all but the freemen of London. As the time for the loading and sailing of those general ships depended altogether upon the directors, they could easily fill them with their own goods, and those of their particular friends, to the exclusion of others, who, they might pretend, had made their proposals too late. In this state of things, therefore, this company was, in every respect, a strict and oppressive monopoly. Those abuses gave occasion to the act of the 26th of George II. c. 18, reducing the fine for admission to twenty pounds for all persons, without any distinction of ages, or any restriction, either to mere merchants, or to the freemen of London; and granting to all such persons the liberty of exporting, from all the ports of Great Britain, to any port in Turkey, all British goods, of which the exportation was not prohibited, upon paying both the general duties of customs, and the particular duties assessed for defraying the necessary expenses of the company; and submitting, at the same time, to the lawful authority of the British ambassador and consuls resident in Turkey, and to the bye-laws of the company duly enacted. To prevent any oppression by those bye-laws, it was by the same act ordained, that if any seven members of the company conceived themselves aggrieved by any bye-law which should be enacted after the passing of this act, they

might appeal to the board of trade and plantations (to the authority of which a committee of the privy council has now succeeded), provided such appeal was brought within twelve months after the bye-law was enacted; and that, if any seven members conceived themselves aggrieved by any bye-law which had been enacted before the passing of this act, they might bring a like appeal, provided it was within twelve months after the day on which this act was to take place. The experience of one year, however, may not always be sufficient to discover to all the members of a great company the pernicious tendency of a particular bye-law; and if several of them should afterwards discover it, neither the board of trade, nor the committee of council, can afford them any redress. The object, besides, of the greater part of the bye-laws of all regulated companies, as well as of all other corporations, is not so much to oppress those who are already members, as to discourage others from becoming so; which may be done, not only by a high fine, but by many other contrivances. The constant view of such companies is always to raise the rate of their own profit as high as they can; to keep the market, both for the goods which they export, and for those which they import, as much understocked as they can; which can be done only by restraining the competition, or by discouraging new adventurers from entering into the trade. A fine, even of twenty pounds, besides, though it may not, perhaps, be

sufficient to discourage any man from entering into the Turkey trade, with an intention to continue in it, may be enough to discourage a speculative merchant from hazarding a single adventure in it. In all trades, the regular established traders, even though not incorporated, naturally combine to raise profits, which are noway so likely to be kept, at all times, down to their proper level, as by the occasional competition of speculative adventurers. The Turkey trade, though in some measure laid open by this act of parliament, is still considered by many people as very far from being altogether free. The Turkey company contribute to maintain an ambassador and two or three consuls, who, like other public ministers, ought to be maintained altogether by the state, and the trade laid open to all his majesty's subjects. The different taxes levied by the company, for this and other corporation purposes, might afford a revenue much more than sufficient to enable a state to maintain such ministers.

Regulated companies, it was observed by Sir Josiah Child, though they had frequently supported public ministers, had never maintained any forts or garrisons in the countries to which they traded; whereas joint-stock companies frequently had. And, in reality, the former seem to be much more unfit for this sort of service than the latter. First, the directors of a regulated company have no particular interest in the prosperity of the general trade of the com-

pany, for the sake of which such forts and garrisons are maintained. The decay of that general trade may even frequently contribute to the advantage of their own private trade; as, by diminishing the number of their competitors, it may enable them both to buy cheaper, and to sell dearer. The directors of a joint-stock company, on the contrary, having only their share in the profits which are made upon the common stock committed to their management, have no private trade of their own, of which the interest can be separated from that of the general trade of the company. Their private interest is connected with the prosperity of the general trade of the company, and with the maintenance of the forts and garrisons which are necessary for its defence. They are more likely, therefore, to have that continual and careful attention which that maintenance necessarily requires. Secondly, The directors of a joint-stock company have always the management of a large capital, the joint stock of the company, a part of which they may frequently employ, with propriety, in building, repairing, and maintaining such necessary forts and garrisons. But the directors of a regulated company, having the management of no common capital, have no other fund to employ in this way, but the casual revenue arising from the admission fines, and from the corporation duties imposed upon the trade of the company. Though they had the same interest, therefore, to attend to the maintenance of

such forts and garrisons, they can seldom have the same ability to render that attention effectual. The maintenance of a public minister, requiring scarce any attention, and but a moderate and limited expense, is a business much more suitable both to the temper and abilities of a regulated company.

Long after the time of Sir Josiah Child, however, in 1750, a regulated company was established, the present company of merchants trading to Africa; which was expressly charged at first with the maintenance of all the British forts and garrisons that lie between Cape Blanc and the Cape of Good Hope, and afterwards with that of those only which lie between Cape Rouge and the Cape of Good Hope. The act which establishes this company (the 23rd of George II. c.51), seems to have had two distinct objects in view; first, to restrain effectually the oppressive and monopolizing spirit which is natural to the directors of a regulated company; and, secondly, to force them, as much as possible, to give an attention, which is not natural to them, towards the maintenance of forts and garrisons.

For the first of these purposes, the fine for admission is limited to forty shillings. The company is prohibited from trading in their corporate capacity, or upon a joint stock; from borrowing money upon common seal, or from laying any restraints upon the trade, which may be carried on freely from all places, and by all persons

being British subjects, and paying the fine. The government is in a committee of nine persons, who meet at London, but who are chosen annually by the freemen of the company at London, Bristol, and Liverpool; three from each place. No committeeman can be continued in office for more than three years together. Any committee-man might be removed by the board of trade and plantations, now by a committee of council, after being heard in his own defence. The committee are forbid to export negroes from Africa, or to import any African goods into Great Britain. But as they are charged with the maintenance of forts and garrisons, they may, for that purpose export from Great Britain to Africa goods and stores of different kinds. Out of the moneys which they shall receive from the company, they are allowed a sum, not exceeding eight hundred pounds, for the salaries of their clerks and agents at London, Bristol, and Liverpool, the house-rent of their offices at London, and all other expenses of management, commission, and agency, in England. What remains of this sum, after defraying these different expenses, they may divide among themselves, as compensation for their trouble, in what manner they think proper. By this constitution, it might have been expected, that the spirit of monopoly would have been effectually restrained, and the first of these purposes sufficiently answered. It would seem, however, that it had not. Though by the 4th of George III. c.20, the fort of

Senegal, with all its dependencies, had been invested in the company of merchants trading to Africa, yet, in the year following (by the 5th of George III. c.44), not only Senegal and its dependencies, but the whole coast, from the port of Sallee, in South Barbary, to Cape Rouge, was exempted from the jurisdiction of that company, was vested in the crown, and the trade to it declared free to all his majesty's subjects. The company had been suspected of restraining the trade and of establishing some sort of improper monopoly. It is not, however, very easy to conceive how, under the regulations of the 23d George II. they could do so. In the printed debates of the house of commons, not always the most authentic records of truth, I observe, however, that they have been accused of this. The members of the committee of nine being all merchants, and the governors and factors in their different forts and settlements being all dependent upon them, it is not unlikely that the latter might have given peculiar attention to the consignments and commissions of the former, which would establish a real monopoly.

For the second of these purposes, the maintenance of the forts and garrisons, an annual sum has been allotted to them by parliament, generally about £13,000. For the proper application of this sum, the committee is obliged to account annually to the cursitor baron of exchequer; which account is afterwards to be laid before

parliament. But parliament, which gives so little attention to the application of millions, is not likely to give much to that of £13,000 a-year; and the cursitor baron of exchequer, from his profession and education, is not likely to be profoundly skilled in the proper expense of forts and garrisons. The captains of his majesty's navy, indeed, or any other commissioned officers, appointed by the board of admiralty, may inquire into the condition of the forts and garrisons, and report their observations to that board. But that board seems to have no direct jurisdiction over the committee, nor any authority to correct those whose conduct it may thus inquire into; and the captains of his majesty's navy, besides, are not supposed to be always deeply learned in the science of fortification. Removal from an office, which can be enjoyed only for the term of three years, and of which the lawful emoluments, even during that term, are so very small, seems to be the utmost punishment to which any committee-man is liable, for any fault, except direct malversation, or embezzlement, either of the public money, or of that of the company; and the fear of the punishment can never be a motive of sufficient weight to force a continual and careful attention to a business to which he has no other interest to attend. The committee are accused of having sent out bricks and stones from England for the reparation of Cape Coast Castle, on the coast of Guinea; a business for which parliament had several times granted

an extraordinary sum of money. These bricks and stones, too, which had thus been sent upon so long a voyage, were said to have been of so bad a quality, that it was necessary to rebuild, from the foundation, the walls which had been repaired with them. The forts and garrisons which lie north of Cape Rouge, are not only maintained at the expense of the state, but are under the immediate government of the executive power; and why those which lie south of that cape, and which, too, are, in part at least, maintained at the expense of the state, should be under a different government, it seems not very easy even to imagine a good reason. The protection of the Mediterranean trade was the original purpose or pretence of the garrisons of Gibraltar and Minorca; and the maintenance and government of those garrisons have always been, very properly, committed, not to the Turkey company, but to the executive power. In the extent of its dominion consists, in a great measure, the pride and dignity of that power; and it is not very likely to fail in attention to what is necessary for the defence of that dominion. The garrisons at Gibraltar and Minorca, accordingly, have never been neglected. Though Minorca has been twice taken, and is now probably lost for ever, that disaster has never been imputed to any neglect in the executive power. I would not, however, be understood to insinuate, that either of those expensive garrisons was ever, even in the smallest degree, necessary for

the purpose for which they were originally dismembered from the Spanish monarchy. That dismemberment, perhaps, never served any other real purpose than to alienate from England her natural ally the king of Spain, and to unite the two principal branches of the house of Bourbon in a much stricter and more permanent alliance than the ties of blood could ever have united them.

Joint-stock companies, established either by royal charter, or by act of parliament, are different in several respects, not only from regulated companies, but from private copartneries.

First, in a private copartnery, no partner without the consent of the company, can transfer his share to another person, or introduce a new member into the company. Each member, however, may, upon proper warning, withdraw from the copartnery, and demand payment from them of his share of the common stock. In a joint-stock company, on the contrary, no member can demand payment of his share from the company; but each member can, without their consent, transfer his share to another person, and thereby introduce a new member. The value of a share in a joint stock is always the price which it will bring in the market; and this may be either greater or less in any proportion, than the sum which its owner stands credited for in the stock of the company.

Secondly, in a private copartnery, each partner is bound for the debts contracted by the company, to the whole extent of his for-

tune. In a joint-stock company, on the contrary, each partner is bound only to the extent of his share.

The trade of a joint-stock company is always managed by a court of directors. This court, indeed, is frequently subject, in many respects, to the control of a general court of proprietors. But the greater part of these proprietors seldom pretend to understand any thing of the business of the company; and when the spirit of faction happens not to prevail among them, give themselves no trouble about it, but receive contentedly such halfyearly or yearly dividend as the directors think proper to make to them. This total exemption from trouble and from risk, beyond a limited sum, encourages many people to become adventurers in joint-stock companies, who would, upon no account, hazard their fortunes in any private copartnery. Such companies, therefore, commonly draw to themselves much greater stocks, than any private copartnery can boast of. The trading stock of the South Sea company at one time amounted to upwards of thirty-three millions eight hundred thousand pounds. The divided capital of the Bank of England amounts, at present, to ten millions seven hundred and eighty thousand pounds. The directors of such companies, however, being the managers rather of other people's money than of their own, it cannot well be expected that they should watch over it with the same anxious vigilance with which the partners in

a private copartnery frequently watch over their own. Like the stewards of a rich man, they are apt to consider attention to small matters as not for their master's honour, and very easily give themselves a dispensation from having it. Negligence and profusion, therefore, must always prevail, more or less, in the management of the affairs of such a company. It is upon this account, that joint-stock companies for foreign trade have seldom been able to maintain the competition against private adventurers. They have, accordingly, very seldom succeeded without an exclusive privilege; and frequently have not succeeded with one. Without an exclusive privilege, they have commonly mismanaged the trade. With an exclusive privilege, they have both mismanaged and confined it.

The Royal African company, the predecessors of the present African company, had an exclusive privilege by charter; but as that charter had not been confirmed by act of parliament, the trade, in consequence of the declaration of rights, was, soon after the Revolution, laid open to all his majesty's subjects. The Hudson's Bay company are, as to their legal rights, in the same situation as the Royal African company. Their exclusive charter has not been confirmed by act of parliament. The South Sea company, as long as they continued to be a trading company, had an exclusive privilege confirmed by act of parliament; as have likewise the present united company of merchants trading to the East Indies.

The Royal African company soon found that they could not maintain the competition against private adventurers, whom, notwithstanding the declaration of rights, they continued for some time to call interlopers, and to persecute as such. In 1698, however, the private adventurers were subjected to a duty of ten per cent. upon almost all the different branches of their trade, to be employed by the company in the maintenance of their forts and garrisons. But, notwithstanding this heavy tax, the company were still unable to maintain the competition. Their stock and credit gradually declined. In 1712, their debts had become so great, that a particular act of parliament was thought necessary, both for their security and for that of their creditors. It was enacted, that the resolution of two-thirds of these creditors in number and value should bind the rest, both with regard to the time which should be allowed to the company for the payment of their debts, and with regard to any other agreement which it might be thought proper to make with them concerning those debts. In 1730, their affairs were in so great disorder, that they were altogether incapable of maintaining their forts and garrisons, the sole purpose and pretext of their institution. From that year till their final dissolution, the parliament judged it necessary to allow the annual sum of £10,000 for that purpose. In 1732, after having been for many years losers by the trade of carrying negroes to the West

Indies, they at last resolved to give it up altogether; to sell to the private traders to America the negroes which they purchased upon the coast; and to employ their servants in a trade to the inland parts of Africa for gold dust, elephants teeth, dyeing drugs, etc. But their success in this more confined trade was not greater than in their former extensive one. Their affairs continued to go gradually to decline, till at last, being in every respect a bankrupt company, they were dissolved by act of parliament, and their forts and garrisons vested in the present regulated company of merchants trading to Africa. Before the erection of the Royal African company, there had been three other joint-stock companies successively established, one after another, for the African trade. They were all equally unsuccessful. They all, however, had exclusive charters, which, though not confirmed by act of parliament, were in those days supposed to convey a real exclusive privilege.

The Hudson's Bay company, before their misfortunes in the late war, had been much more fortunate than the Royal African company. Their necessary expense is much smaller. The whole number of people whom they maintain in their different settlements and habitations, which they have honoured with the name of forts, is said not to exceed a hundred and twenty persons. This number, however, is sufficient to prepare beforehand the cargo of furs and other goods necessary for loading their ships, which, on account

of the ice, can seldom remain above six or eight weeks in those seas. This advantage of having a cargo ready prepared, could not, for several years, be acquired by private adventurers; and without it there seems to be no possibility of trading to Hudson's Bay. The moderate capital of the company, which, it is said, does not exceed one hundred and ten thousand pounds, may, besides, be sufficient to enable them to engross the whole, or almost the whole trade and surplus produce, of the miserable though extensive country comprehended within their charter. No private adventurers, accordingly, have ever attempted to trade to that country in competition with them. This company, therefore, have always enjoyed an exclusive trade, in fact, though they may have no right to it in law. Over and above all this, the moderate capital of this company is said to be divided among a very small number of proprietors. But a joint-stock company, consisting of a small number of proprietors, with a moderate capital, approaches very nearly to the nature of a private copartnery, and may be capable of nearly the same degree of vigilance and attention. It is not to be wondered at, therefore, if, in consequence of these different advantages, the Hudson's Bay company had, before the late war, been able to carry on their trade with a considerable degree of success. It does not seem probable, however, that their profits ever approached to what the late Mr Dobbs imagined them. A much more sober and judi-

cious writer, Mr Anderson, author of the *Historical and Chronological Deduction of Commerce*, very justly observes, that upon examining the accounts which Mr Dobbs himself has given for several years together, of their exports and imports, and upon making proper allowances for their extraordinary risk and expense, it does not appear that their profits deserve to be envied, or that they can much, if at all, exceed the ordinary profits of trade.

The South Sea company never had any forts or garrisons to maintain, and therefore were entirely exempted from one great expense, to which other joint-stock companies for foreign trade are subject; but they had an immense capital divided among an immense number of proprietors. It was naturally to be expected, therefore, that folly, negligence, and profusion, should prevail in the whole management of their affairs. The knavery and extravagance of their stock-jobbing projects are sufficiently known, and the explication of them would be foreign to the present subject. Their mercantile projects were not much better conducted. The first trade which they engaged in, was that of supplying the Spanish West Indies with negroes, of which (in consequence of what was called the *Assiento Contract* granted them by the treaty of Utrecht) they had the exclusive privilege. But as it was not expected that much profit could be made by this trade, both the Portuguese and French companies, who had enjoyed it upon the

same terms before them, having been ruined by it, they were allowed, as compensation, to send annually a ship of a certain burden, to trade directly to the Spanish West Indies. Of the ten voyages which this annual ship was allowed to make, they are said to have gained considerably by one, that of the *Royal Caroline*, in 1731; and to have been losers, more or less, by almost all the rest. Their ill success was imputed, by their factors and agents, to the extortion and oppression of the Spanish government; but was, perhaps, principally owing to the profusion and depredations of those very factors and agents; some of whom are said to have acquired great fortunes, even in one year. In 1734, the company petitioned the king, that they might be allowed to dispose of the trade and tonnage of their annual ship, on account of the little profit which they made by it, and to accept of such equivalent as they could obtain from the king of Spain.

In 1724, this company had undertaken the whale fishery. Of this, indeed, they had no monopoly; but as long as they carried it on, no other British subjects appear to have engaged in it. Of the eight voyages which their ships made to Greenland, they were gainers by one, and losers by all the rest. After their eighth and last voyage, when they had sold their ships, stores, and utensils, they found that their whole loss upon this branch, capital and interest included, amounted to upwards of £237,000.

In 1722, this company petitioned the parliament to be allowed to divide their immense capital of more than thirty-three millions eight hundred thousand pounds, the whole of which had been lent to government, into two equal parts; the one half, or upwards of £16,900,000, to be put upon the same footing with other government annuities, and not to be subject to the debts contracted, or losses incurred, by the directors of the company, in the prosecution of their mercantile projects; the other half to remain as before, a trading stock, and to be subject to those debts and losses. The petition was too reasonable not to be granted. In 1733, they again petitioned the parliament, that three-fourths of their trading stock might be turned into annuity stock, and only one-fourth remain as trading stock, or exposed to the hazards arising from the bad management of their directors. Both their annuity and trading stocks had, by this time, been reduced more than two millions each, by several different payments from government; so that this fourth amounted only to £3,662,784:8:6. In 1748, all the demands of the company upon the king of Spain, in consequence of the *assiento* contract, were, by the treaty of Aix-la-Chapelle, given up for what was supposed an equivalent. An end was put to their trade with the Spanish West Indies; the remainder of their trading stock was turned into an annuity stock; and the company ceased, in every respect, to be a trading company.

It ought to be observed, that in the trade which the South Sea company carried on by means of their annual ship, the only trade by which it ever was expected that they could make any considerable profit, they were not without competitors, either in the foreign or in the home market. At Carthagena, Porto Bello, and La Vera Cruz, they had to encounter the competition of the Spanish merchants, who brought from Cadiz to those markets European goods, of the same kind with the outward cargo of their ship; and in England they had to encounter that of the English merchants, who imported from Cadiz goods of the Spanish West Indies, of the same kind with the inward cargo. The goods, both of the Spanish and English merchants, indeed, were, perhaps, subject to higher duties. But the loss occasioned by the negligence, profusion, and malversation of the servants of the company, had probably been a tax much heavier than all those duties. That a joint-stock company should be able to carry on successfully any branch of foreign trade, when private adventurers can come into any sort of open and fair competition with them, seems contrary to all experience.

The old English East India company was established in 1600, by a charter from Queen Elizabeth. In the first twelve voyages which they fitted out for India, they appear to have traded as a regulated company, with separate stocks, though only in the general ships of the company. In 1612, they united into a joint stock.

Their charter was exclusive, and, though not confirmed by act of parliament, was in those days supposed to convey a real exclusive privilege. For many years, therefore, they were not much disturbed by interlopers. Their capital, which never exceeded £744,000, and of which £50 was a share, was not so exorbitant, nor their dealings so extensive, as to afford either a pretext for gross negligence and profusion, or a cover to gross malversation. Notwithstanding some extraordinary losses, occasioned partly by the malice of the Dutch East India company, and partly by other accidents, they carried on for many years a successful trade. But in process of time, when the principles of liberty were better understood, it became every day more and more doubtful, how far a royal charter, not confirmed by act of parliament, could convey an exclusive privilege. Upon this question the decisions of the courts of justice were not uniform, but varied with the authority of government, and the humours of the times. Interlopers multiplied upon them; and towards the end of the reign of Charles II., through the whole of that of James II., and during a part of that of William III., reduced them to great distress. In 1698, a proposal was made to parliament, of advancing two millions to government, at eight per cent. provided the subscribers were erected into a new East India company, with exclusive privileges. The old East India company offered seven hundred thousand pounds, nearly the amount of

their capital, at four per cent. upon the same conditions. But such was at that time the state of public credit, that it was more convenient for government to borrow two millions at eight per cent. than seven hundred thousand pounds at four. The proposal of the new subscribers was accepted, and a new East India company established in consequence. The old East India company, however, had a right to continue their trade till 1701. They had, at the same time, in the name of their treasurer, subscribed very artfully three hundred and fifteen thousand pounds into the stock of the new. By a negligence in the expression of the act of parliament, which vested the East India trade in the subscribers to this loan of two millions, it did not appear evident that they were all obliged to unite into a joint stock. A few private traders, whose subscriptions amounted only to seven thousand two hundred pounds, insisted upon the privilege of trading separately upon their own stocks, and at their own risks. The old East India company had a right to a separate trade upon their own stock till 1701; and they had likewise, both before and after that period, a right, like that of other private traders, to a separate trade upon the £315,000, which they had subscribed into the stock of the new company. The competition of the two companies with the private traders, and with one another, is said to have well nigh ruined both. Upon a subsequent occasion, in 1750, when a proposal was made to parlia-

ment for putting the trade under the management of a regulated company, and thereby laying it in some measure open, the East India company, in opposition to this proposal, represented, in very strong terms, what had been, at this time, the miserable effects, as they thought them, of this competition. In India, they said, it raised the price of goods so high, that they were not worth the buying; and in England, by overstocking the market, it sunk their price so low, that no profit could be made by them. That by a more plentiful supply, to the great advantage and conveniency of the public, it must have reduced very much the price of India goods in the English market, cannot well be doubted; but that it should have raised very much their price in the Indian market, seems not very probable, as all the extraordinary demand which that competition could occasion must have been but as a drop of water in the immense ocean of Indian commerce. The increase of demand, besides, though in the beginning it may sometimes raise the price of goods, never fails to lower it in the long-run. It encourages production, and thereby increases the competition of the producers, who, in order to undersell one another, have recourse to new divisions of labour and new improvements of art, which might never otherwise have been thought of. The miserable effects of which the company complained, were the cheapness of consumption, and the encouragement given to production; pre-

cisely the two effects which it is the great business of political economy to promote. The competition, however, of which they gave this doleful account, had not been allowed to be of long continuance. In 1702, the two companies were, in some measure, united by an indenture tripartite, to which the queen was the third party; and in 1708, they were by act of parliament, perfectly consolidated into one company, by their present name of the United Company of Merchants trading to the East Indies. Into this act it was thought worth while to insert a clause, allowing the separate traders to continue their trade till Michaelmas 1711; but at the same time empowering the directors, upon three years notice, to redeem their little capital of seven thousand two hundred pounds, and thereby to convert the whole stock of the company into a joint stock. By the same act, the capital of the company, in consequence of a new loan to government, was augmented from two millions to three millions two hundred thousand pounds. In 1743, the company advanced another million to government. But this million being raised, not by a call upon the proprietors, but by selling annuities and contracting bond-debts, it did not augment the stock upon which the proprietors could claim a dividend. It augmented, however, their trading stock, it being equally liable with the other three millions two hundred thousand pounds, to the losses sustained, and debts contracted by the company in pros-

ecution of their mercantile projects. From 1708, or at least from 1711, this company, being delivered from all competitors, and fully established in the monopoly of the English commerce to the East Indies, carried on a successful trade, and from their profits, made annually a moderate dividend to their proprietors. During the French war, which began in 1741, the ambition of Mr. Dupleix, the French governor of Pondicherry, involved them in the wars of the Carnatic, and in the politics of the Indian princes. After many signal successes, and equally signal losses, they at last lost Madras, at that time their principal settlement in India. It was restored to them by the treaty of Aix-la-Chapelle; and, about this time the spirit of war and conquest seems to have taken possession of their servants in India, and never since to have left them. During the French war, which began in 1755, their arms partook of the general good fortune of those of Great Britain. They defended Madras, took Pondicherry, recovered Calcutta, and acquired the revenues of a rich and extensive territory, amounting, it was then said, to upwards of three millions a-year. They remained for several years in quiet possession of this revenue; but in 1767, administration laid claim to their territorial acquisitions, and the revenue arising from them, as of right belonging to the crown; and the company, in compensation for this claim, agreed to pay to government £400,000 a-year. They had, before this, gradually aug-

mented their dividend from about six to ten per cent.; that is, upon their capital of three millions two hundred thousand pounds, they had increased it by £128,000, or had raised it from one hundred and ninety-two thousand to three hundred and twenty thousand pounds a-year. They were attempting about this time to raise it still further, to twelve and a-half per cent., which would have made their annual payments to their proprietors equal to what they had agreed to pay annually to government, or to £400,000 a-year. But during the two years in which their agreement with government was to take place, they were restrained from any further increase of dividend by two successive acts of parliament, of which the object was to enable them to make a speedier progress in the payment of their debts, which were at this time estimated at upwards of six or seven millions sterling. In 1769, they renewed their agreement with government for five years more, and stipulated, that during the course of that period, they should be allowed gradually to increase their dividend to twelve and a-half per cent; never increasing it, however, more than one per cent. in one year. This increase of dividend, therefore, when it had risen to its utmost height, could augment their annual payments, to their proprietors and government together, but by £680,000, beyond what they had been before their late territorial acquisitions. What the gross revenue of those territorial acquisitions was supposed to

amount to, has already been mentioned; and by an account brought by the Cruttenden East Indiaman in 1769, the neat revenue, clear of all deductions and military charges, was stated at two millions forty-eight thousand seven hundred and forty-seven pounds. They were said, at the same time, to possess another revenue, arising partly from lands, but chiefly from the customs established at their different settlements, amounting to £439,000. The profits of their trade, too, according to the evidence of their chairman before the house of commons, amounted, at this time, to at least £400,000 a-year; according to that of their accountant, to at least £500,000; according to the lowest account, at least equal to the highest dividend that was to be paid to their proprietors. So great a revenue might certainly have afforded an augmentation of £680,000 in their annual payments; and, at the same time, have left a large sinking fund, sufficient for the speedy reduction of their debt. In 1773, however, their debts, instead of being reduced, were augmented by an arrear to the treasury in the payment of the four hundred thousand pounds; by another to the custom-house for duties unpaid; by a large debt to the bank, for money borrowed; and by a fourth, for bills drawn upon them from India, and wantonly accepted, to the amount of upwards of twelve hundred thousand pounds. The distress which these accumulated claims brought upon them, obliged them not only to reduce all at once their divi-

dend to six per cent. but to throw themselves upon the mercy of government, and to supplicate, first, a release from the further payment of the stipulated £400,000 a-year; and, secondly, a loan of fourteen hundred thousand, to save them from immediate bankruptcy. The great increase of their fortune had, it seems, only served to furnish their servants with a pretext for greater profusion, and a cover for greater malversation, than in proportion even to that increase of fortune. The conduct of their servants in India, and the general state of their affairs both in India and in Europe, became the subject of a parliamentary inquiry: in consequence of which, several very important alterations were made in the constitution of their government, both at home and abroad. In India, their principal settlements or Madras, Bombay, and Calcutta, which had before been altogether independent of one another, were subjected to a governor-general, assisted by a council of four assessors, parliament assuming to itself the first nomination of this governor and council, who were to reside at Calcutta; that city having now become, what Madras was before, the most important of the English settlements in India. The court of the Mayor of Calcutta, originally instituted for the trial of mercantile causes, which arose in the city and neighbourhood, had gradually extended its jurisdiction with the extension of the empire. It was now reduced and confined to the original purpose of its institution. In-

stead of it, a new supreme court of judicature was established, consisting of a chief justice and three judges, to be appointed by the crown. In Europe, the qualification necessary to entitle a proprietor to vote at their general courts was raised, from five hundred pounds, the original price of a share in the stock of the company, to a thousand pounds. In order to vote upon this qualification, too, it was declared necessary, that he should have possessed it, if acquired by his own purchase, and not by inheritance, for at least one year, instead of six months, the term requisite before. The court of twenty-four directors had before been chosen annually; but it was now enacted, that each director should, for the future, be chosen for four years; six of them, however, to go out of office by rotation every year, and not be capable of being re-chosen at the election of the six new directors for the ensuing year. In consequence of these alterations, the courts, both of the proprietors and directors, it was expected, would be likely to act with more dignity and steadiness than they had usually done before. But it seems impossible, by any alterations, to render those courts, in any respect, fit to govern, or even to share in the government of a great empire; because the greater part of their members must always have too little interest in the prosperity of that empire, to give any serious attention to what may promote it. Frequently a man of great, sometimes even a man of small fortune, is willing to

purchase a thousand pounds share in India stock, merely for the influence which he expects to acquire by a vote in the court of proprietors. It gives him a share, though not in the plunder, yet in the appointment of the plunderers of India; the court of directors, though they make that appointment, being necessarily more or less under the influence of the proprietors, who not only elect those directors, but sometimes over-rule the appointments of their servants in India. Provided he can enjoy this influence for a few years, and thereby provide for a certain number of his friends, he frequently cares little about the dividend, or even about the value of the stock upon which his vote is founded. About the prosperity of the great empire, in the government of which that vote gives him a share, he seldom cares at all. No other sovereigns ever were, or, from the nature of things, ever could be, so perfectly indifferent about the happiness or misery of their subjects, the improvement or waste of their dominions, the glory or disgrace of their administration, as, from irresistible moral causes, the greater part of the proprietors of such a mercantile company are, and necessarily must be. This indifference, too, was more likely to be increased than diminished by some of the new regulations which were made in consequence of the parliamentary inquiry. By a resolution of the house of commons, for example, it was declared, that when the £1,400,000 lent to the company by government,

should be paid, and their bond-debts be reduced to £1,500,000, they might then, and not till then, divide eight per cent. upon their capital; and that whatever remained of their revenues and neat profits at home should be divided into four parts; three of them to be paid into the exchequer for the use of the public, and the fourth to be reserved as a fund, either for the further reduction of their bond-debts, or for the discharge of other contingent exigencies which the company might labour under. But if the company were bad stewards and bad sovereigns, when the whole of their neat revenue and profits belonged to themselves, and were at their own disposal, they were surely not likely to be better when three-fourths of them were to belong to other people, and the other fourth, though to be laid out for the benefit of the company, yet to be so under the inspection and with the approbation of other people.

It might be more agreeable to the company, that their own servants and dependants should have either the pleasure of wasting, or the profit of embezzling, whatever surplus might remain, after paying the proposed dividend of eight per cent. than that it should come into the hands of a set of people with whom those resolutions could scarce fail to set them in some measure at variance. The interest of those servants and dependants might so far predominate in the court of proprietors, as sometimes to dispose it to

support the authors of depredations which had been committed in direct violation of its own authority. With the majority of proprietors, the support even of the authority of their own court might sometimes be a matter of less consequence than the support of those who had set that authority at defiance.

The regulations of 1773, accordingly, did not put an end to the disorder of the company's government in India. Notwithstanding that, during a momentary fit of good conduct, they had at one time collected into the treasury of Calcutta more than £3,000,000 sterling; notwithstanding that they had afterwards extended either their dominion or their depredations over a vast accession of some of the richest and most fertile countries in India, all was wasted and destroyed. They found themselves altogether unprepared to stop or resist the incursion of Hyder Ali; and in consequence of those disorders, the company is now (1784) in greater distress than ever; and, in order to prevent immediate bankruptcy, is once more reduced to supplicate the assistance of government. Different plans have been proposed by the different parties in parliament for the better management of its affairs; and all those plans seem to agree in supposing, what was indeed always abundantly evident, that it is altogether unfit to govern its territorial possessions. Even the company itself seems to be convinced of its own incapacity so far, and seems, upon that account willing to give

them up to government.

With the right of possessing forts and garrisons in distant and barbarous countries is necessarily connected the right of making peace and war in those countries. The joint-stock companies, which have had the one right, have constantly exercised the other, and have frequently had it expressly conferred upon them. How unjustly, how capriciously, how cruelly, they have commonly exercised it, is too well known from recent experience.

When a company of merchants undertake, at their own risk and expense, to establish a new trade with some remote and barbarous nation, it may not be unreasonable to incorporate them into a joint-stock company, and to grant them, in case of their success, a monopoly of the trade for a certain number of years. It is the easiest and most natural way in which the state can recompense them for hazarding a dangerous and expensive experiment, of which the public is afterwards to reap the benefit. A temporary monopoly of this kind may be vindicated, upon the same principles upon which a like monopoly of a new machine is granted to its inventor, and that of a new book to its author. But upon the expiration of the term, the monopoly ought certainly to determine; the forts and garrisons, if it was found necessary to establish any, to be taken into the hands of government, their value to be paid to the company, and the trade to be laid open to all the sub-

jects of the state. By a perpetual monopoly, all the other subjects of the state are taxed very absurdly in two different ways: first, by the high price of goods, which, in the case of a free trade, they could buy much cheaper; and, secondly, by their total exclusion from a branch of business which it might be both convenient and profitable for many of them to carry on. It is for the most worthless of all purposes, too, that they are taxed in this manner. It is merely to enable the company to support the negligence, profusion, and malversation of their own servants, whose disorderly conduct seldom allows the dividend of the company to exceed the ordinary rate of profit in trades which are altogether free, and very frequently makes a fall even a good deal short of that rate. Without a monopoly, however, a joint-stock company, it would appear from experience, cannot long carry on any branch of foreign trade. To buy in one market, in order to sell with profit in another, when there are many competitors in both; to watch over, not only the occasional variations in the demand, but the much greater and more frequent variations in the competition, or in the supply which that demand is likely to get from other people; and to suit with dexterity and judgment both the quantity and quality of each assortment of goods to all these circumstances, is a species of warfare, of which the operations are continually changing, and which can scarce ever be conducted successfully, without such an unre-

mitting exertion of vigilance and attention as cannot long be expected from the directors of a joint-stock company. The East India company, upon the redemption of their funds, and the expiration of their exclusive privilege, have a right, by act of parliament, to continue a corporation with a joint stock, and to trade in their corporate capacity to the East Indies, in common with the rest of their fellow subjects. But in this situation, the superior vigilance and attention of a private adventurer would, in all probability, soon make them weary of the trade.

An eminent French author, of great knowledge in matters of political economy, the Abbe Morellet, gives a list of fifty-five joint-stock companies for foreign trade, which have been established in different parts of Europe since the year 1600, and which, according to him, have all failed from mismanagement, notwithstanding they had exclusive privileges. He has been misinformed with regard to the history of two or three of them, which were not joint-stock companies and have not failed. But, in compensation, there have been several joint-stock companies which have failed, and which he has omitted.

The only trades which it seems possible for a joint-stock company to carry on successfully, without an exclusive privilege, are those, of which all the operations are capable of being reduced to what is called a routine, or to such a uniformity of method as

admits of little or no variation. Of this kind is, first, the banking trade; secondly, the trade of insurance from fire and from sea risk, and capture in time of war; thirdly, the trade of making and maintaining a navigable cut or canal; and, fourthly, the similar trade of bringing water for the supply of a great city.

Though the principles of the banking trade may appear somewhat abstruse, the practice is capable of being reduced to strict rules. To depart upon any occasion from those rules, in consequence of some flattering speculation of extraordinary gain, is almost always extremely dangerous and frequently fatal to the banking company which attempts it. But the constitution of joint-stock companies renders them in general, more tenacious of established rules than any private copartnery. Such companies, therefore, seem extremely well fitted for this trade. The principal banking companies in Europe, accordingly, are joint-stock companies, many of which manage their trade very successfully without any exclusive privilege. The bank of England has no other exclusive privilege, except that no other banking company in England shall consist of more than six persons. The two banks of Edinburgh are joint-stock companies, without any exclusive privilege.

The value of the risk, either from fire, or from loss by sea, or by capture, though it cannot, perhaps, be calculated very exactly, admits, however, of such a gross estimation, as renders it, in some

degree, reducible to strict rule and method. The trade of insurance, therefore, may be carried on successfully by a joint-stock company, without any exclusive privilege. Neither the London Assurance, nor the Royal Exchange Assurance companies have any such privilege.

When a navigable cut or canal has been once made, the management of it becomes quite simple and easy, and it is reducible to strict rule and method. Even the making of it is so, as it may be contracted for with undertakers, at so much a mile, and so much a lock. The same thing may be said of a canal, an aqueduct, or a great pipe for bringing water to supply a great city. Such undertakings, therefore, may be, and accordingly frequently are, very successfully managed by joint-stock companies, without any exclusive privilege.

To establish a joint-stock company, however, for any undertaking, merely because such a company might be capable of managing it successfully; or, to exempt a particular set of dealers from some of the general laws which take place with regard to all their neighbours, merely because they might be capable of thriving, if they had such an exemption, would certainly not be reasonable. To render such an establishment perfectly reasonable, with the circumstance of being reducible to strict rule and method, two other circumstances ought to concur. First, it ought to appear with

the clearest evidence, that the undertaking is of greater and more general utility than the greater part of common trades; and, secondly, that it requires a greater capital than can easily be collected into a private copartnery. If a moderate capital were sufficient, the great utility of the undertaking would not be a sufficient reason for establishing a joint-stock company; because, in this case, the demand for what it was to produce, would readily and easily be supplied by private adventurers. In the four trades above mentioned, both those circumstances concur.

The great and general utility of the banking trade, when prudently managed, has been fully explained in the second book of this Inquiry. But a public bank, which is to support public credit, and, upon particular emergencies, to advance to government the whole produce of a tax, to the amount, perhaps, of several millions, a year or two before it comes in, requires a greater capital than can easily be collected into any private copartnery.

The trade of insurance gives great security to the fortunes of private people, and, by dividing among a great many that loss which would ruin an individual, makes it fall light and easy upon the whole society. In order to give this security, however, it is necessary that the insurers should have a very large capital. Before the establishment of the two joint-stock companies for insurance in London, a list, it is said, was laid before the attorney-general, of

one hundred and fifty private usurers, who had failed in the course of a few years.

That navigable cuts and canals, and the works which are sometimes necessary for supplying a great city with water, are of great and general utility, while, at the same time, they frequently require a greater expense than suits the fortunes of private people, is sufficiently obvious.

Except the four trades above mentioned, I have not been able to recollect any other, in which all the three circumstances requisite for rendering reasonable the establishment of a joint-stock company concur. The English copper company of London, the lead-smelting company, the glass-grinding company, have not even the pretext of any great or singular utility in the object which they pursue; nor does the pursuit of that object seem to require any expense unsuitable to the fortunes of many private men. Whether the trade which those companies carry on, is reducible to such strict rule and method as to render it fit for the management of a joint-stock company, or whether they have any reason to boast of their extraordinary profits, I do not pretend to know. The mine-adventurers company has been long ago bankrupt. A share in the stock of the British Linen company of Edinburgh sells, at present, very much below par, though less so than it did some years ago. The joint-stock companies, which are established for the public-

spirited purpose of promoting some particular manufacture, over and above managing their own affairs ill, to the diminution of the general stock of the society, can, in other respects, scarce ever fail to do more harm than good. Notwithstanding the most upright intentions, the unavoidable partiality of their directors to particular branches of the manufacture, of which the undertakers mislead and impose upon them, is a real discouragement to the rest, and necessarily breaks, more or less, that natural proportion which would otherwise establish itself between judicious industry and profit, and which, to the general industry of the country, is of all encouragements the greatest and the most effectual.

ART. II. — Of the Expense of the Institution for the Education of Youth.

The institutions for the education of the youth may, in the same manner, furnish a revenue sufficient for defraying their own expense. The fee or honorary, which the scholar pays to the master, naturally constitutes a revenue of this kind.

Even where the reward of the master does not arise altogether from this natural revenue, it still is not necessary that it should be derived from that general revenue of the society, of which the collection and application are, in most countries, assigned to the executive power. Through the greater part of Europe, accordingly,

the endowment of schools and colleges makes either no charge upon that general revenue, or but a very small one. It everywhere arises chiefly from some local or provincial revenue, from the rent of some landed estate, or from the interest of some sum of money, allotted and put under the management of trustees for this particular purpose, sometimes by the sovereign himself, and sometimes by some private donor.

Have those public endowments contributed in general, to promote the end of their institution? Have they contributed to encourage the diligence, and to improve the abilities, of the teachers? Have they directed the course of education towards objects more useful, both to the individual and to the public, than those to which it would naturally have gone of its own accord? It should not seem very difficult to give at least a probable answer to each of those questions.

In every profession, the exertion of the greater part of those who exercise it, is always in proportion to the necessity they are under of making that exertion. This necessity is greatest with those to whom the emoluments of their profession are the only source from which they expect their fortune, or even their ordinary revenue and subsistence. In order to acquire this fortune, or even to get this subsistence, they must, in the course of a year, execute a certain quantity of work of a known value; and, where the competi-

tion is free, the rivalry of competitors, who are all endeavouring to jostle one another out of employment, obliges every man to endeavour to execute his work with a certain degree of exactness. The greatness of the objects which are to be acquired by success in some particular professions may, no doubt, sometimes animate the exertions of a few men of extraordinary spirit and ambition. Great objects, however, are evidently not necessary, in order to occasion the greatest exertions. Rivalship and emulation render excellency, even in mean professions, an object of ambition, and frequently occasion the very greatest exertions. Great objects, on the contrary, alone and unsupported by the necessity of application, have seldom been sufficient to occasion any considerable exertion. In England, success in the profession of the law leads to some very great objects of ambition; and yet how few men, born to easy fortunes, have ever in this country been eminent in that profession?

The endowments of schools and colleges have necessarily diminished, more or less, the necessity of application in the teachers. Their subsistence, so far as it arises from their salaries, is evidently derived from a fund, altogether independent of their success and reputation in their particular professions.

In some universities, the salary makes but a part, and frequently but a small part, of the emoluments of the teacher, of which the

greater part arises from the honoraries or fees of his pupils. The necessity of application, though always more or less diminished, is not, in this case, entirely taken away. Reputation in his profession is still of some importance to him, and he still has some dependency upon the affection, gratitude, and favourable report of those who have attended upon his instructions; and these favourable sentiments he is likely to gain in no way so well as by deserving them, that is, by the abilities and diligence with which he discharges every part of his duty.

In other universities, the teacher is prohibited from receiving any honorary or fee from his pupils, and his salary constitutes the whole of the revenue which he derives from his office. His interest is, in this case, set as directly in opposition to his duty as it is possible to set it. It is the interest of every man to live as much at his ease as he can; and if his emoluments are to be precisely the same, whether he does or does not perform some very laborious duty, it is certainly his interest, at least as interest is vulgarly understood, either to neglect it altogether, or, if he is subject to some authority which will not suffer him to do this, to perform it in as careless and slovenly a manner as that authority will permit. If he is naturally active and a lover of labour, it is his interest to employ that activity in any way from which he can derive some advantage, rather than in the performance of his duty, from which he

can derive none.

If the authority to which he is subject resides in the body corporate, the college, or university, of which he himself is a member, and in which the greater part of the other members are, like himself, persons who either are, or ought to be teachers, they are likely to make a common cause, to be all very indulgent to one another, and every man to consent that his neighbour may neglect his duty, provided he himself is allowed to neglect his own. In the university of Oxford, the greater part of the public professors have, for these many years, given up altogether even the pretence of teaching.

If the authority to which he is subject resides, not so much in the body corporate, of which he is a member, as in some other extraneous persons, in the bishop of the diocese, for example, in the governor of the province, or, perhaps, in some minister of state, it is not, indeed, in this case, very likely that he will be suffered to neglect his duty altogether. All that such superiors, however, can force him to do, is to attend upon his pupils a certain number of hours, that is, to give a certain number of lectures in the week, or in the year. What those lectures shall be, must still depend upon the diligence of the teacher; and that diligence is likely to be proportioned to the motives which he has for exerting it. An extraneous jurisdiction of this kind, besides, is liable to be exercised both ignorantly and capriciously. In its nature, it is arbi-

trary and discretionary; and the persons who exercise it, neither attending upon the lectures of the teacher themselves, nor perhaps understanding the sciences which it is his business to teach, are seldom capable of exercising it with judgment. From the insolence of office, too, they are frequently indifferent how they exercise it, and are very apt to censure or deprive him of his office wantonly and without any just cause. The person subject to such jurisdiction is necessarily degraded by it, and, instead of being one of the most respectable, is rendered one of the meanest and most contemptible persons in the society. It is by powerful protection only, that he can effectually guard himself against the bad usage to which he is at all times exposed; and this protection he is most likely to gain, not by ability or diligence in his profession, but by obsequiousness to the will of his superiors, and by being ready, at all times, to sacrifice to that will the rights, the interest, and the honour of the body corporate, of which he is a member. Whoever has attended for any considerable time to the administration of a French university, must have had occasion to remark the effects which naturally result from an arbitrary and extraneous jurisdiction of this kind.

Whatever forces a certain number of students to any college or university, independent of the merit or reputation of the teachers, tends more or less to diminish the necessity of that merit or reputation.

The privileges of graduates in arts, in law, physic, and divinity, when they can be obtained only by residing a certain number of years in certain universities, necessarily force a certain number of students to such universities, independent of the merit or reputation of the teachers. The privileges of graduates are a sort of statutes of apprenticeship, which have contributed to the improvement of education just as the other statutes of apprenticeship have to that of arts and manufactures.

The charitable foundations of scholarships, exhibitions, bursaries, etc. necessarily attach a certain number of students to certain colleges, independent altogether of the merit of those particular colleges. Were the students upon such charitable foundations left free to choose what college they liked best, such liberty might perhaps contribute to excite some emulation among different colleges. A regulation, on the contrary, which prohibited even the independent members of every particular college from leaving it, and going to any other, without leave first asked and obtained of that which they meant to abandon, would tend very much to extinguish that emulation.

If in each college, the tutor or teacher, who was to instruct each student in all arts and sciences, should not be voluntarily chosen by the student, but appointed by the head of the college; and if, in case of neglect, inability, or bad usage, the student should not be

allowed to change him for another, without leave first asked and obtained; such a regulation would not only tend very much to extinguish all emulation among the different tutors of the same college, but to diminish very much, in all of them, the necessity of diligence and of attention to their respective pupils. Such teachers, though very well paid by their students, might be as much disposed to neglect them, as those who are not paid by them at all or who have no other recompense but their salary.

If the teacher happens to be a man of sense, it must be an unpleasant thing to him to be conscious, while he is lecturing to his students, that he is either speaking or reading nonsense, or what is very little better than nonsense. It must, too, be unpleasant to him to observe, that the greater part of his students desert his lectures; or perhaps, attend upon them with plain enough marks of neglect, contempt, and derision. If he is obliged, therefore, to give a certain number of lectures, these motives alone, without any other interest, might dispose him to take some pains to give tolerably good ones. Several different expedients, however, may be fallen upon, which will effectually blunt the edge of all those incitements to diligence. The teacher, instead of explaining to his pupils himself the science in which he proposes to instruct them, may read some book upon it; and if this book is written in a foreign and dead language, by interpreting it to them into their own, or,

what would give him still less trouble, by making them interpret it to him, and by now and then making an occasional remark upon it, he may flatter himself that he is giving a lecture. The slightest degree of knowledge and application will enable him to do this, without exposing himself to contempt or derision, by saying any thing that is really foolish, absurd, or ridiculous. The discipline of the college, at the same time, may enable him to force all his pupils to the most regular attendance upon his sham lecture, and to maintain the most decent and respectful behaviour during the whole time of the performance.

The discipline of colleges and universities is in general contrived, not for the benefit of the students, but for the interest, or, more properly speaking, for the ease of the masters. Its object is, in all cases, to maintain the authority of the master, and, whether he neglects or performs his duty, to oblige the students in all cases to behave to him as if he performed it with the greatest diligence and ability. It seems to presume perfect wisdom and virtue in the one order, and the greatest weakness and folly in the other. Where the masters, however, really perform their duty, there are no examples, I believe, that the greater part of the students ever neglect theirs. No discipline is ever requisite to force attendance upon lectures which are really worth the attending, as is well known wherever any such lectures are given. Force and restraint may, no doubt, be

in some degree requisite, in order to oblige children, or very young boys, to attend to those parts of education, which it is thought necessary for them to acquire during that early period of life; but after twelve or thirteen years of age, provided the master does his duty, force or restraint can scarce ever be necessary to carry on any part of education. Such is the generosity of the greater part of young men, that so far from being disposed to neglect or despise the instructions of their master, provided he shews some serious intention of being of use to them, they are generally inclined to pardon a great deal of incorrectness in the performance of his duty, and sometimes even to conceal from the public a good deal of gross negligence.

Those parts of education, it is to be observed, for the teaching of which there are no public institutions, are generally the best taught. When a young man goes to a fencing or a dancing school, he does not, indeed, always learn to fence or to dance very well; but he seldom fails of learning to fence or to dance. The good effects of the riding school are not commonly so evident. The expense of a riding school is so great, that in most places it is a public institution. The three most essential parts of literary education, to read, write, and account, it still continues to be more common to acquire in private than in public schools; and it very seldom happens, that anybody fails of acquiring them to the de-

gree in which it is necessary to acquire them.

In England, the public schools are much less corrupted than the universities. In the schools, the youth are taught, or at least may be taught, Greek and Latin; that is, everything which the masters pretend to teach, or which it is expected they should teach. In the universities, the youth neither are taught, nor always can find any proper means of being taught the sciences, which it is the business of those incorporated bodies to teach. The reward of the school-master, in most cases, depends principally, in some cases almost entirely, upon the fees or honoraries of his scholars. Schools have no exclusive privileges. In order to obtain the honours of graduation, it is not necessary that a person should bring a certificate of his having studied a certain number of years at a public school. If, upon examination, he appears to understand what is taught there, no questions are asked about the place where he learnt it.

The parts of education which are commonly taught in universities, it may perhaps be said, are not very well taught. But had it not been for those institutions, they would not have been commonly taught at all; and both the individual and the public would have suffered a good deal from the want of those important parts of education.

The present universities of Europe were originally, the greater part of them, ecclesiastical corporations, instituted for the educa-

tion of churchmen. They were founded by the authority of the pope; and were so entirely under his immediate protection, that their members, whether masters or students, had all of them what was then called the benefit of clergy, that is, were exempted from the civil jurisdiction of the countries in which their respective universities were situated, and were amenable only to the ecclesiastical tribunals. What was taught in the greater part of those universities was suitable to the end of their institution, either theology, or something that was merely preparatory to theology.

When Christianity was first established by law, a corrupted Latin had become the common language of all the western parts of Europe. The service of the church, accordingly, and the translation of the Bible which were read in churches, were both in that corrupted Latin; that is, in the common language of the country. After the irruption of the barbarous nations who overturned the Roman empire, Latin gradually ceased to be the language of any part of Europe. But the reverence of the people naturally preserves the established forms and ceremonies of religion long after the circumstances which first introduced and rendered them reasonable, are no more. Though Latin, therefore, was no longer understood anywhere by the great body of the people, the whole service of the church still continued to be performed in that language. Two different languages were thus established in Europe, in the same manner

as in ancient Egypt: a language of the priests, and a language of the people; a sacred and a profane, a learned and an unlearned language. But it was necessary that the priests should understand something of that sacred and learned language in which they were to officiate; and the study of the Latin language therefore made, from the beginning, an essential part of university education.

It was not so with that either of the Greek or of the Hebrew language. The infallible decrees of the church had pronounced the Latin translation of the Bible, commonly called the Latin Vulgate, to have been equally dictated by divine inspiration, and therefore of equal authority with the Greek and Hebrew originals. The knowledge of those two languages, therefore, not being indispensably requisite to a churchman, the study of them did not for along time make a necessary part of the common course of university education. There are some Spanish universities, I am assured, in which the study of the Greek language has never yet made any part of that course. The first reformers found the Greek text of the New Testament, and even the Hebrew text of the Old, more favourable to their opinions than the vulgate translation, which, as might naturally be supposed, had been gradually accommodated to support the doctrines of the Catholic Church. They set themselves, therefore, to expose the many errors of that translation, which the Roman catholic clergy were thus put under

the necessity of defending or explaining. But this could not well be done without some knowledge of the original languages, of which the study was therefore gradually introduced into the greater part of universities; both of those which embraced, and of those which rejected, the doctrines of the reformation. The Greek language was connected with every part of that classical learning, which, though at first principally cultivated by catholics and Italians, happened to come into fashion much about the same time that the doctrines of the reformation were set on foot. In the greater part of universities, therefore, that language was taught previous to the study of philosophy, and as soon as the student had made some progress in the Latin. The Hebrew language having no connection with classical learning, and, except the Holy Scriptures, being the language of not a single book in any esteem the study of it did not commonly commence till after that of philosophy, and when the student had entered upon the study of theology.

Originally, the first rudiments, both of the Greek and Latin languages, were taught in universities; and in some universities they still continue to be so. In others, it is expected that the student should have previously acquired, at least, the rudiments of one or both of those languages, of which the study continues to make everywhere a very considerable part of university education.

The ancient Greek philosophy was divided into three great

branches; physics, or natural philosophy; ethics, or moral philosophy; and logic. This general division seems perfectly agreeable to the nature of things.

The great phenomena of nature, the revolutions of the heavenly bodies, eclipses, comets; thunder and lightning, and other extraordinary meteors; the generation, the life, growth, and dissolution of plants and animals; are objects which, as they necessarily excite the wonder, so they naturally call forth the curiosity of mankind to inquire into their causes. Superstition first attempted to satisfy this curiosity, by referring all those wonderful appearances to the immediate agency of the gods. Philosophy afterwards endeavoured to account for them from more familiar causes, or from such as mankind were better acquainted with, than the agency of the gods. As those great phenomena are the first objects of human curiosity, so the science which pretends to explain them must naturally have been the first branch of philosophy that was cultivated. The first philosophers, accordingly, of whom history has preserved any account, appear to have been natural philosophers.

In every age and country of the world, men must have attended to the characters, designs, and actions of one another; and many reputable rules and maxims for the conduct of human life must have been laid down and approved of by common consent. As soon as writing came into fashion, wise men, or those who fancied

themselves such, would naturally endeavour to increase the number of those established and respected maxims, and to express their own sense of what was either proper or improper conduct, sometimes in the more artificial form of apologues, like what are called the fables of Aesop; and sometimes in the more simple one of apophthegms or wise sayings, like the proverbs of Solmnon, the verses of Theognis and Phocyllides, and some part of the works of Hesiod. They might continue in this manner, for a long time, merely to multiply the number of those maxims of prudence and morality, without even attempting to arrange them in any very distinct or methodical order, much less to connect them together by one or more general principles, from which they were all deducible, like effects from their natural causes. The beauty of a systematical arrangement of different observations, connected by a few common principles, was first seen in the rude essays of those ancient times towards a system of natural philosophy. Something of the same kind was afterwards attempted in morals. The maxims of common life were arranged in some methodical order, and connected together by a few common principles, in the same manner as they had attempted to arrange and connect the phenomena of nature. The science which pretends to investigate and explain those connecting principles, is what is properly called Moral Philosophy.

Different authors gave different systems, both of natural and moral philosophy. But the arguments by which they supported those different systems, far from being always demonstrations, were frequently at best but very slender probabilities, and sometimes mere sophisms, which had no other foundation but the inaccuracy and ambiguity of common language. Speculative systems, have, in all ages of the world, been adopted for reasons too frivolous to have determined the judgment of any man of common sense, in a matter of the smallest pecuniary interest. Gross sophistry has scarce ever had any influence upon the opinions of mankind, except in matters of philosophy and speculation; and in these it has frequently had the greatest. The patrons of each system of natural and moral philosophy, naturally endeavoured to expose the weakness of the arguments adduced to support the systems which were opposite to their own. In examining those arguments, they were necessarily led to consider the difference between a probable and a demonstrative argument, between a fallacious and a conclusive one; and logic, or the science of the general principles of good and bad reasoning, necessarily arose out of the observations which a scrutiny of this kind gave occasion to; though, in its origin, posterior both to physics and to ethics, it was commonly taught, not indeed in all, but in the greater part of the ancient schools of philosophy, previously to either of those sciences. The

student, it seems to have been thought, ought to understand well the difference between good and bad reasoning, before he was led to reason upon subjects of so great importance.

This ancient division of philosophy into three parts was, in the greater part of the universities of Europe, changed for another into five.

In the ancient philosophy, whatever was taught concerning the nature either of the human mind or of the Deity, made a part of the system of physics. Those beings, in whatever their essence might be supposed to consist, were parts of the great system of the universe, and parts, too, productive of the most important effects. Whatever human reason could either conclude or conjecture concerning them, made, as it were, two chapters, though no doubt two very important ones, of the science which pretended to give an account of the origin and revolutions of the great system of the universe. But in the universities of Europe, where philosophy was taught only as subservient to theology, it was natural to dwell longer upon these two chapters than upon any other of the science. They were gradually more and more extended, and were divided into many inferior chapters; till at last the doctrine of spirits, of which so little can be known, came to take up as much room in the system of philosophy as the doctrine of bodies, of which so much can be known. The doctrines concerning those two subjects were

considered as making two distinct sciences. What are called metaphysics, or pneumatics, were set in opposition to physics, and were cultivated not only as the more sublime, but, for the purposes of a particular profession, as the more useful science of the two. The proper subject of experiment and observation, a subject in which a careful attention is capable of making so many useful discoveries, was almost entirely neglected. The subject in which, after a very few simple and almost obvious truths, the most careful attention can discover nothing but obscurity and uncertainty, and can consequently produce nothing but subtleties and sophisms, was greatly cultivated.

When those two sciences had thus been set in opposition to one another, the comparison between them naturally gave birth to a third, to what was called ontology, or the science which treated of the qualities and attributes which were common to both the subjects of the other two sciences. But if subtleties and sophisms composed the greater part of the metaphysics or pneumatics of the schools, they composed the whole of this cobweb science of ontology, which was likewise sometimes called metaphysics.

Wherein consisted the happiness and perfection of a man, considered not only as an individual, but as the member of a family, of a state, and of the great society of mankind, was the object which the ancient moral philosophy proposed to investigate. In

that philosophy, the duties of human life were treated of as subservient to the happiness and perfection of human life, But when moral, as well as natural philosophy, came to be taught only as subservient to theology, the duties of human life were treated of as chiefly subservient to the happiness of a life to come. In the ancient philosophy, the perfection of virtue was represented as necessarily productive, to the person who possessed it, of the most perfect happiness in this life. In the modern philosophy, it was frequently represented as generally, or rather as almost always, inconsistent with any degree of happiness in this life; and heaven was to be earned only by penance and mortification, by the austerities and abasement of a monk, not by the liberal, generous, and spirited conduct of a man. Casuistry, and an ascetic morality, made up, in most cases, the greater part of the moral philosophy of the schools. By far the most important of all the different branches of philosophy became in this manner by far the most corrupted.

Such, therefore, was the common course of philosophical education in the greater part of the universities in Europe. Logic was taught first; ontology came in the second place; pneumatology, comprehending the doctrine concerning the nature of the human soul and of the Deity, in the third; in the fourth followed a debased system of moral philosophy, which was considered as im-

mediately connected with the doctrines of pneumatology, with the immortality of the human soul, and with the rewards and punishments which, from the justice of the Deity, were to be expected in a life to come: a short and superficial system of physics usually concluded the course.

The alterations which the universities of Europe thus introduced into the ancient course of philosophy were all meant for the education of ecclesiastics, and to render it a more proper introduction to the study of theology But the additional quantity of subtlety and sophistry, the casuistry and ascetic morality which those alterations introduced into it, certainly did not render it more for the education of gentlemen or men of the world, or more likely either to improve the understanding or to mend the heart.

This course of philosophy is what still continues to be taught in the greater part of the universities of Europe, with more or less diligence, according as the constitution of each particular university happens to render diligence more or less necessary to the teachers. In some of the richest and best endowed universities, the tutors content themselves with teaching a few unconnected shreds and parcels of this corrupted course; and even these they commonly teach very negligently and superficially.

The improvements which, in modern times have been made in several different branches of philosophy, have not, the greater part

of them, been made in universities, though some, no doubt, have. The greater part of universities have not even been very forward to adopt those improvements after they were made; and several of those learned societies have chosen to remain, for a long time, the sanctuaries in which exploded systems and obsolete prejudices found shelter and protection, after they had been hunted out of every other corner of the world. In general, the richest and best endowed universities have been slowest in adopting those improvements, and the most averse to permit any considerable change in the established plan of education. Those improvements were more easily introduced into some of the poorer universities, in which the teachers, depending upon their reputation for the greater part of their subsistence, were obliged to pay more attention to the current opinions of the world.

But though the public schools and universities of Europe were originally intended only for the education of a particular profession, that of churchmen; and though they were not always very diligent in instructing their pupils, even in the sciences which were supposed necessary for that profession; yet they gradually drew to themselves the education of almost all other people, particularly of almost all gentlemen and men of fortune. No better method, it seems, could be fallen upon, of spending, with any advantage, the long interval between infancy and that period of life at which men

begin to apply in good earnest to the real business of the world, the business which is to employ them during the remainder of their days. The greater part of what is taught in schools and universities, however, does not seem to be the most proper preparation for that business.

In England, it becomes every day more and more the custom to send young people to travel in foreign countries immediately upon their leaving school, and without sending them to any university. Our young people, it is said, generally return home much improved by their travels. A young man, who goes abroad at seventeen or eighteen, and returns home at one-and-twenty, returns three or four years older than he was when he went abroad; and at that age it is very difficult not to improve a good deal in three or four years. In the course of his travels, he generally acquires some knowledge of one or two foreign languages; a knowledge, however, which is seldom sufficient to enable him either to speak or write them with propriety. In other respects, he commonly returns home more conceited, more unprincipled, more dissipated, and more incapable of my serious application, either to study or to business, than he could well have become in so short a time had he lived at home. By travelling so very young, by spending in the most frivolous dissipation the most previous years of his life, at a distance from the inspection and control of his parents and rela-

tions, every useful habit, which the earlier parts of his education might have had some tendency to form in him, instead of being riveted and confirmed, is almost necessarily either weakened or effaced. Nothing but the discredit into which the universities are allowing themselves to fall, could ever have brought into repute so very absurd a practice as that of travelling at this early period of life. By sending his son abroad, a father delivers himself, at least for some time, from so disagreeable an object as that of a son unemployed, neglected, and going to ruin before his eyes.

Such have been the effects of some of the modern institutions for education.

Different plans and different institutions for education seem to have taken place in other ages and nations.

In the republics of ancient Greece, every free citizen was instructed, under the direction of the public magistrate, in gymnastic exercises and in music. By gymnastic exercises, it was intended to harden his body, to sharpen his courage, and to prepare him for the fatigues and dangers of war; and as the Greek militia was, by all accounts, one of the best that ever was in the world, this part of their public education must have answered completely the purpose for which it was intended. By the other part, music, it was proposed, at least by the philosophers and historians, who have given us an account of those institutions, to humanize the mind,

to soften the temper, and to dispose it for performing all the social and moral duties of public and private life.

In ancient Rome, the exercises of the Campus Martius answered the same purpose as those of the Gymnasium in ancient Greece, and they seem to have answered it equally well. But among the Romans there was nothing which corresponded to the musical education of the Greeks. The morals of the Romans, however, both in private and public life, seem to have been, not only equal, but, upon the whole, a good deal superior to those of the Greeks. That they were superior in private life, we have the express testimony of Polybius, and of Dionysius of Halicarnassus, two authors well acquainted with both nations; and the whole tenor of the Greek and Roman history bears witness to the superiority of the public morals of the Romans. The good temper and moderation of contending factions seem to be the most essential circumstances in the public morals of a free people. But the factions of the Greeks were almost always violent and sanguinary; whereas, till the time of the Gracchi, no blood had ever been shed in any Roman faction; and from the time of the Gracchi, the Roman republic may be considered as in reality dissolved. Notwithstanding, therefore, the very respectable authority of Plato, Aristotle, and Polybius, and notwithstanding the very ingenious reasons by which Mr. Montesquieu endeavours to support that authority, it

seems probable that the musical education of the Greeks had no great effect in mending their morals, since, without any such education, those of the Romans were, upon the whole, superior. The respect of those ancient sages for the institutions of their ancestors had probably disposed them to find much political wisdom in what was, perhaps, merely an ancient custom, continued, without interruption, from the earliest period of those societies, to the times in which they had arrived at a considerable degree of refinement. Music and dancing are the great amusements of almost all barbarous nations, and the great accomplishments which are supposed to fit any man for entertaining his society. It is so at this day among the negroes on the coast of Africa. It was so among the ancient Celtes, among the ancient Scandinavians, and, as we may learn from Homer, among the ancient Greeks, in the times preceding the Trojan war. When the Greek tribes had formed themselves into little republics, it was natural that the study of those accomplishments should for a long time make a part of the public and common education of the people.

The masters who instructed the young people, either in music or in military exercises, do not seem to have been paid, or even appointed by the state, either in Rome or even at Athens, the Greek republic of whose laws and customs we are the best informed. The state required that every free citizen should fit himself for defend-

ing it in war, and should upon that account, learn his military exercises. But it left him to learn them of such masters as he could find; and it seems to have advanced nothing for this purpose, but a public field or place of exercise, in which he should practise and perform them.

In the early ages, both of the Greek and Roman republics, the other parts of education seem to have consisted in learning to read, write, and account, according to the arithmetic of the times. These accomplishments the richer citizens seem frequently to have acquired at home, by the assistance of some domestic pedagogue, who was, generally, either a slave or a freedman; and the poorer citizens in the schools of such masters as made a trade of teaching for hire. Such parts of education, however, were abandoned altogether to the care of the parents or guardians of each individual. It does not appear that the state ever assumed any inspection or direction of them. By a law of Solon, indeed, the children were acquitted from maintaining those parents who had neglected to instruct them in some profitable trade or business.

In the progress of refinement, when philosophy and rhetoric came into fashion, the better sort of people used to send their children to the schools of philosophers and rhetoricians, in order to be instructed in these fashionable sciences. But those schools were not supported by the public. They were, for a long time,

barely tolerated by it. The demand for philosophy and rhetoric was, for a long time, so small, that the first professed teachers of either could not find constant employment in any one city, but were obliged to travel about from place to place. In this manner lived Zeno of Elea, Protagoras, Gorgias, Hippias, and many others. As the demand increased, the school, both of philosophy and rhetoric, became stationary, first in Athens, and afterwards in several other cities. The state, however, seems never to have encouraged them further, than by assigning to some of them a particular place to teach in, which was sometimes done, too, by private donors. The state seems to have assigned the Academy to Plato, the Lyceum to Aristotle, and the Portico to Zeno of Citta, the founder of the Stoics. But Epicurus bequeathed his gardens to his own school. Till about the time of Marcus Antoninus, however, no teacher appears to have had any salary from the public, or to have had any other emoluments, but what arose from the honorarium or fees of his scholars. The bounty which that philosophical emperor, as we learn from Lucian, bestowed upon one of the teachers of philosophy, probably lasted no longer than his own life. There was nothing equivalent to the privileges of graduation; and to have attended any of those schools was not necessary, in order to be permitted to practise any particular trade or profession. If the opinion of their own utility could not draw scholars to them, the law

neither forced anybody to go to them, nor rewarded anybody for having gone to them. The teachers had no jurisdiction over their pupils, nor any other authority besides that natural authority which superior virtue and abilities never fail to procure from young people towards those who are entrusted with any part of their education.

At Rome, the study of the civil law made a part of the education, not of the greater part of the citizens, but of some particular families. The young people, however, who wished to acquire knowledge in the law, had no public school to go to, and had no other method of studying it, than by frequenting the company of such of their relations and friends as were supposed to understand it. It is, perhaps, worth while to remark, that though the laws of the twelve tables were many of them copied from those of some ancient Greek republics, yet law never seems to have grown up to be a science in any republic of ancient Greece. In Rome it became a science very early, and gave a considerable degree of illustration to those citizens who had the reputation of understanding it. In the republics of ancient Greece, particularly in Athens, the ordinary courts of justice consisted of numerous, and therefore disorderly, bodies of people, who frequently decided almost at random, or as clamour, faction, and party-spirit, happened to determine. The ignominy of an unjust decision, when it was to be divided among five hundred, a thousand, or fifteen hundred people (for some of their courts were

so very numerous), could not fall very heavy upon any individual. At Rome, on the contrary, the principal courts of justice consisted either of a single judge, or of a small number of judges, whose characters, especially as they deliberated always in public, could not fail to be very much affected by any rash or unjust decision. In doubtful cases such courts, from their anxiety to avoid blame, would naturally endeavour to shelter themselves under the example or precedent of the judges who had sat before them, either in the same or in some other court. This attention to practice and precedent, necessarily formed the Roman law into that regular and orderly system in which it has been delivered down to us; and the like attention has had the like effects upon the laws of every other country where such attention has taken place. The superiority of character in the Romans over that of the Greeks, so much remarked by Polybius and Dionysius of Halicarnassus, was probably more owing to the better constitution of their courts of justice, than to any of the circumstances to which those authors ascribe it. The Romans are said to have been particularly distinguished for their superior respect to an oath. But the people who were accustomed to make oath only before some diligent and well informed court of justice, would naturally be much more attentive to what they swore, than they who were accustomed to do the same thing before mobbish and disorderly assemblies.

The abilities, both civil and military, of the Greeks and Romans, will readily be allowed to have been at least equal to those of any modern nation. Our prejudice is perhaps rather to overrate them. But except in what related to military exercises, the state seems to have been at no pains to form those great abilities; for I cannot be induced to believe that the musical education of the Greeks could be of much consequence in forming them. Masters, however, had been found, it seems, for instructing the better sort of people among those nations, in every art and science in which the circumstances of their society rendered it necessary or convenient for them to be instructed. The demand for such instruction produced, what it always produces, the talent for giving it; and the emulation which an unrestrained competition never fails to excite, appears to have brought that talent to a very high degree of perfection. In the attention which the ancient philosophers excited, in the empire which they acquired over the opinions and principles of their auditors, in the faculty which they possessed of giving a certain tone and character to the conduct and conversation of those auditors, they appear to have been much superior to any modern teachers. In modern times, the diligence of public teachers is more or less corrupted by the circumstances which render them more or less independent of their success and reputation in their particular professions. Their salaries, too, put the private

teacher, who would pretend to come into competition with them, in the same state with a merchant who attempts to trade without a bounty, in competition with those who trade with a considerable one. If he sells his goods at nearly the same price, he cannot have the same profit; and poverty and beggary at least, if not bankruptcy and ruin, will infallibly be his lot. If he attempts to sell them much dearer, he is likely to have so few customers, that his circumstances will not be much mended. The privileges of graduation, besides, are in many countries necessary, or at least extremely convenient, to most men of learned professions, that is, to the far greater part of those who have occasion for a learned education. But those privileges can be obtained only by attending the lectures of the public teachers. The most careful attendance upon the ablest instructions of any private teacher cannot always give any title to demand them. It is from these different causes that the private teacher of any of the sciences, which are commonly taught in universities, is, in modern times, generally considered as in the very lowest order of men of letters. A man of real abilities can scarce find out a more humiliating or a more unprofitable employment to turn them to. The endowments of schools and colleges have in this manner not only corrupted the diligence of public teachers, but have rendered it almost impossible to have any good private ones.

Were there no public institutions for education, no system, no science, would be taught, for which there was not some demand, or which the circumstances of the times did not render it either necessary or convenient, or at least fashionable to learn. A private teacher could never find his account in teaching either an exploded and antiquated system of a science acknowledged to be useful, or a science universally believed to be a mere useless and pedantic heap of sophistry and nonsense. Such systems, such sciences, can subsist nowhere but in those incorporated societies for education, whose prosperity and revenue are in a great measure independent of their industry. Were there no public institutions for education, a gentleman, after going through, with application and abilities, the most complete course of education which the circumstances of the times were supposed to afford, could not come into the world completely ignorant of everything which is the common subject of conversation among gentlemen and men of the world.

There are no public institutions for the education of women, and there is accordingly nothing useless, absurd, or fantastical, in the common course of their education. They are taught what their parents or guardians judge it necessary or useful for them to learn, and they are taught nothing else. Every part of their education tends evidently to some useful purpose; either to improve the natural attractions of their person, or to form their mind to reserve, to

modesty, to chastity, and to economy; to render them both likely to become the mistresses of a family, and to behave properly when they have become such. In every part of her life, a woman feels some conveniency or advantage from every part of her education. It seldom happens that a man, in any part of his life, derives any conveniency or advantage from some of the most laborious and troublesome parts of his education.

Ought the public, therefore, to give no attention, it may be asked, to the education of the people? Or, if it ought to give any, what are the different parts of education which it ought to attend to in the different orders of the people? and in what manner ought it to attend to them?

In some cases, the state of society necessarily places the greater part of individuals in such situations as naturally form in them, without any attention of government, almost all the abilities and virtues which that state requires, or perhaps can admit of. In other cases, the state of the society does not place the greater part of individuals in such situations; and some attention of government is necessary, in order to prevent the almost entire corruption and degeneracy of the great body of the people.

In the progress of the division of labour, the employment of the far greater part of those who live by labour, that is, of the great body of the people, comes to be confined to a few very simple

operations; frequently to one or two. But the understandings of the greater part of men are necessarily formed by their ordinary employments. The man whose whole life is spent in performing a few simple operations, of which the effects, too, are perhaps always the same, or very nearly the same, has no occasion to exert his understanding, or to exercise his invention, in finding out expedients for removing difficulties which never occur. He naturally loses, therefore, the habit of such exertion, and generally becomes as stupid and ignorant as it is possible for a human creature to become. The torpor of his mind renders him not only incapable of relishing or bearing a part in any rational conversation, but of conceiving any generous, noble, or tender sentiment, and consequently of forming any just judgment concerning many even of the ordinary duties of private life. Of the great and extensive interests of his country he is altogether incapable of judging; and unless very particular pains have been taken to render him otherwise, he is equally incapable of defending his country in war. The uniformity of his stationary life naturally corrupts the courage of his mind, and makes him regard, with abhorrence, the irregular, uncertain, and adventurous life of a soldier. It corrupts even the activity of his body, and renders him incapable of exerting his strength with vigour and perseverance in any other employment, than that to which he has been bred. His dexterity at his own

particular trade seems, in this manner, to be acquired at the expense of his intellectual, social, and martial virtues. But in every improved and civilized society, this is the state into which the labouring poor, that is, the great body of the people, must necessarily fall, unless government takes some pains to prevent it.

It is otherwise in the barbarous societies, as they are commonly called, of hunters, of shepherds, and even of husbandmen in that rude state of husbandry which precedes the improvement of manufactures, and the extension of foreign commerce. In such societies, the varied occupations of every man oblige every man to exert his capacity, and to invent expedients for removing difficulties which are continually occurring. Invention is kept alive, and the mind is not suffered to fall into that drowsy stupidity, which, in a civilized society, seems to benumb the understanding of almost all the inferior ranks of people. In those barbarous societies, as they are called, every man, it has already been observed, is a warrior. Every man, too, is in some measure a statesman, and can form a tolerable judgment concerning the interest of the society, and the conduct of those who govern it. How far their chiefs are good judges in peace, or good leaders in war, is obvious to the observation of almost every single man among them. In such a society, indeed, no man can well acquire that improved and refined understanding which a few men sometimes possess in a more civi-

lized state. Though in a rude society there is a good deal of variety in the occupations of every individual, there is not a great deal in those of the whole society. Every man does, or is capable of doing, almost every thing which any other man does, or is capable of being. Every man has a considerable degree of knowledge, ingenuity, and invention but scarce any man has a great degree. The degree, however, which is commonly possessed, is generally sufficient for conducting the whole simple business of the society. In a civilized state, on the contrary, though there is little variety in the occupations of the greater part of individuals, there is an almost infinite variety in those of the whole society. These varied occupations present an almost infinite variety of objects to the contemplation of those few, who, being attached to no particular occupation themselves, have leisure and inclination to examine the occupations of other people. The contemplation of so great a variety of objects necessarily exercises their minds in endless comparisons and combinations, and renders their understandings, in an extraordinary degree, both acute and comprehensive. Unless those few, however, happen to be placed in some very particular situations, their great abilities, though honourable to themselves, may contribute very little to the good government or happiness of their society. Notwithstanding the great abilities of those few, all the nobler parts of the human character may be, in a great measure,

obliterated and extinguished in the great body of the people.

The education of the common people requires, perhaps, in a civilized and commercial society, the attention of the public, more than that of people of some rank and fortune. People of some rank and fortune are generally eighteen or nineteen years of age before they enter upon that particular business, profession, or trade, by which they propose to distinguish themselves in the world. They have, before that, full time to acquire, or at least to fit themselves for afterwards acquiring, every accomplishment which can recommend them to the public esteem, or render them worthy of it. Their parents or guardians are generally sufficiently anxious that they should be so accomplished, and are in most cases, willing enough to lay out the expense which is necessary for that purpose. If they are not always properly educated, it is seldom from the want of expense laid out upon their education, but from the improper application of that expense. It is seldom from the want of masters, but from the negligence and incapacity of the masters who are to be had, and from the difficulty, or rather from the impossibility, which there is, in the present state of things, of finding any better. The employments, too, in which people of some rank or fortune spend the greater part of their lives, are not, like those of the common people, simple and uniform. They are almost all of them extremely complicated, and such as exercise the

head more than the hands. The understandings of those who are engaged in such employments, can seldom grow torpid for want of exercise. The employments of people of some rank and fortune, besides, are seldom such as harass them from morning to night. They generally have a good deal of leisure, during which they may perfect themselves in every branch, either of useful or ornamental knowledge, of which they may have laid the foundation, or for which they may have acquired some taste in the earlier part of life.

It is otherwise with the common people. They have little time to spare for education. Their parents can scarce afford to maintain them, even in infancy. As soon as they are able to work, they must apply to some trade, by which they can earn their subsistence. That trade, too, is generally so simple and uniform, as to give little exercise to the understanding; while, at the same time, their labour is both so constant and so severe, that it leaves them little leisure and less inclination to apply to, or even to think of any thing else.

But though the common people cannot, in any civilized society, be so well instructed as people of some rank and fortune; the most essential parts of education, however, to read, write, and account, can be acquired at so early a period of life, that the greater part, even of those who are to be bred to the lowest occupations, have time to acquire them before they can be employed in those occu-

pations. For a very small expense, the public can facilitate, can encourage and can even impose upon almost the whole body of the people, the necessity of acquiring those most essential parts of education.

The public can facilitate this acquisition, by establishing in every parish or district a little school, where children maybe taught for a reward so moderate, that even a common labourer may afford it; the master being partly, but not wholly, paid by the public; because, if he was wholly, or even principally, paid by it, he would soon learn to neglect his business. In Scotland, the establishment of such parish schools has taught almost the whole common people to read, and a very great proportion of them to write and account. In England, the establishment of charity schools has had an effect of the same kind, though not so universally, because the establishment is not so universal. If, in those little schools, the books by which the children are taught to read, were a little more instructive than they commonly are; and if, instead of a little smattering in Latin, which the children of the common people are sometimes taught there, and which can scarce ever be of any use to them, they were instructed in the elementary parts of geometry and mechanics; the literary education of this rank of people would, perhaps, be as complete as can be. There is scarce a common trade, which does not afford some opportunities of applying to it the

principles of geometry and mechanics, and which would not, therefore, gradually exercise and improve the common people in those principles, the necessary introduction to the most sublime, as well as to the most useful sciences.

The public can encourage the acquisition of those most essential parts of education, by giving small premiums, and little badges of distinction, to the children of the common people who excel in them.

The public can impose upon almost the whole body of the people the necessity of acquiring the most essential parts of education, by obliging every man to undergo an examination or probation in them, before he can obtain the freedom in any corporation, or be allowed to set up any trade, either in a village or town corporate.

It was in this manner, by facilitating the acquisition of their military and gymnastic exercises, by encouraging it, and even by imposing upon the whole body of the people the necessity of learning those exercises, that the Greek and Roman republics maintained the martial spirit of their respective citizens. They facilitated the acquisition of those exercises, by appointing a certain place for learning and practising them, and by granting to certain masters the privilege of teaching in that place. Those masters do not appear to have had either salaries or exclusive privileges of any kind. Their reward consisted altogether in what they got from

their scholars; and a citizen, who had learnt his exercises in the public gymnasia, had no sort of legal advantage over one who had learnt them privately, provided the latter had learned them equally well. Those republics encouraged the acquisition of those exercises, by bestowing little premiums and badges of distinction upon those who excelled in them. To have gained a prize in the Olympic, Isthmian, or Nemeaan games, gave illustration, not only to the person who gained it, but to his whole family and kindred. The obligation which every citizen was under, to serve a certain number of years, if called upon, in the armies of the republic, sufficiently imposed the necessity of learning those exercises, without which he could not be fit for that service.

That in the progress of improvement, the practice of military exercises, unless government takes proper pains to support it, goes gradually to decay, and, together with it, the martial spirit of the great body of the people, the example of modern Europe sufficiently demonstrates. But the security of every society must always depend, more or less, upon the martial spirit of the great body of the people. In the present times, indeed, that martial spirit alone, and unsupported by a well-disciplined standing army, would not, perhaps, be sufficient for the defence and security of any society. But where every citizen had the spirit of a soldier, a smaller standing army would surely be requisite. That spirit, besides, would

necessarily diminish very much the dangers to liberty, whether real or imaginary, which are commonly apprehended from a standing army. As it would very much facilitate the operations of that army against a foreign invader; so it would obstruct them as much, if unfortunately they should ever be directed against the constitution of the state.

The ancient institutions of Greece and Rome seem to have been much more effectual for maintaining the martial spirit of the great body of the people, than the establishment of what are called the militias of modern times. They were much more simple. When they were once established, they executed themselves, and it required little or no attention from government to maintain them in the most perfect vigour. Whereas to maintain, even in tolerable execution, the complex regulations of any modern militia, requires the continual and painful attention of government, without which they are constantly falling into total neglect and disuse. The influence, besides, of the ancient institutions, was much more universal. By means of them, the whole body of the people was completely instructed in the use of arms; whereas it is but a very small part of them who can ever be so instructed by the regulations of any modern militia, except, perhaps, that of Switzerland. But a coward, a man incapable either of defending or of revenging himself, evidently wants one of the most essential parts of the charac-

ter of a man. He is as much mutilated and deformed in his mind as another is in his body, who is either deprived of some of its most essential members, or has lost the use of them. He is evidently the more wretched and miserable of the two; because happiness and misery, which reside altogether in the mind, must necessarily depend more upon the healthful or unhealthful, the mutilated or entire state of the mind, than upon that of the body. Even though the martial spirit of the people were of no use towards the defence of the society, yet, to prevent that sort of mental mutilation, deformity, and wretchedness, which cowardice necessarily involves in it, from spreading themselves through the great body of the people, would still deserve the most serious attention of government; in the same manner as it would deserve its most serious attention to prevent a leprosy, or any other loathsome and offensive disease, though neither mortal nor dangerous, from spreading itself among them; though, perhaps, no other public good might result from such attention, besides the prevention of so great a public evil.

The same thing may be said of the gross ignorance and stupidity which, in a civilized society, seem so frequently to benumb the understandings of all the inferior ranks of people. A man without the proper use of the intellectual faculties of a man, is, if possible, more contemptible than even a coward, and seems to be mutilated

and deformed in a still more essential part of the character of human nature. Though the state was to derive no advantage from the instruction of the inferior ranks of people, it would still deserve its attention that they should not be altogether uninstructed. The state, however, derives no inconsiderable advantage from their instruction. The more they are instructed, the less liable they are to the delusions of enthusiasm and superstition, which, among ignorant nations frequently occasion the most dreadful disorders. An instructed and intelligent people, besides, are always more decent and orderly than an ignorant and stupid one. They feel themselves, each individually, more respectable, and more likely to obtain the respect of their lawful superiors, and they are, therefore, more disposed to respect those superiors. They are more disposed to examine, and more capable of seeing through, the interested complaints of faction and sedition; and they are, upon that account, less apt to be misled into any wanton or unnecessary opposition to the measures of government. In free countries, where the safety of government depends very much upon the favourable judgment which the people may form of its conduct, it must surely be of the highest importance, that they should not be disposed to judge rashly or capriciously concerning it.

Art. III. — Of the Expense of the Institutions for the Instruction of People of all Ages.

The institutions for the instruction of people of all ages, are chiefly those for religious instruction. This is a species of instruction, of which the object is not so much to render the people good citizens in this world, as to prepare them for another and a better world in the life to come. The teachers of the doctrine which contains this instruction, in the same manner as other teachers, may either depend altogether for their subsistence upon the voluntary contributions of their hearers; or they may derive it from some other fund, to which the law of their country may entitle them; such as a landed estate, a tythe or land tax, an established salary or stipend. Their exertion, their zeal and industry, are likely to be much greater in the former situation than in the latter. In this respect, the teachers of a new religion have always had a considerable advantage in attacking those ancient and established systems, of which the clergy, reposing themselves upon their benefices, had neglected to keep up the fervour of faith and devotion in the great body of the people; and having given themselves up to indolence, were become altogether incapable of making any vigorous exertion in defence even of their own establishment. The clergy of an established and well endowed religion frequently become men of learning and elegance, who possess all the virtues of gentlemen, or

which can recommend them to the esteem of gentlemen; but they are apt gradually to lose the qualities, both good and bad, which gave them authority and influence with the inferior ranks of people, and which had perhaps been the original causes of the success and establishment of their religion. Such a clergy, when attacked by a set of popular and bold, though perhaps stupid and ignorant enthusiasts, feel themselves as perfectly defenceless as the indolent, effeminate, and full fed nations of the southern parts of Asia, when they were invaded by the active, hardy, and hungry Tartars of the north. Such a clergy, upon such an emergency, have commonly no other resource than to call upon the civil magistrate to persecute, destroy, or drive out their adversaries, as disturbers of the public peace. It was thus that the Roman catholic clergy called upon the civil magistrate to persecute the protestants, and the church of England to persecute the dissenters; and that in general every religious sect, when it has once enjoyed, for a century or two, the security of a legal establishment, has found itself incapable of making any vigorous defence against any new sect which chose to attack its doctrine or discipline. Upon such occasions, the advantage, in point of learning and good writing, may sometimes be on the side of the established church. But the arts of popularity, all the arts of gaining proselytes, are constantly on the side of its adversaries. In England, those arts have been long ne-

glected by the well endowed clergy of the established church, and are at present chiefly cultivated by the dissenters and by the methodists. The independent provisions, however, which in many places have been made for dissenting teachers, by means of voluntary subscriptions, of trust rights, and other evasions of the law, seem very much to have abated the zeal and activity of those teachers. They have many of them become very learned, ingenious, and respectable men; but they have in general ceased to be very popular preachers. The methodists, without half the learning of the dissenters, are much more in vogue.

In the church of Rome the industry and zeal of the inferior clergy are kept more alive by the powerful motive of self-interest, than perhaps in any established protestant church. The parochial clergy derive many of them, a very considerable part of their subsistence from the voluntary oblations of the people; a source of revenue, which confession gives them many opportunities of improving. The mendicant orders derive their whole subsistence from such oblations. It is with them as with the hussars and light infantry of some armies; no plunder, no pay. The parochial clergy are like those teachers whose reward depends partly upon their salary, and partly upon the fees or honoraries which they get from their pupils; and these must always depend, more or less, upon their industry and reputation. The mendicant orders are like those teach-

ers whose subsistence depends altogether upon their industry. They are obliged, therefore, to use every art which can animate the devotion of the common people. The establishment of the two great mendicant orders of St Dominic and St. Francis, it is observed by Machiavel, revived, in the thirteenth and fourteenth centuries, the languishing faith and devotion of the catholic church. In Roman catholic countries, the spirit of devotion is supported altogether by the monks, and by the poorer parochial clergy. The great dignitaries of the church, with all the accomplishments of gentlemen and men of the world, and sometimes with those of men of learning, are careful to maintain the necessary discipline over their inferiors, but seldom give themselves any trouble about the instruction of the people.

“Most of the arts and professions in a state,” says by far the most illustrious philosopher and historian of the present age, “are of such a nature, that, while they promote the interests of the society, they are also useful or agreeable to some individuals; and, in that case, the constant rule of the magistrate, except, perhaps, on the first introduction of any art, is, to leave the profession to itself, and trust its encouragement to the individuals who reap the benefit of it. The artizans, finding their profits to rise by the favour of their customers, increase, as much as possible, their skill and industry; and as matters are not disturbed by any injudicious tam-

pering, the commodity is always sure to be at all times nearly proportioned to the demand.

“But there are also some callings which, though useful and even necessary in a state, bring no advantage or pleasure to any individual; and the supreme power is obliged to alter its conduct with regard to the retainers of those professions. It must give them public encouragement in order to their subsistence; and it must provide against that negligence to which they will naturally be subject, either by annexing particular honours to profession, by establishing a long subordination of ranks, and a strict dependence, or by some other expedient. The persons employed in the finances, fleets, and magistracy, are instances of this order of men.

“It may naturally be thought, at first sight, that the ecclesiastics belong to the first class, and that their encouragement, as well as that of lawyers and physicians, may safely be entrusted to the liberality of individuals, who are attached to their doctrines, and who find benefit or consolation from their spiritual ministry and assistance. Their industry and vigilance will, no doubt, be whetted by such an additional motive; and their skill in the profession, as well as their address in governing the minds of the people, must receive daily increase, from their increasing practice, study, and attention.

“But if we consider the matter more closely, we shall find that this interested diligence of the clergy is what every wise legislator

will study to prevent; because, in every religion except the true, it is highly pernicious, and it has even a natural tendency to pervert the truth, by infusing into it a strong mixture of superstition, folly, and delusion. Each ghostly practitioner, in order to render himself more precious and sacred in the eyes of his retainers, will inspire them with the most violent abhorrence of all other sects, and continually endeavour, by some novelty, to excite the languid devotion of his audience. No regard will be paid to truth, morals, or decency, in the doctrines inculcated. Every tenet will be adopted that best suits the disorderly affections of the human frame. Customers will be drawn to each conventicle by new industry and address, in practising on the passions and credulity of the populace. And, in the end, the civil magistrate will find that he has dearly paid for his intended frugality, in saving a fixed establishment for the priests; and that, in reality, the most decent and advantageous composition, which he can make with the spiritual guides, is to bribe their indolence, by assigning stated salaries to their profession, and rendering it superfluous for them to be farther active, than merely to prevent their flock from straying in quest of new pastors. And in this manner ecclesiastical establishments, though commonly they arose at first from religious views, prove in the end advantageous to the political interests of society.”

But whatever may have been the good or bad effects of the inde-

pendent provision of the clergy, it has, perhaps, been very seldom bestowed upon them from any view to those effects. Times of violent religious controversy have generally been times of equally violent political faction. Upon such occasions, each political party has either found it, or imagined it, for his interest, to league itself with some one or other of the contending religious sects. But this could be done only by adopting, or, at least, by favouring the tenets of that particular sect. The sect which had the good fortune to be leagued with the conquering party necessarily shared in the victory of its ally, by whose favour and protection it was soon enabled, in some degree, to silence and subdue all its adversaries. Those adversaries had generally leagued themselves with the enemies of the conquering party, and were, therefore the enemies of that party. The clergy of this particular sect having thus become complete masters of the field, and their influence and authority with the great body of the people being in its highest vigour, they were powerful enough to overawe the chiefs and leaders of their own party, and to oblige the civil magistrate to respect their opinions and inclinations. Their first demand was generally that he should silence and subdue all their adversaries; and their second, that he should bestow an independent provision on themselves. As they had generally contributed a good deal to the victory, it seemed not unreasonable that they should have some share in the

spoil. They were weary, besides, of humouring the people, and of depending upon their caprice for a subsistence. In making this demand, therefore, they consulted their own ease and comfort, without troubling themselves about the effect which it might have, in future times, upon the influence and authority of their order. The civil magistrate, who could comply with their demand only by giving them something which he would have chosen much rather to take, or to keep to himself, was seldom very forward to grant it. Necessity, however, always forced him to submit at last, though frequently not till after many delays, evasions, and affected excuses.

But if politics had never called in the aid of religion, had the conquering party never adopted the tenets of one sect more than those of another, when it had gained the victory, it would probably have dealt equally and impartially with all the different sects, and have allowed every man to choose his own priest, and his own religion, as he thought proper. There would, and, in this case, no doubt, have been, a great multitude of religious sects. Almost every different congregation might probably have had a little sect by itself, or have entertained some peculiar tenets of its own. Each teacher, would, no doubt, have felt himself under the necessity of making the utmost exertion, and of using every art, both to preserve and to increase the number of his disciples. But as every other teacher would have felt himself under the same necessity,

the success of no one teacher, or sect of teachers, could have been very great. The interested and active zeal of religious teachers can be dangerous and troublesome only where there is either but one sect tolerated in the society, or where the whole of a large society is divided into two or three great sects; the teachers of each acting by concert, and under a regular discipline and subordination. But that zeal must be altogether innocent, where the society is divided into two or three hundred, or, perhaps, into as many thousand small sects, of which no one could be considerable enough to disturb the public tranquillity. The teachers of each sect, seeing themselves surrounded on all sides with more adversaries than friends, would be obliged to learn that candour and moderation which are so seldom to be found among the teachers of those great sects, whose tenets, being supported by the civil magistrate, are held in veneration by almost all the inhabitants of extensive kingdoms and empires, and who, therefore, see nothing round them but followers, disciples, and humble admirers. The teachers of each little sect, finding themselves almost alone, would be obliged to respect those of almost every other sect; and the concessions which they would mutually find in both convenient and agreeable to make one to another, might in time, probably reduce the doctrine of the greater part of them to that pure and rational religion, free from every mixture of absurdity, imposture, or fanaticism, such as

wise men have, in all ages of the world, wished to see established; but such as positive law has, perhaps, never yet established, and probably never will establish in any country; because, with regard to religion, positive law always has been, and probably always will be, more or less influenced by popular superstition and enthusiasm. This plan of ecclesiastical government, or, more properly, of no ecclesiastical government, was what the sect called Independents (a sect, no doubt, of very wild enthusiasts), proposed to establish in England towards the end of the civil war. If it had been established, though of a very unphilosophical origin, it would probably, by this time, have been productive of the most philosophical good temper and moderation with regard to every sort of religious principle. It has been established in Pennsylvania, where, though the quakers happen to be the most numerous, the law, in reality, favours no one sect more than another; and it is there said to have been productive of this philosophical good temper and moderation,

But though this equality of treatment should not be productive of this good temper and moderation in all, or even in the greater part of the religious sects of a particular country; yet, provided those sects were sufficiently numerous, and each of them consequently too small to disturb the public tranquillity, the excessive zeal of each for its particular tenets could not well be productive

of any very hurtful effects, but, on the contrary, of several good ones; and if the government was perfectly decided, both to let them all alone, and to oblige them all to let alone one another, there is little danger that they would not of their own accord, subdivide themselves fast enough, so as soon to become sufficiently numerous.

In every civilized society, in every society where the distinction of ranks has once been completely established, there have been always two different schemes or systems of morality current at the same time; of which the one may be called the strict or austere; the other the liberal, or, if you will, the loose system. The former is generally admired and revered by the common people; the latter is commonly more esteemed and adopted by what are called the people of fashion. The degree of disapprobation with which we ought to mark the vices of levity, the vices which are apt to arise from great prosperity, and from the excess of gaiety and good humour, seems to constitute the principal distinction between those two opposite schemes or systems. In the liberal or loose system, luxury, wanton, and even disorderly mirth, the pursuit of pleasure to some degree of intemperance, the breach of chastity, at least in one of the two sexes, etc. provided they are not accompanied with gross indecency, and do not lead to falsehood and injustice, are generally treated with a good deal of indulgence, and are easily

either excused or pardoned altogether. In the austere system, on the contrary, those excesses are regarded with the utmost abhorrence and detestation. The vices of levity are always ruinous to the common people, and a single week's thoughtlessness and dissipation is often sufficient to undo a poor workman for ever, and to drive him, through despair, upon committing the most enormous crimes. The wiser and better sort of the common people, therefore, have always the utmost abhorrence and detestation of such excesses, which their experience tells them are so immediately fatal to people of their condition. The disorder and extravagance of several years, on the contrary, will not always ruin a man of fashion; and people of that rank are very apt to consider the power of indulging in some degree of excess, as one of the advantages of their fortune; and the liberty of doing so without censure or reproach, as one of the privileges which belong to their station. In people of their own station, therefore, they regard such excesses with but a small degree of disapprobation, and censure them either very slightly or not at all.

Almost all religious sects have begun among the common people, from whom they have generally drawn their earliest, as well as their most numerous proselytes. The austere system of morality has, accordingly, been adopted by those sects almost constantly, or with very few exceptions; for there have been some. It was the

system by which they could best recommend themselves to that order of people, to whom they first proposed their plan of reformation upon what had been before established. Many of them, perhaps the greater part of them, have even endeavoured to gain credit by refining upon this austere system, and by carrying it to some degree of folly and extravagance; and this excessive rigour has frequently recommended them, more than any thing else, to the respect and veneration of the common people.

A man of rank and fortune is, by his station, the distinguished member of a great society, who attend to every part of his conduct, and who thereby oblige him to attend to every part of it himself. His authority and consideration depend very much upon the respect which this society bears to him. He dares not do anything which would disgrace or discredit him in it; and he is obliged to a very strict observation of that species of morals, whether liberal or austere, which the general consent of this society prescribes to persons of his rank and fortune. A man of low condition, on the contrary, is far from being a distinguished member of any great society. While he remains in a country village, his conduct may be attended to, and he may be obliged to attend to it himself. In this situation, and in this situation only, he may have what is called a character to lose. But as soon as he comes into a great city, he is sunk in obscurity and darkness. His conduct is observed and

attended to by nobody; and he is, therefore, very likely to neglect it himself, and to abandon himself to every sort of low profligacy and vice. He never emerges so effectually from this obscurity, his conduct never excites so much the attention of any respectable society, as by his becoming the member of a small religious sect. He from that moment acquires a degree of consideration which he never had before. All his brother sectaries are, for the credit of the sect, interested to observe his conduct; and, if he gives occasion to any scandal, if he deviates very much from those austere morals which they almost always require of one another, to punish him by what is always a very severe punishment, even where no evil effects attend it, expulsion or excommunication from the sect. In little religious sects, accordingly, the morals of the common people have been almost always remarkably regular and orderly; generally much more so than in the established church. The morals of those little sects, indeed, have frequently been rather disagreeably rigorous and unsocial.

There are two very easy and effectual remedies, however, by whose joint operation the state might, without violence, correct whatever was unsocial or disagreeably rigorous in the morals of all the little sects into which the country was divided.

The first of those remedies is the study of science and philosophy, which the state might render almost universal among all people

of middling or more than middling rank and fortune; not by giving salaries to teachers in order to make them negligent and idle, but by instituting some sort of probation, even in the higher and more difficult sciences, to be undergone by every person before he was permitted to exercise any liberal profession, or before he could be received as a candidate for any honourable office, of trust or profit. if the state imposed upon this order of men the necessity of learning, it would have no occasion to give itself any trouble about providing them with proper teachers. They would soon find better teachers for themselves, than any whom the state could provide for them. Science is the great antidote to the poison of enthusiasm and superstition; and where all the superior ranks of people were secured from it, the inferior ranks could not be much exposed to it.

The second of those remedies is the frequency and gaiety of public diversions. The state, by encouraging, that is, by giving entire liberty to all those who, from their own interest, would attempt, without scandal or indecency, to amuse and divert the people by painting, poetry, music, dancing; by all sorts of dramatic representations and exhibitions; would easily dissipate, in the greater part of them, that melancholy and gloomy humour which is almost always the nurse of popular superstition and enthusiasm. Public diversions have always been the objects of dread

and hatred to all the fanatical promoters of those popular frenzies. The gaiety and good humour which those diversions inspire, were altogether inconsistent with that temper of mind which was fittest for their purpose, or which they could best work upon. Dramatic representations, besides, frequently exposing their artifices to public ridicule, and sometimes even to public execration, were, upon that account, more than all other diversions, the objects of their peculiar abhorrence.

In a country where the law favoured the teachers of no one religion more than those of another, it would not be necessary that any of them should have any particular or immediate dependency upon the sovereign or executive power; or that he should have anything to do either in appointing or in dismissing them from their offices. In such a situation, he would have no occasion to give himself any concern about them, further than to keep the peace among them, in the same manner as among the rest of his subjects, that is, to hinder them from persecuting, abusing, or oppressing one another. But it is quite otherwise in countries where there is an established or governing religion. The sovereign can in this case never be secure, unless he has the means of influencing in a considerable degree the greater part of the teachers of that religion.

The clergy of every established church constitute a great incorporation. They can act in concert, and pursue their interest upon

one plan, and with one spirit as much as if they were under the direction of one man; and they are frequently, too, under such direction. Their interest as an incorporated body is never the same with that of the sovereign, and is sometimes directly opposite to it. Their great interest is to maintain their authority with the people, and this authority depends upon the supposed certainty and importance of the whole doctrine which they inculcate, and upon the supposed necessity of adopting every part of it with the most implicit faith, in order to avoid eternal misery. Should the sovereign have the imprudence to appear either to deride, or doubt himself of the most trifling part of their doctrine, or from humanity, attempt to protect those who did either the one or the other, the punctilious honour of a clergy, who have no sort of dependency upon him, is immediately provoked to proscribe him as a profane person, and to employ all the terrors of religion, in order to oblige the people to transfer their allegiance to some more orthodox and obedient prince. Should he oppose any of their pretensions or usurpations, the danger is equally great. The princes who have dared in this manner to rebel against the church, over and above this crime of rebellion, have generally been charged, too, with the additional crime of heresy, notwithstanding their solemn protestations of their faith, and humble submission to every tenet which she thought proper to prescribe to them. But the au-

thority of religion is superior to every other authority. The fears which it suggests conquer all other fears. When the authorized teachers of religion propagate through the great body of the people, doctrines subversive of the authority of the sovereign, it is by violence only, or by the force of a standing army, that he can maintain his authority. Even a standing army cannot in this case give him any lasting security; because if the soldiers are not foreigners, which can seldom be the case, but drawn from the great body of the people, which must almost always be the case, they are likely to be soon corrupted by those very doctrines. The revolutions which the turbulence of the Greek clergy was continually occasioning at Constantinople, as long as the eastern empire subsisted; the convulsions which, during the course of several centuries, the turbulence of the Roman clergy was continually occasioning in every part of Europe, sufficiently demonstrate how precarious and insecure must always be the situation of the sovereign, who has no proper means of influencing the clergy of the established and governing religion of his country.

Articles of faith, as well as all other spiritual matters, it is evident enough, are not within the proper department of a temporal sovereign, who, though he may be very well qualified for protecting, is seldom supposed to be so for instructing the people. With regard to such matters, therefore, his authority can seldom be suf-

ficient to counterbalance the united authority of the clergy of the established church. The public tranquillity, however, and his own security, may frequently depend upon the doctrines which they may think proper to propagate concerning such matters. As he can seldom directly oppose their decision, therefore, with proper weight and authority, it is necessary that he should be able to influence it; and he can influence it only by the fears and expectations which he may excite in the greater part of the individuals of the order. Those fears and expectations may consist in the fear of deprivation or other punishment, and in the expectation of further preferment.

In all Christian churches, the benefices of the clergy are a sort of freeholds, which they enjoy, not during pleasure, but during life or good behaviour. If they held them by a more precarious tenure, and were liable to be turned out upon every slight disobligation either of the sovereign or of his ministers, it would perhaps be impossible for them to maintain their authority with the people, who would then consider them as mercenary dependents upon the court, in the sincerity of whose instructions they could no longer have any confidence. But should the sovereign attempt irregularly, and by violence, to deprive any number of clergymen of their freeholds, on account, perhaps, of their having propagated, with more than ordinary zeal, some factious or seditious doctrine,

he would only render, by such persecution, both them and their doctrine ten times more popular, and therefore ten times more troublesome and dangerous, than they had been before. Fear is in almost all cases a wretched instrument of government, and ought in particular never to be employed against any order of men who have the smallest pretensions to independency. To attempt to terrify them, serves only to irritate their bad humour, and to confirm them in an opposition, which more gentle usage, perhaps, might easily induce them either to soften, or to lay aside altogether. The violence which the French government usually employed in order to oblige all their parliaments, or sovereign courts of justice, to enregister any unpopular edict, very seldom succeeded. The means commonly employed, however, the imprisonment of all the refractory members, one would think, were forcible enough. The princes of the house of Stuart sometimes employed the like means in order to influence some of the members of the parliament of England, and they generally found them equally intractable. The parliament of England is now managed in another manner; and a very small experiment, which the duke of Choiseul made, about twelve years ago, upon the parliament of Paris, demonstrated sufficiently that all the parliaments of France might have been managed still more easily in the same manner. That experiment was not pursued. For though management and persuasion are always

the easiest and safest instruments of government as force and violence are the worst and the most dangerous; yet such, it seems, is the natural insolence of man, that he almost always disdains to use the good instrument, except when he cannot or dare not use the bad one. The French government could and durst use force, and therefore disdained to use management and persuasion. But there is no order of men, it appears I believe, from the experience of all ages, upon whom it is so dangerous or rather so perfectly ruinous, to employ force and violence, as upon the respected clergy of an established church. The rights, the privileges, the personal liberty of every individual ecclesiastic, who is upon good terms with his own order, are, even in the most despotic governments, more respected than those of any other person of nearly equal rank and fortune. It is so in every gradation of despotism, from that of the gentle and mild government of Paris, to that of the violent and furious government of Constantinople. But though this order of men can scarce ever be forced, they may be managed as easily as any other; and the security of the sovereign, as well as the public tranquillity, seems to depend very much upon the means which he has of managing them; and those means seem to consist altogether in the preferment which he has to bestow upon them.

In the ancient constitution of the Christian church, the bishop of each diocese was elected by the joint votes of the clergy and of

the people of the episcopal city. The people did not long retain their right of election; and while they did retain it, they almost always acted under the influence of the clergy, who, in such spiritual matters, appeared to be their natural guides. The clergy, however, soon grew weary of the trouble of managing them, and found it easier to elect their own bishops themselves. The abbot, in the same manner, was elected by the monks of the monastery, at least in the greater part of abbacies. All the inferior ecclesiastical benefices comprehended within the diocese were collated by the bishop, who bestowed them upon such ecclesiastics as he thought proper. All church preferments were in this manner in the disposal of the church. The sovereign, though he might have some indirect influence in those elections, and though it was sometimes usual to ask both his consent to elect, and his approbation of the election, yet had no direct or sufficient means of managing the clergy. The ambition of every clergyman naturally led him to pay court, not so much to his sovereign as to his own order, from which only he could expect preferment.

Through the greater part of Europe, the pope gradually drew to himself, first the collation of almost all bishoprics and abbacies, or of what were called consistorial benefices, and afterwards, by various machinations and pretences, of the greater part of inferior benefices comprehended within each diocese, little more being

left to the bishop than what was barely necessary to give him a decent authority with his own clergy. By this arrangement the condition of the sovereign was still worse than it had been before. The clergy of all the different countries of Europe were thus formed into a sort of spiritual army, dispersed in different quarters indeed, but of which all the movements and operations could now be directed by one head, and conducted upon one uniform plan. The clergy of each particular country might be considered as a particular detachment of that army, of which the operations could easily be supported and seconded by all the other detachments quartered in the different countries round about. Each detachment was not only independent of the sovereign of the country in which it was quartered, and by which it was maintained, but dependent upon a foreign sovereign, who could at any time turn its arms against the sovereign of that particular country, and support them by the arms of all the other detachments.

Those arms were the most formidable that can well be imagined. In the ancient state of Europe, before the establishment of arts and manufactures, the wealth of the clergy gave them the same sort of influence over the common people which that of the great barons gave them over their respective vassals, tenants, and retainers. In the great landed estates, which the mistaken piety both of princes and private persons had bestowed upon the church,

jurisdictions were established, of the same kind with those of the great barons, and for the same reason. In those great landed estates, the clergy, or their bailiffs, could easily keep the peace, without the support or assistance either of the king or of any other person; and neither the king nor any other person could keep the peace there without the support and assistance of the clergy. The jurisdictions of the clergy, therefore, in their particular baronies or manors, were equally independent, and equally exclusive of the authority of the king's courts, as those of the great temporal lords. The tenants of the clergy were, like those of the great barons, almost all tenants at will, entirely dependent upon their immediate lords, and, therefore, liable to be called out at pleasure, in order to fight in any quarrel in which the clergy might think proper to engage them. Over and above the rents of those estates, the clergy possessed in the tithes a very large portion of the rents of all the other estates in every kingdom of Europe. The revenues arising from both those species of rents were, the greater part of them, paid in kind, in corn, wine, cattle, poultry, etc. The quantity exceeded greatly what the clergy could themselves consume; and there were neither arts nor manufactures, for the produce of which they could exchange the surplus. The clergy could derive advantage from this immense surplus in no other way than by employing it, as the great barons employed the like surplus of their rev-

enues, in the most profuse hospitality, and in the most extensive charity. Both the hospitality and the charity of the ancient clergy, accordingly, are said to have been very great. They not only maintained almost the whole poor of every kingdom, but many knights and gentlemen had frequently no other means of subsistence than by travelling about from monastery to monastery, under pretence of devotion, but in reality to enjoy the hospitality of the clergy. The retainers of some particular prelates were often as numerous as those of the greatest lay-lords; and the retainers of all the clergy taken together were, perhaps, more numerous than those of all the lay-lords. There was always much more union among the clergy than among the lay-lords. The former were under a regular discipline and subordination to the papal authority. The latter were under no regular discipline or subordination, but almost always equally jealous of one another, and of the king. Though the tenants and retainers of the clergy, therefore, had both together been less numerous than those of the great lay-lords, and their tenants were probably much less numerous, yet their union would have rendered them more formidable. The hospitality and charity of the clergy, too, not only gave them the command of a great temporal force, but increased very much the weight of their spiritual weapons. Those virtues procured them the highest respect and veneration among all the inferior ranks of people, of whom many

were constantly, and almost all occasionally, fed by them. Everything belonging or related to so popular an order, its possessions, its privileges, its doctrines, necessarily appeared sacred in the eyes of the common people; and every violation of them, whether real or pretended, the highest act of sacrilegious wickedness and profaneness. In this state of things, if the sovereign frequently found it difficult to resist the confederacy of a few of the great nobility, we cannot wonder that he should find it still more so to resist the united force of the clergy of his own dominions, supported by that of the clergy of all the neighbouring dominions. In such circumstances, the wonder is, not that he was sometimes obliged to yield, but that he ever was able to resist.

The privileges of the clergy in those ancient times (which to us, who live in the present times, appear the most absurd), their total exemption from the secular jurisdiction, for example, or what in England was called the benefit of clergy, were the natural, or rather the necessary, consequences of this state of things. How dangerous must it have been for the sovereign to attempt to punish a clergyman for any crime whatever, if his order were disposed to protect him, and to represent either the proof as insufficient for convicting so holy a man, or the punishment as too severe to be inflicted upon one whose person had been rendered sacred by religion? The sovereign could, in such circumstances, do no better

than leave him to be tried by the ecclesiastical courts, who, for the honour of their own order, were interested to restrain, as much as possible, every member of it from committing enormous crimes, or even from giving occasion to such gross scandal as might disgust the minds of the people.

In the state in which things were, through the greater part of Europe, during the tenth, eleventh, twelfth, and thirteenth centuries, and for some time both before and after that period, the constitution of the church of Rome may be considered as the most formidable combination that ever was formed against the authority and security of civil government, as well as against the liberty, reason, and happiness of mankind, which can flourish only where civil government is able to protect them. In that constitution, the grossest delusions of superstition were supported in such a manner by the private interests of so great a number of people, as put them out of all danger from any assault of human reason; because, though human reason might, perhaps, have been able to unveil, even to the eyes of the common people, some of the delusions of superstition, it could never have dissolved the ties of private interest. Had this constitution been attacked by no other enemies but the feeble efforts of human reason, it must have endured for ever. But that immense and well-built fabric, which all the wisdom and virtue of man could never have shaken, much less have overturned,

was, by the natural course of things, first weakened, and afterwards in part destroyed; and is now likely, in the course of a few centuries more, perhaps, to crumble into ruins altogether.

The gradual improvements of arts, manufactures, and commerce, the same causes which destroyed the power of the great barons, destroyed, in the same manner, through the greater part of Europe, the whole temporal manufactures, and commerce, the clergy, like the great barons, found something for which they could exchange their rude produce, and thereby discovered the means of spending their whole revenues upon their own persons, without giving any considerable share of them to other people. Their charity became gradually less extensive, their hospitality less liberal, or less profuse. Their retainers became consequently less numerous, and, by degrees, dwindled away altogether. The clergy, too, like the great barons, wished to get a better rent from their landed estates, in order to spend it, in the same manner, upon the gratification of their own private vanity and folly. But this increase of rent could be got only by granting leases to their tenants, who thereby became, in a great measure, independent of them. The ties of interest, which bound the inferior ranks of people to the clergy, were in this manner gradually broken and dissolved. They were even broken and dissolved sooner than those which bound the same ranks of people to the great barons; because the benefices

of the church being, the greater part of them, much smaller than the estates of the great barons, the possessor of each benefice was much sooner able to spend the whole of its revenue upon his own person. During the greater part of the fourteenth and fifteenth centuries, the power of the great barons was, through the greater part of Europe, in full vigour. But the temporal power of the clergy, the absolute command which they had once had over the great body of the people was very much decayed. The power of the church was, by that time, very nearly reduced, through the greater part of Europe, to what arose from their spiritual authority; and even that spiritual authority was much weakened, when it ceased to be supported by the charity and hospitality of the clergy. The inferior ranks of people no longer looked upon that order as they had done before; as the comforters of their distress, and the relievers of their indigence. On the contrary, they were provoked and disgusted by the vanity, luxury, and expense of the richer clergy, who appeared to spend upon their own pleasures what had always before been regarded as the patrimony of the poor.

In this situation of things, the sovereigns in the different states of Europe endeavoured to recover the influence which they had once had in the disposal of the great benefices of the church; by procuring to the deans and chapters of each diocese the restoration of their ancient right of electing the bishop; and to the monks

of each abbacy that of electing the abbot. The re-establishing this ancient order was the object of several statutes enacted in England during the course of the fourteenth century, particularly of what is called the statute of provisors; and of the pragmatic sanction, established in France in the fifteenth century. In order to render the election valid, it was necessary that the sovereign should both consent to it before hand, and afterwards approve of the person elected; and though the election was still supposed to be free, he had, however all the indirect means which his situation necessarily afforded him, of influencing the clergy in his own dominions. Other regulations, of a similar tendency, were established in other parts of Europe. But the power of the pope, in the collation of the great benefices of the church, seems, before the reformation, to have been nowhere so effectually and so universally restrained as in France and England. The concordat afterwards, in the sixteenth century, gave to the kings of France the absolute right of presenting to all the great, or what are called the consistorial, benefices of the Gallican church.

Since the establishment of the pragmatic sanction and of the concordat, the clergy of France have in general shewn less respect to the decrees of the papal court, than the clergy of any other catholic country. In all the disputes which their sovereign has had with the pope, they have almost constantly taken part with the

former. This independency of the clergy of France upon the court of Rome seems to be principally founded upon the pragmatic sanction and the concordat. In the earlier periods of the monarchy, the clergy of France appear to have been as much devoted to the pope as those of any other country. When Robert, the second prince of the Capetian race, was most unjustly excommunicated by the court of Rome, his own servants, it is said, threw the victuals which came from his table to the dogs, and refused to taste any thing themselves which had been polluted by the contact of a person in his situation. They were taught to do so, it may very safely be presumed, by the clergy of his own dominions.

The claim of collating to the great benefices of the church, a claim in defence of which the court of Rome had frequently shaken, and sometimes overturned, the thrones of some of the greatest sovereigns in Christendom, was in this manner either restrained or modified, or given up altogether, in many different parts of Europe, even before the time of the reformation. As the clergy had now less influence over the people, so the state had more influence over the clergy. The clergy, therefore, had both less power, and less inclination, to disturb the state.

The authority of the church of Rome was in this state of declension, when the disputes which gave birth to the reformation began in Germany, and soon spread themselves through every part

of Europe. The new doctrines were everywhere received with a high degree of popular favour. They were propagated with all that enthusiastic zeal which commonly animates the spirit of party, when it attacks established authority. The teachers of those doctrines, though perhaps, in other respects, not more learned than many of the divines who defended the established church, seem in general to have been better acquainted with ecclesiastical history, and with the origin and progress of that system of opinions upon which the authority of the church was established; and they had thereby the advantage in almost every dispute. The austerity of their manners gave them authority with the common people, who contrasted the strict regularity of their conduct with the disorderly lives of the greater part of their own clergy. They possessed, too, in a much higher degree than their adversaries, all the arts of popularity and of gaining proselytes; arts which the lofty and dignified sons of the church had long neglected, as being to them in a great measure useless. The reason of the new doctrines recommended them to some, their novelty to many; the hatred and contempt of the established clergy to a still greater number: but the zealous, passionate, and fanatical, though frequently coarse and rustic eloquence, with which they were almost everywhere inculcated, recommended them to by far the greatest number.

The success of the new doctrines was almost everywhere so great,

that the princes, who at that time happened to be on bad terms with the court of Rome, were, by means of them, easily enabled, in their own dominions, to overturn the church, which having lost the respect and veneration of the inferior ranks of people, could make scarce any resistance. The court of Rome had disobliged some of the smaller princes in the northern parts of Germany, whom it had probably considered as too insignificant to be worth the managing. They universally, therefore, established the reformation in their own dominions. The tyranny of Christiern II., and of Troll archbishop of Upsal, enabled Gustavus Vasa to expel them both from Sweden. The pope favoured the tyrant and the archbishop, and Gustavus Vasa found no difficulty in establishing the reformation in Sweden. Christiern II. was afterwards deposed from the throne of Denmark, where his conduct had rendered him as odious as in Sweden. The pope, however, was still disposed to favour him; and Frederic of Holstein, who had mounted the throne in his stead, revenged himself, by following the example of Gustavus Vasa. The magistrates of Berne and Zurich, who had no particular quarrel with the pope, established with great ease the reformation in their respective cantons, where just before some of the clergy had, by an imposture somewhat grosser than ordinary, rendered the whole order both odious and contemptible.

In this critical situation of its affairs the papal court was at suf-

ficient pains to cultivate the friendship of the powerful sovereigns of France and Spain, of whom the latter was at that time emperor of Germany. With their assistance, it was enabled, though not without great difficulty, and much bloodshed, either to suppress altogether, or to obstruct very much, the progress of the reformation in their dominions. It was well enough inclined, too, to be complaisant to the king of England. But from the circumstances of the times, it could not be so without giving offence to a still greater sovereign, Charles V., king of Spain and emperor of Germany. Henry VIII., accordingly, though he did not embrace himself the greater part of the doctrines of the reformation, was yet enabled, by their general prevalence, to suppress all the monasteries, and to abolish the authority of the church of Rome in his dominions. That he should go so far, though he went no further, gave some satisfaction to the patrons of the reformation, who, having got possession of the government in the reign of his son and successor completed, without any difficulty, the work which Henry VIII. had begun.

In some countries, as in Scotland, where the government was weak, unpopular, and not very firmly established, the reformation was strong enough to overturn, not only the church, but the state likewise, for attempting to support the church.

Among the followers of the reformation, dispersed in all the

different countries of Europe, there was no general tribunal, which, like that of the court of Rome, or an oecumenical council, could settle all disputes among them, and, with irresistible authority, prescribe to all of them the precise limits of orthodoxy. When the followers of the reformation in one country, therefore, happened to differ from their brethren in another, as they had no common judge to appeal to, the dispute could never be decided; and many such disputes arose among them. Those concerning the government of the church, and the right of conferring ecclesiastical benefices, were perhaps the most interesting to the peace and welfare of civil society. They gave birth, accordingly, to the two principal parties or sects among the followers of the reformation, the Lutheran and Calvinistic sects, the only sects among them, of which the doctrine and discipline have ever yet been established by law in any part of Europe.

The followers of Luther, together with what is called the church of England, preserved more or less of the episcopal government, established subordination among the clergy, gave the sovereign the disposal of all the bishoprics, and other consistorial benefices within his dominions, and thereby rendered him the real head of the church; and without depriving the bishop of the right of collating to the smaller benefices within his diocese, they, even to those benefices, not only admitted, but favoured the right of pre-

sentation, both in the sovereign and in all other lay patrons. This system of church government was, from the beginning, favourable to peace and good order, and to submission to the civil sovereign. It has never, accordingly, been the occasion of any tumult or civil commotion in any country in which it has once been established. The church of England, in particular, has always valued herself, with great reason, upon the unexceptionable loyalty of her principles. Under such a government, the clergy naturally endeavour to recommend themselves to the sovereign, to the court, and to the nobility and gentry of the country, by whose influence they chiefly expect to obtain preferment. They pay court to those patrons, sometimes, no doubt, by the vilest flattery and assentation; but frequently, too, by cultivating all those arts which best deserve, and which are therefore most likely to gain them, the esteem of people of rank and fortune; by their knowledge in all the different branches of useful and ornamental learning, by the decent liberality of their manners, by the social good humour of their conversation, and by their avowed contempt of those absurd and hypocritical austerities which fanatics inculcate and pretend to practise, in order to draw upon themselves the veneration, and upon the greater part of men of rank and fortune, who avow that they do not practise them, the abhorrence of the common people. Such a clergy, however, while they pay their court in this manner

to the higher ranks of life, are very apt to neglect altogether the means of maintaining their influence and authority with the lower. They are listened to, esteemed, and respected by their superiors; but before their inferiors they are frequently incapable of defending, effectually, and to the conviction of such hearers, their own sober and moderate doctrines, against the most ignorant enthusiast who chooses to attack them.

The followers of Zuinglius, or more properly those of Calvin, on the contrary, bestowed upon the people of each parish, whenever the church became vacant, the right of electing their own pastor; and established, at the same time, the most perfect equality among the clergy. The former part of this institution, as long as it remained in vigour, seems to have been productive of nothing but disorder and confusion, and to have tended equally to corrupt the morals both of the clergy and of the people. The latter part seems never to have had any effects but what were perfectly agreeable.

As long as the people of each parish preserved the right of electing their own pastors, they acted almost always under the influence of the clergy, and generally of the most factious and fanatical of the order. The clergy, in order to preserve their influence in those popular elections, became, or affected to become, many of them, fanatics themselves, encouraged fanaticism among the people, and gave the preference almost always to the most fanati-

cal candidate. So small a matter as the appointment of a parish priest, occasioned almost always a violent contest, not only in one parish, but in all the neighbouring parishes who seldom failed to take part in the quarrel. When the parish happened to be situated in a great city, it divided all the inhabitants into two parties; and when that city happened, either to constitute itself a little republic, or to be the head and capital of a little republic, as in the case with many of the considerable cities in Switzerland and Holland, every paltry dispute of this kind, over and above exasperating the animosity of all their other factions, threatened to leave behind it, both a new schism in the church, and a new faction in the state. In those small republics, therefore, the magistrate very soon found it necessary, for the sake of preserving the public peace, to assume to himself the right of presenting to all vacant benefices. In Scotland, the most extensive country in which this presbyterian form of church government has ever been established, the rights of patronage were in effect abolished by the act which established presbytery in the beginning of the reign of William III. That act, at least, put in the power of certain classes of people in each parish to purchase, for a very small price, the right of electing their own pastor. The constitution which this act established, was allowed to subsist for about two-and-twenty years, but was abolished by the 10th of queen Anne, ch.12, on account of the confusions and

disorders which this more popular mode of election had almost everywhere occasioned. In so extensive a country as Scotland, however, a tumult in a remote parish was not so likely to give disturbance to government as in a smaller state. The 10th of queen Anne restored the rights of patronage. But though, in Scotland, the law gives the benefice, without any exception to the person presented by the patron; yet the church requires sometimes (for she has not in this respect been very uniform in her decisions) a certain concurrence of the people, before she will confer upon the presentee what is called the cure of souls, or the ecclesiastical jurisdiction in the parish. She sometimes, at least, from an affected concern for the peace of the parish, delays the settlement till this concurrence can be procured. The private tampering of some of the neighbouring clergy, sometimes to procure, but more frequently to prevent this concurrence, and the popular arts which they cultivate, in order to enable them upon such occasions to tamper more effectually, are perhaps the causes which principally keep up whatever remains of the old fanatical spirit, either in the clergy or in the people of Scotland.

The equality which the presbyterian form of church government establishes among the clergy, consists, first, in the equality of authority or ecclesiastical jurisdiction; and, secondly, in the equality of benefice. In all presbyterian churches, the equality of

authority is perfect; that of benefice is not so. The difference, however, between one benefice and another, is seldom so considerable, as commonly to tempt the possessor even of the small one to pay court to his patron, by the vile arts of flattery and assentation, in order to get a better. In all the presbyterian churches, where the rights of patronage are thoroughly established, it is by nobler and better arts, that the established clergy in general endeavour to gain the favour of their superiors; by their learning, by the irreproachable regularity of their life, and by the faithful and diligent discharge of their duty. Their patrons even frequently complain of the independency of their spirit, which they are apt to construe into ingratitude for past favours, but which, at worse, perhaps, is seldom anymore than that indifference which naturally arises from the consciousness that no further favours of the kind are ever to be expected. There is scarce, perhaps, to be found anywhere in Europe, a more learned, decent, independent, and respectable set of men, than the greater part of the presbyterian clergy of Holland, Geneva, Switzerland, and Scotland.

Where the church benefices are all nearly equal, none of them can be very great; and this mediocrity of benefice, though it may be, no doubt, carried too far, has, however, some very agreeable effects. Nothing but exemplary morals can give dignity to a man of small fortune. The vices of levity and vanity necessarily render

him ridiculous, and are, besides, almost as ruinous to him as they are to the common people. In his own conduct, therefore, he is obliged to follow that system of morals which the common people respect the most. He gains their esteem and affection, by that plan of life which his own interest and situation would lead him to follow. The common people look upon him with that kindness with which we naturally regard one who approaches somewhat to our own condition, but who, we think, ought to be in a higher. Their kindness naturally provokes his kindness. He becomes careful to instruct them, and attentive to assist and relieve them. He does not even despise the prejudices of people who are disposed to be so favourable to him, and never treats them with those contemptuous and arrogant airs, which we so often meet with in the proud dignitaries of opulent and well endowed churches. The presbyterian clergy, accordingly, have more influence over the minds of the common people, than perhaps the clergy of any other established church. It is, accordingly, in presbyterian countries only, that we ever find the common people converted, without persecution completely, and almost to a man, to the established church.

In countries where church benefices are, the greater part of them, very moderate, a chair in a university is generally a better establishment than a church benefice. The universities have, in this case, the picking and chusing of their members from all the church-

men of the country, who, in every country, constitute by far the most numerous class of men of letters. Where church benefices, on the contrary, are many of them very considerable, the church naturally draws from the universities the greater part of their eminent men of letters; who generally find some patron, who does himself honour by procuring them church preferment. In the former situation, we are likely to find the universities filled with the most eminent men of letters that are to be found in the country. In the latter, we are likely to find few eminent men among them, and those few among the youngest members of the society, who are likely, too, to be drained away from it, before they can have acquired experience and knowledge enough to be of much use to it. It is observed by Mr. de Voltaire, that father Porée, a jesuit of no great eminence in the republic of letters, was the only professor they had ever had in France, whose works were worth the reading. In a country which has produced so many eminent men of letters, it must appear somewhat singular, that scarce one of them should have been a professor in a university. The famous Cassendi was, in the beginning of his life, a professor in the university of Aix. Upon the first dawning of his genius, it was represented to him, that by going into the church he could easily find a much more quiet and comfortable subsistence, as well as a better situation for pursuing his studies; and he immediately followed

the advice. The observation of Mr. de Voltaire may be applied, I believe, not only to France, but to all other Roman Catholic countries. We very rarely find in any of them an eminent man of letters, who is a professor in a university, except, perhaps, in the professions of law and physic; professions from which the church is not so likely to draw them. After the church of Rome, that of England is by far the richest and best endowed church in Christendom. In England, accordingly, the church is continually draining the universities of all their best and ablest members; and an old college tutor who is known and distinguished in Europe as an eminent man of letters, is as rarely to be found there as in any Roman catholic country, In Geneva, on the contrary, in the protestant cantons of Switzerland, in the protestant countries of Germany, in Holland, in Scotland, in Sweden, and Denmark, the most eminent men of letters whom those countries have produced, have, not all indeed, but the far greater part of them, been professors in universities. In those countries, the universities are continually draining the church of all its most eminent men of letters.

It may, perhaps, be worth while to remark, that, if we except the poets, a few orators, and a few historians, the far greater part of the other eminent men of letters, both of Greece and Rome, appear to have been either public or private teachers; generally either of philosophy or of rhetoric. This remark will be found to hold

true, from the days of Lysias and Isocrates, of Plato and Aristotle, down to those of Plutarch and Epictetus, Suetonius, and Quintilian. To impose upon any man the necessity of teaching, year after year, in any particular branch of science seems in reality to be the most effectual method for rendering him completely master of it himself. By being obliged to go every year over the same ground, if he is good for any thing, he necessarily becomes, in a few years, well acquainted with every part of it, and if, upon any particular point, he should form too hasty an opinion one year, when he comes, in the course of his lectures to reconsider the same subject the year thereafter, he is very likely to correct it. As to be a teacher of science is certainly the natural employment of a mere man of letters; so is it likewise, perhaps, the education which is most likely to render him a man of solid learning and knowledge. The mediocrity of church benefices naturally tends to draw the greater part of men of letters in the country where it takes place, to the employment in which they can be the most useful to the public, and at the same time to give them the best education, perhaps, they are capable of receiving. It tends to render their learning both as solid as possible, and as useful as possible.

The revenue of every established church, such parts of it excepted as may arise from particular lands or manors, is a branch, it ought to be observed, of the general revenue of the state, which is thus

diverted to a purpose very different from the defence of the state. The tithe, for example, is a real land tax, which puts it out of the power of the proprietors of land to contribute so largely towards the defence of the state as they otherwise might be able to do. The rent of land, however, is, according to some, the sole fund; and, according to others, the principal fund, from which, in all great monarchies, the exigencies of the state must be ultimately supplied. The more of this fund that is given to the church, the less, it is evident, can be spared to the state. It may be laid down as a certain maxim, that all other things being supposed equal, the richer the church, the poorer must necessarily be, either the sovereign on the one hand, or the people on the other; and, in all cases, the less able must the state be to defend itself. In several protestant countries, particularly in all the protestant cantons of Switzerland, the revenue which anciently belonged to the Roman catholic church, the tithes and church lands, has been found a fund sufficient, not only to afford competent salaries to the established clergy, but to defray, with little or no addition, all the other expenses of the state. The magistrates of the powerful canton of Berne, in particular, have accumulated, out of the savings from this fund, a very large sum, supposed to amount to several millions; part of which is deposited in a public treasure, and part is placed at interest in what are called the public funds of the different indebted nations of Europe; chiefly in those of France and

Great Britain. What may be the amount of the whole expense which the church, either of Berne, or of any other protestant canton, costs the state, I do not pretend to know. By a very exact account it appears, that, in 1755, the whole revenue of the clergy of the church of Scotland, including their glebe or church lands, and the rent of their manse or dwelling-houses, estimated according to a reasonable valuation, amounted only to £68,514:1:5 1/12d. This very moderate revenue affords a decent subsistence to nine hundred and fortyfour ministers. The whole expense of the church, including what is occasionally laid out for the building and reparation of churches, and of the manse of ministers, cannot well be supposed to exceed eighty or eighty-five thousand pounds a-year. The most opulent church in Christendom does not maintain better the uniformity of faith, the fervour of devotion, the spirit of order, regularity, and austere morals, in the great body of the people, than this very poorly endowed church of Scotland. All the good effects, both civil and religious, which an established church can be supposed to produce, are produced by it as completely as by any other. The greater part of the protestant churches of Switzerland, which, in general, are not better endowed than the church of Scotland, produce those effects in a still higher degree. In the greater part of the protestant cantons, there is not a single person to be found, who does not profess himself to be of the established church. If he pro-

fesses himself to be of any other, indeed, the law obliges him to leave the canton. But so severe, or, rather, indeed, so oppressive a law, could never have been executed in such free countries, had not the diligence of the clergy beforehand converted to the established church the whole body of the people, with the exception of, perhaps, a few individuals only. In some parts of Switzerland, accordingly, where, from the accidental union of a protestant and Roman catholic country, the conversion has not been so complete, both religions are not only tolerated, but established by law.

The proper performance of every service seems to require, that its pay or recompence should be, as exactly as possible, proportioned to the nature of the service. If any service is very much underpaid, it is very apt to suffer by the meanness and incapacity of the greater part of those who are employed in it. If it is very much overpaid, it is apt to suffer, perhaps still more, by their negligence and idleness. A man of a large revenue, whatever may be his profession, thinks he ought to live like other men of large revenues; and to spend a great part of his time in festivity, in vanity, and in dissipation. But in a clergyman, this train of life not only consumes the time which ought to be employed in the duties of his function, but in the eyes of the common people, destroys almost entirely that sanctity of character, which can alone enable him to perform those duties with proper weight and authority.

PART IV

Of the Expense of supporting the Dignity of the Sovereign

OVER AND ABOVE the expenses necessary for enabling the sovereign to perform his several duties, a certain expense is requisite for the support of his dignity. This expense varies, both with the different periods of improvement, and with the different forms of government.

In an opulent and improved society, where all the different orders of people are growing every day more expensive in their houses, in their furniture, in their tables, in their dress, and in their equipage; it cannot well be expected that the sovereign should alone hold out against the fashion. He naturally, therefore, or rather necessarily, becomes more expensive in all those different articles too. His dignity even seems to require that he should become so.

As, in point of dignity, a monarch is more raised above his subjects than the chief magistrate of any republic is ever supposed to be above his fellow-citizens; so a greater expense is necessary for supporting that higher dignity. We naturally expect more splendour in the court of a king, than in the mansion-house of a doge or burgo-master.

CONCLUSION

THE EXPENSE of defending the society, and that of supporting the dignity of the chief magistrate, are both laid out for the general benefit of the whole society. It is reasonable, therefore, that they should be defrayed by the general contribution of the whole society; all the different members contributing, as nearly as possible, in proportion to their respective abilities.

The expense of the administration of justice, too, may no doubt be considered as laid out for the benefit of the whole society. There is no impropriety, therefore, in its being defrayed by the general contribution of the whole society. The persons, however, who give occasion to this expense, are those who, by their injustice in one way or another, make it necessary to seek redress or protection from the courts of justice. The persons, again, most immediately benefited by this expense, are those whom the courts of justice either restore to their rights, or maintain in their rights. The expense of the administration of justice, therefore, may very properly be defrayed by the particular contribution of one or other, or both, of those two different sets of persons, according as different occasions may require, that is, by the fees of court. It cannot be necessary to have recourse to the general contribution of the whole society, except for the conviction of those criminals who have not

themselves any estate or fund sufficient for paying those fees.

Those local or provincial expenses, of which the benefit is local or provincial (what is laid out, for example, upon the police of a particular town or district), ought to be defrayed by a local or provincial revenue, and ought to be no burden upon the general revenue of the society. It is unjust that the whole society should contribute towards an expense, of which the benefit is confined to a part of the society.

The expense of maintaining good roads and communications is, no doubt, beneficial to the whole society, and may, therefore, without any injustice, be defrayed by the general contributions of the whole society. This expense, however, is most immediately and directly beneficial to those who travel or carry goods from one place to another, and to those who consume such goods. The turnpike tolls in England, and the duties called peages in other countries, lay it altogether upon those two different sets of people, and thereby discharge the general revenue of the society from a very considerable burden.

The expense of the institutions for education and religious instruction, is likewise, no doubt, beneficial to the whole society, and may, therefore, without injustice, be defrayed by the general contribution of the whole society. This expense, however, might, perhaps, with equal propriety, and even with some advantage, be

defrayed altogether by those who receive the immediate benefit of such education and instruction, or by the voluntary contribution of those who think they have occasion for either the one or the other.

When the institutions, or public works, which are beneficial to the whole society, either cannot be maintained altogether, or are not maintained altogether, by the contribution of such particular members of the society as are most immediately benefited by them; the deficiency must, in most cases, be made up by the general contribution of the whole society. The general revenue of the society, over and above defraying the expense of defending the society, and of supporting the dignity of the chief magistrate, must make up for the deficiency of many particular branches of revenue. The sources of this general or public revenue, I shall endeavour to explain in the following chapter.

CHAPTER II

OF THE SOURCES OF THE GENERAL OR PUBLIC REVENUE OF THE SOCIETY

THE REVENUE which must defray, not only the expense of defending the society and of supporting the dignity of the chief magistrate, but all the other necessary expenses of government, for which the constitution of the state has not provided any particular revenue may be drawn, either, first, from some fund which peculiarly belongs to the sovereign or commonwealth, and which is independent of the revenue of the people; or, secondly, from the revenue of the people.

PART I

Of the Funds, or Sources, of Revenue, which may peculiarly belong to the Sovereign or Commonwealth

THE FUNDS, or sources, of revenue, which may peculiarly belong to the sovereign or commonwealth, must consist, either in stock, or in land.

The sovereign, like, any other owner of stock, may derive a revenue from it, either by employing it himself, or by lending it. His revenue is, in the one case, profit, in the other interest.

The revenue of a Tartar or Arabian chief consists in profit. It arises principally from the milk and increase of his own herds and flocks, of which he himself superintends the management, and is the principal shepherd or herdsman of his own horde or tribe. It is, however, in this earliest and rudest state of civil government only, that profit has ever made the principal part of the public revenue of a monarchical state.

Small republics have sometimes derived a considerable revenue from the profit of mercantile projects. The republic of Hamburgh is said to do so from the profits of a public wine-cellar and apothecary's shop. {See *Memoires concernant les Droits et Impositions en Europe*, tome i. page 73. This work was compiled by the order of the court, for the use of a commission employed for some years past in considering the proper means for reforming the finances of France. The account of the French taxes, which takes up three volumes in quarto, may be regarded as perfectly authentic. That of those of other European nations was compiled from such information as the French ministers at the different courts could procure. It is much shorter, and probably not quite so exact as that of the French taxes.} That state cannot be very

great, of which the sovereign has leisure to carry on the trade of a wine-merchant or an apothecary. The profit of a public bank has been a source of revenue to more considerable states. It has been so, not only to Hamhurgh, but to Venice and Amsterdam. A revenue of this kind has even by some people been thought not below the attention of so great an empire as that of Great Britain. Reckoning the ordinary dividend of the bank of England at five and a-half per cent., and its capital at ten millions seven hundred and eighty thousand pounds, the neat annual profit, after paying the expense of management, must amount, it is said, to five hundred and ninety-two thousand nine hundred pounds. Government, it is pretended, could borrow this capital at three per cent. interest, and, by taking the management of the bank into its own hands, might make a clear profit of two hundred and sixty-nine thousand five hundred pounds a-year. The orderly, vigilant, and parsimonious administration of such aristocracies as those of Venice and Amsterdam, is extremely proper, it appears from experience, for the management of a mercantile project of this kind. But whether such a government as that of England, which, whatever may be its virtues, has never been famous for good economy; which, in time of peace, has generally conducted itself with the slothful and negligent profusion that is, perhaps, natural to monarchies; and, in time of war, has constantly acted with all the thoughtless

extravagance that democracies are apt to fall into, could be safely trusted with the management of such a project, must at least be a good deal more doubtful.

The post-office is properly a mercantile project. The government advances the expense of establishing the different offices, and of buying or hiring the necessary horses or carriages, and is repaid, with a large profit, by the duties upon what is carried. It is, perhaps, the only mercantile project which has been successfully managed by, I believe, every sort of government. The capital to be advanced is not very considerable. There is no mystery in the business. The returns are not only certain but immediate.

Princes, however, have frequently engaged in many other mercantile projects, and have been willing, like private persons, to mend their fortunes, by becoming adventurers in the common branches of trade. They have scarce ever succeeded. The profusion with which the affairs of princes are always managed, renders it almost impossible that they should. The agents of a prince regard the wealth of their master as inexhaustible; are careless at what price they buy, are careless at what price they sell, are careless at what expense they transport his goods from one place to another. Those agents frequently live with the profusion of princes; and sometimes, too, in spite of that profusion, and by a proper method of making up their accounts, acquire the fortunes of princes. It

was thus, as we are told by Machiavel, that the agents of Lorenzo of Medici, not a prince of mean abilities, carried on his trade. The republic of Florence was several times obliged to pay the debt into which their extravagance had involved him. He found it convenient, accordingly to give up the business of merchant, the business to which his family had originally owed their fortune, and, in the latter part of his life, to employ both what remained of that fortune, and the revenue of the state, of which he had the disposal, in projects and expenses more suitable to his station.

No two characters seem more inconsistent than those of trader and sovereign. If the trading spirit of the English East India company renders them very bad sovereigns, the spirit of sovereignty seems to have rendered them equally bad traders. While they were traders only, they managed their trade successfully, and were able to pay from their profits a moderate dividend to the proprietors of their stock. Since they became sovereigns, with a revenue which, it is said, was originally more than three millions sterling, they have been obliged to beg the ordinary assistance of government, in order to avoid immediate bankruptcy. In their former situation, their servants in India considered themselves as the clerks of merchants; in their present situation, those servants consider themselves as the ministers of sovereigns.

A state may sometimes derive some part of its public revenue

from the interest of money, as well as from the profits of stock. If it has amassed a treasure, it may lend a part of that treasure, either to foreign states, or to its own subjects.

The canton of Berne derives a considerable revenue by lending a part of its treasure to foreign states, that is, by placing it in the public funds of the different indebted nations of Europe, chiefly in those of France and England. The security of this revenue must depend, first, upon the security of the funds in which it is placed, or upon the good faith of the government which has the management of them; and, secondly, upon the certainty or probability of the continuance of peace with the debtor nation. In the case of a war, the very first act of hostility on the part of the debtor nation might be the forfeiture of the funds of its credit or. This policy of lending money to foreign states is, so far as I know peculiar to the canton of Berne.

The city of Hamburg (See *Memoire concernant les Droites et Impositions en Europe* tome i p. 73.) has established a sort of public pawn-shop, which lends money to the subjects of the state, upon pledges, at six per cent. interest. This pawn-shop, or lombard, as it is called, affords a revenue, it is pretended, to the state, of a hundred and fifty thousand crowns, which, at four and sixpence the crown, amounts to £33,750 sterling.

The government of Pennsylvania, without amassing any trea-

sure, invented a method of lending, not money, indeed, but what is equivalent to money, to its subjects. By advancing to private people, at interest, and upon land security to double the value, paper bills of credit, to be redeemed fifteen years after their date; and, in the mean time, made transferable from hand to hand, like banknotes, and declared by act of assembly to be a legal tender in all payments from one inhabitant of the province to another, it raised a moderate revenue, which went a considerable way towards defraying an annual expense of about £4,500, the whole ordinary expense of that frugal and orderly government. The success of an expedient of this kind must have depended upon three different circumstances: first, upon the demand for some other instrument of commerce, besides gold and silver money, or upon the demand for such a quantity of consumable stock as could not be had without sending abroad the greater part of their gold and silver money, in order to purchase it; secondly, upon the good credit of the government which made use of this expedient; and, thirdly, upon the moderation with which it was used, the whole value of the paper bills of credit never exceeding that of the gold and silver money which would have been necessary for carrying on their circulation, had there been no paper bills of credit. The same expedient was, upon different occasions, adopted by several other American colonies; but, from want of this moderation, it

produced, in the greater part of them, much more disorder than conveniency.

The unstable and perishable nature of stock and credit, however, renders them unfit to be trusted to as the principal funds of that sure, steady, and permanent revenue, which can alone give security and dignity to government. The government of no great nation, that was advanced beyond the shepherd state, seems ever to have derived the greater part of its public revenue from such sources.

Land is a fund of more stable and permanent nature; and the rent of public lands, accordingly, has been the principal source of the public revenue of many a great nation that was much advanced beyond the shepherd state. From the produce or rent of the public lands, the ancient republics of Greece and Italy derived for a long time the greater part of that revenue which defrayed the necessary expenses of the commonwealth. The rent of the crown lands constituted for a long time the greater part of the revenue of the ancient sovereigns of Europe.

War, and the preparation for war, are the two circumstances which, in modern times, occasion the greater part of the necessary expense of all great states. But in the ancient republics of Greece and Italy, every citizen was a soldier, and both served, and prepared himself for service, at his own expense. Neither of those two

circumstances, therefore, could occasion any very considerable expense to the state. The rent of a very moderate landed estate might be fully sufficient for defraying all the other necessary expenses of government.

In the ancient monarchies of Europe, the manners and customs of the time sufficiently prepared the great body of the people for war; and when they took the field, they were, by the condition of their feudal tenures, to be maintained either at their own expense, or at that of their immediate lords, without bringing any new charge upon the sovereign. The other expenses of government were, the greater part of them, very moderate. The administration of justice, it has been shewn, instead of being a cause of expense was a source of revenue. The labour of the country people, for three days before, and for three days after, harvest, was thought a fund sufficient for making and maintaining all the bridges, highways, and other public works, which the commerce of the country was supposed to require. In those days the principal expense of the sovereign seems to have consisted in the maintenance of his own family and household. The officers of his household, accordingly, were then the great officers of state. The lord treasurer received his rents. The lord steward and lord chamberlain looked after the expense of his family. The care of his stables was committed to the lord constable and the lord marshal. His houses were all built in

the form of castles, and seem to have been the principal fortresses which he possessed. The keepers of those houses or castles might be considered as a sort of military governors. They seem to have been the only military officers whom it was necessary to maintain in time of peace. In these circumstances, the rent of a great landed estate might, upon ordinary occasions, very well defray all the necessary expenses of government.

In the present state of the greater part of the civilized monarchies of Europe, the rent of all the lands in the country, managed as they probably would be, if they all belonged to one proprietor, would scarce, perhaps, amount to the ordinary revenue which they levy upon the people even in peaceable times. The ordinary revenue of Great Britain, for example, including not only what is necessary for defraying the current expense of the year, but for paying the interest of the public debts, and for sinking a part of the capital of those debts, amounts to upwards of ten millions a-year. But the land tax, at four shillings in the pound, falls short of two millions a-year. This land tax, as it is called however, is supposed to be one-fifth, not only of the rent of all the land, but of that of all the houses, and of the interest of all the capital stock of Great Britain, that part of it only excepted which is either lent to the public, or employed as farming stock in the cultivation of land. A very considerable part of the produce of this tax arises

from the rent of houses and the interest of capital stock. The land tax of the city of London, for example, at four shillings in the pound, amounts to £123,399: 6: 7; that of the city of Westminster to £63,092: 1: 5; that of the palaces of Whitehall and St. James's, to £30,754: 6: 3. A certain proportion of the land tax is, in the same manner, assessed upon all the other cities and towns corporate in the kingdom; and arises almost altogether, either from the rent of houses, or from what is supposed to be the interest of trading and capital stock. According to the estimation, therefore, by which Great Britain is rated to the land tax, the whole mass of revenue arising from the rent of all the lands, from that of all the houses, and from the interest of all the capital stock, that part of it only excepted which is either lent to the public, or employed in the cultivation of land, does not exceed ten millions sterling a-year, the ordinary revenue which government levies upon the people, even in peaceable times. The estimation by which Great Britain is rated to the land tax is, no doubt, taking the whole kingdom at an average, very much below the real value; though in several particular counties and districts it is said to be nearly equal to that value. The rent of the lands alone, exclusive of that of houses and of the interest of stock, has by many people been estimated at twenty millions; an estimation made in a great measure at random, and which, I apprehend, is as likely to be above as

below the truth. But if the lands of Great Britain, in the present state of their cultivation, do not afford a rent of more than twenty millions a-year, they could not well afford the half, most probably not the fourth part of that rent, if they all belonged to a single proprietor, and were put under the negligent, expensive, and oppressive management of his factors and agents. The crown lands of Great Britain do not at present afford the fourth part of the rent which could probably be drawn from them if they were the property of private persons. If the crown lands were more extensive, it is probable, they would be still worse managed.

The revenue which the great body of the people derives from land is, in proportion, not to the rent, but to the produce of the land. The whole annual produce of the land of every country, if we except what is reserved for seed, is either annually consumed by the great body of the people, or exchanged for something else that is consumed by them. Whatever keeps down the produce of the land below what it would otherwise rise to, keeps down the revenue of the great body of the people, still more than it does that of the proprietors of land. The rent of land, that portion of the produce which belongs to the proprietors, is scarce anywhere in Great Britain supposed to be more than a third part of the whole produce. If the land which, in one state of cultivation, affords a revenue of ten millions sterling a-year, would in another

afford a rent of twenty millions; the rent being, in both cases, supposed a third part of the produce, the revenue of the proprietors would be less than it otherwise might be, by ten millions a-year only; but the revenue of the great body of the people would be less than it otherwise might be, by thirty millions a-year, deducting only what would be necessary for seed. The population of the country would be less by the number of people which thirty millions a-year, deducting always the seed, could maintain, according to the particular mode of living, and expense which might take place in the different ranks of men, among whom the remainder was distributed.

Though there is not at present in Europe, any civilized state of any kind which derives the greater part of its public revenue from the rent of lands which are the property of the state; yet, in all the great monarchies of Europe, there are still many large tracts of land which belong to the crown. They are generally forest, and sometimes forests where, after travelling several miles, you will scarce find a single tree; a mere waste and loss of country, in respect both of produce and population. In every great monarchy of Europe, the sale of the crown lands would produce a very large sum of money, which, if applied to the payment of the public debts, would deliver from mortgage a much greater revenue than any which those lands have even afforded to the crown. In coun-

tries where lands, improved and cultivated very highly, and yielding, at the time of sale, as great a rent as can easily be got from them, commonly sell at thirty years purchase; the unimproved, uncultivated, and low-rented crown lands, might well be expected to sell at forty, fifty, or sixty years purchase. The crown might immediately enjoy the revenue which this great price would redeem from mortgage. In the course of a few years, it would probably enjoy another revenue. When the crown lands had become private property, they would, in the course of a few years, become well improved and well cultivated. The increase of their produce would increase the population of the country, by augmenting the revenue and consumption of the people. But the revenue which the crown derives from the duties or custom and excise, would necessarily increase with the revenue and consumption of the people.

The revenue which, in any civilized monarchy, the crown derives from the crown lands, though it appears to cost nothing to individuals, in reality costs more to the society than perhaps any other equal revenue which the crown enjoys. It would, in all cases, be for the interest of the society, to replace this revenue to the crown by some other equal revenue, and to divide the lands among the people, which could not well be done better, perhaps, than by exposing them to public sale.

Lands, for the purposes of pleasure and magnificence, parks, gardens, public walks, etc. possessions which are everywhere considered as causes of expense, not as sources of revenue, seem to be the only lands which, in a great and civilized monarchy, ought to belong to the crown.

Public stock and public lands, therefore, the two sources of revenue which may peculiarly belong to the sovereign or commonwealth, being both improper and insufficient funds for defraying the necessary expense of any great and civilized state; it remains that this expense must, the greater part of it, be defrayed by taxes of one kind or another; the people contributing a part of their own private revenue, in order to make up a public revenue to the sovereign or commonwealth.

PART II

Of Taxes

THE PRIVATE REVENUE OF INDIVIDUALS, it has been shown in the first book of this Inquiry, arises, ultimately from three different sources; rent, profit, and wages. Every tax must finally be paid from some one or other of those three different sources of revenue, or from all of them indifferently. I shall endeavour to give the best account I can, first, of those taxes which, it is intended should fall upon rent; secondly, of those which, it is intended should fall upon profit; thirdly, of those which, it is intended should fall upon wages; and fourthly, of those which, it is intended should fall indifferently upon all those three different sources of private revenue. The particular consideration of each of these four different sorts of taxes will divide the second part of the present chapter into four articles, three of which will require several other subdivisions. Many of these taxes, it will appear from the following review, are not finally paid from the fund, or source of revenue, upon which it is intended they should fall.

Before I enter upon the examination of particular taxes, it is necessary to premise the four following maximis with regard to taxes in general.

1. The subjects of every state ought to contribute towards the support of the government, as nearly as possible, in proportion to their respective abilities; that is, in proportion to the revenue which they respectively enjoy under the protection of the state. The expense of government to the individuals of a great nation, is like the expense of management to the joint tenants of a great estate, who are all obliged to contribute in proportion to their respective interests in the estate. In the observation or neglect of this maxim, consists what is called the equality or inequality of taxation. Every tax, it must be observed once for all, which falls finally upon one only of the three sorts of revenue above mentioned, is necessarily unequal, in so far as it does not affect the other two. In the following examination of different taxes, I shall seldom take much farther notice of this sort of inequality; but shall, in most cases, confine my observations to that inequality which is occasioned by a particular tax falling unequally upon that particular sort of private revenue which is affected by it.

2. The tax which each individual is bound to pay, ought to be certain and not arbitrary. The time of payment, the manner of payment, the quantity to be paid, ought all to be clear and plain to the contributor, and to every other person. Where it is otherwise, every person subject to the tax is put more or less in the

power of the tax-gatherer, who can either aggravate the tax upon any obnoxious contributor, or extort, by the terror of such aggravation, some present or perquisite to himself. The uncertainty of taxation encourages the insolence, and favours the corruption, of an order of men who are naturally unpopular, even where they are neither insolent nor corrupt. The certainty of what each individual ought to pay is, in taxation, a matter of so great importance, that a very considerable degree of inequality, it appears, I believe, from the experience of all nations, is not near so great an evil as a very small degree of uncertainty.

3. Every tax ought to be levied at the time, or in the manner, in which it is most likely to be convenient for the contributor to pay it. A tax upon the rent of land or of houses, payable at the same term at which such rents are usually paid, is levied at the time when it is most likely to be convenient for the contributor to pay; or when he is most likely to have wherewithall to pay. Taxes upon such consumable goods as are articles of luxury, are all finally paid by the consumer, and generally in a manner that is very convenient for him. He pays them by little and little, as he has occasion to buy the goods. As he is at liberty too, either to buy or not to buy, as he pleases, it must be his own fault if he ever suffers any considerable inconveniency from such taxes.

4. Every tax ought to be so contrived, as both to take out and to keep out of the pockets of the people as little as possible, over and above what it brings into the public treasury of the state. A tax may either take out or keep out of the pockets of the people a great deal more than it brings into the public treasury, in the four following ways. First, the levying of it may require a great number of officers, whose salaries may eat up the greater part of the produce of the tax, and whose perquisites may impose another additional tax upon the people. Secondly, it may obstruct the industry of the people, and discourage them from applying to certain branches of business which might give maintenance and employment to great multitudes. While it obliges the people to pay, it may thus diminish, or perhaps destroy, some of the funds which might enable them more easily to do so. Thirdly, by the forfeitures and other penalties which those unfortunate individuals incur, who attempt unsuccessfully to evade the tax, it may frequently ruin them, and thereby put an end to the benefit which the community might have received from the employment of their capitals. An injudicious tax offers a great temptation to smuggling. But the penalties of smuggling must arise in proportion to the temptation. The law, contrary to all the ordinary principles of justice, first creates the temptation, and then punishes those who yield to it; and it commonly enhances the punishment, too, in

proportion to the very circumstance which ought certainly to alleviate it, the temptation to commit the crime. {See Sketches of the History of Man page 474, and Seq.} Fourthly, by subjecting the people to the frequent visits and the odious examination of the tax-gatherers, it may expose them to much unnecessary trouble, vexation, and oppression; and though vexation is not, strictly speaking, expense, it is certainly equivalent to the expense at which every man would be willing to redeem himself from it. It is in some one or other of these four different ways, that taxes are frequently so much more burdensome to the people than they are beneficial to the sovereign.

The evident justice and utility of the foregoing maxims have recommended them, more or less, to the attention of all nations. All nations have endeavoured, to the best of their judgment, to render their taxes as equal as they could contrive; as certain, as convenient to the contributor, both the time and the mode of payment, and in proportion to the revenue which they brought to the prince, as little burdensome to the people. The following short review of some of the principal taxes which have taken place in different ages and countries, will show, that the endeavours of all nations have not in this respect been equally successful.

ARTICLE I. — Taxes upon Rent — Taxes upon the Rent of Land.

A tax upon the rent of land may either be imposed according to a certain canon, every district being valued at a certain rent, which valuation is not afterwards to be altered; or it may be imposed in such a manner, as to vary with every variation in the real rent of the land, and to rise or fall with the improvement or declension of its cultivation.

A land tax which, like that of Great Britain, is assessed upon each district according to a certain invariable canon, though it should be equal at the time of its first establishment, necessarily becomes unequal in process of time, according to the unequal degrees of improvement or neglect in the cultivation of the different parts of the country. In England, the valuation, according to which the different counties and parishes were assessed to the land tax by the 4th of William and Mary, was very unequal even at its first establishment. This tax, therefore, so far offends against the first of the four maxims above mentioned. It is perfectly agreeable to the other three. It is perfectly certain. The time of payment for the tax, being the same as that for the rent, is as convenient as it can be to the contributor. Though the landlord is, in all cases, the real contributor, the tax is commonly advanced by the tenant, to whom the landlord is obliged to allow it in the payment of the rent. This tax is levied by a much

smaller number of officers than any other which affords nearly the same revenue. As the tax upon each district does not rise with the rise of the rent, the sovereign does not share in the profits of the landlord's improvements. Those improvements sometimes contribute, indeed, to the discharge of the other landlords of the district. But the aggravation of the tax, which this may sometimes occasion upon a particular estate, is always so very small, that it never can discourage those improvements, nor keep down the produce of the land below what it would otherwise rise to. As it has no tendency to diminish the quantity, it can have none to raise the price of that produce. It does not obstruct the industry of the people; it subjects the landlord to no other inconveniency besides the unavoidable one of paying the tax.

The advantage, however, which the land-lord has derived from the invariable constancy of the valuation, by which all the lands of Great Britain are rated to the land-tax, has been principally owing to some circumstances altogether extraneous to the nature of the tax.

It has been owing in part, to the great prosperity of almost every part of the country, the rents of almost all the estates of Great Britain having, since the time when this valuation was first established, been continually rising, and scarce any of them having fallen. The landlords, therefore, have almost all gained the difference

between the tax which they would have paid, according to the present rent of their estates, and that which they actually pay according to the ancient valuation. Had the state of the country been different, had rents been gradually falling in consequence of the declension of cultivation, the landlords would almost all have lost this difference. In the state of things which has happened to take place since the revolution, the constancy of the valuation has been advantageous to the landlord and hurtful to the sovereign. In a different state of things it might have been advantageous to the sovereign and hurtful to the landlord.

As the tax is made payable in money, so the valuation of the land is expressed in money. Since the establishment of this valuation, the value of silver has been pretty uniform, and there has been no alteration in the standard of the coin, either as to weight or fineness. Had silver risen considerably in its value, as it seems to have done in the course of the two centuries which preceded the discovery of the mines of America, the constancy of the valuation might have proved very oppressive to the landlord. Had silver fallen considerably in its value, as it certainly did for about a century at least after the discovery of those mines, the same constancy of valuation would have reduced very much this branch of the revenue of the sovereign. Had any considerable alteration been made in the standard of the money, either by sinking the same quantity

of silver to a lower denomination, or by raising it to a higher; had an ounce of silver, for example, instead of being coined into five shillings and two pence, been coined either into pieces which bore so low a denomination as two shillings and seven pence, or into pieces which bore so high a one as ten shillings and four pence, it would, in the one case, have hurt the revenue of the proprietor, in the other that of the sovereign.

In circumstances, therefore, somewhat different from those which have actually taken place, this constancy of valuation might have been a very great inconveniency, either to the contributors or to the commonwealth. In the course of ages, such circumstances, however, must at some time or other happen. But though empires, like all the other works of men, have all hitherto proved mortal, yet every empire aims at immortality. Every constitution, therefore, which it is meant should be as permanent as the empire itself, ought to be convenient, not in certain circumstances only, but in all circumstances; or ought to be suited, not to those circumstances which are transitory, occasional, or accidental, but to those which are necessary, and therefore always the same.

A tax upon the rent of land, which varies with every variation of the rent, or which rises and falls according to the improvement or neglect of cultivation, is recommended by that sect of men of letters in France, who call themselves the economists, as the most

equitable of all taxes. All taxes, they pretend, fall ultimately upon the rent of land, and ought, therefore, to be imposed equally upon the fund which must finally pay them. That all taxes ought to fall as equally as possible upon the fund which must finally pay them, is certainly true. But without entering into the disagreeable discussion of the metaphysical arguments by which they support their very ingenious theory, it will sufficiently appear, from the following review, what are the taxes which fall finally upon the rent of the land, and what are those which fall finally upon some other fund.

In the Venetian territory, all the arable lands which are given in lease to farmers are taxed at a tenth of the rent. [*Memoires concernant les Droits*, p. 240, 241.] The leases are recorded in a public register, which is kept by the officers of revenue in each province or district. When the proprietor cultivates his own lands, they are valued according to an equitable estimation, and he is allowed a deduction of one-fifth of the tax; so that for such land he pays only eight instead of ten per cent. of the supposed rent.

A land-tax of this kind is certainly more equal than the land-tax of England. It might not, perhaps, be altogether so certain, and the assessment of the tax might frequently occasion a good deal more trouble to the landlord. It might, too, be a good deal more expensive in the levying.

Such a system of administration, however, might, perhaps, be contrived, as would in a great measure both prevent this uncertainty, and moderate this expense.

The landlord and tenant, for example, might jointly be obliged to record their lease in a public register. Proper penalties might be enacted against concealing or misrepresenting any of the conditions; and if part of those penalties were to be paid to either of the two parties who informed against and convicted the other of such concealment or misrepresentation, it would effectually deter them from combining together in order to defraud the public revenue. All the conditions of the lease might be sufficiently known from such a record.

Some landlords, instead of raising the rent, take a fine for the renewal of the lease. This practice is, in most cases, the expedient of a spendthrift, who, for a sum of ready money sells a future revenue of much greater value. It is, in most cases, therefore, hurtful to the landlord; it is frequently hurtful to the tenant; and it is always hurtful to the community. It frequently takes from the tenant so great a part of his capital, and thereby diminishes so much his ability to cultivate the land, that he finds it more difficult to pay a small rent than it would otherwise have been to pay a great one. Whatever diminishes his ability to cultivate, necessarily keeps down, below what it would otherwise have been, the most impor-

tant part of the revenue of the community. By rendering the tax upon such fines a good deal heavier than upon the ordinary rent, this hurtful practice might be discouraged, to the no small advantage of all the different parties concerned, of the landlord, of the tenant, of the sovereign, and of the whole community.

Some leases prescribe to the tenant a certain mode of cultivation, and a certain succession of crops, during the whole continuance of the lease. This condition, which is generally the effect of the landlord's conceit of his own superior knowledge (a conceit in most cases very ill-founded), ought always to be considered as an additional rent, as a rent in service, instead of a rent in money. In order to discourage the practice, which is generally a foolish one, this species of rent might be valued rather high, and consequently taxed somewhat higher than common money-rents.

Some landlords, instead of a rent in money, require a rent in kind, in corn, cattle, poultry, wine, oil, etc.; others, again, require a rent in service. Such rents are always more hurtful to the tenant than beneficial to the landlord. They either take more, or keep more out of the pocket of the former, than they put into that of the latter. In every country where they take place, the tenants are poor and beggarly, pretty much according to the degree in which they take place. By valuing, in the same manner, such rents rather high, and consequently taxing them somewhat higher than com-

mon money-rents, a practice which is hurtful to the whole community, might, perhaps, be sufficiently discouraged.

When the landlord chose to occupy himself a part of his own lands, the rent might be valued according to an equitable arbitration of the farmers and landlords in the neighbourhood, and a moderate abatement of the tax might be granted to him, in the same manner as in the Venetian territory, provided the rent of the lands which he occupied did not exceed a certain sum. It is of importance that the landlord should be encouraged to cultivate a part of his own land. His capital is generally greater than that of the tenant, and, with less skill, he can frequently raise a greater produce. The landlord can afford to try experiments, and is generally disposed to do so. His unsuccessful experiments occasion only a moderate loss to himself. His successful ones contribute to the improvement and better cultivation of the whole country. It might be of importance, however, that the abatement of the tax should encourage him to cultivate to a certain extent only. If the landlords should, the greater part of them, be tempted to farm the whole of their own lands, the country (instead of sober and industrious tenants, who are bound by their own interest to cultivate as well as their capital and skill will allow them) would be filled with idle and profligate bailiffs, whose abusive management would soon degrade the cultivation, and reduce the annual produce of the

land, to the diminution, not only of the revenue of their masters, but of the most important part of that of the whole society.

Such a system of administration might, perhaps, free a tax of this kind from any degree of uncertainty, which could occasion either oppression or inconveniency to the contributor; and might, at the same time, serve to introduce into the common management of land such a plan of policy as might contribute a good deal to the general improvement and good cultivation of the country.

The expense of levying a land-tax, which varied with every variation of the rent, would, no doubt, be somewhat greater than that of levying one which was always rated according to a fixed valuation. Some additional expense would necessarily be incurred, both by the different register-offices which it would be proper to establish in the different districts of the country, and by the different valuations which might occasionally be made of the lands which the proprietor chose to occupy himself. The expense of all this, however, might be very moderate, and much below what is incurred in the levying of many other taxes, which afford a very inconsiderable revenue in comparison of what might easily be drawn from a tax of this kind.

The discouragement which a variable land-tax of this kind might give to the improvement of land, seems to be the most important objection which can be made to it. The landlord would certainly

be less disposed to improve, when the sovereign, who contributed nothing to the expense, was to share in the profit of the improvement. Even this objection might, perhaps, be obviated, by allowing the landlord, before he began his improvement, to ascertain, in conjunction with the officers of revenue, the actual value of his lands, according to the equitable arbitration of a certain number of landlords and farmers in the neighbourhood, equally chosen by both parties: and by rating him, according to this valuation, for such a number of years as might be fully sufficient for his complete indemnification. To draw the attention of the sovereign towards the improvement of the land, from a regard to the increase of his own revenue, is one of the principal advantages proposed by this species of land-tax. The term, therefore, allowed, for the indemnification of the landlord, ought not to be a great deal longer than what was necessary for that purpose, lest the remoteness of the interest should discourage too much this attention. It had better, however, be somewhat too long, than in any respect too short. No incitement to the attention of the sovereign can ever counterbalance the smallest discouragement to that of the landlord. The attention of the sovereign can be, at best, but a very general and vague consideration of what is likely to contribute to the better cultivation of the greater part of his dominions. The attention of the landlord is a particular and minute consideration of what is

likely to be the most advantageous application of every inch of ground upon his estate. The principal attention of the sovereign ought to be, to encourage, by every means in his power, the attention both of the landlord and of the farmer, by allowing both to pursue their own interest in their own way, and according to their own judgment; by giving to both the most perfect security that they shall enjoy the full recompence of their own industry; and by procuring to both the most extensive market for every part of their produce, in consequence of establishing the easiest and safest communications, both by land and by water, through every part of his own dominions, as well as the most unbounded freedom of exportation to the dominions of all other princes.

If, by such a system of administration, a tax of this kind could be so managed as to give, not only no discouragement, but, on the contrary, some encouragement to the improvement of land, it does not appear likely to occasion any other inconveniency to the landlord, except always the unavoidable one of being obliged to pay the tax.

In all the variations of the state of the society, in the improvement and in the declension of agriculture; in all the variations in the value of silver, and in all those in the standard of the coin, a tax of this kind would, of its own accord, and without any attention of government, readily suit itself to the actual situation of things,

and would be equally just and equitable in all those different changes. It would, therefore, be much more proper to be established as a perpetual and unalterable regulation, or as what is called a fundamental law of the commonwealth, than any tax which was always to be levied according to a certain valuation.

Some states, instead of the simple and obvious expedient of a register of leases, have had recourse to the laborious and expensive one of an actual survey and valuation of all the lands in the country. They have suspected, probably, that the lessor and lessee, in order to defraud the public revenue, might combine to conceal the real terms of the lease. Domesday-book seems to have been the result of a very accurate survey of this kind.

In the ancient dominions of the king of Prussia, the land-tax is assessed according to an actual survey and valuation, which is reviewed and altered from time to time. {Memoires concurent les Droits, etc. tom. i. p. 114, 115, 116, etc.} According to that valuation, the lay proprietors pay from twenty to twenty-five per cent. of their revenue; ecclesiastics from forty to forty-five per cent. The survey and valuation of Silesia was made by order of the present king, it is said, with great accuracy. According to that valuation, the lands belonging to the bishop of Breslaw are taxed at twenty-five per cent. of their rent. The other revenues of the ecclesiastics of both religions at fifty per cent. The commanderies of the Teu-

tonic order, and of that of Malta, at forty per cent. Lands held by a noble tenure, at thirty-eight and one-third per cent. Lands held by a base tenure, at thirty-five and one-third per cent.

The survey and valuation of Bohemia is said to have been the work of more than a hundred years. It was not perfected till after the peace of 1748, by the orders of the present empress queen. {Id. tom i. p.85, 84.} The survey of the duchy of Milan, which was begun in the time of Charles VI., was not perfected till after 1760 It is esteemed one of the most accurate that has ever been made. The survey of Savoy and Piedmont was executed under the orders of the late king of Sardinia. {Id. p. 280, etc.; also p. 287. etc. to 316.}

In the dominions of the king of Prussia, the revenue of the church is taxed much higher than that of lay proprietors. The revenue of the church is, the greater part of it, a burden upon the rent of land. It seldom happens that any part of it is applied towards the improvement of land; or is so employed as to contribute, in any respect, towards increasing the revenue of the great body of the people. His Prussian majesty had probably, upon that account, thought it reasonable that it should contribute a good deal more towards relieving the exigencies of the state. In some countries, the lands of the church are exempted from all taxes. In others, they are taxed more lightly than other lands. In the duchy of Milan,

the lands which the church possessed before 1575, are rated to the tax at a third only or their value.

In Silesia, lands held by a noble tenure are taxed three per cent. higher than those held by a base tenure. The honours and privileges of different kinds annexed to the former, his Prussian majesty had probably imagined, would sufficiently compensate to the proprietor a small aggravation of the tax; while, at the same time, the humiliating inferiority of the latter would be in some measure alleviated, by being taxed somewhat more lightly. In other countries, the system of taxation, instead of alleviating, aggravates this inequality. In the dominions of the king of Sardinia, and in those provinces of France which are subject to what is called the real or predial taille, the tax falls altogether upon the lands held by a base tenure. Those held by a noble one are exempted.

A land tax assessed according to a general survey and valuation, how equal soever it may be at first, must, in the course of a very moderate period of time, become unequal. To prevent its becoming so would require the continual and painful attention of government to all the variations in the state and produce of every different farm in the country. The governments of Prussia, of Bohemia, of Sardinia, and of the duchy of Milan, actually exert an attention of this kind; an attention so unsuitable to the nature of government, that it is not likely to be of long continuance, and

which, if it is continued, will probably, in the long-run, occasion much more trouble and vexation than it can possibly bring relief to the contributors.

In 1666, the generality of Montauban was assessed to the real or predial taille, according, it is said, to a very exact survey and valuation. {Memoires concernant les Droits, etc. tom. ii p. 139, etc.} By 1727, this assessment had become altogether unequal. In order to remedy this inconveniency, government has found no better expedient, than to impose upon the whole generality an additional tax of a hundred and twenty thousand livres. This additional tax is rated upon all the different districts subject to the taille according to the old assessment. But it is levied only upon those which, in the actual state of things, are by that assessment under-taxed; and it is applied to the relief of those which, by the same assessment, are over-taxed. Two districts, for example, one of which ought, in the actual state of things, to be taxed at nine hundred, the other at eleven hundred livres, are, by the old assessment, both taxed at a thousand livres. Both these districts are, by the additional tax, rated at eleven hundred livres each. But this additional tax is levied only upon the district under-charged, and it is applied altogether to the relief of that overcharged, which consequently pays only nine hundred livres. The government neither gains nor loses by the additional tax, which is applied alto-

gether to remedy the inequalities arising from the old assessment. The application is pretty much regulated according to the discretion of the intendant of the generality, and must, therefore, be in a great measure arbitrary.

Taxes which are proportioned, not in the Rent, but to the Produce of Land.

Taxes upon the produce of land are, In reality, taxes upon the rent; and though they may be originally advanced by the farmer, are finally paid by the landlord. When a certain portion of the produce is to be paid away for a tax, the farmer computes as well as he can, what the value of this portion is, one year with another, likely to amount to, and he makes a proportionable abatement in the rent which he agrees to pay to the landlord. There is no farmer who does not compute beforehand what the church tythe, which is a land tax of this kind, is, one year with another, likely to amount to.

The tythe, and every other land tax of this kind, under the appearance of perfect equality, are very unequal taxes; a certain portion of the produce being in different situations, equivalent to a very different portion of the rent. In some very rich lands, the produce is so great, that the one half of it is fully sufficient to replace to the farmer his capital employed in cultivation, together

with the ordinary profits of farming stock in the neighbourhood. The other half, or, what comes to the same thing, the value of the other half, he could afford to pay as rent to the landlord, if there was no tythe. But if a tenth of the produce is taken from him in the way of tythe, he must require an abatement of the fifth part of his rent, otherwise he cannot get back his capital with the ordinary profit. In this case, the rent of the landlord, instead of amounting to a half, or five-tenths of the whole produce, will amount only to four-tenths of it. In poorer lands, on the contrary, the produce is sometimes so small, and the expense of cultivation so great, that it requires four-fifths of the whole produce, to replace to the farmer his capital with the ordinary profit. In this case, though there was no tythe, the rent of the landlord could amount to no more than one-fifth or two-tenths of the whole produce. But if the farmer pays one-tenth of the produce in the way of tythe, he must require an equal abatement of the rent of the landlord, which will thus be reduced to one-tenth only of the whole produce. Upon the rent of rich lands the tythe may sometimes be a tax of no more than one-fifth part, or four shillings in the pound; whereas upon that of poorer lands, it may sometimes be a tax of one half, or of ten shillings in the pound.

The tythe, as it is frequently a very unequal tax upon the rent, so it is always a great discouragement, both to the improvements of

the landlord, and to the cultivation of the farmer. The one cannot venture to make the most important, which are generally the most expensive improvements; nor the other to raise the most valuable, which are generally, too, the most expensive crops; when the church, which lays out no part of the expense, is to share so very largely in the profit. The cultivation of madder was, for a long time, confined by the tythe to the United Provinces, which, being presbyterian countries, and upon that account exempted from this destructive tax, enjoyed a sort of monopoly of that useful dyeing drug against the rest of Europe. The late attempts to introduce the culture of this plant into England, have been made only in consequence of the statute, which enacted that five shillings an acre should be received in lieu of all manner of tythe upon madder.

As through the greater part of Europe, the church, so in many different countries of Asia, the state, is principally supported by a land tax, proportioned not to the rent, but to the produce of the land. In China, the principal revenue of the sovereign consists in a tenth part of the produce of all the lands of the empire. This tenth part, however, is estimated so very moderately, that, in many provinces, it is said not to exceed a thirtieth part of the ordinary produce. The land tax or land rent which used to be paid to the Mahometan government of Bengal, before that country fell into the hands of the English East India company, is said to have

amounted to about a fifth part of the produce. The land tax of ancient Egypt is said likewise to have amounted to a fifth part.

In Asia, this sort of land tax is said to interest the sovereign in the improvement and cultivation of land. The sovereigns of China, those of Bengal while under the Mahometan government, and those of ancient Egypt, are said, accordingly, to have been extremely attentive to the making and maintaining of good roads and navigable canals, in order to increase, as much as possible, both the quantity and value of every part of the produce of the land, by procuring to every part of it the most extensive market which their own dominions could afford. The tythe of the church is divided into such small portions that no one of its proprietors can have any interest of this kind. The parson of a parish could never find his account, in making a road or canal to a distant part of the country, in order to extend the market for the produce of his own particular parish. Such taxes, when destined for the maintenance of the state, have some advantages, which may serve in some measure to balance their inconveniency. When destined for the maintenance of the church, they are attended with nothing but inconveniency.

Taxes upon the produce of land may be levied, either in kind, or, according to a certain valuation in money.

The parson of a parish, or a gentleman of small fortune who lives upon his estate, may sometimes, perhaps find some advan-

tage in receiving, the one his tythe, and the other his rent, in kind. The quantity to be collected, and the district within which it is to be collected, are so small, that they both can oversee, with their own eyes, the collection and disposal of every part of what is due to them. A gentleman of great fortune, who lived in the capital, would be in danger of suffering much by the neglect, and more by the fraud, of his factors and agents, if the rents of an estate in a distant province were to be paid to him in this manner. The loss of the sovereign, from the abuse and depredation of his tax-gatherers, would necessarily be much greater. The servants of the most careless private person are, perhaps, more under the eye of their master than those of the most careful prince; and a public revenue, which was paid in kind, would suffer so much from the mismanagement of the collectors, that a very small part of what was levied upon the people would ever arrive at the treasury of the prince. Some part of the public revenue of China, however, is said to be paid in this manner. The mandarins and other tax-gatherers will, no doubt, find their advantage in continuing the practice of a payment, which is so much more liable to abuse than any payment in money.

A tax upon the produce of land, which is levied in money, may be levied, either according to a valuation, which varies with all the variations of the market price; or according to a fixed valuation, a

bushel of wheat, for example, being always valued at one and the same money price, whatever may be the state of the market. The produce of a tax levied in the former way will vary only according to the variations in the real produce of the land, according to the improvement or neglect of cultivation. The produce of a tax levied in the latter way will vary, not only according to the variations in the produce of the land, but according both to those in the value of the precious metals, and those in the quantity of those metals which is at different times contained in coin of the same denomination. The produce of the former will always bear the same proportion to the value of the real produce of the land. The produce of the latter may, at different times, bear very different proportions to that value.

When, instead either of a certain portion of the produce of land, or of the price of a certain portion, a certain sum of money is to be paid in full compensation for all tax or tythe; the tax becomes, in this case, exactly of the same nature with the land tax of England. It neither rises nor falls with the rent of the land. It neither encourages nor discourages improvement. The tythe in the greater part of those parishes which pay what is called a *modus*, in lieu of all other tythe is a tax of this kind. During the Mahometan government of Bengal, instead of the payment in kind of the fifth part of the produce, a *modus*, and, it is said, a very moderate one,

was established in the greater part of the districts or zemindaries of the country. Some of the servants of the East India company, under pretence of restoring the public revenue to its proper value, have, in some provinces, exchanged this modus for a payment in kind. Under their management, this change is likely both to discourage cultivation, and to give new opportunities for abuse in the collection of the public revenue, which has fallen very much below what it was said to have been when it first fell under the management of the company. The servants of the company may, perhaps, have profited by the change, but at the expense, it is probable, both of their masters and of the country.

Taxes upon the Rent of Houses.

The rent of a house may be distinguished into two parts, of which the one may very properly be called the building-rent; the other is commonly called the ground-rent.

The building-rent is the interest or profit of the capital expended in building the house. In order to put the trade of a builder upon a level with other trades, it is necessary that this rent should be sufficient, first, to pay him the same interest which he would have got for his capital, if he had lent it upon good security; and, secondly, to keep the house in constant repair, or, what comes to the

same thing, to replace, within a certain term of years, the capital which had been employed in building it. The building-rent, or the ordinary profit of building, is, therefore, everywhere regulated by the ordinary interest of money. Where the market rate of interest is four per cent. the rent of a house, which, over and above paying the ground-rent, affords six or six and a-half per cent. upon the whole expense of building, may, perhaps, afford a sufficient profit to the builder. Where the market rate of interest is five per cent. it may perhaps require seven or seven and a half per cent. If, in proportion to the interest of money, the trade of the builders affords at any time much greater profit than this, it will soon draw so much capital from other trades as will reduce the profit to its proper level. If it affords at any time much less than this, other trades will soon draw so much capital from it as will again raise that profit.

Whatever part of the whole rent of a house is over and above what is sufficient for affording this reasonable profit, naturally goes to the ground-rent; and, where the owner of the ground and the owner of the building are two different persons, is, in most cases, completely paid to the former. This surplus rent is the price which the inhabitant of the house pays for some real or supposed advantage of the situation. In country houses, at a distance from any great town, where there is plenty of ground to chuse upon,

the ground-rent is scarce anything, or no more than what the ground which the house stands upon would pay, if employed in agriculture. In country villas, in the neighbourhood of some great town, it is sometimes a good deal higher; and the peculiar conveniency or beauty of situation is there frequently very well paid for. Ground-rents are generally highest in the capital, and in those particular parts of it where there happens to be the greatest demand for houses, whatever be the reason of that demand, whether for trade and business, for pleasure and society, or for mere vanity and fashion.

A tax upon house-rent, payable by the tenant, and proportioned to the whole rent of each house, could not, for any considerable time at least, affect the building-rent. If the builder did not get his reasonable profit, he would be obliged to quit the trade; which, by raising the demand for building, would, in a short time, bring back his profit to its proper level with that of other trades. Neither would such a tax fall altogether upon the ground-rent; but it would divide itself in such a manner, as to fall partly upon the inhabitant of the house, and partly upon the owner of the ground.

Let us suppose, for example, that a particular person judges that he can afford for house-rent all expense of sixty pounds a-year; and let us suppose, too, that a tax of four shillings in the pound, or of one-fifth, payable by the inhabitant, is laid upon house-rent.

A house of sixty pounds rent will, in that case, cost him seventy-two pounds a-year, which is twelve pounds more than he thinks he can afford. He will, therefore, content himself with a worse house, or a house of fifty pounds rent, which, with the additional ten pounds that he must pay for the tax, will make up the sum of sixty pounds a-year, the expense which he judges he can afford, and, in order to pay the tax, he will give up a part of the additional conveniency which he might have had from a house of ten pounds a-year more rent. He will give up, I say, a part of this additional conveniency; for he will seldom be obliged to give up the whole, but will, in consequence of the tax, get a better house for fifty pounds a-year, than he could have got if there had been no tax for as a tax of this kind, by taking away this particular competitor, must diminish the competition for houses of sixty pounds rent, so it must likewise diminish it for those of fifty pounds rent, and in the same manner for those of all other rents, except the lowest rent, for which it would for some time increase the competition. But the rents of every class of houses for which the competition was diminished, would necessarily be more or less reduced. As no part of this reduction, however, could for any considerable time at least, affect the building-rent, the whole of it must, in the long-run, necessarily fall upon the ground-rent. The final payment of this tax, therefore, would fall partly upon the inhabitant of the

house, who, in order to pay his share, would be obliged to give up a part of his conveniency; and partly upon the owner of the ground, who, in order to pay his share, would be obliged to give up a part of his revenue. In what proportion this final payment would be divided between them, it is not, perhaps, very easy to ascertain. The division would probably be very different in different circumstances, and a tax of this kind might, according to those different circumstances, affect very unequally, both the inhabitant of the house and the owner of the ground.

The inequality with which a tax of this kind might fall upon the owners of different ground-rents, would arise altogether from the accidental inequality of this division. But the inequality with which it might fall upon the inhabitants of different houses, would arise, not only from this, but from another cause. The proportion of the expense of house-rent to the whole expense of living, is different in the different degrees of fortune. It is, perhaps, highest in the highest degree, and it diminishes gradually through the inferior degrees, so as in general to be lowest in the lowest degree. The necessities of life occasion the great expense of the poor. They find it difficult to get food, and the greater part of their little revenue is spent in getting it. The luxuries and vanities of life occasion the principal expense of the rich; and a magnificent house embellishes and sets off to the best advantage all the other luxuries

and vanities which they possess. A tax upon house-rents, therefore, would in general fall heaviest upon the rich; and in this sort of inequality there would not, perhaps, be any thing very unreasonable. It is not very unreasonable that the rich should contribute to the public expense, not only in proportion to their revenue, but something more than in that proportion.

The rent of houses, though it in some respects resembles the rent of land, is in one respect essentially different from it. The rent of land is paid for the use of a productive subject. The land which pays it produces it. The rent of houses is paid for the use of an unproductive subject. Neither the house, nor the ground which it stands upon, produce anything. The person who pays the rent, therefore, must draw it from some other source of revenue, distinct from and independent of this subject. A tax upon the rent of houses, so far as it falls upon the inhabitants, must be drawn from the same source as the rent itself, and must be paid from their revenue, whether derived from the wages of labour, the profits of stock, or the rent of land. So far as it falls upon the inhabitants, it is one of those taxes which fall, not upon one only, but indifferently upon all the three different sources of revenue; and is, in every respect, of the same nature as a tax upon any other sort of consumable commodities. In general, there is not perhaps, any one article of expense or consumption by which the liberality or

narrowness of a man's whole expense can be better judged of than by his house-rent. A proportional tax upon this particular article of expense might, perhaps, produce a more considerable revenue than any which has hitherto been drawn from it in any part of Europe. If the tax, indeed, was very high, the greater part of people would endeavour to evade it as much as they could, by contenting themselves with smaller houses, and by turning the greater part of their expense into some other channel.

The rent of houses might easily be ascertained with sufficient accuracy, by a policy of the same kind with that which would be necessary for ascertaining the ordinary rent of land. Houses not inhabited ought to pay no tax. A tax upon them would fall altogether upon the proprietor, who would thus be taxed for a subject which afforded him neither conveniency nor revenue. Houses inhabited by the proprietor ought to be rated, not according to the expense which they might have cost in building, but according to the rent which an equitable arbitration might judge them likely to bring if leased to a tenant. If rated according to the expense which they might have cost in building, a tax of three or four shillings in the pound, joined with other taxes, would ruin almost all the rich and great families of this, and, I believe, of every other civilized country. Whoever will examine with attention the different town and country houses of some of the richest and greatest families in

this country, will find that, at the rate of only six and a-half, or seven per cent. upon the original expense of building, their house-rent is nearly equal to the whole neat rent of their estates. It is the accumulated expense of several successive generations, laid out upon objects of great beauty and magnificence, indeed, but, in proportion to what they cost, of very small exchangeable value. {Since the first publication of this book, a tax nearly upon the above-mentioned principles has been imposed.}

Ground-rents are a still more proper subject of taxation than the rent of houses. A tax upon ground-rents would not raise the rent of houses; it would fall altogether upon the owner of the ground-rent, who acts always as a monopolist, and exacts the greatest rent which can be got for the use of his ground. More or less can be got for it, according as the competitors happen to be richer or poorer, or can afford to gratify their fancy for a particular spot of ground at a greater or smaller expense. In every country, the greatest number of rich competitors is in the capital, and it is there accordingly that the highest ground-rents are always to be found. As the wealth of those competitors would in no respect be increased by a tax upon ground-rents, they would not probably be disposed to pay more for the use of the ground. Whether the tax was to be advanced by the inhabitant or by the owner of the ground, would be of little importance. The more the inhabitant was obliged

to pay for the tax, the less he would incline to pay for the ground; so that the final payment of the tax would fall altogether upon the owner of the ground-rent. The ground-rents of uninhabited houses ought to pay no tax.

Both ground-rents, and the ordinary rent of land, are a species of revenue which the owner, in many cases, enjoys without any care or attention of his own. Though a part of this revenue should be taken from him in order to defray the expenses of the state, no discouragement will thereby be given to any sort of industry. The annual produce of the land and labour of the society, the real wealth and revenue of the great body of the people, might be the same after such a tax as before. Ground-rents, and the ordinary rent of land, are therefore, perhaps, the species of revenue which can best bear to have a peculiar tax imposed upon them.

Ground-rents seem, in this respect, a more proper subject of peculiar taxation, than even the ordinary rent of land. The ordinary rent of land is, in many cases, owing partly, at least, to the attention and good management of the landlord. A very heavy tax might discourage, too much, this attention and good management. Ground-rents, so far as they exceed the ordinary rent of land, are altogether owing to the good government of the sovereign, which, by protecting the industry either of the whole people or of the inhabitants of some particular place, enables them to pay

so much more than its real value for the ground which they build their houses upon; or to make to its owner so much more than compensation for the loss which he might sustain by this use of it. Nothing can be more reasonable, than that a fund, which owes its existence to the good government of the state, should be taxed peculiarly, or should contribute something more than the greater part of other funds, towards the support of that government.

Though, in many different countries of Europe, taxes have been imposed upon the rent of houses, I do not know of any in which ground-rents have been considered as a separate subject of taxation. The contrivers of taxes have, probably, found some difficulty in ascertaining what part of the rent ought to be considered as ground-rent, and what part ought to be considered as building-rent. It should not, however, seem very difficult to distinguish those two parts of the rent from one another.

In Great Britain the rent of houses is supposed to be taxed in the same proportion as the rent of land, by what is called the annual land tax. The valuation, according to which each different parish and district is assessed to this tax, is always the same. It was originally extremely unequal, and it still continues to be so. Through the greater part of the kingdom this tax falls still more lightly upon the rent of houses than upon that of land. In some few districts only, which were originally rated high, and in which the

rents of houses have fallen considerably, the land tax of three or four shillings in the pound is said to amount to an equal proportion of the real rent of houses. Untenanted houses, though by law subject to the tax, are, in most districts, exempted from it by the favour of the assessors; and this exemption sometimes occasions some little variation in the rate of particular houses, though that of the district is always the same. Improvements of rent, by new buildings, repairs, etc. go to the discharge of the district, which occasions still further variations in the rate of particular houses.

In the province of Holland, {Memoires concernant les Droits, etc. p. 223.} every house is taxed at two and a-half per cent. of its value, without any regard, either to the rent which it actually pays, or to the circumstance of its being tenanted or untenanted. There seems to be a hardship in obliging the proprietor to pay a tax for an untenanted house, from which he can derive no revenue, especially so very heavy a tax. In Holland, where the market rate of interest does not exceed three per cent., two and a-half per cent. upon the whole value of the house must, in most cases, amount to more than a third of the building-rent, perhaps of the whole rent. The valuation, indeed, according to which the houses are rated, though very unequal, is said to be always below the real value. When a house is rebuilt, improved, or enlarged, there is a new valuation, and the tax is rated accordingly.

The contrivers of the several taxes which in England have, at different times, been imposed upon houses, seem to have imagined that there was some great difficulty in ascertaining, with tolerable exactness, what was the real rent of every house. They have regulated their taxes, therefore, according to some more obvious circumstance, such as they had probably imagined would, in most cases, bear some proportion to the rent.

The first tax of this kind was hearth-money; or a tax of two shillings upon every hearth. In order to ascertain how many hearths were in the house, it was necessary that the tax-gatherer should enter every room in it. This odious visit rendered the tax odious. Soon after the Revolution, therefore, it was abolished as a badge of slavery.

The next tax of this kind was a tax of two shillings upon every dwelling-house inhabited. A house with ten windows to pay four shillings more. A house with twenty windows and upwards to pay eight shillings. This tax was afterwards so far altered, that houses with twenty windows, and with less than thirty, were ordered to pay ten shillings, and those with thirty windows and upwards to pay twenty shillings. The number of windows can, in most cases, be counted from the outside, and, in all cases, without entering every room in the house. The visit of the tax-gatherer, therefore, was less offensive in this tax than in the hearth-money.

This tax was afterwards repealed, and in the room of it was established the window-tax, which has undergone two several alterations and augmentations. The window tax, as it stands at present (January 1775), over and above the duty of three shillings upon every house in England, and of one shilling upon every house in Scotland, lays a duty upon every window, which in England augments gradually from twopence, the lowest rate upon houses with not more than seven windows, to two shillings, the highest rate upon houses with twenty-five windows and upwards.

The principal objection to all such taxes is their inequality; an inequality of the worst kind, as they must frequently fall much heavier upon the poor than upon the rich. A house of ten pounds rent in a country town, may sometimes have more windows than a house of five hundred pounds rent in London; and though the inhabitant of the former is likely to be a much poorer man than that of the latter, yet, so far as his contribution is regulated by the window tax, he must contribute more to the support of the state. Such taxes are, therefore, directly contrary to the first of the four maxims above mentioned. They do not seem to offend much against any of the other three.

The natural tendency of the window tax, and of all other taxes upon houses, is to lower rents. The more a man pays for the tax, the less, it is evident, he can afford to pay for the rent. Since the

imposition of the window tax, however, the rents of houses have, upon the whole, risen more or less, in almost every town and village of Great Britain, with which I am acquainted. Such has been, almost everywhere, the increase of the demand for houses, that it has raised the rents more than the window tax could sink them; one of the many proofs of the great prosperity of the country, and of the increasing revenue of its inhabitants. Had it not been for the tax, rents would probably have risen still higher.

ARTICLE II. — Taxes upon Profit, or upon the Revenue arising from Stock.

The revenue or profit arising from stock naturally divides itself into two parts; that which pays the interest, and which belongs to the owner of the stock; and that surplus part which is over and above what is necessary for paying the interest.

This latter part of profit is evidently a subject not taxable directly. It is the compensation, and, in most cases, it is no more than a very moderate compensation for the risk and trouble of employing the stock. The employer must have this compensation, otherwise he cannot, consistently with his own interest, continue the employment. If he was taxed directly, therefore, in proportion to the whole profit, he would be obliged either to raise the rate of his profit, or to charge the tax upon the interest of money; that is,

to pay less interest. If he raised the rate of his profit in proportion to the tax, the whole tax, though it might be advanced by him, would be finally paid by one or other of two different sets of people, according to the different ways in which he might employ the stock of which he had the management. If he employed it as a farming stock, in the cultivation of land, he could raise the rate of his profit only by retaining a greater portion, or, what comes to the same thing, the price of a greater portion, of the produce of the land; and as this could be done only by a reduction of rent, the final payment of the tax would fall upon the landlord. If he employed it as a mercantile or manufacturing stock, he could raise the rate of his profit only by raising the price of his goods; in which case, the final payment of the tax would fall altogether upon the consumers of those goods. If he did not raise the rate of his profit, he would be obliged to charge the whole tax upon that part of it which was allotted for the interest of money. He could afford less interest for whatever stock he borrowed, and the whole weight of the tax would, in this case, fall ultimately upon the interest of money. So far as he could not relieve himself from the tax in the one way, he would be obliged to relieve himself in the other.

The interest of money seems, at first sight, a subject equally capable of being taxed directly as the rent of land. Like the rent of land, it is a neat produce, which remains, after completely com-

pensating the whole risk and trouble of employing the stock. As a tax upon the rent of land cannot raise rents, because the neat produce which remains, after replacing the stock of the farmer, together with his reasonable profit, cannot be greater after the tax than before it, so, for the same reason, a tax upon the interest of money could not raise the rate of interest; the quantity of stock or money in the country, like the quantity of land, being supposed to remain the same after the tax as before it. The ordinary rate of profit, it has been shewn, in the first book, is everywhere regulated by the quantity of stock to be employed, in proportion to the quantity of the employment, or of the business which must be done by it. But the quantity of the employment, or of the business to be done by stock, could neither be increased nor diminished by any tax upon the interest of money. If the quantity of the stock to be employed, therefore, was neither increased nor diminished by it, the ordinary rate of profit would necessarily remain the same. But the portion of this profit, necessary for compensating the risk and trouble of the employer, would likewise remain the same; that risk and trouble being in no respect altered. The residue, therefore, that portion which belongs to the owner of the stock, and which pays the interest of money, would necessarily remain the same too. At first sight, therefore, the interest of money seems to be a subject as fit to be taxed directly as the rent of land.

There are, however, two different circumstances, which render the interest of money a much less proper subject of direct taxation than the rent of land.

First, the quantity and value of the land which any man possesses, can never be a secret, and can always be ascertained with great exactness. But the whole amount of the capital stock which he possesses is almost always a secret, and can scarce ever be ascertained with tolerable exactness. It is liable, besides, to almost continual variations. A year seldom passes away, frequently not a month, sometimes scarce a single day, in which it does not rise or fall more or less. An inquisition into every man's private circumstances, and an inquisition which, in order to accommodate the tax to them, watched over all the fluctuations of his fortune, would be a source of such continual and endless vexation as no person could support.

Secondly, land is a subject which cannot be removed; whereas stock easily may. The proprietor of land is necessarily a citizen of the particular country in which his estate lies. The proprietor of stock is properly a citizen of the world, and is not necessarily attached to any particular country. He would be apt to abandon the country in which he was exposed to a vexatious inquisition, in order to be assessed to a burdensome tax; and would remove his stock to some other country, where he could either carry on his

business, or enjoy his fortune more at his ease. By removing his stock, he would put an end to all the industry which it had maintained in the country which he left. Stock cultivates land; stock employs labour. A tax which tended to drive away stock from any particular country, would so far tend to dry up every source of revenue, both to the sovereign and to the society. Not only the profits of stock, but the rent of land, and the wages of labour, would necessarily be more or less diminished by its removal.

The nations, accordingly, who have attempted to tax the revenue arising from stock, instead of any severe inquisition of this kind, have been obliged to content themselves with some very loose, and, therefore, more or less arbitrary estimation. The extreme inequality and uncertainty of a tax assessed in this manner, can be compensated only by its extreme moderation; in consequence of which, every man finds himself rated so very much below his real revenue, that he gives himself little disturbance though his neighbour should be rated somewhat lower.

By what is called the land tax in England, it was intended that the stock should be taxed in the same proportion as land. When the tax upon land was at four shillings in the pound, or at one-fifth of the supposed rent, it was intended that stock should be taxed at one-fifth of the supposed interest. When the present annual land tax was first imposed, the legal rate of interest was six

per cent. Every hundred pounds stock, accordingly, was supposed to be taxed at twenty-four shillings, the fifth part of six pounds. Since the legal rate of interest has been reduced to five per cent. every hundred pounds stock is supposed to be taxed at twenty shillings only. The sum to be raised, by what is called the land tax, was divided between the country and the principal towns. The greater part of it was laid upon the country; and of what was laid upon the towns, the greater part was assessed upon the houses. What remained to be assessed upon the stock or trade of the towns (for the stock upon the land was not meant to be taxed) was very much below the real value of that stock or trade. Whatever inequalities, therefore, there might be in the original assessment, gave little disturbance. Every parish and district still continues to be rated for its land, its houses, and its stock, according to the original assessment; and the almost universal prosperity of the country, which, in most places, has raised very much the value of all these, has rendered those inequalities of still less importance now. The rate, too, upon each district, continuing always the same, the uncertainty of this tax, so far as it might be assessed upon the stock of any individual, has been very much diminished, as well as rendered of much less consequence. If the greater part of the lands of England are not rated to the land tax at half their actual value, the greater part of the stock of England is, perhaps, scarce rated at

the fiftieth part of its actual value. In some towns, the whole land tax is assessed upon houses; as in Westminster, where stock and trade are free. It is otherwise in London.

In all countries, a severe inquisition into the circumstances of private persons has been carefully avoided.

At Hamburg, {Memoires concernant les Droits, tom. i, p.74} every inhabitant is obliged to pay to the state one fourth per cent. of all that he possesses; and as the wealth of the people of Hamburg consists principally in stock, this tax maybe considered as a tax upon stock. Every man assesses himself, and, in the presence of the magistrate, puts annually into the public coffer a certain sum of money, which he declares upon oath, to be one fourth per cent. of all that he possesses, but without declaring what it amounts to, or being liable to any examination upon that subject. This tax is generally supposed to be paid with great fidelity. In a small republic, where the people have entire confidence in their magistrates, are convinced of the necessity of the tax for the support of the state, and believe that it will be faithfully applied to that purpose, such conscientious and voluntary payment may sometimes be expected. It is not peculiar to the people of Hamburg.

The canton of Underwald, in Switzerland, is frequently ravaged by storms and inundations, and it is thereby exposed to extraordinary expenses. Upon such occasions the people assemble, and ev-

ery one is said to declare with the greatest frankness what he is worth, in order to be taxed accordingly. At Zurich, the law orders, that in cases of necessity, every one should be taxed in proportion to his revenue; the amount of which he is obliged to declare upon oath. They have no suspicion, it is said, that any of their fellow citizens will deceive them. At Basil, the principal revenue of the state arises from a small custom upon goods exported. All the citizens make oath, that they will pay every three months all the taxes imposed by law. All merchants, and even all inn-keepers, are trusted with keeping themselves the account of the goods which they sell, either within or without the territory. At the end of every three months, they send this account to the treasurer, with the amount of the tax computed at the bottom of it. It is not suspected that the revenue suffers by this confidence. {Memoires concernant les Droits, tom. i p. 163, 167, 171.}

To oblige every citizen to declare publicly upon oath, the amount of his fortune, must not, it seems, in those Swiss cantons, be reckoned a hardship. At Hamburg it would be reckoned the greatest. Merchants engaged in the hazardous projects of trade, all tremble at the thoughts of being obliged, at all times, to expose the real state of their circumstances. The ruin of their credit, and the miscarriage of their projects, they foresee, would too often be the consequence. A sober and parsimonious people, who are strangers

to all such projects, do not feel that they have occasion for any such concealment.

In Holland, soon after the exaltation of the late prince of Orange to the stadtholdership, a tax of two per cent. or the fiftieth penny, as it was called, was imposed upon the whole substance of every citizen. Every citizen assessed himself, and paid his tax, in the same manner as at Hamburg, and it was in general supposed to have been paid with great fidelity. The people had at that time the greatest affection for their new government, which they had just established by a general insurrection. The tax was to be paid but once, in order to relieve the state in a particular exigency. It was, indeed, too heavy to be permanent. In a country where the market rate of interest seldom exceeds three per cent., a tax of two per cent. amounts to thirteen shillings and four pence in the pound, upon the highest neat revenue which is commonly drawn from stock. It is a tax which very few people could pay, without encroaching more or less upon their capitals. In a particular exigency, the people may, from great public zeal, make a great effort, and give up even a part of their capital, in order to relieve the state. But it is impossible that they should continue to do so for any considerable time; and if they did, the tax would soon ruin them so completely, as to render them altogether incapable of supporting the state.

The tax upon stock, imposed by the land tax bill in England, though it is proportioned to the capital, is not intended to diminish or, take away any part of that capital. It is meant only to be a tax upon the interest of money, proportioned to that upon the rent of land; so that when the latter is at four shillings in the pound, the former may be at four shillings in the pound too. The tax at Hamburg, and the still more moderate taxes of Underwald and Zurich, are meant, in the same manner, to be taxes, not upon the capital, but upon the interest or neat revenue of stock. That of Holland was meant to be a tax upon the capital.

Taxes upon the Profit of particular Employments.

In some countries, extraordinary taxes are imposed upon the profits of stock; sometimes when employed in particular branches of trade, and sometimes when employed in agriculture.

Of the former kind, are in England, the tax upon hawkers and pedlars, that upon hackney-coaches and chairs, and that which the keepers of ale-houses pay for a licence to retail ale and spiritous liquors. During the late war, another tax of the same kind was proposed upon shops. The war having been undertaken, it was said, in defence of the trade of the country, the merchants, who were to profit by it, ought to contribute towards the support of it.

A tax, however, upon the profits of stock employed in any particular branch of trade, can never fall finally upon the dealers (who must in all ordinary cases have their reasonable profit, and, where the competition is free, can seldom have more than that profit), but always upon the consumers, who must be obliged to pay in the price of the goods the tax which the dealer advances; and generally with some overcharge.

A tax of this kind, when it is proportioned to the trade of the dealer, is finally paid by the consumer, and occasions no oppression to the dealer. When it is not so proportioned, but is the same upon all dealers, though in this case, too, it is finally paid by the consumer, yet it favours the great, and occasions some oppression to the small dealer. The tax of five shillings a-week upon every hackney coach, and that of ten shillings a-year upon every hackney chair, so far as it is advanced by the different keepers of such coaches and chairs, is exactly enough proportioned to the extent of their respective dealings. It neither favours the great, nor oppresses the smaller dealer. The tax of twenty shillings a-year for a licence to sell ale; of forty shillings for a licence to sell spiritous liquors; and of forty shillings more for a licence to sell wine, being the same upon all retailers, must necessarily give some advantage to the great, and occasion some oppression to the small dealers. The former must find it more easy to get back the tax in the price

of their goods than the latter. The moderation of the tax, however, renders this inequality of less importance; and it may to many people appear not improper to give some discouragement to the multiplication of little ale-houses. The tax upon shops, it was intended, should be the same upon all shops. It could not well have been otherwise. It would have been impossible to proportion, with tolerable exactness, the tax upon a shop to the extent of the trade carried on in it, without such an inquisition as would have been altogether insupportable in a free country. If the tax had been considerable, it would have oppressed the small, and forced almost the whole retail trade into the hands of the great dealers. The competition of the former being taken away, the latter would have enjoyed a monopoly of the trade; and, like all other monopolists, would soon have combined to raise their profits much beyond what was necessary for the payment of the tax. The final payment, instead of falling upon the shop-keeper, would have fallen upon the consumer, with a considerable overcharge to the profit of the shop-keeper. For these reasons, the project of a tax upon shops was laid aside, and in the room of it was substituted the subsidy, 1759.

What in France is called the personal taille, is perhaps, the most important tax upon the profits of stock employed in agriculture, that is levied in any part of Europe.

In the disorderly state of Europe, during the prevalence of the feudal government, the sovereign was obliged to content himself with taxing those who were too weak to refuse to pay taxes. The great lords, though willing to assist him upon particular emergencies, refused to subject themselves to any constant tax, and he was not strong enough to force them. The occupiers of land all over Europe were, the greater part of them, originally bond-men. Through the greater part of Europe, they were gradually emancipated. Some of them acquired the property of landed estates, which they held by some base or ignoble tenure, sometimes under the king, and sometimes under some other great lord, like the ancient copy-holders of England. Others, without acquiring the property, obtained leases for terms of years, of the lands which they occupied under their lord, and thus became less dependent upon him. The great lords seem to have beheld the degree of prosperity and independency, which this inferior order of men had thus come to enjoy, with a malignant and contemptuous indignation, and willingly consented that the sovereign should tax them. In some countries, this tax was confined to the lands which were held in property by an ignoble tenure; and, in this case, the taille was said to be real. The land tax established by the late king of Sardinia, and the taille in the provinces of Languedoc, Provence, Dauphine, and Brittany; in the generality of Montauban, and in the elections of

Agen and Condom, as well as in some other districts of France; are taxes upon lands held in property by an ignoble tenure. In other countries, the tax was laid upon the supposed profits of all those who held, in farm or lease, lands belonging to other people, whatever might be the tenure by which the proprietor held them; and in this case, the *taille* was said to be personal. In the greater part of those provinces of France, which are called the countries of elections, the *taille* is of this kind. The real *taille*, as it is imposed only upon a part of the lands of the country, is necessarily an unequal, but it is not always an arbitrary tax, though it is so upon some occasions. The personal *taille*, as it is intended to be proportioned to the profits of a certain class of people, which can only be guessed at, is necessarily both arbitrary and unequal.

In France, the personal *taille* at present (1775) annually imposed upon the twenty generalities, called the countries of elections, amounts to 40,107,239 livres, 16 sous. {*Memoires concernant les Droits*, etc tom. ii, p.17.} the proportion in which this sum is assessed upon those different provinces, varies from year to year, according to the reports which are made to the king's council concerning the goodness or badness of the crops, as well as other circumstances, which may either increase or diminish their respective abilities to pay. Each generality is divided into a certain number of elections; and the proportion in which the sum im-

posed upon the whole generality is divided among those different elections, varies likewise from year to year, according to the reports made to the council concerning their respective abilities. It seems impossible, that the council, with the best intentions, can ever proportion, with tolerable exactness, either of these two assessments to the real abilities of the province or district upon which they are respectively laid. Ignorance and misinformation must always, more or less, mislead the most upright council. The proportion which each parish ought to support of what is assessed upon the whole election, and that which each individual ought to support of what is assessed upon his particular parish, are both in the same manner varied from year to year, according as circumstances are supposed to require. These circumstances are judged of, in the one case, by the officers of the election, in the other, by those of the parish; and both the one and the other are, more or less, under the direction and influence of the intendant. Not only ignorance and misinformation, but friendship, party animosity, and private resentment, are said frequently to mislead such assessors. No man subject to such a tax, it is evident, can ever be certain, before he is assessed, of what he is to pay. He cannot even be certain after he is assessed. If any person has been taxed who ought to have been exempted, or if any person has been taxed beyond his proportion, though both must pay in the mean time, yet if they complain, and

make good their complaints, the whole parish is reimposed next year, in order to reimburse them. If any of the contributors become bankrupt or insolvent, the collector is obliged to advance his tax; and the whole parish is reimposed next year, in order to reimburse the collector. If the collector himself should become bankrupt, the parish which elects him must answer for his conduct to the receiver-general of the election. But, as it might be troublesome for the receiver to prosecute the whole parish, he takes at his choice five or six of the richest contributors, and obliges them to make good what had been lost by the insolvency of the collector. The parish is afterwards reimposed, in order to reimburse those five or six. Such reimpositions are always over and above the *taille* of the particular year in which they are laid on.

When a tax is imposed upon the profits of stock in a particular branch of trade, the traders are all careful to bring no more goods to market than what they can sell at a price sufficient to reimburse them from advancing the tax. Some of them withdraw a part of their stocks from the trade, and the market is more sparingly supplied than before. The price of the goods rises, and the final payment of the tax falls upon the consumer. But when a tax is imposed upon the profits of stock employed in agriculture, it is not the interest of the farmers to withdraw any part of their stock from that employment. Each farmer occupies a certain quantity

of land, for which he pays rent. For the proper cultivation of this land, a certain quantity of stock is necessary; and by withdrawing any part of this necessary quantity, the farmer is not likely to be more able to pay either the rent or the tax. In order to pay the tax, it can never be his interest to diminish the quantity of his produce, nor consequently to supply the market more sparingly than before. The tax, therefore, will never enable him to raise the price of his produce, so as to reimburse himself, by throwing the final payment upon the consumer. The farmer, however, must have his reasonable profit as well as every other dealer, otherwise he must give up the trade. After the imposition of a tax of this kind, he can get this reasonable profit only by paying less rent to the landlord. The more he is obliged to pay in the way of tax, the less he can afford to pay in the way of rent. A tax of this kind, imposed during the currency of a lease, may, no doubt, distress or ruin the farmer. Upon the renewal of the lease, it must always fall upon the landlord.

In the countries where the personal *taille* takes place, the farmer is commonly assessed in proportion to the stock which he appears to employ in cultivation. He is, upon this account, frequently afraid to have a good team of horses or oxen, but endeavours to cultivate with the meanest and most wretched instruments of husbandry that he can. Such is his distrust in the justice of his assessors, that

he counterfeits poverty, and wishes to appear scarce able to pay anything, for fear of being obliged to pay too much. By this miserable policy, he does not, perhaps, always consult his own interest in the most effectual manner; and he probably loses more by the diminution of his produce, than he saves by that of his tax. Though, in consequence of this wretched cultivation, the market is, no doubt, somewhat worse supplied; yet the small rise of price which this may occasion, as it is not likely even to indemnify the farmer for the diminution of his produce, it is still less likely to enable him to pay more rent to the landlord. The public, the farmer, the landlord, all suffer more or less by this degraded cultivation. That the personal taille tends, in many different ways, to discourage cultivation, and consequently to dry up the principal source of the wealth of every great country, I have already had occasion to observe in the third book of this Inquiry.

What are called poll-taxes in the southern provinces of North America, and the West India islands, annual taxes of so much a-head upon every negro, are properly taxes upon the profits of a certain species of stock employed in agriculture. As the planters, are the greater part of them, both farmers and landlords, the final payment of the tax falls upon them in their quality of landlords, without any retribution.

Taxes of so much a head upon the bondmen employed in culti-

vation, seem anciently to have been common all over Europe. There subsists at present a tax of this kind in the empire of Russia. It is probably upon this account that poll-taxes of all kinds have often been represented as badges of slavery. Every tax, however, is, to the person who pays it, a badge, not of slavery, but of liberty. It denotes that he is subject to government, indeed; but that, as he has some property, he cannot himself be the property of a master. A poll tax upon slaves is altogether different from a poll-tax upon freemen. The latter is paid by the persons upon whom it is imposed; the former, by a different set of persons. The latter is either altogether arbitrary, or altogether unequal, and, in most cases, is both the one and the other; the former, though in some respects unequal, different slaves being of different values, is in no respect arbitrary. Every master, who knows the number of his own slaves, knows exactly what he has to pay. Those different taxes, however, being called by the same name, have been considered as of the same nature.

The taxes which in Holland are imposed upon men and maid servants, are taxes, not upon stock, but upon expense; and so far resemble the taxes upon consumable commodities. The tax of a guinea a-head for every man-servant, which has lately been imposed in Great Britain, is of the same kind. It falls heaviest upon the middling rank. A man of two hundred a-year may keep a single

man-servant. A man of ten thousand a-year will not keep fifty. It does not affect the poor.

Taxes upon the profits of stock, in particular employments, can never affect the interest of money. Nobody will lend his money for less interest to those who exercise the taxed, than to those who exercise the untaxed employments. Taxes upon the revenue arising from stock in all employments, where the government attempts to levy them with any degree of exactness, will, in many cases, fall upon the interest of money. The vingtieme, or twentieth penny, in France, is a tax of the same kind with what is called the land tax in England, and is assessed, in the same manner, upon the revenue arising upon land, houses, and stock. So far as it affects stock, it is assessed, though not with great rigour, yet with much more exactness than that part of the land tax in England which is imposed upon the same fund. It, in many cases, falls altogether upon the interest of money. Money is frequently sunk in France, upon what are called contracts for the constitution of a rent; that is, perpetual annuities, redeemable at any time by the debtor, upon payment of the sum originally advanced, but of which this redemption is not exigible by the creditor except in particular cases. The vingtieme seems not to have raised the rate of those annuities, though it is exactly levied upon them all.

APPENDIX TO ARTICLES I. AND II. — Taxes upon the Capital Value of Lands, Houses, and Stock.

While property remains in the possession of the same person, whatever permanent taxes may have been imposed upon it, they have never been intended to diminish or take away any part of its capital value, but only some part of the revenue arising from it. But when property changes hands, when it is transmitted either from the dead to the living, or from the living to the living, such taxes have frequently been imposed upon it as necessarily take away some part of its capital value.

The transference of all sorts of property from the dead to the living, and that of immoveable property of land and houses from the living to the living, are transactions which are in their nature either public and notorious, or such as cannot be long concealed. Such transactions, therefore, may be taxed directly. The transference of stock or moveable property, from the living to the living, by the lending of money, is frequently a secret transaction, and may always be made so. It cannot easily, therefore, be taxed directly. It has been taxed indirectly in two different ways; first, by requiring that the deed, containing the obligation to repay, should be written upon paper or parchment which had paid a certain stamp duty, otherwise not to be valid; secondly, by requiring, un-

der the like penalty of invalidity, that it should be recorded either in a public or secret register, and by imposing certain duties upon such registration. Stamp duties, and duties of registration, have frequently been imposed likewise upon the deeds transferring property of all kinds from the dead to the living, and upon those transferring immoveable property from the living to the living; transactions which might easily have been taxed directly.

The vicesima hereditatum, or the twentieth penny of inheritances, imposed by Augustus upon the ancient Romans, was a tax upon the transference of property from the dead to the living. Dion Cassius, { Lib. 55. See also Burman. de Vectigalibus Pop. Rom. cap. xi. and Bouchaud de l'impôt du vingtième sur les successions.} the author who writes concerning it the least indistinctly, says, that it was imposed upon all successions, legacies and donations, in case of death, except upon those to the nearest relations, and to the poor.

Of the same kind is the Dutch tax upon successions. {See *Memoires concernant les Droits*, etc. tom i, p. 225.} Collateral successions are taxed according to the degree of relation, from five to thirty per cent. upon the whole value of the succession. Testamentary donations, or legacies to collaterals, are subject to the like duties. Those from husband to wife, or from wife to husband, to the fiftieth penny. The *luctuosa hereditas*, the mournful succe-

sion of ascendants to descendants, to the twentieth penny only. Direct successions, or those of descendants to ascendants, pay no tax. The death of a father, to such of his children as live in the same house with him, is seldom attended with any increase, and frequently with a considerable diminution of revenue; by the loss of his industry, of his office, or of some life-rent estate, of which he may have been in possession. That tax would be cruel and oppressive, which aggravated their loss, by taking from them any part of his succession. It may, however, sometimes be otherwise with those children, who, in the language of the Roman law, are said to be emancipated; in that of the Scotch law, to be *foris-familiated*; that is, who have received their portion, have got families of their own, and are supported by funds separate and independent of those of their father. Whatever part of his succession might come to such children, would be a real addition to their fortune, and might, therefore, perhaps, without more inconveniency than what attends all duties of this kind, be liable to some tax.

The casualties of the feudal law were taxes upon the transference of land, both from the dead to the living, and from the living to the living. In ancient times, they constituted, in every part of Europe, one of the principal branches of the revenue of the crown.

The heir of every immediate vassal of the crown paid a certain duty, generally a year's rent, upon receiving the investiture of the

estate. If the heir was a minor, the whole rents of the estate, during the continuance of the minority, devolved to the superior, without any other charge besides the maintenance of the minor, and the payment of the widow's dower, when there happened to be a dowager upon the land. When the minor came to de of age, another tax, called relief, was still due to the superior, which generally amounted likewise to a year's rent. A long minority, which, in the present times, so frequently disburdens a great estate of all its incumbrances, and restores the family to their ancient splendour, could in those times have no such effect. The waste, and not the disincumbrance of the estate, was the common effect of a long minority.

By a feudal law, the vassal could not alienate without the consent of his superior, who generally extorted a fine or composition on granting it. This fine, which was at first arbitrary, came, in many countries, to be regulated at a certain portion of the price of the land. In some countries, where the greater part of the other feudal customs have gone into disuse, this tax upon the alienation of land still continues to make a very considerable branch of the revenue of the sovereign. In the canton of Berne it is so high as a sixth part of the price of all noble fiefs, and a tenth part of that of all ignoble ones. {Memoires concernant les Droits, etc, tom.i p.154} In the canton of Lucern, the tax upon the sale of land is not universal, and takes place only in certain districts. But if any person

sells his land in order to remove out of the territory, he pays ten per cent. upon the whole price of the sale. {id. p.157.} Taxes of the same kind, upon the sale either of all lands, or of lands held by certain tenures, take place in many other countries, and make a more or less considerable branch of the revenue of the sovereign.

Such transactions may be taxed indirectly, by means either of stamp duties, or of duties upon registration; and those duties either may, or may not, be proportioned to the value of the subject which is transferred.

In Great Britain, the stamp duties are higher or lower, not so much according to the value of the property transferred (an eighteen-penny or half-crown stamp being sufficient upon a bond for the largest sum of money), as according to the nature of the deed. The highest do not exceed six pounds upon every sheet of paper, or skin of parchment; and these high duties fall chiefly upon grants from the crown, and upon certain law proceedings, without any regard to the value of the subject. There are, in Great Britain, no duties on the registration of deeds or writings, except the fees of the officers who keep the register; and these are seldom more than a reasonable recompence for their labour. The crown derives no revenue from them.

In Holland {Memoires concernant les Droits, etc. tom. i. p 223, 224, 225.} there are both stamp duties and duties upon registra-

tion; which in some cases are, and in some are not, proportioned to the value of the property transferred. All testaments must be written upon stamped paper, of which the price is proportioned to the property disposed of; so that there are stamps which cost from three pence or three stivers a-sheet, to three hundred florins, equal to about twenty-seven pounds ten shillings of our money. If the stamp is of an inferior price to what the testator ought to have made use of, his succession is confiscated. This is over and above all their other taxes on succession. Except bills of exchange, and some other mercantile bills, all other deeds, bonds, and contracts, are subject to a stamp duty. This duty, however, does not rise in proportion to the value of the subject. All sales of land and of houses, and all mortgages upon either, must be registered, and, upon registration, pay a duty to the state of two and a-half per cent. upon the amount of the price or of the mortgage. This duty is extended to the sale of all ships and vessels of more than two tons burden, whether decked or undecked. These, it seems, are considered as a sort of houses upon the water. The sale of moveables, when it is ordered by a court of justice, is subject to the like duty of two and a-half per cent.

In France, there are both stamp duties and duties upon registration. The former are considered as a branch of the aids of excise, and, in the provinces where those duties take place, are levied by

the excise officers. The latter are considered as a branch of the domain of the crown and are levied by a different set of officers.

Those modes of taxation by stamp duties and by duties upon registration, are of very modern invention. In the course of little more than a century, however, stamp duties have, in Europe, become almost universal, and duties upon registration extremely common. There is no art which one government sooner learns of another, than that of draining money from the pockets of the people.

Taxes upon the transference of property from the dead to the living, fall finally, as well as immediately, upon the persons to whom the property is transferred. Taxes upon the sale of land fall altogether upon the seller. The seller is almost always under the necessity of selling, and must, therefore, take such a price as he can get. The buyer is scarce ever under the necessity of buying, and will, therefore, only give such a price as he likes. He considers what the land will cost him, in tax and price together. The more he is obliged to pay in the way of tax, the less he will be disposed to give in the way of price. Such taxes, therefore, fall almost always upon a necessitous person, and must, therefore, be frequently very cruel and oppressive. Taxes upon the sale of new-built houses, where the building is sold without the ground, fall generally upon the buyer, because the builder must generally have his profit; otherwise he must give up the trade. If he advances the tax, therefore, the buyer

must generally repay it to him. Taxes upon the sale of old houses, for the same reason as those upon the sale of land, fall generally upon the seller; whom, in most cases, either conveniency or necessity obliges to sell. The number of new-built houses that are annually brought to market, is more or less regulated by the demand. Unless the demand is such as to afford the builder his profit, after paying all expenses, he will build no more houses. The number of old houses which happen at any time to come to market, is regulated by accidents, of which the greater part have no relation to the demand. Two or three great bankruptcies in a mercantile town, will bring many houses to sale, which must be sold for what can be got for them. Taxes upon the sale of ground-rents fall altogether upon the seller, for the same reason as those upon the sale of lands. Stamp duties, and duties upon the registration of bonds and contracts for borrowed money, fall altogether upon the borrower, and, in fact, are always paid by him. Duties of the same kind upon law proceedings fall upon the suitors. They reduce to both the capital value of the subject in dispute. The more it costs to acquire any property, the less must be the neat value of it when acquired.

All taxes upon the transference of property of every kind, so far as they diminish the capital value of that property, tend to diminish the funds destined for the maintenance of productive labour.

They are all more or less unthrifty taxes that increase the revenue of the sovereign, which seldom maintains any but unproductive labourers, at the expense of the capital of the people, which maintains none but productive.

Such taxes, even when they are proportioned to the value of the property transferred, are still unequal; the frequency of transference not being always equal in property of equal value. When they are not proportioned to this value, which is the case with the greater part of the stamp duties and duties of registration, they are still more so. They are in no respect arbitrary, but are, or may be, in all cases, perfectly clear and certain. Though they sometimes fall upon the person who is not very able to pay, the time of payment is, in most cases, sufficiently convenient for him. When the payment becomes due, he must, in most cases, have the more to pay. They are levied at very little expense, and in general subject the contributors to no other inconveniency, besides always the unavoidable one of paying the tax.

In France, the stamp duties are not much complained of. Those of registration, which they call the *Controle*, are. They give occasion, it is pretended, to much extortion in the officers of the farmers-general who collect the tax, which is in a great measure arbitrary and uncertain. In the greater part of the libels which have

been written against the present system of finances in France, the abuses of the controle make a principal article. Uncertainty, however, does not seem to be necessarily inherent in the nature of such taxes. If the popular complaints are well founded, the abuse must arise, not so much from the nature of the tax as from the want of precision and distinctness in the words of the edicts or laws which impose it.

The registration of mortgages, and in general of all rights upon immoveable property, as it gives great security both to creditors and purchasers, is extremely advantageous to the public. That of the greater part of deeds of other kinds, is frequently inconvenient and even dangerous to individuals, without any advantage to the public. All registers which, it is acknowledged, ought to be kept secret, ought certainly never to exist. The credit of individuals ought certainly never to depend upon so very slender a security, as the probity and religion of the inferior officers of revenue. But where the fees of registration have been made a source of revenue to the sovereign, register-offices have commonly been multiplied without end, both for the deeds which ought to be registered, and for those which ought not. In France there are several different sorts of secret registers. This abuse, though not perhaps a necessary, it must be acknowledged, is a very natural effect of such taxes.

Such stamp duties as those in England upon cards and dice,

upon newspapers and periodical pamphlets, etc. are properly taxes upon consumption; the final payment falls upon the persons who use or consume such commodities. Such stamp duties as those upon licences to retail ale, wine, and spiritous liquors, though intended, perhaps, to fall upon the profits of the retailers, are likewise finally paid by the consumers of those liquors. Such taxes, though called by the same name, and levied by the same officers, and in the same manner with the stamp duties above mentioned upon the transference of property, are, however, of a quite different nature, and fall upon quite different funds.

ARTICLE III. — Taxes upon the Wages of Labour.

The wages of the inferior classes of work men, I have endeavoured to show in the first book are everywhere necessarily regulated by two different circumstances; the demand for labour, and the ordinary or average price of provisions. The demand for labour, according as it happens to be either increasing stationary or declining; or to require an increasing, stationary, or declining population, regulates the subsistence of the labourer, and determines in what degree it shall be either liberal, moderate, or scanty. The ordinary average price of provisions determines the quantity of money which must be paid to the workman, in order to enable him, one year with another, to purchase this liberal, moderate, or

scanty subsistence. While the demand for the labour and the price of provisions, therefore, remain the same, a direct tax upon the wages of labour can have no other effect, than to raise them somewhat higher than the tax. Let us suppose, for example, that, in a particular place, the demand for labour and the price of provisions were such as to render ten shillings a-week the ordinary wages of labour; and that a tax of one-fifth, or four shillings in the pound, was imposed upon wages. If the demand for labour and the price of provisions remained the same, it would still be necessary that the labourer should, in that place, earn such a subsistence as could be bought only for ten shillings a-week; so that, after paying the tax, he should have ten shillings a-week free wages. But, in order to leave him such free wages, after paying such a tax, the price of labour must, in that place, soon rise, not to twelve shillings a week only, but to twelve and sixpence; that is, in order to enable him to pay a tax of one-fifth, his wages must necessarily soon rise, not one-fifth part only, but one-fourth. Whatever was the proportion of the tax, the wages of labour must, in all cases rise, not only in that proportion, but in a higher proportion. If the tax for example, was one-tenth, the wages of labour must necessarily soon rise, not one-tenth part only, but one-eighth.

A direct tax upon the wages of labour, therefore, though the labourer might, perhaps, pay it out of his hand, could not prop-

erly be said to be even advanced by him; at least if the demand for labour and the average price of provisions remained the same after the tax as before it. In all such cases, not only the tax, but something more than the tax, would in reality be advanced by the person who immediately employed him. The final payment would, in different cases, fall upon different persons. The rise which such a tax might occasion in the wages of manufacturing labour would be advanced by the master manufacturer, who would both be entitled and obliged to charge it, with a profit, upon the price of his goods. The final payment of this rise of wages, therefore, together with the additional profit of the master manufacturer would fall upon the consumer. The rise which such a tax might occasion in the wages of country labour would be advanced by the farmer, who, in order to maintain the same number of labourers as before, would be obliged to employ a greater capital. In order to get back this greater capital, together with the ordinary profits of stock, it would be necessary that he should retain a larger portion, or, what comes to the same thing, the price of a larger portion, of the produce of the land, and, consequently, that he should pay less rent to the landlord. The final payment of this rise of wages, therefore, would, in this case, fall upon the landlord, together with the additional profit of the farmer who had advanced it. In all cases, a direct tax upon the wages of labour must, in the long-run, occa-

sion both a greater reduction in the rent of land, and a greater rise in the price of manufactured goods than would have followed from the proper assessment of a sum equal to the produce of the tax, partly upon the rent of land, and partly upon consumable commodities.

If direct taxes upon the wages of labour have not always occasioned a proportionable rise in those wages, it is because they have generally occasioned a considerable fall in the demand of labour. The declension of industry, the decrease of employment for the poor, the diminution of the annual produce of the land and labour of the country, have generally been the effects of such taxes. In consequence of them, however, the price of labour must always be higher than it otherwise would have been in the actual state of the demand; and this enhancement of price, together with the profit of those who advance it, must always be finally paid by the landlords and consumers.

A tax upon the wages of country labour does not raise the price of the rude produce of land in proportion to the tax; for the same reason that a tax upon the farmer's profit does not raise that price in that proportion.

Absurd and destructive as such taxes are, however, they take place in many countries. In France, that part of the *taille* which is charged upon the industry of workmen and day-labourers in coun-

try villages, is properly a tax of this kind. Their wages are computed according to the common rate of the district in which they reside; and, that they may be as little liable as possible to any overcharge, their yearly gains are estimated at no more than two hundred working days in the year. {*Memoires concernant les Droits*, etc. tom. ii. p. 108.} The tax of each individual is varied from year to year, according to different circumstances, of which the collector or the commissary, whom intendant appoints to assist him, are the judges. In Bohemia, in consequence of the alteration in the system of finances which was begun in 1748, a very heavy tax is imposed upon the industry of artificers. They are divided into four classes. The highest class pay a hundred florins a year, which, at two-and-twenty pence half penny a-florin, amounts to £9:7:6. The second class are taxed at seventy; the third at fifty; and the fourth, comprehending artificers in villages, and the lowest class of those in towns, at twenty-five florins. {*Memoires concernant les Droits*, etc. tom. iii. p. 87.}

The recompence of ingenious artists, and of men of liberal professions, I have endeavoured to show in the first book, necessarily keeps a certain proportion to the emoluments of inferior trades. A tax upon this recompence, therefore, could have no other effect than to raise it somewhat higher than in proportion to the tax. If it did not rise in this manner, the ingenious arts and the liberal

professions, being; no longer upon a level with other trades, would be so much deserted, that they would soon return to that level.

The emoluments of offices are not, like those of trades and professions, regulated by the free competition of the market, and do not, therefore, always bear a just proportion to what the nature of the employment requires. They are, perhaps, in most countries, higher than it requires; the persons who have the administration of government being generally disposed to regard both themselves and their immediate dependents, rather more than enough. The emoluments of offices, therefore, can, in most cases, very well bear to be taxed. The persons, besides, who enjoy public offices, especially the more lucrative, are, in all countries, the objects of general envy; and a tax upon their emoluments, even though it should be somewhat higher than upon any other sort of revenue, is always a very popular tax. In England, for example, when, by the land-tax, every other sort of revenue was supposed to be assessed at four shillings in the pound, it was very popular to lay a real tax of five shillings and sixpence in the pound upon the salaries of offices which exceeded a hundred pounds a-year; the pensions of the younger branches of the royal family, the pay of the officers of the army and navy, and a few others less obnoxious to envy, excepted. There are in England no other direct taxes upon the wages of labour.

ARTICLE IV. — Taxes which it is intended should fall indifferently upon every different Species of Revenue.

The taxes which it is intended should fall indifferently upon every different species of revenue, are capitation taxes, and taxes upon consumable commodities. Those must be paid indifferently, from whatever revenue the contributors may possess; from the rent of their land, from the profits of their stock, or from the wages of their labour.

Capitation Taxes.

Capitation taxes, if it is attempted to proportion them to the fortune or revenue of each contributor, become altogether arbitrary. The state of a man's fortune varies from day to day; and, without an inquisition, more intolerable than any tax, and renewed at least once every year, can only be guessed at. His assessment, therefore, must, in most cases, depend upon the good or bad humour of his assessors, and must, therefore, be altogether arbitrary and uncertain.

Capitation taxes, if they are proportioned, not to the supposed fortune, but to the rank of each contributor, become altogether unequal; the degrees of fortune being frequently unequal in the same degree of rank.

Such taxes, therefore, if it is attempted to render them equal, become altogether arbitrary and uncertain; and if it is attempted to render them certain and not arbitrary, become altogether unequal. Let the tax be light or heavy, uncertainty is always a great grievance. In a light tax, a considerable degree of inequality may be supported; in a heavy one, it is altogether intolerable.

In the different poll-taxes which took place in England during the reign of William III. the contributors were, the greater part of them, assessed according to the degree of their rank; as dukes, marquises, earls, viscounts, barons, esquires, gentlemen, the eldest and youngest sons of peers, etc. All shop-keepers and tradesmen worth more than three hundred pounds, that is, the better sort of them, were subject to the same assessment, how great soever might be the difference in their fortunes. Their rank was more considered than their fortune. Several of those who, in the first poll-tax, were rated according to their supposed fortune were afterwards rated according to their rank. Serjeants, attorneys, and proctors at law, who, in the first poll-tax, were assessed at three shillings in the pound of their supposed income, were afterwards assessed as gentlemen. In the assessment of a tax which was not very heavy, a considerable degree of inequality had been found less insupportable than any degree of uncertainty.

In the capitation which has been levied in France, without any

interruption, since the beginning of the present century, the highest orders of people are rated according to their rank, by an invariable tariff; the lower orders of people, according to what is supposed to be their fortune, by an assessment which varies from year to year. The officers of the king's court, the judges, and other officers in the superior courts of justice, the officers of the troops, etc are assessed in the first manner. The inferior ranks of people in the provinces are assessed in the second. In France, the great easily submit to a considerable degree of inequality in a tax which, so far as it affects them, is not a very heavy one; but could not brook the arbitrary assessment of an intendant.

The inferior ranks of people must, in that country, suffer patiently the usage which their superiors think proper to give them.

In England, the different poll-taxes never produced the sum which had been expected from them, or which it was supposed they might have produced, had they been exactly levied. In France, the capitation always produces the sum expected from it. The mild government of England, when it assessed the different ranks of people to the poll-tax, contented itself with what that assessment happened to produce, and required no compensation for the loss which the state might sustain, either by those who could not pay, or by those who would not pay (for there were many such), and who, by the indulgent execution of the law, were not forced to

pay. The more severe government of France assesses upon each generality a certain sum, which the intendant must find as he can. If any province complains of being assessed too high, it may, in the assessment of next year, obtain an abatement proportioned to the overcharge of the year before; but it must pay in the mean time. The intendant, in order to be sure of finding the sum assessed upon his generality, was empowered to assess it in a larger sum, that the failure or inability of some of the contributors might be compensated by the overcharge of the rest; and till 1765, the fixation of this surplus assessment was left altogether to his discretion. In that year, indeed, the council assumed this power to itself. In the capitation of the provinces, it is observed by the perfectly well informed author of the *Memoirs upon the Impositions in France*, the proportion which falls upon the nobility, and upon those whose privileges exempt them from the *taille*, is the least considerable. The largest falls upon those subject to the *taille*, who are assessed to the capitation at so much a-pound of what they pay to that other tax.

Capitation taxes, so far as they are levied upon the lower ranks of people, are direct taxes upon the wages of labour, and are attended with all the inconveniencies of such taxes.

Capitation taxes are levied at little expense; and, where they are rigorously exacted, afford a very sure revenue to the state. It is

upon this account that, in countries where the ease, comfort, and security of the inferior ranks of people are little attended to, capitation taxes are very common. It is in general, however, but a small part of the public revenue, which, in a great empire, has ever been drawn from such taxes; and the greatest sum which they have ever afforded, might always have been found in some other way much more convenient to the people.

Taxes upon Consumable Commodities.

The impossibility of taxing the people, in proportion to their revenue, by any capitation, seems to have given occasion to the invention of taxes upon consumable commodities. The state not knowing how to tax, directly and proportionably, the revenue of its subjects, endeavours to tax it indirectly by taxing their expense, which, it is supposed, will, in most cases, be nearly in proportion to their revenue. Their expense is taxed, by taxing the consumable commodities upon which it is laid out.

Consumable commodities are either necessities or luxuries.

By necessities I understand, not only the commodities which are indispensably necessary for the support of life, but whatever the custom of the country renders it indecent for creditable people, even of the lowest order, to be without. A linen shirt, for example,

is, strictly speaking, not a necessary of life. The Greeks and Romans lived, I suppose, very comfortably, though they had no linen. But in the present times, through the greater part of Europe, a creditable day-labourer would be ashamed to appear in public without a linen shirt, the want of which would be supposed to denote that disgraceful degree of poverty, which, it is presumed, nobody can well fall into without extreme bad conduct. Custom, in the same manner, has rendered leather shoes a necessary of life in England. The poorest creditable person, of either sex, would be ashamed to appear in public without them. In Scotland, custom has rendered them a necessary of life to the lowest order of men; but not to the same order of women, who may, without any discredit, walk about barefooted. In France, they are necessities neither to men nor to women; the lowest rank of both sexes appearing there publicly, without any discredit, sometimes in wooden shoes, and sometimes barefooted. Under necessities, therefore, I comprehend, not only those things which nature, but those things which the established rules of decency have rendered necessary to the lowest rank of people. All other things I call luxuries, without meaning, by this appellation, to throw the smallest degree of reproach upon the temperate use of them. Beer and ale, for example, in Great Britain, and wine, even in the wine countries, I call luxuries. A man of any rank may, without any reproach, abstain totally

from tasting such liquors. Nature does not render them necessary for the support of life; and custom nowhere renders it indecent to live without them.

As the wages of labour are everywhere regulated, partly by the demand for it, and partly by the average price of the necessary articles of subsistence; whatever raises this average price must necessarily raise those wages; so that the labourer may still be able to purchase that quantity of those necessary articles which the state of the demand for labour, whether increasing, stationary, or declining, requires that he should have. {See book i.chap. 8} A tax upon those articles necessarily raises their price somewhat higher than the amount of the tax, because the dealer, who advances the tax, must generally get it back, with a profit. Such a tax must, therefore, occasion a rise in the wages of labour, proportionable to this rise of price.

It is thus that a tax upon the necessities of life operates exactly in the same manner as a direct tax upon the wages of labour. The labourer, though he may pay it out of his hand, cannot, for any considerable time at least, be properly said even to advance it. It must always, in the long-run, be advanced to him by his immediate employer, in the advanced state of wages. His employer, if he is a manufacturer, will charge upon the price of his goods the rise of wages, together with a profit, so that the final payment of the tax,

together with this overcharge, will fall upon the consumer. If his employer is a farmer, the final payment, together with a like overcharge, will fall upon the rent of the landlord.

It is otherwise with taxes upon what I call luxuries, even upon those of the poor. The rise in the price of the taxed commodities, will not necessarily occasion any rise in the wages of labour. A tax upon tobacco, for example, though a luxury of the poor, as well as of the rich, will not raise wages. Though it is taxed in England at three times, and in France at fifteen times its original price, those high duties seem to have no effect upon the wages of labour. The same thing maybe said of the taxes upon tea and sugar, which, in England and Holland, have become luxuries of the lowest ranks of people; and of those upon chocolate, which, in Spain, is said to have become so.

The different taxes which, in Great Britain, have, in the course of the present century, been imposed upon spiritous liquors, are not supposed to have had any effect upon the wages of labour. The rise in the price of porter, occasioned by an additional tax of three shillings upon the barrel of strong beer, has not raised the wages of common labour in London. These were about eighteen pence or twenty pence a-day before the tax, and they are not more now.

The high price of such commodities does not necessarily diminish the ability of the inferior ranks of people to bring up fami-

lies. Upon the sober and industrious poor, taxes upon such commodities act as sumptuary laws, and dispose them either to moderate, or to refrain altogether from the use of superfluities which they can no longer easily afford. Their ability to bring up families, in consequence of this forced frugality, instead of being diminished, is frequently, perhaps, increased by the tax. It is the sober and industrious poor who generally bring up the most numerous families, and who principally supply the demand for useful labour. All the poor, indeed, are not sober and industrious; and the dissolute and disorderly might continue to indulge themselves in the use of such commodities, after this rise of price, in the same manner as before, without regarding the distress which this indulgence might bring upon their families. Such disorderly persons, however, seldom rear up numerous families, their children generally perishing from neglect, mismanagement, and the scantiness or unwholesomeness of their food. If by the strength of their constitution, they survive the hardships to which the bad conduct of their parents exposes them, yet the example of that bad conduct commonly corrupts their morals; so that, instead of being useful to society by their industry, they become public nuisances by their vices and disorders. Through the advanced price of the luxuries of the poor, therefore, might increase somewhat the distress of such disorderly families, and thereby diminish somewhat their ability

to bring up children, it would not probably diminish much the useful population of the country.

Any rise in the average price of necessities, unless it be compensated by a proportionable rise in the wages of labour, must necessarily diminish, more or less, the ability of the poor to bring up numerous families, and, consequently, to supply the demand for useful labour; whatever may be the state of that demand, whether increasing, stationary, or declining; or such as requires an increasing, stationary, or declining population.

Taxes upon luxuries have no tendency to raise the price of any other commodities, except that of the commodities taxed. Taxes upon necessities, by raising the wages of labour, necessarily tend to raise the price of all manufactures, and consequently to diminish the extent of their sale and consumption. Taxes upon luxuries are finally paid by the consumers of the commodities taxed, without any retribution. They fall indifferently upon every species of revenue, the wages of labour, the profits of stock, and the rent of land. Taxes upon necessities, so far as they affect the labouring poor, are finally paid, partly by landlords, in the diminished rent of their lands, and partly by rich consumers, whether landlords or others, in the advanced price of manufactured goods; and always with a considerable overcharge. The advanced price of such manufactures as are real necessities of life, and are destined for the con-

sumption of the poor, of coarse woollens, for example, must be compensated to the poor by a farther advancement of their wages. The middling and superior ranks of people, if they understood their own interest, ought always to oppose all taxes upon the necessities of life, as well as all taxes upon the wages of labour. The final payment of both the one and the other falls altogether upon themselves, and always with a considerable overcharge. They fall heaviest upon the landlords, who always pay in a double capacity; in that of landlords, by the reduction, of their rent; and in that of rich consumers, by the increase of their expense. The observation of Sir Matthew Decker, that certain taxes are, in the price of certain goods, sometimes repeated and accumulated four or five times, is perfectly just with regard to taxes upon the necessities of life. In the price of leather, for example, you must pay not only for the tax upon the leather of your own shoes, but for a part of that upon those of the shoemaker and the tanner. You must pay, too, for the tax upon the salt, upon the soap, and upon the candles which those workmen consume while employed in your service; and for the tax upon the leather, which the saltmaker, the soap-maker, and the candle-maker consume, while employed in their service.

In Great Britain, the principal taxes upon the necessities of life, are those upon the four commodities just now mentioned, salt, leather, soap, and candles.

Salt is a very ancient and a very universal subject of taxation. It was taxed among the Romans, and it is so at present in, I believe, every part of Europe. The quantity annually consumed by any individual is so small, and may be purchased so gradually, that nobody, it seems to have been thought, could feel very sensibly even a pretty heavy tax upon it. It is in England taxed at three shillings and fourpence a bushel; about three times the original price of the commodity. In some other countries, the tax is still higher. Leather is a real necessary of life. The use of linen renders soap such. In countries where the winter nights are long, candles are a necessary instrument of trade. Leather and soap are in Great Britain taxed at three halfpence a-pound; candles at a penny; taxes which, upon the original price of leather, may amount to about eight or ten per cent.; upon that of soap, to about twenty or five-and-twenty per cent.; and upon that of candles to about fourteen or fifteen per cent.; taxes which, though lighter than that upon salt, are still very heavy. As all those four commodities are real necessities of life, such heavy taxes upon them must increase somewhat the expense of the sober and industrious poor, and must consequently raise more or less the wages of their labour.

In a country where the winters are so cold as in Great Britain, fuel is, during that season, in the strictest sense of the word, a necessary of life, not only for the purpose of dressing victuals, but

for the comfortable subsistence of many different sorts of workmen who work within doors; and coals are the cheapest of all fuel. The price of fuel has so important an influence upon that of labour, that all over Great Britain, manufactures have confined themselves principally to the coal counties; other parts of the country, on account of the high price of this necessary article, not being able to work so cheap. In some manufactures, besides, coal is a necessary instrument of trade; as in those of glass, iron, and all other metals. If a bounty could in any case be reasonable, it might perhaps be so upon the transportation of coals from those parts of the country in which they abound, to those in which they are wanted. But the legislature, instead of a bounty, has imposed a tax of three shillings and threepence a-ton upon coals carried coastways; which, upon most sorts of coal, is more than sixty per cent. of the original price at the coal pit. Coals carried, either by land or by inland navigation, pay no duty. Where they are naturally cheap, they are consumed duty free; where they are naturally dear, they are loaded with a heavy duty.

Such taxes, though they raise the price of subsistence, and consequently the wages of labour, yet they afford a considerable revenue to government, which it might not be easy to find in any other way. There may, therefore, be good reasons for continuing them. The bounty upon the exportation of corn, so far as it tends,

in the actual state of tillage, to raise the price of that necessary article, produces all the like bad effects; and instead of affording any revenue, frequently occasions a very great expense to government. The high duties upon the importation of foreign corn, which, in years of moderate plenty, amount to a prohibition; and the absolute prohibition of the importation, either of live cattle, or of salt provisions, which takes place in the ordinary state of the law, and which, on account of the scarcity, is at present suspended for a limited time with regard to Ireland and the British plantations, have all had the bad effects of taxes upon the necessities of life, and produce no revenue to government. Nothing seems necessary for the repeal of such regulations, but to convince the public of the futility of that system in consequence of which they have been established.

Taxes upon the necessities of life are much higher in many other countries than in Great Britain. Duties upon flour and meal when ground at the mill, and upon bread when baked at the oven, take place in many countries. In Holland the money-price of the bread consumed in towns is supposed to be doubled by means of such taxes. In lieu of a part of them, the people who live in the country, pay every year so much a-head, according to the sort of bread they are supposed to consume. Those who consume wheaten bread pay three guilders fifteen stivers; about six shillings and ninepence

halfpenny. Those, and some other taxes of the same kind, by raising the price of labour, are said to have ruined the greater part of the manufactures of Holland [*Memoires concernant les Droits*, etc. p. 210, 211.]. Similar taxes, though not quite so heavy, take place in the Milanese, in the states of Genoa, in the duchy of Modena, in the duchies of Parma, Placentia, and Guastalla, and the Ecclesiastical state. A French author [*Le Reformateur*] of some note, has proposed to reform the finances of his country, by substituting in the room of the greater part of other taxes, this most ruinous of all taxes. There is nothing so absurd, says Cicero, which has not sometimes been asserted by some philosophers.

Taxes upon butcher's meat are still more common than those upon bread. It may indeed be doubted, whether butcher's meat is any where a necessary of life. Grain and other vegetables, with the help of milk, cheese, and butter, or oil, where butter is not to be had, it is known from experience, can, without any butcher's meat, afford the most plentiful, the most wholesome, the most nourishing, and the most invigorating diet. Decency nowhere requires that any man should eat butcher's meat, as it in most places requires that he should wear a linen shirt or a pair of leather shoes.

Consumable commodities, whether necessities or luxuries, may be taxed in two different ways. The consumer may either pay an annual sum on account of his using or consuming goods of a

certain kind; or the goods may be taxed while they remain in the hands of the dealer, and before they are delivered to the consumer. The consumable goods which last a considerable time before they are consumed altogether, are most properly taxed in the one way; those of which the consumption is either immediate or more speedy, in the other. The coach-tax and plate tax are examples of the former method of imposing; the greater part of the other duties of excise and customs, of the latter.

A coach may, with good management, last ten or twelve years. It might be taxed, once for all, before it comes out of the hands of the coach-maker. But it is certainly more convenient for the buyer to pay four pounds a-year for the privilege of keeping a coach, than to pay all at once forty or forty-eight pounds additional price to the coach-maker; or a sum equivalent to what the tax is likely to cost him during the time he uses the same coach. A service of plate in the same manner, may last more than a century. It is certainly-easier for the consumer to pay five shillings a-year for every hundred ounces of plate, near one per cent. of the value, than to redeem this long annuity at five-and-twenty or thirty years purchase, which would enhance the price at least five-and-twenty or thirty per cent. The different taxes which affect houses, are certainly more conveniently paid by moderate annual payments, than by a heavy tax of equal value upon the first building or sale of the house.

It was the well-known proposal of Sir Matthew Decker, that all commodities, even those of which the consumption is either immediate or speedy, should be taxed in this manner; the dealer advancing nothing, but the consumer paying a certain annual sum for the licence to consume certain goods. The object of his scheme was to promote all the different branches of foreign trade, particularly the carrying trade, by taking away all duties upon importation and exportation, and thereby enabling the merchant to employ his whole capital and credit in the purchase of goods and the freight of ships, no part of either being diverted towards the advancing of taxes. The project, however, of taxing, in this manner, goods of immediate or speedy consumption, seems liable to the four following very important objections. First, the tax would be more unequal, or not so well proportioned to the expense and consumption of the different contributors, as in the way in which it is commonly imposed. The taxes upon ale, wine, and spiritous liquors, which are advanced by the dealers, are finally paid by the different consumers, exactly in proportion to their respective consumption. But if the tax were to be paid by purchasing a licence to drink those liquors, the sober would, in proportion to his consumption, be taxed much more heavily than the drunken consumer. A family which exercised great hospitality, would be taxed much more lightly than one who entertained fewer guests. Sec-

ondly, this mode of taxation, by paying for an annual, half-yearly, or quarterly licence to consume certain goods, would diminish very much one of the principal conveniences of taxes upon goods of speedy consumption; the piece-meal payment. In the price of threepence halfpenny, which is at present paid for a pot of porter, the different taxes upon malt, hops, and beer, together with the extraordinary profit which the brewer charges for having advanced than, may perhaps amount to about three halfpence. If a workman can conveniently spare those three halfpence, he buys a pot of porter. If he cannot, he contents himself with a pint; and, as a penny saved is a penny got, he thus gains a farthing by his temperance. He pays the tax piece-meal, as he can afford to pay it, and when he can afford to pay it, and every act of payment is perfectly voluntary, and what he can avoid if he chuses to do so. Thirdly, such taxes would operate less as sumptuary laws. When the licence was once purchased, whether the purchaser drunk much or drunk little, his tax would be the same. Fourthly, if a workman were to pay all at once, by yearly, half-yearly, or quarterly payments, a tax equal to what he at present pays, with little or no inconveniency, upon all the different pots and pints of porter which he drinks in any such period of time, the sum might frequently distress him very much. This mode of taxation, therefore, it seems evident, could never, without the most grievous oppression, pro-

duce a revenue nearly equal to what is derived from the present mode without any oppression. In several countries, however, commodities of an immediate or very speedy consumption are taxed in this manner. In Holland, people pay so much a-head for a licence to drink tea. I have already mentioned a tax upon bread, which, so far as it is consumed in farm houses and country villages, is there levied in the same manner.

The duties of excise are imposed chiefly upon goods of home produce, destined for home consumption. They are imposed only upon a few sorts of goods of the most general use. There can never be any doubt, either concerning the goods which are subject to those duties, or concerning the particular duty which each species of goods is subject to. They fall almost altogether upon what I call luxuries, excepting always the four duties above mentioned, upon salt, soap, leather, candles, and perhaps that upon green glass.

The duties of customs are much more ancient than those of excise. They seem to have been called customs, as denoting customary payments, which had been in use for time immemorial. They appear to have been originally considered as taxes upon the profits of merchants. During the barbarous times of feudal anarchy, merchants, like all the other inhabitants of burghs, were considered as little better than emancipated bondmen, whose persons were despised, and whose gains were envied. The great nobility,

who had consented that the king should tallage the profits of their own tenants, were not unwilling that he should tallage likewise those of an order of men whom it was much less their interest to protect. In those ignorant times, it was not understood, that the profits of merchants are a subject not taxable directly; or that the final payment of all such taxes must fall, with a considerable overcharge, upon the consumers.

The gains of alien merchants were looked upon more unfavourably than those of English merchants. It was natural, therefore, that those of the former should be taxed more heavily than those of the latter. This distinction between the duties upon aliens and those upon English merchants, which was begun from ignorance, has been continued from the spirit of monopoly, or in order to give our own merchants an advantage, both in the home and in the foreign market.

With this distinction, the ancient duties of customs were imposed equally upon all sorts of goods, necessities as well as luxuries, goods exported as well as goods imported. Why should the dealers in one sort of goods, it seems to have been thought, be more favoured than those in another? or why should the merchant exporter be more favoured than the merchant importer?

The ancient customs were divided into three branches. The first, and, perhaps, the most ancient of all those duties, was that upon

wool and leather. It seems to have been chiefly or altogether an exportation duty. When the woollen manufacture came to be established in England, lest the king should lose any part of his customs upon wool by the exportation of woollen cloths, a like duty was imposed upon them. The other two branches were, first, a duty upon wine, which being imposed at so much a-ton, was called a tonnage; and, secondly, a duty upon all other goods, which being imposed at so much a-pound of their supposed value, was called a poundage. In the forty-seventh year of Edward III., a duty of sixpence in the pound was imposed upon all goods exported and imported, except wools, wool-felts, leather, and wines which were subject to particular duties. In the fourteenth of Richard II., this duty was raised to one shilling in the pound; but, three years afterwards, it was again reduced to sixpence. It was raised to eightpence in the second year of Henry IV.; and, in the fourth of the same prince, to one shilling. From this time to the ninth year of William III., this duty continued at one shilling in the pound. The duties of tonnage and poundage were generally granted to the king by one and the same act of parliament, and were called the subsidy of tonnage and poundage. The subsidy of poundage having continued for so long a time at one shilling in the pound, or at five per cent., a subsidy came, in the language of the customs, to denote a general duty of this kind of five per cent. This

subsidy, which is now called the old subsidy, still continues to be levied, according to the book of rates established by the twelfth of Charles II. The method of ascertaining, by a book of rates, the value of goods subject to this duty, is said to be older than the time of James I. The new subsidy, imposed by the ninth and tenth of William III., was an additional five per cent. upon the greater part of goods. The one-third and the two-third subsidy made up between them another five per cent. of which they were proportionable parts. The subsidy of 1747 made a fourth five per cent. upon the greater part of goods; and that of 1759, a fifth upon some particular sorts of goods. Besides those five subsidies, a great variety of other duties have occasionally been imposed upon particular sorts of goods, in order sometimes to relieve the exigencies of the state, and sometimes to regulate the trade of the country, according to the principles of the mercantile system.

That system has come gradually more and more into fashion. The old subsidy was imposed indifferently upon exportation, as well as importation. The four subsequent subsidies, as well as the other duties which have since been occasionally imposed upon particular sorts of goods, have, with a few exceptions, been laid altogether upon importation. The greater part of the ancient duties which had been imposed upon the exportation of the goods of home produce and manufacture, have either been lightened or

taken away altogether. In most cases, they have been taken away. Bounties have even been given upon the exportation of some of them. Drawbacks, too, sometimes of the whole, and, in most cases, of a part of the duties which are paid upon the importation of foreign goods, have been granted upon their exportation. Only half the duties imposed by the old subsidy upon importation, are drawn back upon exportation; but the whole of those imposed by the latter subsidies and other imposts are, upon the greater parts of the goods, drawn back in the same manner. This growing favour of exportation, and discouragement of importation, have suffered only a few exceptions, which chiefly concern the materials of some manufactures. These our merchants and manufacturers are willing should come as cheap as possible to themselves, and as dear as possible to their rivals and competitors in other countries. Foreign materials are, upon this account, sometimes allowed to be imported duty-free; spanish wool, for example, flax, and raw linen yarn. The exportation of the materials of home produce, and of those which are the particular produce of our colonies, has sometimes been prohibited, and sometimes subjected to higher duties. The exportation of English wool has been prohibited. That of beaver skins, of beaver wool, and of gum-senega, has been subjected to higher duties; Great Britain, by the conquests of Canada and Senegal, having got almost the monopoly of those commodities.

That the mercantile system has not been very favourable to the revenue of the great body of the people, to the annual produce of the land and labour of the country, I have endeavoured to show in the fourth book of this Inquiry. It seems not to have been more favourable to the revenue of the sovereign; so far, at least, as that revenue depends upon the duties of customs.

In consequence of that system, the importation of several sorts of goods has been prohibited altogether. This prohibition has, in some cases, entirely prevented, and in others has very much diminished, the importation of those commodities, by reducing the importers to the necessity of smuggling. It has entirely prevented the importation of foreign wollens; and it has very much diminished that of foreign silks and velvets. In both cases, it has entirely annihilated the revenue of customs which might have been levied upon such importation.

The high duties which have been imposed upon the importation of many different sorts of foreign goods in order to discourage their consumption in Great Britain, have, in many cases, served only to encourage smuggling, and, in all cases, have reduced the revenues of the customs below what more moderate duties would have afforded. The saying of Dr. Swift, that in the arithmetic of the customs, two and two, instead of making four, make sometimes only one, holds perfectly true with regard to such heavy

duties, which never could have been imposed, had not the mercantile system taught us, in many cases, to employ taxation as an instrument, not of revenue, but of monopoly.

The bounties which are sometimes given upon the exportation of home produce and manufactures, and the drawbacks which are paid upon the re-exportation of the greater part of foreign goods, have given occasion to many frauds, and to a species of smuggling, more destructive of the public revenue than any other. In order to obtain the bounty or drawback, the goods, it is well known, are sometimes shipped, and sent to sea, but soon afterwards clandestinely re-landed in some other part of the country. The defalcation of the revenue of customs occasioned by bounties and drawbacks, of which a great part are obtained fraudulently, is very great. The gross produce of the customs, in the year which ended on the 5th of January 1755, amounted to £5,068,000. The bounties which were paid out of this revenue, though in that year there was no bounty upon corn, amounted to £167,806. The drawbacks which were paid upon debentures and certificates, to £2,156,800. Bounties and drawbacks together amounted to £2,324,600. In consequence of these deductions, the revenue of the customs amounted only to £2,743,400; from which deducting £287,900 for the expense of management, in salaries and other incidents, the neat revenue of the customs for that year comes out to be £2,455,500.

The expense of management, amounts, in this manner, to between five and six per cent. upon the gross revenue of the customs; and to something more than ten per cent. upon what remains of that revenue, after deducting what is paid away in bounties and drawbacks.

Heavy duties being imposed upon almost all goods imported, our merchant importers smuggle as much, and make entry of as little as they can. Our merchant exporters, on the contrary, make entry of more than they export; sometimes out of vanity, and to pass for great dealers in goods which pay no duty gain a bounty back. Our exports, in consequence of these different frauds, appear upon the custom-house books greatly to overbalance our imports, to the unspeakable comfort of those politicians, who measure the national prosperity by what they call the balance of trade.

All goods imported, unless particularly exempted, and such exemptions are not very numerous, are liable to some duties of customs. If any goods are imported, not mentioned in the book of rates, they are taxed at 4s:9¾d. for every twenty shillings value, according to the oath of the importer, that is, nearly at five subsidies, or five poundage duties. The book of rates is extremely comprehensive, and enumerates a great variety of articles, many of them little used, and, therefore, not well known. It is, upon this account, frequently uncertain under what article a particular sort

of goods ought to be classed, and, consequently what duty they ought to pay. Mistakes with regard to this sometimes ruin the custom-house officer, and frequently occasion much trouble, expense, and vexation to the importer. In point of perspicuity, precision, and distinctness, therefore, the duties of customs are much inferior to those of excise.

In order that the greater part of the members of any society should contribute to the public revenue, in proportion to their respective expense, it does not seem necessary that every single article of that expense should be taxed. The revenue which is levied by the duties of excise is supposed to fall as equally upon the contributors as that which is levied by the duties of customs; and the duties of excise are imposed upon a few articles only of the most general used and consumption. It has been the opinion of many people, that, by proper management, the duties of customs might likewise, without any loss to the public revenue, and with great advantage to foreign trade, be confined to a few articles only.

The foreign articles, of the most general use and consumption in Great Britain, seem at present to consist chiefly in foreign wines and brandies; in some of the productions of America and the West Indies, sugar, rum, tobacco, cocoa-nuts, etc. and in some of those of the East Indies, tea, coffee, china-ware, spiceries of all kinds, several sorts of piece-goods, etc. These different articles afford, the

greater part of the perhaps, at present, revenue which is drawn from the duties of customs. The taxes which at present subsist upon foreign manufactures, if you except those upon the few contained in the foregoing enumeration, have, the greater part of them, been imposed for the purpose, not of revenue, but of monopoly, or to give our own merchants an advantage in the home market. By removing all prohibitions, and by subjecting all foreign manufactures to such moderate taxes, as it was found from experience, afforded upon each article the greatest revenue to the public, our own workmen might still have a considerable advantage in the home market; and many articles, some of which at present afford no revenue to government, and others a very inconsiderable one, might afford a very great one.

High taxes, sometimes by diminishing the consumption of the taxed commodities, and sometimes by encouraging smuggling frequently afford a smaller revenue to government than what might be drawn from more moderate taxes.

When the diminution of revenue is the effect of the diminution of consumption, there can be but one remedy, and that is the lowering of the tax.

When the diminution of revenue is the effect of the encouragement given to smuggling, it may, perhaps, be remedied in two ways; either by diminishing the temptation to smuggle, or by in-

creasing the difficulty of smuggling. The temptation to smuggle can be diminished only by the lowering of the tax; and the difficulty of smuggling can be increased only by establishing that system of administration which is most proper for preventing it.

The excise laws, it appears, I believe, from experience, obstruct and embarrass the operations of the smuggler much more effectually than those of the customs. By introducing into the customs a system of administration as similar to that of the excise as the nature of the different duties will admit, the difficulty of smuggling might be very much increased. This alteration, it has been supposed by many people, might very easily be brought about.

The importer of commodities liable to any duties of customs, it has been said, might, at his option, be allowed either to carry them to his own private warehouse; or to lodge them in a warehouse, provided either at his own expense or at that of the public, but under the key of the custom-house officer, and never to be opened but in his presence. If the merchant carried them to his own private warehouse, the duties to be immediately paid, and never afterwards to be drawn back; and that warehouse to be at all times subject to the visit and examination of the custom-house officer, in order to ascertain how far the quantity contained in it corresponded with that for which the duty had been paid. If he carried them to the public warehouse, no duty to be paid till they

were taken out for home consumption. If taken out for exportation, to be duty-free; proper security being always given that they should be so exported. The dealers in those particular commodities, either by wholesale or retail, to be at all times subject to the visit and examination of the custom-house officer; and to be obliged to justify, by proper certificates, the payment of the duty upon the whole quantity contained in their shops or warehouses. What are called the excise duties upon rum imported, are at present levied in this manner; and the same system of administration might, perhaps, be extended to all duties upon goods imported; provided always that those duties were, like the duties of excise, confined to a few sorts of goods of the most general use and consumption. If they were extended to almost all sorts of goods, as at present, public warehouses of sufficient extent could not easily be provided; and goods of a very delicate nature, or of which the preservation required much care and attention, could not safely be trusted by the merchant in any warehouse but his own.

If, by such a system of administration, smuggling to any considerable extent could be prevented, even under pretty high duties; and if every duty was occasionally either heightened or lowered according as it was most likely, either the one way or the other, to afford the greatest revenue to the state; taxation being always employed as an instrument of revenue, and never of mo-

nopoly; it seems not improbable that a revenue, at least equal to the present neat revenue of the customs, might be drawn from duties upon the importation of only a few sorts of goods of the most general use and consumption; and that the duties of customs might thus be brought to the same degree of simplicity, certainty, and precision, as those of excise. What the revenue at present loses by drawbacks upon the re-exportation of foreign goods, which are afterwards re-landed and consumed at home, would, under this system, be saved altogether. If to this saving, which would alone be very considerable, were added the abolition of all bounties upon the exportation of home produce; in all cases in which those bounties were not in reality drawbacks of some duties of excise which had before been advanced; it cannot well be doubted, but that the neat revenue of customs might, after an alteration of this kind, be fully equal to what it had ever been before.

If, by such a change of system, the public revenue suffered no loss, the trade and manufactures of the country would certainly gain a very considerable advantage. The trade in the commodities not taxed, by far the greatest number would be perfectly free, and might be carried on to and from all parts of the world with every possible advantage. Among those commodities would be comprehended all the necessaries of life, and all the materials of manufacture. So far as the free importation of the necessaries of life re-

duced their average money price in the home market, it would reduce the money price of labour, but without reducing in any respect its real recompence. The value of money is in proportion to the quantity of the necessaries of life which it will purchase. That of the necessaries of life is altogether independent of the quantity of money which can be had for them. The reduction in the money price of labour would necessarily be attended with a proportionable one in that of all home manufactures, which would thereby gain some advantage in all foreign markets. The price of some manufactures would be reduced, in a still greater proportion, by the free importation of the raw materials. If raw silk could be imported from China and Indostan, duty-free, the silk manufacturers in England could greatly undersell those of both France and Italy. There would be no occasion to prohibit the importation of foreign silks and velvets. The cheapness of their goods would secure to our own workmen, not only the possession of a home, but a very great command of the foreign market. Even the trade in the commodities taxed, would be carried on with much more advantage than at present. If those commodities were delivered out of the public warehouse for foreign exportation, being in this case exempted from all taxes, the trade in them would be perfectly free. The carrying trade, in all sorts of goods, would, under this system, enjoy every possible advantage. If these commodities were delivered out

for home consumption, the importer not being obliged to advance the tax till he had an opportunity of selling his goods, either to some dealer, or to some consumer, he could always afford to sell them cheaper than if he had been obliged to advance it at the moment of importation. Under the same taxes, the foreign trade of consumption, even in the taxed commodities, might in this manner be carried on with much more advantage than it is at present.

It was the object of the famous excise scheme of Sir Robert Walpole, to establish, with regard to wine and tobacco, a system not very unlike that which is here proposed. But though the bill which was then brought into Parliament, comprehended those two commodities only, it was generally supposed to be meant as an introduction to a more extensive scheme of the same kind. Faction, combined with the interest of smuggling merchants, raised so violent, though so unjust a clamour, against that bill, that the minister thought proper to drop it; and, from a dread of exciting a clamour of the same kind, none of his successors have dared to resume the project.

The duties upon foreign luxuries, imported for home consumption, though they sometimes fall upon the poor, fall principally upon people of middling or more than middling fortune. Such are, for example, the duties upon foreign wines, upon coffee, chocolate, tea, sugar, etc.

The duties upon the cheaper luxuries of home produce, destined for home consumption, fall pretty equally upon people of all ranks, in proportion to their respective expense. The poor pay the duties upon malt, hops, beer, and ale, upon their own consumption; the rich, upon both their own consumption and that of their servants.

The whole consumption of the inferior ranks of people, or of those below the middling rank, it must be observed, is, in every country, much greater, not only in quantity, but in value, than that of the middling, and of those above the middling rank. The whole expense of the inferior is much greater than that of the superior ranks. In the first place, almost the whole capital of every country is annually distributed among the inferior ranks of people, as the wages of productive labour. Secondly, a great part of the revenue, arising from both the rent of land and the profits of stock, is annually distributed among the same rank, in the wages and maintenance of menial servants, and other unproductive labourers. Thirdly, some part of the profits of stock belongs to the same rank, as a revenue arising from the employment of their small capitals. The amount of the profits annually made by small shopkeepers, tradesmen, and retailers of all kinds, is everywhere very considerable, and makes a very considerable portion of the annual produce. Fourthly and lastly, some part even of the rent of land

belongs to the same rank; a considerable part to those who are somewhat below the middling rank, and a small part even to the lowest rank; common labourers sometimes possessing in property an acre or two of land. Though the expense of those inferior ranks of people, therefore, taking them individually, is very small, yet the whole mass of it, taking them collectively, amounts always to by much the largest portion of the whole expense of the society; what remains of the annual produce of the land and labour of the country, for the consumption of the superior ranks, being always much less, not only in quantity, but in value. The taxes upon expense, therefore, which fall chiefly upon that of the superior ranks of people, upon the smaller portion of the annual produce, are likely to be much less productive than either those which fall indifferently upon the expense of all ranks, or even those which fall chiefly upon that of the inferior ranks, than either those which fall indifferently upon the whole annual produce, or those which fall chiefly upon the larger portion of it. The excise upon the materials and manufacture of home-made fermented and spirituous liquors, is, accordingly, of all the different taxes upon expense, by far the most productive; and this branch of the excise falls very much, perhaps principally, upon the expense of the common people. In the year which ended on the 5th of July 1775, the gross produce of this branch of the excise amounted to £3,341,837:9:9.

It must always be remembered, however, that it is the luxuries, and not the necessary expense of the inferior ranks of people, that ought ever to be taxed. The final payment of any tax upon their necessary expense, would fall altogether upon the superior ranks of people; upon the smaller portion of the annual produce, and not upon the greater. Such a tax must, in all cases, either raise the wages of labour, or lessen the demand for it. It could not raise the wages of labour, without throwing the final payment of the tax upon the superior ranks of people. It could not lessen the demand for labour, without lessening the annual produce of the land and labour of the country, the fund upon which all taxes must be finally paid. Whatever might be the state to which a tax of this kind reduced the demand for labour, it must always raise wages higher than they otherwise would be in that state; and the final payment of this enhancement of wages must, in all cases, fall upon the superior ranks of people.

Fermented liquors brewed, and spiritous liquors distilled, not for sale, but for private use, are not in Great Britain liable to any duties of excise. This exemption, of which the object is to save private families from the odious visit and examination of the tax-gatherer, occasions the burden of those duties to fall frequently much lighter upon the rich than upon the poor. It is not, indeed, very common to distil for private use, though it is done some-

times. But in the country, many middling and almost all rich and great families, brew their own beer. Their strong beer, therefore, costs them eight shillings a-barrel less than it costs the common brewer, who must have his profit upon the tax, as well as upon all the other expense which he advances. Such families, therefore, must drink their beer at least nine or ten shillings a-barrel cheaper than any liquor of the same quality can be drank by the common people, to whom it is everywhere more convenient to buy their beer, by little and little, from the brewery or the ale-house. Malt, in the same manner, that is made for the use of a private family, is not liable to the visit or examination of the tax-gatherer but, in this case the family must compound at seven shillings and sixpence a-head for the tax. Seven shillings and sixpence are equal to the excise upon ten bushels of malt; a quantity fully equal to what all the different members of any sober family, men, women, and children, are, at an average, likely to consume. But in rich and great families, where country hospitality is much practised, the malt liquors consumed by the members of the family make but a small part of the consumption of the house. Either on account of this composition, however, or for other reasons, it is not near so common to malt as to brew for private use. It is difficult to imagine any equitable reason, why those who either brew or distil for private use should not be subject to a composition of the same kind.

A greater revenue than what is at present drawn from all the heavy taxes upon malt, beer, and ale, might be raised, it has frequently been said, by a much lighter tax upon malt; the opportunities of defrauding the revenue being much greater in a brewery than in a malt-house; and those who brew for private use being exempted from all duties or composition for duties, which is not the case with those who malt for private use.

In the porter brewery of London, a quarter of malt is commonly brewed into more than two barrels and a-half, sometimes into three barrels of porter. The different taxes upon malt amount to six shillings a-quarter; those upon strong ale and beer to eight shillings a-barrel. In the porter brewery, therefore, the different taxes upon malt, beer, and ale, amount to between twenty-six and thirty shillings upon the produce of a quarter of malt. In the country brewery for common country sale, a quarter of malt is seldom brewed into less than two barrels of strong, and one barrel of small beer; frequently into two barrels and a-half of strong beer. The different taxes upon small beer amount to one shilling and fourpence a-barrel. In the country brewery, therefore, the different taxes upon malt, beer, and ale, seldom amount to less than twenty-three shillings and fourpence, frequently to twenty-six shillings, upon the produce of a quarter of malt. Taking the whole kingdom at an average, therefore, the whole amount of the duties

upon malt, beer, and ale, cannot be estimated at less than twenty-four or twenty-five shillings upon the produce of a quarter of malt. But by taking off all the different duties upon beer and ale, and by trebling the malt tax, or by raising it from six to eighteen shilling's upon the quarter of malt, a greater revenue, it is said, might be raised by this single tax, than what is at present drawn from all those heavier taxes.

In 1772, the old malt tax produced.....	£722,023: 11: 11
The additional.....	£356,776: 7: 9¾
In 1775, the old tax produced.....	£561,627: 3: 7½
The additional.....	£278,650: 15: 3¾
In 1774, the old tax produced	£624,614: 17: 5¾
The additional.....	£310,745: 2: 8½
In 1775, the old tax produced	£657,357: 0: 8¼
The additional.....	£323,785: 12: 6¼
	£5,855,580: 12: 0¾
Average of these four years	£958,895: 3: 0
 In 1772, the country excise produced.....	£1,243,120: 5: 3
The London brewery	408,260: 7: 2¾
In 1773, the country excise.....	£1,245,808: 3: 3
The London brewery	405,406: 17: 10½

In 1774, the country excise.....£1,246,373: 14: 5½
 The London brewery 320,601: 18: 0¼
 In 1775, the country excise.....£1,214,583: 6: 1¼
 The London brewery 463,670: 7: 0¼
 4) £6,547,832: 19: 2¼
 Average of these four years£1,636,958: 4: 9½
 To which adding the average malt tax.. 958,895: 3: 0¼

The whole amount of those different taxes comes out to be.....£2,595,835: 7: 10

But, by trebling the malt tax, or by raising it from six to eighteen shillings upon the quarter of malt, that single tax would produce.....£2,876,685: 9: 0
 A sum which exceeds the foregoing by.... 280,832: 1: 3

Under the old malt tax, indeed, is comprehended a tax of four shillings upon the hogshead of cyder, and another of ten shillings upon the barrel of mum. In 1774, the tax upon cyder produced only £3,083:6:8. It probably fell somewhat short of its usual amount; all the different taxes upon cyder, having, that year, produced less than ordinary. The tax upon mum, though much heavier, is still less productive, on account of the smaller consumption of

that liquor. But to balance whatever may be the ordinary amount of those two taxes, there is comprehended under what is called the country excise, first, the old excise of six shillings and eightpence upon the hogshead of cyder; secondly, a like tax of six shillings and eightpence upon the hogshead of verjuice; thirdly, another of eight shillings and ninepence upon the hogshead of vinegar; and, lastly, a fourth tax of elevenpence upon the gallon of mead or metheglin. The produce of those different taxes will probably much more than counterbalance that of the duties imposed, by what is called the annual malt tax, upon cyder and mum.

Malt is consumed, not only in the brewery of beer and ale, but in the manufacture of low wines and spirits. If the malt tax were to be raised to eighteen shillings upon the quarter, it might be necessary to make some abatement in the different excises which are imposed upon those particular sorts of low wines and spirits, of which malt makes any part of the materials. In what are called malt spirits, it makes commonly but a third part of the materials; the other two-thirds being either raw barley, or one-third barley and one-third wheat. In the distillery of malt spirits, both the opportunity and the temptation to smuggle are much greater than either in a brewery or in a malt-house; the opportunity, on account of the smaller bulk and greater value of the commodity, and the temptation, on account of the superior height of the duties,

which amounted to 3s. 10 2/3d. upon the gallon of spirits. {Though the duties directly imposed upon proof spirits amount only to 2s. 6d per gallon, these, added to the duties upon the low wines, from which they are distilled, amount to 3s 10 2/3d. Both low wines and proof spirits are, to prevent frauds, now rated according to what they gauge in the wash.}

By increasing the duties upon malt, and reducing those upon the distillery, both the opportunities and the temptation to smuggle would be diminished, which might occasion a still further augmentation of revenue.

It has for some time past been the policy of Great Britain to discourage the consumption of spiritous liquors, on account of their supposed tendency to ruin the health and to corrupt the morals of the common people. According to this policy, the abatement of the taxes upon the distillery ought not to be so great as to reduce, in any respect, the price of those liquors. Spiritous liquors might remain as dear as ever; while, at the same time, the wholesome and invigorating liquors of beer and ale might be considerably reduced in their price. The people might thus be in part relieved from one of the burdens of which they at present complain the most; while, at the same time, the revenue might be considerably augmented.

The objections of Dr. Davenant to this alteration in the present

system of excise duties, seem to be without foundation. Those objections are, that the tax, instead of dividing itself, as at present, pretty equally upon the profit of the maltster, upon that of the brewer and upon that of the retailer, would so far as it affected profit, fall altogether upon that of the maltster; that the maltster could not so easily get back the amount of the tax in the advanced price of his malt, as the brewer and retailer in the advanced price of their liquor; and that so heavy a tax upon malt might reduce the rent and profit of barley land.

No tax can ever reduce, for any considerable time, the rate of profit in any particular trade, which must always keep its level with other trades in the neighbourhood. The present duties upon malt, beer, and ale, do not affect the profits of the dealers in those commodities, who all get back the tax with an additional profit, in the enhanced price of their goods. A tax, indeed, may render the goods upon which it is imposed so dear, as to diminish the consumption of them. But the consumption of malt is in malt liquors; and a tax of eighteen shillings upon the quarter of malt could not well render those liquors dearer than the different taxes, amounting to twenty-four or twenty-five shillings, do at present. Those liquors, on the contrary, would probably become cheaper, and the consumption of them would be more likely to increase than to diminish.

It is not very easy to understand why it should be more difficult for the maltster to get back eighteen shillings in the advanced price of his malt, than it is at present for the brewer to get back twenty-four or twenty-five, sometimes thirty shillings, in that of his liquor. The maltster, indeed, instead of a tax of six shillings, would be obliged to advance one of eighteen shilling upon every quarter of malt. But the brewer is at present obliged to advance a tax of twenty-four or twentyfive, sometimes thirty shillings, upon every quarter of malt which he brews. It could not be more inconvenient for the maltster to advance a lighter tax, than it is at present for the brewer to advance a heavier one. The maltster does not always keep in his granaries a stock of malt, which it will require a longer time to dispose of than the stock of beer and ale which the brewer frequently keeps in his cellars. The former, therefore, may frequently get the returns of his money as soon as the latter. But whatever inconveniency might arise to the maltster from being obliged to advance a heavier tax, it could easily be remedied, by granting him a few months longer credit than is at present commonly given to the brewer.

Nothing could reduce the rent and profit of barley land, which did not reduce the demand for barley. But a change of system, which reduced the duties upon a quarter of malt brewed into beer and ale, from twentyfour and twenty-five shillings to eighteen shil-

lings, would be more likely to increase than diminish that demand. The rent and profit of barley land, besides, must always be nearly equal to those of other equally fertile and equally well cultivated land. If they were less, some part of the barley land would soon be turned to some other purpose; and if they were greater, more land would soon be turned to the raising of barley. When the ordinary price of any particular produce of land is at what may be called a monopoly price, a tax upon it necessarily reduces the rent and profit of the land which grows it. A tax upon the produce of those precious vineyards, of which the wine falls so much short of the effectual demand, that its price is always above the natural proportion to that of the produce of other equally fertile and equally well cultivated land, would necessarily reduce the rent and profit of those vineyards. The price of the wines being already the highest that could be got for the quantity commonly sent to market, it could not be raised higher without diminishing that quantity; and the quantity could not be diminished without still greater loss, because the lands could not be turned to any other equally valuable produce. The whole weight of the tax, therefore, would fall upon the rent and profit; properly upon the rent of the vineyard. When it has been proposed to lay any new tax upon sugar, our sugar planters have frequently complained that the whole weight of such taxes fell not upon the con-

sumer, but upon the producer; they never having been able to raise the price of their sugar after the tax higher than it was before. The price had, it seems, before the tax, been a monopoly price; and the arguments adduced to show that sugar was an improper subject of taxation, demonstrated perhaps that it was a proper one; the gains of monopolists, whenever they can be come at, being certainly of all subjects the most proper. But the ordinary price of barley has never been a monopoly price; and the rent and profit of barley land have never been above their natural proportion to those of other equally fertile and equally well cultivated land. The different taxes which have been imposed upon malt, beer, and ale, have never lowered the price of barley; have never reduced the rent and profit of barley land. The price of malt to the brewer has constantly risen in proportion to the taxes imposed upon it; and those taxes, together with the different duties upon beer and ale, have constantly either raised the price, or, what comes to the same thing, reduced the quality of those commodities to the consumer. The final payment of those taxes has fallen constantly upon the consumer, and not upon the producer.

The only people likely to suffer by the change of system here proposed, are those who brew for their own private use. But the exemption, which this superior rank of people at present enjoy, from very heavy taxes which are paid by the poor labourer and

artificer, is surely most unjust and unequal, and ought to be taken away, even though this change was never to take place. It has probably been the interest of this superior order of people, however, which has hitherto prevented a change of system that could not well fail both to increase the revenue and to relieve the people.

Besides such duties as those of custom and excise above mentioned, there are several others which affect the price of goods more unequally and more indirectly. Of this kind are the duties, which, in French, are called *peages*, which in old Saxon times were called the duties of passage, and which seem to have been originally established for the same purpose as our turnpike tolls, or the tolls upon our canals and navigable rivers, for the maintenance of the road or of the navigation. Those duties, when applied to such purposes, are most properly imposed according to the bulk or weight of the goods. As they were originally local and provincial duties, applicable to local and provincial purposes, the administration of them was, in most cases, entrusted to the particular town, parish, or lordship, in which they were levied; such communities being, in some way or other, supposed to be accountable for the application. The sovereign, who is altogether unaccountable, has in many countries assumed to himself the administration of those duties; and though he has in most cases enhanced very much the duty, he has in many entirely neglected the applica-

tion. If the turnpike tolls of Great Britain should ever become one of the resources of government, we may learn, by the example of many other nations, what would probably be the consequence. Such tolls, no doubt, are finally paid by the consumer; but the consumer is not taxed in proportion to his expense, when he pays, not according to the value, but according to the bulk or weight of what he consumes. When such duties are imposed, not according to the bulk or weight, but according to the supposed value of the goods, they become properly a sort of inland customs or excise, which obstruct very much the most important of all branches of commerce, the interior commerce of the country.

In some small states, duties similar to those passage duties are imposed upon goods carried across the territory, either by land or by water, from one foreign country to another. These are in some countries called transit-duties. Some of the little Italian states which are situated upon the Po, and the rivers which run into it, derive some revenue from duties of this kind, which are paid altogether by foreigners, and which, perhaps, are the only duties that one state can impose upon the subjects of another, without obstruction in any respect, the industry or commerce of its own. The most important transit-duty in the world, is that levied by the king of Denmark upon all merchant ships which pass through the Sound.

Such taxes upon luxuries, as the greater part of the duties of customs and excise, though they all fall indifferently upon every different species of revenue, and are paid finally, or without any retribution, by whoever consumes the commodities upon which they are imposed; yet they do not always fall equally or proportionally upon the revenue of every individual. As every man's humour regulates the degree of his consumption, every man contributes rather according to his humour, than proportion to his revenue: the profuse contribute more, the parsimonious less, than their proper proportion. During the minority of a man of great fortune, he contributes commonly very little, by his consumption, towards the support of that state from whose protection he derives a great revenue. Those who live in another country, contribute nothing by their consumption towards the support of the government of that country, in which is situated the source of their revenue. If in this latter country there should be no land tax, nor any considerable duty upon the transference either of moveable or immoveable property, as is the case in Ireland, such absentees may derive a great revenue from the protection of a government, to the support of which they do not contribute a single shilling. This inequality is likely to be greatest in a country of which the government is, in some respects, subordinate and dependant upon that of some other. The people who possess the

most extensive property in the dependant, will, in this case, generally chuse to live in the governing country. Ireland is precisely in this situation; and we cannot therefore wonder, that the proposal of a tax upon absentees should be so very popular in that country. It might, perhaps, be a little difficult to ascertain either what sort, or what degree of absence, would subject a man to be taxed as an absentee, or at what precise time the tax should either begin or end. If you except, however, this very peculiar situation, any inequality in the contribution of individuals which can arise from such taxes, is much more than compensated by the very circumstance which occasions that inequality; the circumstance that every man's contribution is altogether voluntary; it being altogether in his power, either to consume, or not to consume, the commodity taxed. Where such taxes, therefore, are properly assessed, and upon proper commodities, they are paid with less grumbling than any other. When they are advanced by the merchant or manufacturer, the consumer, who finally pays them, soon comes to confound them with the price of the commodities, and almost forgets that he pays any tax.

Such taxes are, or may be, perfectly certain; or may be assessed, so as to leave no doubt concerning either what ought to be paid, or when it ought to be paid; concerning either the quantity or the time of payment. What ever uncertainty there may sometimes be,

either in the duties of customs in Great Britain, or in other duties of the same kind in other countries, it cannot arise from the nature of those duties, but from the inaccurate or unskilful manner in which the law that imposes them is expressed.

Taxes upon luxuries generally are, and always may be, paid piecemeal, or in proportion as the contributors have occasion to purchase the goods upon which they are imposed. In the time and mode of payment, they are, or may be, of all taxes the most convenient. Upon the whole, such taxes, therefore, are perhaps as agreeable to the three first of the four general maxims concerning taxation, as any other. They offend in every respect against the fourth.

Such taxes, in proportion to what they bring into the public treasury of the state, always take out, or keep out, of the pockets of the people, more than almost any other taxes. They seem to do this in all the four different ways in which it is possible to do it.

First, the levying of such taxes, even when imposed in the most judicious manner, requires a great number of custom-house and excise officers, whose salaries and perquisites are a real tax upon the people, which brings nothing into the treasury of the state. This expense, however, it must be acknowledged, is more moderate in Great Britain than in most other countries. In the year which ended on the 5th of July, 1775, the gross produce of the different duties, under the management of the commissioners of excise in

England, amounted to £5,507,308:18:8¼, which was levied at an expense of little more than five and a-half per cent. From this gross produce, however, there must be deducted what was paid away in bounties and drawbacks upon the exportation of exciseable goods, which will reduce the neat produce below five millions. {The neat produce of that year, after deducting all expenses and allowances, amounted to £4,975,652:19:6.} The levying of the salt duty, and excise duty, but under a different management, is much more expensive. The neat revenue of the customs does not amount to two millions and a-half, which is levied at an expense of more than ten per cent., in the salaries of officers and other incidents. But the perquisites of custom-house officers are everywhere much greater than their salaries; at some ports more than double or triple those salaries. If the salaries of officers, and other incidents, therefore, amount to more than ten per cent. upon the neat revenue of the customs, the whole expense of levying that revenue may amount, in salaries and perquisites together, to more than twenty or thirty per cent. The officers of excise receive few or no perquisites; and the administration of that branch of the revenue being of more recent establishment, is in general less corrupted than that of the customs, into which length of time has introduced and authorised many abuses. By charging upon malt the whole revenue which is at present levied by the different duties upon malt and

malt liquors, a saving, it is supposed, of more than £50,000, might be made in the annual expense of the excise. By confining the duties of customs to a few sorts of goods, and by levying those duties according to the excise laws, a much greater saving might probably be made in the annual expense of the customs.

Secondly, such taxes necessarily occasion some obstruction or discouragement to certain branches of industry. As they always raise the price of the commodity taxed, they so far discourage its consumption, and consequently its production. If it is a commodity of home growth or manufacture, less labour comes to be employed in raising and producing it. If it is a foreign commodity of which the tax increases in this manner the price, the commodities of the same kind which are made at home may thereby, indeed, gain some advantage in the home market, and a greater quantity of domestic industry may thereby be turned toward preparing them. But though this rise of price in a foreign commodity, may encourage domestic industry in one particular branch, it necessarily discourages that industry in almost every other. The dearer the Birmingham manufacturer buys his foreign wine, the cheaper he necessarily sells that part of his hardware with which, or, what comes to the same thing, with the price of which, he buys it. That part of his hardware, therefore, becomes of less value to him, and he has less encouragement to work at it. The dearer the consumers

in one country pay for the surplus produce of another, the cheaper they necessarily sell that part of their own surplus produce with which, or, what comes to the same thing, with the price of which, they buy it. That part of their own surplus produce becomes of less value to them, and they have less encouragement to increase its quantity. All taxes upon consumable commodities, therefore, tend to reduce the quantity of productive labour below what it otherwise would be, either in preparing the commodities taxed, if they are home commodities, or in preparing those with which they are purchased, if they are foreign commodities. Such taxes, too, always alter, more or less, the natural direction of national industry, and turn it into a channel always different from, and generally less advantageous, than that in which it would have run of its own accord.

Thirdly, the hope of evading such taxes by smuggling, gives frequent occasion to forfeitures and other penalties, which entirely ruin the smuggler; a person who, though no doubt highly blameable for violating the laws of his country, is frequently incapable of violating those of natural justice, and would have been, in every respect, an excellent citizen, had not the laws of his country made that a crime which nature never meant to be so. In those corrupted governments, where there is at least a general suspicion of much unnecessary expense, and great misapplication of the pub-

lic revenue, the laws which guard it are little respected. Not many people are scrupulous about smuggling, when, without perjury, they can find an easy and safe opportunity of doing so. To pretend to have any scruple about buying smuggled goods, though a manifest encouragement to the violation of the revenue laws, and to the perjury which almost always attends it, would, in most countries, be regarded as one of those pedantic pieces of hypocrisy which, instead of gaining credit with anybody, serve only to expose the person who affects to practise them to the suspicion of being a greater knave than most of his neighbours. By this indulgence of the public, the smuggler is often encouraged to continue a trade, which he is thus taught to consider as in some measure innocent; and when the severity of the revenue laws is ready to fall upon him, he is frequently disposed to defend with violence, what he has been accustomed to regard as his just property. From being at first, perhaps, rather imprudent than criminal, he at last too often becomes one of the hardiest and most determined violators of the laws of society. By the ruin of the smuggler, his capital, which had before been employed in maintaining productive labour, is absorbed either in the revenue of the state, or in that of the revenue officer; and is employed in maintaining unproductive, to the diminution of the general capital of the society, and of the useful industry which it might otherwise have maintained.

Fourthly, such taxes, by subjecting at least the dealers in the taxed commodities, to the frequent visits and odious examination of the tax-gatherers, expose them sometimes, no doubt, to some degree of oppression, and always to much trouble and vexation; and though vexation, as has already been said, is not strictly speaking expense, it is certainly equivalent to the expense at which every man would be willing to redeem himself from it. The laws of excise, though more effectual for the purpose for which they were instituted, are, in this respect, more vexatious than those of the customs. When a merchant has imported goods subject to certain duties of customs; when he has paid those duties, and lodged the goods in his warehouse; he is not, in most cases, liable to any further trouble or vexation from the custom-house officer. It is otherwise with goods subject to duties of excise. The dealers have no respite from the continual visits and examination of the excise officers. The duties of excise are, upon this account, more unpopular than those of the customs; and so are the officers who levy them. Those officers, it is pretended, though in general, perhaps, they do their duty fully as well as those of the customs; yet, as that duty obliges them to be frequently very troublesome to some of their neighbours, commonly contract a certain hardness of character, which the others frequently have not. This observation, however, may very probably be the mere suggestion of fraudu-

lent dealers, whose smuggling is either prevented or detected by their diligence.

The inconveniencies, however, which are, perhaps, in some degree inseparable from taxes upon consumable communities, fall as light upon the people of Great Britain as upon those of any other country of which the government is nearly as expensive. Our state is not perfect, and might be mended; but it is as good, or better, than that of most of our neighbours.

In consequence of the notion, that duties upon consumable goods were taxes upon the profits of merchants, those duties have, in some countries, been repeated upon every successive sale of the goods. If the profits of the merchant-importer or merchant-manufacturer were taxed, equality seemed to require that those of all the middle buyers, who intervened between either of them and the consumer, should likewise be taxed. The famous alcavala of Spain seems to have been established upon this principle. It was at first a tax of ten per cent. afterwards of fourteen per cent. and it is at present only six per cent. upon the sale of every sort of property whether moveable or immoveable; and it is repeated every time the property is sold. [*Memoires concernant les Droits, etc. tom. i, p. 15*] The levying of this tax requires a multitude of revenue officers, sufficient to guard the transportation of goods, not only from one province to another, but from one shop to another. It

subjects, not only the dealers in some sorts of goods, but those in all sorts, every farmer, every manufacturer, every merchant and shopkeeper, to the continual visit and examination of the tax-gatherers. Through the greater part of the country in which a tax of this kind is established, nothing can be produced for distant sale. The produce of every part of the country must be proportioned to the consumption of the neighbourhood. It is to the alcavala, accordingly, that Ustaritz imputes the ruin of the manufactures of Spain. He might have imputed to it, likewise, the declension of agriculture, it being imposed not only upon manufactures, but upon the rude produce of the land.

In the kingdom of Naples, there is a similar tax of three per cent. upon the value of all contracts, and consequently upon that of all contracts of sale. It is both lighter than the Spanish tax, and the greater part of towns and parishes are allowed to pay a composition in lieu of it. They levy this composition in what manner they please, generally in a way that gives no interruption to the interior commerce of the place. The Neapolitan tax, therefore, is not near so ruinous as the Spanish one.

The uniform system of taxation, which, with a few exception of no great consequence, takes place in all the different parts of the united kingdom of Great Britain, leaves the interior commerce of the country, the inland and coasting trade, almost entirely free.

The inland trade is almost perfectly free; and the greater part of goods may be carried from one end of the kingdom to the other, without requiring any permit or let-pass, without being subject to question, visit or examination, from the revenue officers. There are a few exceptions, but they are such as can give no interruption to any important branch of inland commerce of the country. Goods carried coastwise, indeed, require certificates or coast-licenses. If you except coals, however, the rest are almost all duty-free. This freedom of interior commerce, the effect of the uniformity of the system of taxation, is perhaps one of the principal causes of the prosperity of Great Britain; every great country being necessarily the best and most extensive market for the greater part of the productions of its own industry. If the same freedom in consequence of the same uniformity, could be extended to Ireland and the plantations, both the grandeur of the state, and the prosperity of every part of the empire, would probably be still greater than at present.

In France, the different revenue laws which take place in the different provinces, require a multitude of revenue officers to surround, not only the frontiers of the kingdom, but those of almost each particular province, in order either to prevent the importation of certain goods, or to subject it to the payment of certain duties, to the no small interruption of the interior commerce of the country. Some provinces are allowed to compound for the

gabelle, or salt tax; others are exempted from it altogether. Some provinces are exempted from the exclusive sale of tobacco, which the farmers-general enjoy through the greater part of the kingdom. The aides, which correspond to the excise in England, are very different in different provinces. Some provinces are exempted from them, and pay a composition or equivalent. In those in which they take place, and are in farm, there are many local duties which do not extend beyond a particular town or district. The traites, which correspond to our customs, divide the kingdom into three great parts; first, the provinces subject to the tariff of 1664, which are called the provinces of the five great farms, and under which are comprehended Picardy, Normandy, and the greater part of the interior provinces of the kingdom; secondly, the provinces subject to the tariff of 1667, which are called the provinces reckoned foreign, and under which are comprehended the greater part of the frontier provinces; and, thirdly, those provinces which are said to be treated as foreign, or which, because they are allowed a free commerce with foreign countries, are, in their commerce with the other provinces of France, subjected to the same duties as other foreign countries. These are Alsace, the three bishoprics of Mentz, Toul, and Verdun, and the three cities of Dunkirk, Bayonne, and Marseilles. Both in the provinces of the five great farms (called so on account of an ancient division of the duties of customs into

five great branches, each of which was originally the subject of a particular farm, though they are now all united into one), and in those which are said to be reckoned foreign, there are many local duties which do not extend beyond a particular town or district. There are some such even in the provinces which are said to be treated as foreign, particularly in the city of Marseilles. It is unnecessary to observe how much both the restraints upon the interior commerce of the country, and the number of the revenue officers, must be multiplied, in order to guard the frontiers of those different provinces and districts which are subject to such different systems of taxation.

Over and above the general restraints arising from this complicated system of revenue laws, the commerce of wine (after corn, perhaps, the most important production of France) is, in the greater part of the provinces, subject to particular restraints arising from the favour which has been shown to the vineyards of particular provinces and districts above those of others. The provinces most famous for their wines, it will be found, I believe, are those in which the trade in that article is subject to the fewest restraints of this kind. The extensive market which such provinces enjoy, encourages good management both in the cultivation of their vineyards, and in the subsequent preparation of their wines.

Such various and complicated revenue laws are not peculiar to

France. The little duchy of Milan is divided into six provinces, in each of which there is a different system of taxation, with regard to several different sorts of consumable goods. The still smaller territories of the duke of Parma are divided into three or four, each of which has, in the same manner, a system of its own. Under such absurd management, nothing but the great fertility of the soil, and happiness of the climate, could preserve such countries from soon relapsing into the lowest state of poverty and barbarism.

Taxes upon consumable commodities may either be levied by an administration, of which the officers are appointed by government, and are immediately accountable to government, of which the revenue must, in this case, vary from year to year, according to the occasional variations in the produce of the tax; or they may be let in farm for a rent certain, the farmer being allowed to appoint his own officers, who, though obliged to levy the tax in the manner directed by the law, are under his immediate inspection, and are immediately accountable to him. The best and most frugal way of levying a tax can never be by farm. Over and above what is necessary for paying the stipulated rent, the salaries of the officers, and the whole expense of administration, the farmer must always draw from the produce of the tax a certain profit, proportioned at least to the advance which he makes, to the risk which he runs, to the trouble which he is at, and to the knowledge

and skill which it requires to manage so very complicated a concern. Government, by establishing an administration under their own immediate inspection, of the same kind with that which the farmer establishes, might at least save this profit, which is almost always exorbitant. To farm any considerable branch of the public revenue requires either a great capital, or a great credit; circumstances which would alone restrain the competition for such an undertaking to a very small number of people. Of the few who have this capital or credit, a still smaller number have the necessary knowledge or experience; another circumstance which restrains the competition still further. The very few who are in condition to become competitors, find it more for their interest to combine together; to become copartners, instead of competitors; and, when the farm is set up to auction, to offer no rent but what is much below the real value. In countries where the public revenues are in farm, the farmers are generally the most opulent people. Their wealth would alone excite the public indignation; and the vanity which almost always accompanies such upstart fortunes, the foolish ostentation with which they commonly display that wealth, excite that indignation still more.

The farmers of the public revenue never find the laws too severe, which punish any attempt to evade the payment of a tax. They have no bowels for the contributors, who are not their sub-

jects, and whose universal bankruptcy, if it should happen the day after the farm is expired, would not much affect their interest. In the greatest exigencies of the state, when the anxiety of the sovereign for the exact payment of his revenue is necessarily the greatest, they seldom fail to complain, that without laws more rigorous than those which actually took place, it will be impossible for them to pay even the usual rent. In those moments of public distress, their commands cannot be disputed. The revenue laws, therefore, become gradually more and more severe. The most sanguinary are always to be found in countries where the greater part of the public revenue is in farm; the mildest, in countries where it is levied under the immediate inspection of the sovereign. Even a bad sovereign feels more compassion for his people than can ever be expected from the farmers of his revenue. He knows that the permanent grandeur of his family depends upon the prosperity of his people, and he will never knowingly ruin that prosperity for the sake of any momentary interest of his own. It is otherwise with the farmers of his revenue, whose grandeur may frequently be the effect of the ruin, and not of the prosperity, of his people.

A tax is sometimes not only farmed for a certain rent, but the farmer has, besides, the monopoly of the commodity taxed. In France, the duties upon tobacco and salt are levied in this manner. In such cases, the farmer, instead of one, levies two exorbitant

profits upon the people; the profit of the farmer, and the still more exorbitant one of the monopolist. Tobacco being a luxury, every man is allowed to buy or not to buy as he chuses; but salt being a necessary, every man is obliged to buy of the farmer a certain quantity of it; because, if he did not buy this quantity of the farmer, he would, it is presumed, buy it of some smuggler. The taxes upon both commodities are exorbitant. The temptation to smuggle, consequently, is to many people irresistible; while, at the same time, the rigour of the law, and the vigilance of the farmer's officers, render the yielding to the temptation almost certainly ruinous. The smuggling of salt and tobacco sends every year several hundred people to the galleys, besides a very considerable number whom it sends to the gibbet. Those taxes, levied in this manner, yield a very considerable revenue to government. In 1767, the farm of tobacco was let for twenty-two millions five hundred and forty-one thousand two hundred and seventy-eight livres a-year; that of salt for thirty-six millions four hundred and ninety-two thousand four hundred and four livres. The farm, in both cases, was to commence in 1768, and to last for six years. Those who consider the blood of the people as nothing, in comparison with the revenue of the prince, may, perhaps, approve of this method of levying taxes. Similar taxes and monopolies of salt and tobacco have been established in many other countries, particularly in the

Austrian and Prussian dominions, and in the greater part of the states of Italy.

In France, the greater part of the actual revenue of the crown is derived from eight different sources; the *taille*, the *capitation*, the two *vingtiemes*, the *gabelles*, the *aides*, the *traites*, the *domaine*, and the farm of tobacco. The live last are, in the greater part of the provinces, under farm. The three first are everywhere levied by an administration, under the immediate inspection and direction of government; and it is universally acknowledged, that in proportion to what they take out of the pockets of the people, they bring more into the treasury of the prince than the other five, of which the administration is much more wasteful and expensive.

The finances of France seem, in their present state, to admit of three very obvious reformations. First, by abolishing the *taille* and the *capitation*, and by increasing the number of the *vingtiemes*, so as to produce an additional revenue equal to the amount of those other taxes, the revenue of the crown might be preserved; the expense of collection might be much diminished; the vexation of the inferior ranks of people, which the *taille* and *capitation* occasion, might be entirely prevented; and the superior ranks might not be more burdened than the greater part of them are at present. The *vingtieme*, I have already observed, is a tax very nearly of the same kind with what is called the land tax of England. The bur-

den of the *taille*, it is acknowledged, falls finally upon the proprietors of land; and as the greater part of the *capitation* is assessed upon those who are subject to the *taille*, at so much a-pound of that other tax, the final payment of the greater part of it must likewise fall upon the same order of people. Though the number of the *vingtiemes*, therefore, was increased, so as to produce an additional revenue equal to the amount of both those taxes, the superior ranks of people might not be more burdened than they are at present; many individuals, no doubt, would, on account of the great inequalities with which the *taille* is commonly assessed upon the estates and tenants of different individuals. The interest and opposition of such favoured subjects, are the obstacles most likely to prevent this, or any other reformation of the same kind. Secondly, by rendering the *gabelle*, the *aides*, the *traites*, the taxes upon tobacco, all the different customs and excises, uniform in all the different parts of the kingdom, those taxes might be levied at much less expense, and the interior commerce of the kingdom might be rendered as free as that of England. Thirdly, and lastly, by subjecting all those taxes to an administration under the immediate inspection and direction of government, the exorbitant profits of the farmers-general might be added to the revenue of the state. The opposition arising from the private interest of individuals, is likely to be as effectual for preventing the two last as the

first-mentioned scheme of reformation.

The French system of taxation seems, in every respect, inferior to the British. In Great Britain, ten millions sterling are annually levied upon less than eight millions of people, without its being possible to say that any particular order is oppressed. From the Collections of the Abbé Expilly, and the observations of the author of the Essay upon the Legislation and Commerce of Corn, it appears probable that France, including the provinces of Lorraine and Bar, contains about twenty-three or twenty-four millions of people; three times the number, perhaps, contained in Great Britain. The soil and climate of France are better than those of Great Britain. The country has been much longer in a state of improvement and cultivation, and is, upon that account, better stocked with all those things which it requires a long time to raise up and accumulate; such as great towns, and convenient and well-built houses, both in town and country. With these advantages, it might be expected, that in France a revenue of thirty millions might be levied for the support of the state, with as little inconvenience as a revenue of ten millions is in Great Britain. In 1765 and 1766, the whole revenue paid into the treasury of France, according to the best, though, I acknowledge, very imperfect accounts which I could get of it, usually run between 308 and 325 millions of livres; that is, it did not amount to fifteen millions sterling; not the half of

what might have been expected, had the people contributed in the same proportion to their numbers as the people of Great Britain. The people of France, however, it is generally acknowledged, are much more oppressed by taxes than the people of Great Britain. France, however, is certainly the great empire in Europe, which, after that of Great Britain, enjoys the mildest and most indulgent government.

In Holland, the heavy taxes upon the necessities of life have ruined, it is said, their principal manufacturers, and are likely to discourage, gradually, even their fisheries and their trade in ship-building. The taxes upon the necessities of life are inconsiderable in Great Britain, and no manufacture has hitherto been ruined by them. The British taxes which bear hardest on manufactures, are some duties upon the importation of raw materials, particularly upon that of raw silk. The revenue of the States-General and of the different cities, however, is said to amount to more than five millions two hundred and fifty thousand pounds sterling; and as the inhabitants of the United Provinces cannot well be supposed to amount to more than a third part of those of Great Britain, they must, in proportion to their number, be much more heavily taxed.

After all the proper subjects of taxation have been exhausted, if the exigencies of the state still continue to require new taxes, they must be imposed upon improper ones. The taxes upon the neces-

saries of life, therefore, may be no impeachment of the wisdom of that republic, which, in order to acquire and to maintain its independency, has, in spite of its meat frugality, been involved in such expensive wars as have obliged it to contract great debts. The singular countries of Holland and Zealand, besides, require a considerable expense even to preserve their existence, or to prevent their being swallowed up by the sea, which must have contributed to increase considerably the load of taxes in those two provinces. The republican form of government seems to be the principal support of the present grandeur of Holland. The owners of great capitals, the great mercantile families, have generally either some direct share, or some indirect influence, in the administration of that government. For the sake of the respect and authority which they derive from this situation, they are willing to live in a country where their capital, if they employ it themselves, will bring them less profit, and if they lend it to another, less interest; and where the very moderate revenue which they can draw from it will purchase less of the necessaries and conveniencies of life than in any other part of Europe. The residence of such wealthy people necessarily keeps alive, in spite of all disadvantages, a certain degree of industry in the country. Any public calamity which should destroy the republican form of government, which should throw the whole administration into the hands of nobles and of soldiers,

which should annihilate altogether the importance of those wealthy merchants, would soon render it disagreeable to them to live in a country where they were no longer likely to be much respected. They would remove both their residence and their capital to some other country, and the industry and commerce of Holland would soon follow the capitals which supported them.

CHAPTER III

OF PUBLIC DEBTS

IN THAT RUDE STATE OF SOCIETY which precedes the extension of commerce and the improvement of manufactures; when those expensive luxuries, which commerce and manufactures can alone introduce, are altogether unknown; the person who possesses a large revenue, I have endeavoured to show in the third book of this Inquiry, can spend or enjoy that revenue in no other way than by maintaining nearly as many people as it can maintain. A large revenue may at all times be said to consist in the command of a large quantity of the necessaries of life. In that rude state of things, it is commonly paid in a large quantity of those necessaries, in the materials of plain food and coarse clothing, in corn and cattle, in wool and raw hides. When neither commerce nor manufactures furnish any thing for which the owner can exchange the greater part of those materials which are over and above his own consumption, he can do nothing with the surplus, but feed and clothe nearly as many people as it will feed and clothe. A hospitality in which there is no luxury, and a liberality in which there is no ostentation, occasion, in this situation of things, the principal expenses of the rich and the great. But these I have likewise endeav-

oured to show, in the same book, are expenses by which people are not very apt to ruin themselves. There is not, perhaps, any selfish pleasure so frivolous, of which the pursuit has not sometimes ruined even sensible men. A passion for cock-fighting has ruined many. But the instances, I believe, are not very numerous, of people who have been ruined by a hospitality or liberality of this kind; though the hospitality of luxury, and the liberality of ostentation have ruined many. Among our feudal ancestors, the long time during which estates used to continue in the same family, sufficiently demonstrates the general disposition of people to live within their income. Though the rustic hospitality, constantly exercised by the great landholders, may not, to us in the present times, seem consistent with that order which we are apt to consider as inseparably connected with good economy; yet we must certainly allow them to have been at least so far frugal, as not commonly to have spent their whole income. A part of their wool and raw hides, they had generally an opportunity of selling for money. Some part of this money, perhaps, they spent in purchasing the few objects of vanity and luxury, with which the circumstances of the times could furnish them; but some part of it they seem commonly to have hoarded. They could not well, indeed, do any thing else but hoard whatever money they saved. To trade, was disgraceful to a gentleman; and to lend money at interest, which at that time was con-

sidered as usury, and prohibited bylaw, would have been still more so. In those times of violence and disorder, besides, it was convenient to have a hoard of money at hand, that in case they should be driven from their own home, they might have something of known value to carry with them to some place of safety. The same violence which made it convenient to hoard, made it equally convenient to conceal the hoard. The frequency of treasure-trove, or of treasure found, of which no owner was known, sufficiently demonstrates the frequency, in those times, both of hoarding and of concealing the hoard. Treasure-trove was then considered as an important branch of the revenue of the sovereign. All the treasure-trove of the kingdom would scarce, perhaps, in the present times, make an important branch of the revenue of a private gentleman of a good estate.

The same disposition, to save and to hoard, prevailed in the sovereign, as well as in the subjects. Among nations, to whom commerce and manufacture are little known, the sovereign, it has already been observed in the Fourth book, is in a situation which naturally disposes him to the parsimony requisite for accumulation. In that situation, the expense, even of a sovereign, cannot be directed by that vanity which delights in the gaudy finery of a court. The ignorance of the times affords but few of the trinkets in which that finery consists. Standing armies are not then neces-

sary; so that the expense, even of a sovereign, like that of any other great lord can be employed in scarce any thing but bounty to his tenants, and hospitality to his retainers. But bounty and hospitality very seldom lead to extravagance; though vanity almost always does. All the ancient sovereigns of Europe, accordingly, it has already been observed, had treasures. Every Tartar chief, in the present times, is said to have one.

In a commercial country, abounding with every sort of expensive luxury, the sovereign, in the same manner as almost all the great proprietors in his dominions, naturally spends a great part of his revenue in purchasing those luxuries. His own and the neighbouring countries supply him abundantly with all the costly trinkets which compose the splendid, but insignificant, pageantry of a court. For the sake of an inferior pageantry of the same kind, his nobles dismiss their retainers, make their tenants independent, and become gradually themselves as insignificant as the greater part of the wealthy burghers in his dominions. The same frivolous passions, which influence their conduct, influence his. How can it be supposed that he should be the only rich man in his dominions who is insensible to pleasures of this kind? If he does not, what he is very likely to do, spend upon those pleasures so great a part of his revenue as to debilitate very much the defensive power of the state, it cannot well be expected that he should not spend upon

them all that part of it which is over and above what is necessary for supporting that defensive power. His ordinary expense becomes equal to his ordinary revenue, and it is well if it does not frequently exceed it. The amassing of treasure can no longer be expected; and when extraordinary exigencies require extraordinary expenses, he must necessarily call upon his subjects for an extraordinary aid. The present and the late king of Prussia are the only great princes of Europe, who, since the death of Henry IV. of France, in 1610, are supposed to have amassed any considerable treasure. The parsimony which leads to accumulation has become almost as rare in republican as in monarchical governments. The Italian republics, the United Provinces of the Netherlands, are all in debt. The canton of Berne is the single republic in Europe which has amassed any considerable treasure. The other Swiss republics have not. The taste for some sort of pageantry, for splendid buildings, at least, and other public ornaments, frequently prevails as much in the apparently sober senate-house of a little republic, as in the dissipated court of the greatest king.

The want of parsimony, in time of peace, imposes the necessity of contracting debt in time of war. When war comes, there is no money in the treasury, but what is necessary for carrying on the ordinary expense of the peace establishment. In war, an establishment of three or four times that expense becomes necessary for

the defence of the state; and consequently, a revenue three or four times greater than the peace revenue. Supposing that the sovereign should have, what he scarce ever has, the immediate means of augmenting his revenue in proportion to the augmentation of his expense; yet still the produce of the taxes, from which this increase of revenue must be drawn, will not begin to come into the treasury, till perhaps ten or twelve months after they are imposed. But the moment in which war begins, or rather the moment in which it appears likely to begin, the army must be augmented, the fleet must be fitted out, the garrisoned towns must be put into a posture of defence; that army, that fleet, those garrisoned towns, must be furnished with arms, ammunition, and provisions. An immediate and great expense must be incurred in that moment of immediate danger, which will not wait for the gradual and slow returns of the new taxes. In this exigency, government can have no other resource but in borrowing.

The same commercial state of society which, by the operation of moral causes, brings government in this manner into the necessity of borrowing, produces in the subjects both an ability and an inclination to lend. If it commonly brings along with it the necessity of borrowing, it likewise brings with it the facility of doing so.

A country abounding with merchants and manufacturers, necessarily abounds with a set of people through whose hands, not

only their own capitals, but the capitals of all those who either lend them money, or trust them with goods, pass as frequently, or more frequently, than the revenue of a private man, who, without trade or business, lives upon his income, passes through his hands. The revenue of such a man can regularly pass through his hands only once in a year. But the whole amount of the capital and credit of a merchant, who deals in a trade of which the returns are very quick, may sometimes pass through his hands two, three, or four times in a year. A country abounding with merchants and manufacturers, therefore, necessarily abounds with a set of people, who have it at all times in their power to advance, if they chuse to do so, a very large sum of money to government. Hence the ability in the subjects of a commercial state to lend.

Commerce and manufactures can seldom flourish long in any state which does not enjoy a regular administration of justice; in which the people do not feel themselves secure in the possession of their property; in which the faith of contracts is not supported by law; and in which the authority of the state is not supposed to be regularly employed in enforcing the payment of debts from all those who are able to pay. Commerce and manufactures, in short, can seldom flourish in any state, in which there is not a certain degree of confidence in the justice of government. The same confidence which disposes great merchants and manufacturers upon

ordinary occasions, to trust their property to the protection of a particular government, disposes them, upon extraordinary occasions, to trust that government with the use of their property. By lending money to government, they do not even for a moment diminish their ability to carry on their trade and manufactures; on the contrary, they commonly augment it. The necessities of the state render government, upon most occasions willing to borrow upon terms extremely advantageous to the lender. The security which it grants to the original creditor, is made transferable to any other creditor; and from the universal confidence in the justice of the state, generally sells in the market for more than was originally paid for it. The merchant or monied man makes money by lending money to government, and instead of diminishing. increases his trading capital. He generally considers it as a favour, therefore, when the administration admits him to a share in the first subscription for a new loan. Hence the inclination or willingness in the subjects of a commercial state to lend.

The government of such a state is very apt to repose itself upon this ability and willingness of its subjects to lend it their money on extraordinary occasions. It foresees the facility of borrowing, and therefore dispenses itself from the duty of saving.

In a rude state of society, there are no great mercantile or manufacturing capitals. The individuals, who hoard whatever money

they can save, and who conceal their hoard, do so from a distrust of the justice of government; from a fear, that if it was known that they had a hoard, and where that hoard was to be found, they would quickly be plundered. In such a state of things, few people would be able, and nobody would be willing to lend their money to government on extraordinary exigencies. The sovereign feels that he must provide for such exigencies by saving, because he foresees the absolute impossibility of borrowing. This foresight increases still further his natural disposition to save.

The progress of the enormous debts which at present oppress, and will in the long-run probably ruin, all the great nations of Europe, has been pretty uniform. Nations, like private men, have generally begun to borrow upon what may be called personal credit, without assigning or mortgaging any particular fund for the payment of the debt; and when this resource has failed them, they have gone on to borrow upon assignments or mortgages of particular funds.

What is called the unfunded debt of Great Britain, is contracted in the former of those two ways. It consists partly in a debt which bears, or is supposed to bear, no interest, and which resembles the debts that a private man contracts upon account; and partly in a debt which bears interest, and which resembles what a private man contracts upon his bill or promissory-note. The debts which are

due, either for extraordinary services, or for services either not provided for, or not paid at the time when they are performed; part of the extraordinaries of the army, navy, and ordnance, the arrears of subsidies to foreign princes, those of seamen's wages, etc. usually constitute a debt of the first kind. Navy and exchequer bills, which are issued sometimes in payment of a part of such debts, and sometimes for other purposes, constitute a debt of the second kind; exchequer bills bearing interest from the day on which they are issued, and navy bills six months after they are issued. The bank of England, either by voluntarily discounting those bills at their current value, or by agreeing with government for certain considerations to circulate exchequer bills, that is, to receive them at par, paying the interest which happens to be due upon them, keeps up their value, and facilitates their circulation, and thereby frequently enables government to contract a very large debt of this kind. In France, where there is no bank, the state bills (*billets d'etat* [See *Examen des Reflexions Politiques sur les Finances.*]) have sometimes sold at sixty and seventy per cent. discount. During the great recoinage in king William's time, when the bank of England thought proper to put a stop to its usual transactions, exchequer bills and tallies are said to have sold from twenty-five to sixty per cent. discount; owing partly, no doubt, to the supposed instability of the new government established by the Revolution,

but partly, too, to the want of the support of the bank of England.

When this resource is exhausted, and it becomes necessary, in order to raise money, to assign or mortgage some particular branch of the public revenue for the payment of the debt, government has, upon different occasions, done this in two different ways. Sometimes it has made this assignment or mortgage for a short period of time only, a year, or a few years, for example; and sometimes for perpetuity. In the one case, the fund was supposed sufficient to pay, within the limited time, both principal and interest of the money borrowed. In the other, it was supposed sufficient to pay the interest only, or a perpetual annuity equivalent to the interest, government being at liberty to redeem, at any time, this annuity, upon paying back the principal sum borrowed. When money was raised in the one way, it was said to be raised by anticipation; when in the other, by perpetual funding, or, more shortly, by funding.

In Great Britain, the annual land and malt taxes are regularly anticipated every year, by virtue of a borrowing clause constantly inserted into the acts which impose them. The bank of England generally advances at an interest, which, since the Revolution, has varied from eight to three per cent., the sums of which those taxes are granted, and receives payment as their produce gradually comes in. If there is a deficiency, which there always is, it is provided for

in the supplies of the ensuing year. The only considerable branch of the public revenue which yet remains unmortgaged, is thus regularly spent before it comes in. Like an improvident spendthrift, whose pressing occasions will not allow him to wait for the regular payment of his revenue, the state is in the constant practice of borrowing of its own factors and agents, and of paying interest for the use of its own money.

In the reign of king William, and during a great part of that of queen Anne, before we had become so familiar as we are now with the practice of perpetual funding, the greater part of the new taxes were imposed but for a short period of time (for four, five, six, or seven years only), and a great part of the grants of every year consisted in loans upon anticipations of the produce of those taxes. The produce being frequently insufficient for paying, within the limited term, the principal and interest of the money borrowed, deficiencies arose; to make good which, it became necessary to prolong the term.

In 1697, by the 8th of William III., c. 20, the deficiencies of several taxes were charged upon what was then called the first general mortgage or fund, consisting of a prolongation to the first of August 1706, of several different taxes, which would have expired within a shorter term, and of which the produce was accumulated into one general fund. The deficiencies charged upon

this prolonged term amounted to £5,160,459: 14: 9½.

In 1701, those duties, with some others, were still further prolonged, for the like purposes, till the first of August 1710, and were called the second general mortgage or fund. The deficiencies charged upon it amounted to £2,055,999: 7: 11½.

In 1707, those duties were still further prolonged, as a fund for new loans, to the first of August 1712, and were called the third general mortgage or fund. The sum borrowed upon it was £983,254:11:9¼.

In 1708, those duties were all (except the old subsidy of tonnage and poundage, of which one moiety only was made a part of this fund, and a duty upon the importation of Scotch linen, which had been taken off by the articles of union) still further continued, as a fund for new loans, to the first of August 1714, and were called the fourth general mortgage or fund. The sum borrowed upon it was £925,176:9:2¼.

In 1709, those duties were all (except the old subsidy of tonnage and poundage, which was now left out of this fund altogether) still further continued, for the same purpose, to the first of August 1716, and were called the fifth general mortgage or fund. The sum borrowed upon it was £922,029:6s.

In 1710, those duties were again prolonged to the first of August 1720, and were called the sixth general mortgage or fund.

The sum borrowed upon it was £1,296,552:9:11¾.

In 1711, the same duties (which at this time were thus subject to four different anticipations), together with several others, were continued for ever, and made a fund for paying the interest of the capital of the South-sea company, which had that year advanced to government, for paying debts, and making good deficiencies, the sum of £9,177,967:15:4d, the greatest loan which at that time had ever been made.

Before this period, the principal, so far as I have been able to observe, the only taxes, which, in order to pay the interest of a debt, had been imposed for perpetuity, were those for paying the interest of the money which had been advanced to government by the bank and East-India company, and of what it was expected would be advanced, but which was never advanced, by a projected land bank. The bank fund at this time amounted to £3,375,027:17:10½, for which was paid an annuity or interest of £206,501:15:5d. The East-India fund amounted to £3,200,000, for which was paid an annuity or interest of £160,000; the bank fund being at six per cent., the East-India fund at five per cent. interest.

In 1715, by the first of George I., c. 12, the different taxes which had been mortgaged for paying the bank annuity, together with several others, which, by this act, were likewise rendered perpetual, were accumulated into one common fund, called the aggregate

fund, which was charged not only with the payment of the bank annuity, but with several other annuities and burdens of different kinds. This fund was afterwards augmented by the third of George I., c.8., and by the fifth of George I., c. 3, and the different duties which were then added to it were likewise rendered perpetual.

In 1717, by the third of George I., c. 7, several other taxes were rendered perpetual, and accumulated into another common fund, called the general fund, for the payment of certain annuities, amounting in the whole to £724,849:6:10½.

In consequence of those different acts, the greater part of the taxes, which before had been anticipated only for a short term of years were rendered perpetual, as a fund for paying, not the capital, but the interest only, of the money which had been borrowed upon them by different successive anticipations.

Had money never been raised but by anticipation, the course of a few years would have liberated the public revenue, without any other attention of government besides that of not overloading the fund, by charging it with more debt than it could pay within the limited term, and not of anticipating a second time before the expiration of the first anticipation. But the greater part of European governments have been incapable of those attentions. They have frequently overloaded the fund, even upon the first anticipation; and when this happened not to be the case, they have gener-

ally taken care to overload it, by anticipating a second and a third time, before the expiration of the first anticipation. The fund becoming in this manner altogether insufficient for paying both principal and interest of the money borrowed upon it, it became necessary to charge it with the interest only, or a perpetual annuity equal to the interest; and such improvident anticipations necessarily gave birth to the more ruinous practice of perpetual funding. But though this practice necessarily puts off the liberation of the public revenue from a fixed period, to one so indefinite that it is not very likely ever to arrive; yet, as a greater sum can, in all cases, be raised by this new practice than by the old one of anticipation, the former, when men have once become familiar with it, has, in the great exigencies of the state, been universally preferred to the latter. To relieve the present exigency, is always the object which principally interests those immediately concerned in the administration of public affairs. The future liberation of the public revenue they leave to the care of posterity.

During the reign of queen Anne, the market rate of interest had fallen from six to five per cent.; and, in the twelfth year of her reign, five per cent. was declared to be the highest rate which could lawfully be taken for money borrowed upon private security. Soon after the greater part of the temporary taxes of Great Britain had been rendered perpetual, and distributed into the aggregate, South-

sea, and general funds, the creditors of the public, like those of private persons, were induced to accept of five per cent. for the interest of their money, which occasioned a saving of one per cent. upon the capital of the greater part or the debts which had been thus funded for perpetuity, or of one-sixth of the greater part of the annuities which were paid out of the three great funds above mentioned. This saving left a considerable surplus in the produce of the different taxes which had been accumulated into those funds, over and above what was necessary for paying the annuities which were now charged upon them, and laid the foundation of what has since been called the sinking fund. In 1717, it amounted to £523,454:7:7½. In 1727, the interest of the greater part of the public debts was still further reduced to four per cent.; and, in 1753 and 1757, to three and a-half, and three per cent., which reductions still further augmented the sinking fund.

A sinking fund, though instituted for the payment of old, facilitates very much the contracting of new debts. It is a subsidiary fund, always at hand, to be mortgaged in aid of any other doubtful fund, upon which money is proposed to be raised in any exigency of the state. Whether the sinking fund of Great Britain has been more frequently applied to the one or to other of those two purposes, will sufficiently appear by and by.

Besides those two methods of borrowing, by anticipations and

by a perpetual funding, there are two other methods, which hold a sort of middle place between them; these are, that of borrowing upon annuities for terms of years, and that of borrowing upon annuities for lives.

During the reigns of king William and queen Anne, large sums were frequently borrowed upon annuities for terms of years, which were sometimes longer and sometimes shorter. In 1695, an act was passed for borrowing one million upon an annuity of fourteen per cent., or £140,000 a-year, for sixteen years. In 1691, an act was passed for borrowing a million upon annuities for lives, upon terms which, in the present times, would appear very advantageous; but the subscription was not filled up. In the following year, the deficiency was made good, by borrowing upon annuities for lives, at fourteen per cent. or a little more than seven years purchase. In 1695, the persons who had purchased those annuities were allowed to exchange them for others of ninety-six years, upon paying into the exchequer sixty-three pounds in the hundred; that is, the difference between fourteen per cent. for life, and fourteen per cent. for ninety-six years, was sold for sixty-three pounds, or for four and a-half years purchase. Such was the supposed instability of government, that even these terms procured few purchasers. In the reign of queen Anne, money was, upon different occasions, borrowed both upon annuities for lives, and

upon annuities for terms of thirty-two, of eighty-nine, of ninety-eight, and of ninety-nine years. In 1719, the proprietors of the annuities for thirty-two years were induced to accept, in lieu of them, South-sea stock to the amount of eleven and a-half years purchase of the annuities, together with an additional quantity of stock, equal to the arrears which happened then to be due upon them. In 1720, the greater part of the other annuities for terms of years, both long and short, were subscribed into the same fund. The long annuities, at that time, amounted to £666,821: 8:3½ a-year. On the 5th of January 1775, the remainder of them, or what was not subscribed at that time, amounted only to £136,453:12:8d.

During the two wars which began in 1739 and in 1755, little money was borrowed, either upon annuities for terms of years, or upon those for lives. An annuity for ninety-eight or ninety-nine years, however, is worth nearly as much as a perpetuity, and should therefore, one might think, be a fund for borrowing nearly as much. But those who, in order to make family settlements, and to provide for remote futurity, buy into the public stocks, would not care to purchase into one of which the value was continually diminishing; and such people make a very considerable proportion, both of the proprietors and purchasers of stock. An annuity for a long term of years, therefore, though its intrinsic value may be very nearly the same with that of a perpetual annuity, will not find

nearly the same number of purchasers. The subscribers to a new loan, who mean generally to sell their subscription as soon as possible, prefer greatly a perpetual annuity, redeemable by parliament, to an irredeemable annuity, for a long term of years, of only equal amount. The value of the former may be supposed always the same, or very nearly the same; and it makes, therefore, a more convenient transferable stock than the latter.

During the two last-mentioned wars, annuities, either for terms of years or for lives, were seldom granted, but as premiums to the subscribers of a new loan, over and above the redeemable annuity or interest, upon the credit of which the loan was supposed to be made. They were granted, not as the proper fund upon which the money was borrowed, but as an additional encouragement to the lender.

Annuities for lives have occasionally been granted in two different ways; either upon separate lives, or upon lots of lives, which, in French, are called tontines, from the name of their inventor. When annuities are granted upon separate lives, the death of every individual annuitant disburdens the public revenue, so far as it was affected by his annuity. When annuities are granted upon tontines, the liberation of the public revenue does not commence till the death of all the annuitants comprehended in one lot, which may sometimes consist of twenty or thirty persons, of whom the survivors succeed to the annuities of all those who die before them;

the last survivor succeeding to the annuities of the whole lot. Upon the same revenue, more money can always be raised by tontines than by annuities for separate lives. An annuity, with a right of survivorship, is really worth more than an equal annuity for a separate life; and, from the confidence which every man naturally has in his own good fortune, the principle upon which is founded the success of all lotteries, such an annuity generally sells for something more than it is worth. In countries where it is usual for government to raise money by granting annuities, tontines are, upon this account, generally preferred to annuities for separate lives. The expedient which will raise most money, is almost always preferred to that which is likely to bring about, in the speediest manner, the liberation of the public revenue.

In France, a much greater proportion of the public debts consists in annuities for lives than in England. According to a memoir presented by the parliament of Bourdeaux to the king, in 1764, the whole public debt of France is estimated at twenty-four hundred millions of livres; of which the capital, for which annuities for lives had been granted, is supposed to amount to three hundred millions, the eighth part of the whole public debt. The annuities themselves are computed to amount to thirty millions a-year, the fourth part of one hundred and twenty millions, the supposed interest of that whole debt. These estimations, I know very well,

are not exact; but having been presented by so very respectable a body as approximations to the truth, they may, I apprehend, be considered as such. It is not the different degrees of anxiety in the two governments of France and England for the liberation of the public revenue, which occasions this difference in their respective modes of borrowing; it arises altogether from the different views and interests of the lenders.

In England, the seat of government being in the greatest mercantile city in the world, the merchants are generally the people who advance money to government. By advancing it, they do not mean to diminish, but, on the contrary, to increase their mercantile capitals; and unless they expected to sell, with some profit, their share in the subscription for a new loan, they never would subscribe. But if, by advancing their money, they were to purchase, instead of perpetual annuities, annuities for lives only, whether their own or those of other people, they would not always be so likely to sell them with a profit. Annuities upon their own lives they would always sell with loss; because no man will give for an annuity upon the life of another, whose age and state of health are nearly the same with his own, the same price which he would give for one upon his own. An annuity upon the life of a third person, indeed, is, no doubt, of equal value to the buyer and the seller; but its real value begins to diminish from the mo-

ment it is granted, and continues to do so, more and more, as long as it subsists. It can never, therefore, make so convenient a transferable stock as a perpetual annuity, of which the real value may be supposed always the same, or very nearly the same.

In France, the seat of government not being in a great mercantile city, merchants do not make so great a proportion of the people who advance money to government. The people concerned in the finances, the farmers-general, the receivers of the taxes which are not in farm, the court-bankers, etc. make the greater part of those who advance their money in all public exigencies. Such people are commonly men of mean birth, but of great wealth, and frequently of great pride. They are too proud to marry their equals, and women of quality disdain to marry them. They frequently resolve, therefore, to live bachelors; and having neither any families of their own, nor much regard for those of their relations, whom they are not always very fond of acknowledging, they desire only to live in splendour during their own time, and are not unwilling that their fortune should end with themselves. The number of rich people, besides, who are either averse to marry, or whose condition of life renders it either improper or inconvenient for them to do so, is much greater in France than in England. To such people, who have little or no care for posterity, nothing can be more convenient than to exchange their capital for a revenue, which is to last

just as long, and no longer, than they wish it to do.

The ordinary expense of the greater part of modern governments, in time of peace, being equal, or nearly equal, to their ordinary revenue, when war comes, they are both unwilling and unable to increase their revenue in proportion to the increase of their expense. They are unwilling, for fear of offending the people, who, by so great and so sudden an increase of taxes, would soon be disgusted with the war; and they are unable, from not well knowing what taxes would be sufficient to produce the revenue wanted. The facility of borrowing delivers them from the embarrassment which this fear and inability would otherwise occasion. By means of borrowing, they are enabled, with a very moderate increase of taxes, to raise, from year to year, money sufficient for carrying on the war; and by the practice of perpetual funding, they are enabled, with the smallest possible increase of taxes, to raise annually the largest possible sum of money. In great empires, the people who live in the capital, and in the provinces remote from the scene of action, feel, many of them, scarce any inconveniency from the war, but enjoy, at their ease, the amusement of reading in the newspapers the exploits of their own fleets and armies. To them this amusement compensates the small difference between the taxes which they pay on account of the war, and those which they had been accustomed to pay in time of peace. They are commonly

dissatisfied with the return of peace, which puts an end to their amusement, and to a thousand visionary hopes of conquest and national glory, from a longer continuance of the war.

The return of peace, indeed, seldom relieves them from the greater part of the taxes imposed during the war. These are mortgaged for the interest of the debt contracted, in order to carry it on. If, over and above paying the interest of this debt, and defraying the ordinary expense of government, the old revenue, together with the new taxes, produce some surplus revenue, it may, perhaps, be converted into a sinking fund for paying off the debt. But, in the first place, this sinking fund, even supposing it should be applied to no other purpose, is generally altogether inadequate for paying, in the course of any period during which it can reasonably be expected that peace should continue, the whole debt contracted during the war; and, in the second place, this fund is almost always applied to other purposes.

The new taxes were imposed for the sole purpose of paying the interest of the money borrowed upon them. If they produce more, it is generally something which was neither intended nor expected, and is, therefore, seldom very considerable. Sinking funds have generally arisen, not so much from any surplus of the taxes which was over and above what was necessary for paying the interest or annuity originally charged upon them, as from a subsequent re-

duction of that interest; that of Holland in 1655, and that of the ecclesiastical state in 1685, were both formed in this manner. Hence the usual insufficiency of such funds.

During the most profound peace, various events occur, which require an extraordinary expense; and government finds it always more convenient to defray this expense by misapplying the sinking fund, than by imposing a new tax. Every new tax is immediately felt more or less by the people. It occasions always some murmur, and meets with some opposition. The more taxes may have been multiplied, the higher they may have been raised upon every different subject of taxation; the more loudly the people complain of every new tax, the more difficult it becomes, too, either to find out new subjects of taxation, or to raise much higher the taxes already imposed upon the old. A momentary suspension of the payment of debt is not immediately felt by the people, and occasions neither murmur nor complaint. To borrow of the sinking fund is always an obvious and easy expedient for getting out of the present difficulty. The more the public debts may have been accumulated, the more necessary it may have become to study to reduce them; the more dangerous, the more ruinous it may be to misapply any part of the sinking fund; the less likely is the public debt to be reduced to any considerable degree, the more likely, the more certainly, is the sinking fund to be misapplied towards de-

fraying all the extraordinary expenses which occur in time of peace. When a nation is already overburdened with taxes, nothing but the necessities of a new war, nothing but either the animosity of national vengeance, or the anxiety for national security, can induce the people to submit, with tolerable patience, to a new tax. Hence the usual misapplication of the sinking fund.

In Great Britain, from the time that we had first recourse to the ruinous expedient of perpetual funding, the reduction of the public debt, in time of peace, has never borne any proportion to its accumulation in time of war. It was in the war which began in 1668, and was concluded by the treaty of Ryswick, in 1697, that the foundation of the present enormous debt of Great Britain was first laid.

On the 31st of December 1697, the public debts of Great Britain, funded and unfunded, amounted to £21,515,742:13:8½. A great part of those debts had been contracted upon short anticipations, and some part upon annuities for lives; so that, before the 31st of December 1701, in less than four years, there had partly been paid off; and partly reverted to the public, the sum of £5,121,041:12:0¾d; a greater reduction of the public debt than has ever since been brought about in so short a period of time. The remaining debt, therefore, amounted only to £16,394,701:1:7¼d.

In the war which began in 1702, and which was concluded by the treaty of Utrecht, the public debts were still more accumulated. On the 31st of December 1714, they amounted to £53,681,076:5:6½. The subscription into the South-sea fund, of the short and long annuities, increased the capital of the public debt; so that, on the 31st of December 1722, it amounted to £55,282,978:1:3 5/6. The reduction of the debt began in 1723, and went on so slowly, that, on the 31st of December 1739, during seventeen years-of profound peace, the whole sum paid off was no more than £8,328,554:17:11 3/12, the capital of the public debt, at that time, amounting to £46,954,623:3:4 7/12.

The Spanish war, which began in 1739, and the French war which soon followed it, occasioned a further increase of the debt, which, on the 31st of December 1748, after the war had been concluded by the treaty of Aix-la-Chapelle, amounted to £78,293,313:1:10¾. The most profound peace, of 17 years continuance, had taken no more than £8,328,354, 17:11¼ from it. A war, of less than nine years continuance, added £31,338,689:18: 6 1/6 to it. {See James Postlethwaite's History of the Public Revenue.}

During the administration of Mr. Pelham, the interest of the public debt was reduced, or at least measures were taken for reducing it, from four to three per cent.; the sinking fund was increased, and some part of the public debt was paid off. In 1755,

before the breaking out of the late war, the funded debt of Great Britain amounted to £72,289,675. On the 5th of January 1763, at the conclusion of the peace, the funded debt amounted debt to £122,603,336:8:2¼. The unfunded debt has been stated at £13,927,589:2:2. But the expense occasioned by the war did not end with the conclusion of the peace; so that, though on the 5th of January 1764, the funded debt was increased (partly by a new loan, and partly by funding a part of the unfunded debt) to £129,586,789:10:1¾, there still remained (according to the very well informed author of *Considerations on the Trade and Finances of Great Britain*) an unfunded debt, which was brought to account in that and the following year, of £9,975,017: 12:2 15/44d. In 1764, therefore, the public debt of Great Britain, funded and unfunded together, amounted, according to this author, to £139,561,807:2:4. The annuities for lives, too, which had been granted as premiums to the subscribers to the new loans in 1757, estimated at fourteen years purchase, were valued at £472,500; and the annuities for long terms of years, granted as premiums likewise, in 1761 and 1762, estimated at twenty-seven and a-half years purchase, were valued at £6,826,875. During a peace of about seven years continuance, the prudent and truly patriotic administration of Mr. Pelham was not able to pay off an old debt of six millions. During a war of nearly the same continuance, a new

debt of more than seventy-five millions was contracted.

On the 5th of January 1775, the funded debt of Great Britain amounted to £124,996,086, 1:6¼d. The unfunded, exclusive of a large civil-list debt, to £4,150,236:3:11 7/8. Both together, to £129,146,322:5:6. According to this account, the whole debt paid off, during eleven years of profound peace, amounted only to £10,415,476:16:9 7/8. Even this small reduction of debt, however, has not been all made from the savings out of the ordinary revenue of the state. Several extraneous sums, altogether independent of that ordinary revenue, have contributed towards it. Amongst these we may reckon an additional shilling in the pound land tax, for three years; the two millions received from the East-India company, as indemnification for their territorial acquisitions; and the one hundred and ten thousand pounds received from the bank for the renewal of their charter. To these must be added several other sums, which, as they arose out of the late war, ought perhaps to be considered as deductions from the expenses of it. The principal are,

The produce of French prizes	£690,449: 18: 9	Com-
position for French prisoners	670,000: 0: 0	

What has been received from the sale of the ceded islands
 95,500: 0: 0

Total,£1,455,949: 18: 9

If we add to this sum the balance of the earl of Chatham's and Mr. Calcraft's accounts, and other army savings of the same kind, together with what has been received from the bank, the East-India company, and the additional shilling in the pound land tax, the whole must be a good deal more than five millions. The debt, therefore, which, since the peace, has been paid out of the savings from the ordinary revenue of the state, has not, one year with another, amounted to half a million a-year. The sinking fund has, no doubt, been considerably augmented since the peace, by the debt which had been paid off, by the reduction of the redeemable four per cents to three per cents, and by the annuities for lives which have fallen in; and, if peace were to continue, a million, perhaps, might now be annually spared out of it towards the discharge of the debt. Another million, accordingly, was paid in the course of last year; but at the same time, a large civil-list debt was left unpaid, and we are now involved in a new war, which, in its progress, may prove as expensive as any of our former wars. {It has proved more expensive than any one of our former wars, and has

involved us in an additional debt of more than one hundred millions. During a profound peace of eleven years, little more than ten millions of debt was paid; during a war of seven years, more than one hundred millions was contracted.} The new debt which will probably be contracted before the end of the next campaign, may, perhaps, be nearly equal to all the old debt which has been paid off from the savings out of the ordinary revenue of the state. It would be altogether chimerical, therefore, to expect that the public debt should ever be completely discharged, by any savings which are likely to be made from that ordinary revenue as it stands at present.

The public funds of the different indebted nations of Europe, particularly those of England, have, by one author, been represented as the accumulation of a great capital, superadded to the other capital of the country, by means of which its trade is extended, its manufactures are multiplied, and its lands cultivated and improved, much beyond what they could have been by means of that other capital only. He does not consider that the capital which the first creditors of the public advanced to government, was, from the moment in which he advanced it, a certain portion of the annual produce, turned away from serving in the function of a capital, to serve in that of a revenue; from maintaining productive labourers, to maintain unproductive ones, and to be spent

and wasted, generally in the course of the year, without even the hope of any future reproduction. In return for the capital which they advanced, they obtained, indeed, an annuity of the public funds, in most cases, of more than equal value. This annuity, no doubt, replaced to them their capital, and enabled them to carry on their trade and business to the same, or, perhaps, to a greater extent than before; that is, they were enabled, either to borrow of other people a new capital, upon the credit of this annuity or, by selling it, to get from other people a new capital of their own, equal, or superior, to that which they had advanced to government. This new capital, however, which they in this manner either bought or borrowed of other people, must have existed in the country before, and must have been employed, as all capitals are, in maintaining productive labour. When it came into the hands of those who had advanced their money to government, though it was, in some respects, a new capital to them, it was not so to the country, but was only a capital withdrawn from certain employments, in order to be turned towards others. Though it replaced to them what they had advanced to government, it did not replace it to the country. Had they not advanced this capital to government, there would have been in the country two capitals, two portions of the annual produce, instead of one, employed in maintaining productive labour.

When, for defraying the expense of government, a revenue is raised within the year, from the produce of free or unmortgaged taxes, a certain portion of the revenue of private people is only turned away from maintaining one species of unproductive labour, towards maintaining another. Some part of what they pay in those taxes, might, no doubt, have been accumulated into capital, and consequently employed in maintaining productive labour; but the greater part would probably have been spent, and consequently employed in maintaining unproductive labour. The public expense, however, when defrayed in this manner, no doubt hinders, more or less, the further accumulation of new capital; but it does not necessarily occasion the destruction of any actually-existing capital.

When the public expense is defrayed by funding, it is defrayed by the annual destruction of some capital which had before existed in the country; by the perversion of some portion of the annual produce which had before been destined for the maintenance of productive labour, towards that of unproductive labour. As in this case, however, the taxes are lighter than they would have been, had a revenue sufficient for defraying the same expense been raised within the year; the private revenue of individuals is necessarily less burdened, and consequently their ability to save and accumulate some part of that revenue into capital, is a good deal less impaired. If the method of funding destroys more old capital,

it, at the same time, hinders less the accumulation or acquisition of new capital, than that of defraying the public expense by a revenue raised within the year. Under the system of funding, the frugality and industry of private people can more easily repair the breaches which the waste and extravagance of government may occasionally make in the general capital of the society.

It is only during the continuance of war, however, that the system of funding has this advantage over the other system. Were the expense of war to be defrayed always by a revenue raised within the year, the taxes from which that extraordinary revenue was drawn would last no longer than the war. The ability of private people to accumulate, though less during the war, would have been greater during the peace, than under the system of funding. War would not necessarily have occasioned the destruction of any old capitals, and peace would have occasioned the accumulation of many more new. Wars would, in general, be more speedily concluded, and less wantonly undertaken. The people feeling, during continuance of war, the complete burden of it, would soon grow weary of it; and government, in order to humour them, would not be under the necessity of carrying it on longer than it was necessary to do so. The foresight of the heavy and unavoidable burdens of war would hinder the people from wantonly calling for it when there was no real or solid interest to fight for. The seasons during

which the ability of private people to accumulate was somewhat impaired, would occur more rarely, and be of shorter continuance. Those, on the contrary, during which that ability was in the highest vigour would be of much longer duration than they can well be under the system of funding.

When funding, besides, has made a certain progress, the multiplication of taxes which it brings along with it, sometimes impairs as much the ability of private people to accumulate, even in time of peace, as the other system would in time of war. The peace revenue of Great Britain amounts at present to more than ten millions a-year. If free and unmortgaged, it might be sufficient, with proper management, and without contracting a shilling of new debt, to carry on the most vigorous war. The private revenue of the inhabitants of Great Britain is at present as much incumbered in time of peace, their ability to accumulate is as much impaired, as it would have been in the time of the most expensive war, had the pernicious system of funding never been adopted.

In the payment of the interest of the public debt, it has been said, it is the right hand which pays the left. The money does not go out of the country. It is only a part of the revenue of one set of the inhabitants which is transferred to another; and the nation is not a farthing the poorer. This apology is founded altogether in the sophistry of the mercantile system; and, after the long exami-

nation which I have already bestowed upon that system, it may, perhaps, be unnecessary to say anything further about it. It supposes, besides, that the whole public debt is owing to the inhabitants of the country, which happens not to be true; the Dutch, as well as several other foreign nations, having a very considerable share in our public funds. But though the whole debt were owing to the inhabitants of the country, it would not, upon that account, be less pernicious.

Land and capital stock are the two original sources of all revenue, both private and public. Capital stock pays the wages of productive labour, whether employed in agriculture, manufactures, or commerce. The management of those two original sources of revenue belongs to two different sets of people; the proprietors of land, and the owners or employers of capital stock.

The proprietor of land is interested, for the sake of his own revenue, to keep his estate in as good condition as he can, by building and repairing his tenants houses, by making and maintaining the necessary drains and inclosures, and all those other expensive improvements which it properly belongs to the landlord to make and maintain. But, by different land taxes, the revenue of the landlord may be so much diminished, and, by different duties upon the necessities and conveniencies of life, that diminished revenue may be rendered of so little real value, that he

may find himself altogether unable to make or maintain those expensive improvements. When the landlord, however, ceases to do his part, it is altogether impossible that the tenant should continue to do his. As the distress of the landlord increases, the agriculture of the country must necessarily decline.

When, by different taxes upon the necessities and conveniencies of life, the owners and employers of capital stock find, that whatever revenue they derive from it, will not, in a particular country, purchase the same quantity of those necessities and conveniencies which an equal revenue would in almost any other, they will be disposed to remove to some other. And when, in order to raise those taxes, all or the greater part of merchants and manufacturers, that is, all or the greater part of the employers of great capitals, come to be continually exposed to the mortifying and vexatious visits of the tax-gatherers, this disposition to remove will soon be changed into an actual removing. The industry of the country will necessarily fall with the removal of the capital which supported it, and the ruin of trade and manufactures will follow the declension of agriculture.

To transfer from the owners of those two great sources of revenue, land, and capital stock, from the persons immediately interested in the good condition of every particular portion of land, and in the good management of every particular portion of capi-

tal stock, to another set of persons (the creditors of the public, who have no such particular interest), the greater part of the revenue arising from either, must, in the long-run, occasion both the neglect of land, and the waste or removal of capital stock. A creditor of the public has, no doubt, a general interest in the prosperity of the agriculture, manufactures, and commerce of the country; and consequently in the good condition of its land, and in the good management of its capital stock. Should there be any general failure or declension in any of these things, the produce of the different taxes might no longer be sufficient to pay him the annuity or interest which is due to him. But a creditor of the public, considered merely as such, has no interest in the good condition of any particular portion of land, or in the good management of any particular portion of capital stock. As a creditor of the public, he has no knowledge of any such particular portion. He has no inspection of it. He can have no care about it. Its ruin may in some cases be unknown to him, and cannot directly affect him.

The practice of funding has gradually enfeebled every state which has adopted it. The Italian republics seem to have begun it. Genoa and Venice, the only two remaining which can pretend to an independent existence, have both been enfeebled by it. Spain seems to have learned the practice from the Italian republics, and (its taxes being probably less judicious than theirs) it has, in propor-

tion to its natural strength, been still more enfeebled. The debts of Spain are of very old standing. It was deeply in debt before the end of the sixteenth century, about a hundred years before England owed a shilling. France, notwithstanding all its natural resources, languishes under an oppressive load of the same kind. The republic of the United Provinces is as much enfeebled by its debts as either Genoa or Venice. Is it likely that, in Great Britain alone, a practice, which has brought either weakness or dissolution into every other country, should prove altogether innocent?

The system of taxation established in those different countries, it may be said, is inferior to that of England. I believe it is so. But it ought to be remembered, that when the wisest government has exhausted all the proper subjects of taxation, it must, in cases of urgent necessity, have recourse to improper ones. The wise republic of Holland has, upon some occasions, been obliged to have recourse to taxes as inconvenient as the greater part of those of Spain. Another war, begun before any considerable liberation of the public revenue had been brought about, and growing in its progress as expensive as the last war, may, from irresistible necessity, render the British system of taxation as oppressive as that of Holland, or even as that of Spain. To the honour of our present system of taxation, indeed, it has hitherto given so little embarrassment to industry, that, during the course even of the most

expensive wars, the frugality and good conduct of individuals seem to have been able, by saving and accumulation, to repair all the breaches which the waste and extravagance of government had made in the general capital of the society. At the conclusion of the late war, the most expensive that Great Britain ever waged, her agriculture was as flourishing, her manufacturers as numerous and as fully employed, and her commerce as extensive, as they had ever been before. The capital, therefore, which supported all those different branches of industry, must have been equal to what it had ever been before. Since the peace, agriculture has been still further improved; the rents of houses have risen in every town and village of the country, a proof of the increasing wealth and revenue of the people; and the annual amount of the greater part of the old taxes, of the principal branches of the excise and customs, in particular, has been continually increasing, an equally clear proof of an increasing consumption, and consequently of an increasing produce, which could alone support that consumption. Great Britain seems to support with ease, a burden which, half a century ago, nobody believed her capable of supporting. Let us not, however, upon this account, rashly conclude that she is capable of supporting any burden; nor even be too confident that she could support, without great distress, a burden a little greater than what has already been laid upon her.

When national debts have once been accumulated to a certain degree, there is scarce, I believe, a single instance of their having been fairly and completely paid. The liberation of the public revenue, if it has ever been brought about at all, has always been brought about by a bankruptcy; sometimes by an avowed one, though frequently by a pretended payment.

The raising of the denomination of the coin has been the most usual expedient by which a real public bankruptcy has been disguised under the appearance of a pretended payment. If a sixpence, for example, should, either by act of parliament or royal proclamation, be raised to the denomination of a shilling, and twenty sixpences to that of a pound sterling; the person who, under the old denomination, had borrowed twenty shillings, or near four ounces of silver, would, under the new, pay with twenty sixpences, or with something less than two ounces. A national debt of about a hundred and twenty-eight millions, near the capital of the funded and unfunded debt of Great Britain, might, in this manner, be paid with about sixty-four millions of our present money. It would, indeed, be a pretended payment only, and the creditors of the public would really be defrauded of ten shillings in the pound of what was due to them. The calamity, too, would extend much further than to the creditors of the public, and those of every private person would suffer a proportionable loss; and

this without any advantage, but in most cases with a great additional loss, to the creditors of the public. If the creditors of the public, indeed, were generally much in debt to other people, they might in some measure compensate their loss by paying their creditors in the same coin in which the public had paid them. But in most countries, the creditors of the public are, the greater part of them, wealthy people, who stand more in the relation of creditors than in that of debtors, towards the rest of their fellow citizens. A pretended payment of this kind, therefore, instead of alleviating, aggravates, in most cases, the loss of the creditors of the public; and, without any advantage to the public, extends the calamity to a great number of other innocent people. It occasions a general and most pernicious subversion of the fortunes of private people; enriching, in most cases, the idle and profuse debtor, at the expense of the industrious and frugal creditor; and transporting a great part of the national capital from the hands which were likely to increase and improve it, to those who are likely to dissipate and destroy it. When it becomes necessary for a state to declare itself bankrupt, in the same manner as when it becomes necessary for an individual to do so, a fair, open, and avowed bankruptcy, is always the measure which is both least dishonourable to the debtor, and least hurtful to the creditor. The honour of a state is surely very poorly provided for, when, in order to cover the disgrace of a

real bankruptcy, it has recourse to a juggling trick of this kind, so easily seen through, and at the same time so extremely pernicious.

Almost all states, however, ancient as well as modern, when reduced to this necessity, have, upon some occasions, played this very juggling trick. The Romans, at the end of the first Punic war, reduced the As, the coin or denomination by which they computed the value of all their other coins, from containing twelve ounces of copper, to contain only two ounces; that is, they raised two ounces of copper to a denomination which had always before expressed the value of twelve ounces. The republic was, in this manner, enabled to pay the great debts which it had contracted with the sixth part of what it really owed. So sudden and so great a bankruptcy, we should in the present times be apt to imagine, must have occasioned a very violent popular clamour. It does not appear to have occasioned any. The law which enacted it was, like all other laws relating to the coin, introduced and carried through the assembly of the people by a tribune, and was probably a very popular law. In Rome, as in all other ancient republics, the poor people were constantly in debt to the rich and the great, who, in order to secure their votes at the annual elections, used to lend them money at exorbitant interest, which, being never paid, soon accumulated into a sum too great either for the debtor to pay, or for any body else to pay for him. The debtor, for fear of a very

severe execution, was obliged, without any further gratuity, to vote for the candidate whom the creditor recommended. In spite of all the laws against bribery and corruption, the bounty of the candidates, together with the occasional distributions of coin which were ordered by the senate, were the principal funds from which, during the latter times of the Roman republic, the poorer citizens derived their subsistence. To deliver themselves from this subjection to their creditors, the poorer citizens were continually calling out, either for an entire abolition of debts, or for what they called new tables; that is, for a law which should entitle them to a complete acquittance, upon paying only a certain proportion of their accumulated debts. The law which reduced the coin of all denominations to a sixth part of its former value, as it enabled them to pay their debts with a sixth part of what they really owed, was equivalent to the most advantageous new tables. In order to satisfy the people, the rich and the great were, upon several different occasions, obliged to consent to laws, both for abolishing debts, and for introducing new tables; and they probably were induced to consent to this law, partly for the same reason, and partly that, by liberating the public revenue, they might restore vigour to that government, of which they themselves had the principal direction. An operation of this kind would at once reduce a debt of £128,000,000 to £21,333,333:6:8. In the course of the second

Punic war, the As was still further reduced, first, from two ounces of copper to one ounce, and afterwards from one ounce to half an ounce; that is, to the twenty-fourth part of its original value. By combining the three Roman operations into one, a debt of a hundred and twenty-eight millions of our present money, might in this manner be reduced all at once to a debt of £5,333,333:6:8. Even the enormous debt of Great Britain might in this manner soon be paid.

By means of such expedients, the coin of, I believe, all nations, has been gradually reduced more and more below its original value, and the same nominal sum has been gradually brought to contain a smaller and a smaller quantity of silver.

Nations have sometimes, for the same purpose, adulterated the standard of their coin; that is, have mixed a greater quantity of alloy in it. If in the pound weight of our silver coin, for example, instead of eighteen penny-weight, according to the present standard, there were mixed eight ounces of alloy; a pound sterling, or twenty shillings of such coin, would be worth little more than six shillings and eightpence of our present money. The quantity of silver contained in six shillings and eightpence of our present money, would thus be raised very nearly to the denomination of a pound sterling. The adulteration of the standard has exactly the same effect with what the French call an augmentation, or a direct

raising of the denomination of the coin.

An augmentation, or a direct raising of the denomination of the coin, always is, and from its nature must be, an open and avowed operation. By means of it, pieces of a smaller weight and bulk are called by the same name, which had before been given to pieces of a greater weight and bulk. The adulteration of the standard, on the contrary, has generally been a concealed operation. By means of it, pieces are issued from the mint, of the same denomination, and, as nearly as could be contrived, of the same weight, bulk, and appearance, with pieces which had been current before of much greater value. When king John of France, {See Du Cange Glossary, voce Moneta; the Benedictine Edition.} in order to pay his debts, adulterated his coin, all the officers of his mint were sworn to secrecy. Both operations are unjust. But a simple augmentation is an injustice of open violence; whereas an adulteration is an injustice of treacherous fraud. This latter operation, therefore, as soon as it has been discovered, and it could never be concealed very long, has always excited much greater indignation than the former. The coin, after any considerable augmentation, has very seldom been brought back to its former weight; but after the greatest adulterations, it has almost always been brought back to its former fineness. It has scarce ever happened, that the fury and indignation of the people could otherwise be appeased.

In the end of the reign of Henry VIII., and in the beginning of that of Edward VI., the English coin was not only raised in its denomination, but adulterated in its standard. The like frauds were practised in Scotland during the minority of James VI. They have occasionally been practised in most other countries.

That the public revenue of Great Britain can never be completely liberated, or even that any considerable progress can ever be made towards that liberation, while the surplus of that revenue, or what is over and above defraying the annual expense of the peace establishment, is so very small, it seems altogether in vain to expect. That liberation, it is evident, can never be brought about, without either some very considerable augmentation of the public revenue, or some equally considerable reduction of the public expense.

A more equal land tax, a more equal tax upon the rent of houses, and such alterations in the present system of customs and excise as those which have been mentioned in the foregoing chapter, might, perhaps, without increasing the burden of the greater part of the people, but only distributing the weight of it more equally upon the whole, produce a considerable augmentation of revenue. The most sanguine projector, however, could scarce flatter himself, that any augmentation of this kind would be such as could give any reasonable hopes, either of liberating the public revenue altogether,

or even of making such progress towards that liberation in time of peace, as either to prevent or to compensate the further accumulation of the public debt in the next war.

By extending the British system of taxation to all the different provinces of the empire, inhabited by people either of British or European extraction, a much greater augmentation of revenue might be expected. This, however, could scarce, perhaps, be done, consistently with the principles of the British constitution, without admitting into the British parliament, or, if you will, into the states-general of the British empire, a fair and equal representation of all those different provinces; that of each province bearing the same proportion to the produce of its taxes, as the representation of Great Britain might bear to the produce of the taxes levied upon Great Britain. The private interest of many powerful individuals, the confirmed prejudices of great bodies of people, seem, indeed, at present, to oppose to so great a change, such obstacles as it may be very difficult, perhaps altogether impossible, to surmount. Without, however, pretending to determine whether such a union be practicable or impracticable, it may not, perhaps, be improper, in a speculative work of this kind, to consider how far the British system of taxation might be applicable to all the different provinces of the empire; what revenue might be expected from it, if so applied; and in what manner a general union of this kind

might be likely to affect the happiness and prosperity of the different provinces comprehended within it. Such a speculation, can, at worst, be regarded but as a new Utopia, less amusing, certainly, but no more useless and chimerical than the old one.

The land-tax, the stamp duties, and the different duties of customs and excise, constitute the four principal branches of the British taxes.

Ireland is certainly as able, and our American and West India plantations more able, to pay a land tax, than Great Britain. Where the landlord is subject neither to tythe nor poor's rate, he must certainly be more able to pay such a tax, than where he is subject to both those other burdens. The tythe, where there is no modus, and where it is levied in kind, diminishes more what would otherwise be the rent of the landlord, than a land tax which really amounted to five shillings in the pound. Such a tythe will be found, in most cases, to amount to more than a fourth part of the real rent of the land, or of what remains after replacing completely the capital of the farmer, together with his reasonable profit. If all moduses and all impropriations were taken away, the complete church tythe of Great Britain and Ireland could not well be estimated at less than six or seven millions. If there was no tythe either in Great Britain or Ireland, the landlords could afford to pay six or seven millions additional land tax, without being more burdened than a very great part

of them are at present. America pays no tythe, and could, therefore, very well afford to pay a land tax. The lands in America and the West Indies, indeed, are, in general, not tenanted nor leased out to farmers. They could not, therefore, be assessed according to any rent roll. But neither were the lands of Great Britain, in the 4th of William and Mary, assessed according to any rent roll, but according to a very loose and inaccurate estimation. The lands in America might be assessed either in the same manner, or according to an equitable valuation, in consequence of an accurate survey, like that which was lately made in the Milanese, and in the dominions of Austria, Prussia, and Sardinia.

Stamp duties, it is evident, might be levied without any variation, in all countries where the forms of law process, and the deeds by which property, both real and personal, is transferred, are the same, or nearly the same.

The extension of the custom-house laws of Great Britain to Ireland and the plantations, provided it was accompanied, as in justice it ought to be, with an extension of the freedom of trade, would be in the highest degree advantageous to both. All the invidious restraints which at present oppress the trade of Ireland, the distinction between the enumerated and non-enumerated commodities of America, would be entirely at an end. The countries north of Cape Finisterre would be as open to every part of the

produce of America, as those south of that cape are to some parts of that produce at present. The trade between all the different parts of the British empire would, in consequence of this uniformity in the custom-house laws, be as free as the coasting trade of Great Britain is at present. The British empire would thus afford, within itself, an immense internal market for every part of the produce of all its different provinces. So great an extension of market would soon compensate, both to Ireland and the plantations, all that they could suffer from the increase of the duties of customs.

The excise is the only part of the British system of taxation, which would require to be varied in any respect, according as it was applied to the different provinces of the empire. It might be applied to Ireland without any variation; the produce and consumption of that kingdom being exactly of the same nature with those of Great Britain. In its application to America and the West Indies, of which the produce and consumption are so very different from those of Great Britain, some modification might be necessary, in the same manner as in its application to the cyder and beer counties of England.

A fermented liquor, for example, which is called beer, but which, as it is made of molasses, bears very little resemblance to our beer, makes a considerable part of the common drink of the people in

America. This liquor, as it can be kept only for a few days, cannot, like our beer, be prepared and stored up for sale in great breweries; but every private family must brew it for their own use, in the same manner as they cook their victuals. But to subject every private family to the odious visits and examination of the tax-gatherers, in the same manner as we subject the keepers of ale-houses and the brewers for public sale, would be altogether inconsistent with liberty. If, for the sake of equality, it was thought necessary to lay a tax upon this liquor, it might be taxed by taxing the material of which it is made, either at the place of manufacture, or, if the circumstances of the trade rendered such an excise improper, by laying a duty upon its importation into the colony in which it was to be consumed. Besides the duty of one penny a-gallon imposed by the British parliament upon the importation of molasses into America, there is a provincial tax of this kind upon their importation into Massachusetts Bay, in ships belonging to any other colony, of eight-pence the hogshead; and another upon their importation from the northern colonies into South Carolina, of five-pence the gallon. Or, if neither of these methods was found convenient, each family might compound for its consumption of this liquor, either according to the number of persons of which it consisted, in the same manner as private families compound for the malt tax in England; or according to the different ages and sexes of those per-

sons, in the same manner as several different taxes are levied in Holland; or, nearly as Sir Matthew Decker proposes, that all taxes upon consumable commodities should be levied in England. This mode of taxation, it has already been observed, when applied to objects of a speedy consumption, is not a very convenient one. It might be adopted, however, in cases where no better could be done.

Sugar, rum, and tobacco, are commodities which are nowhere necessities of life, which are become objects of almost universal consumption, and which are, therefore, extremely proper subjects of taxation. If a union with the colonies were to take place, those commodities might be taxed, either before they go out of the hands of the manufacturer or grower; or, if this mode of taxation did not suit the circumstances of those persons, they might be deposited in public warehouses, both at the place of manufacture, and at all the different ports of the empire, to which they might afterwards be transported, to remain there, under the joint custody of the owner and the revenue officer, till such time as they should be delivered out, either to the consumer, to the merchant-retailer for home consumption, or to the merchant-exporter; the tax not to be advanced till such delivery. When delivered out for exportation, to go duty-free, upon proper security being given, that they should really be exported out of the empire. These are, perhaps, the principal commodities, with regard to which the union with

the colonies might require some considerable change in the present system of British taxation.

What might be the amount of the revenue which this system of taxation, extended to all the different provinces of the empire, might produce, it must, no doubt, be altogether impossible to ascertain with tolerable exactness. By means of this system, there is annually levied in Great Britain, upon less than eight millions of people, more than ten millions of revenue. Ireland contains more than two millions of people, and, according to the accounts laid before the congress, the twelve associated provinces of America contain more than three. Those accounts, however, may have been exaggerated, in order, perhaps, either to encourage their own people, or to intimidate those of this country; and we shall suppose, therefore, that our North American and West Indian colonies, taken together, contain no more than three millions; or that the whole British empire, in Europe and America, contains no more than thirteen millions of inhabitants. If, upon less than eight millions of inhabitants, this system of taxation raises a revenue of more than ten millions sterling; it ought, upon thirteen millions of inhabitants, to raise a revenue of more than sixteen millions two hundred and fifty thousand pounds sterling. From this revenue, supposing that this system could produce it, must be deducted the revenue usually raised in Ireland and the plantations,

for defraying the expense of the respective civil governments. The expense of the civil and military establishment of Ireland, together with the interest of the public debt, amounts, at a medium of the two years which ended March 1775, to something less than seven hundred and fifty thousand pounds a year. By a very exact account of the revenue of the principal colonies of America and the West Indies, it amounted, before the commencement of the present disturbances, to a hundred and forty-one thousand eight hundred pounds. In this account, however, the revenue of Maryland, of North Carolina, and of all our late acquisitions, both upon the continent, and in the islands, is omitted; which may, perhaps, make a difference of thirty or forty thousand pounds. For the sake of even numbers, therefore, let us suppose that the revenue necessary for supporting the civil government of Ireland and the plantations may amount to a million. There would remain, consequently, a revenue of fifteen millions two hundred and fifty thousand pounds, to be applied towards defraying the general expense of the empire, and towards paying the public debt. But if, from the present revenue of Great Britain, a million could, in peaceable times, be spared towards the payment of that debt, six millions two hundred and fifty thousand pounds could very well be spared from this improved revenue. This great sinking fund, too, might be augmented every year by the interest of the debt which had

been discharged the year before; and might, in this manner, increase so very rapidly, as to be sufficient in a few years to discharge the whole debt, and thus to restore completely the at-present debilitated and languishing vigour of the empire. In the meantime, the people might be relieved from some of the most burdensome taxes; from those which are imposed either upon the necessities of life, or upon the materials of manufacture. The labouring poor would thus be enabled to live better, to work cheaper, and to send their goods cheaper to market. The cheapness of their goods would increase the demand for them, and consequently for the labour of those who produced them. This increase in the demand for labour would both increase the numbers, and improve the circumstances of the labouring poor. Their consumption would increase, and, together with it, the revenue arising from all those articles of their consumption upon which the taxes might be allowed to remain.

The revenue arising from this system of taxation, however, might not immediately increase in proportion to the number of people who were subjected to it. Great indulgence would for some time be due to those provinces of the empire which were thus subjected to burdens to which they had not before been accustomed; and even when the same taxes came to be levied everywhere as exactly as possible, they would not everywhere produce a revenue proportioned to the numbers of the people. In a poor country, the con-

sumption of the principal commodities subject to the duties of customs and excise, is very small; and in a thinly inhabited country, the opportunities of smuggling are very great. The consumption of malt liquors among the inferior ranks of people in Scotland is very small; and the excise upon malt, beer, and ale, produces less there than in England, in proportion to the numbers of the people and the rate of the duties, which upon malt is different, on account of a supposed difference of quality. In these particular branches of the excise, there is not, I apprehend, much more smuggling in the one country than in the other. The duties upon the distillery, and the greater part of the duties of customs, in proportion to the numbers of people in the respective countries, produce less in Scotland than in England, not only on account of the smaller consumption of the taxed commodities, but of the much greater facility of smuggling. In Ireland, the inferior ranks of people are still poorer than in Scotland, and many parts of the country are almost as thinly inhabited. In Ireland, therefore, the consumption of the taxed commodities might, in proportion to the number of the people, be still less than in Scotland, and the facility of smuggling nearly the same. In America and the West Indies, the white people, even of the lowest rank, are in much better circumstances than those of the same rank in England; and their consumption of all the luxuries in which they usually indulge themselves, is prob-

ably much greater. The blacks, indeed, who make the greater part of the inhabitants, both of the southern colonies upon the continent and of the West India islands, as they are in a state of slavery, are, no doubt, in a worse condition than the poorest people either in Scotland or Ireland. We must not, however, upon that account, imagine that they are worse fed, or that their consumption of articles which might be subjected to moderate duties, is less than that even of the lower ranks of people in England. In order that they may work well, it is the interest of their master that they should be fed well, and kept in good heart, in the same manner as it is his interest that his working cattle should be so. The blacks, accordingly, have almost everywhere their allowance of rum, and of molasses or spruce-beer, in the same manner as the white servants; and this allowance would not probably be withdrawn, though those articles should be subjected to moderate duties. The consumption of the taxed commodities, therefore, in proportion to the number of inhabitants, would probably be as great in America and the West Indies as in any part of the British empire. The opportunities of smuggling, indeed, would be much greater; America, in proportion to the extent of the country, being much more thinly inhabited than either Scotland or Ireland. If the revenue, however, which is at present raised by the different duties upon malt and malt liquors, were to be levied by a single duty

upon malt, the opportunity of smuggling in the most important branch of the excise would be almost entirely taken away; and if the duties of customs, instead of being imposed upon almost all the different articles of importation, were confined to a few of the most general use and consumption, and if the levying of those duties were subjected to the excise laws, the opportunity of smuggling, though not so entirely taken away, would be very much diminished. In consequence of those two apparently very simple and easy alterations, the duties of customs and excise might probably produce a revenue as great, in proportion to the consumption of the most thinly inhabited province, as they do at present, in proportion to that of the most populous.

The Americans, it has been said, indeed, have no gold or silver money, the interior commerce of the country being carried on by a paper currency; and the gold and silver, which occasionally come among them, being all sent to Great Britain, in return for the commodities which they receive from us. But without gold and silver, it is added, there is no possibility of paying taxes. We already get all the gold and silver which they have. How is it possible to draw from them what they have not?

The present scarcity of gold and silver money in America, is not the effect of the poverty of that country, or of the inability of the people there to purchase those metals. In a country where the

wages of labour are so much higher, and the price of provisions so much lower than in England, the greater part of the people must surely have wherewithal to purchase a greater quantity, if it were either necessary or convenient for them to do so. The scarcity of those metals, therefore, must be the effect of choice, and not of necessity.

It is for transacting either domestic or foreign business, that gold or silver money is either necessary or convenient.

The domestic business of every country, it has been shewn in the second book of this Inquiry, may, at least in peaceable times, be transacted by means of a paper currency, with nearly the same degree of conveniency as by gold and silver money. It is convenient for the Americans, who could always employ with profit, in the improvement of their lands, a greater stock than they can easily get, to save as much as possible the expense of so costly an instrument of commerce as gold and silver; and rather to employ that part of their surplus produce which would be necessary for purchasing those metals, in purchasing the instruments of trade, the materials of clothing, several parts of household furniture, and the iron work necessary for building and extending their settlements and plantations; in purchasing not dead stock, but active and productive stock. The colony governments find it for their interest to supply the people with such a quantity of paper money

as is fully sufficient, and generally more than sufficient, for transacting their domestic business. Some of those governments, that of Pennsylvania, particularly, derive a revenue from lending this paper money to their subjects, at an interest of so much per cent. Others, like that of Massachusetts Bay, advance, upon extraordinary emergencies, a paper money of this kind for defraying the public expense; and afterwards, when it suits the conveniency of the colony, redeem it at the depreciated value to which it gradually falls. In 1747, {See Hutchinson's History of Massachusetts Bay vol. ii. page 436 et seq.} that colony paid in this manner the greater part of its public debts, with the tenth part of the money for which its bills had been granted. It suits the conveniency of the planters, to save the expense of employing gold and silver money in their domestic transactions; and it suits the conveniency of the colony governments, to supply them with a medium, which, though attended with some very considerable disadvantages, enables them to save that expense. The redundancy of paper money necessarily banishes gold and silver from the domestic transactions of the colonies, for the same reason that it has banished those metals from the greater part of the domestic transactions in Scotland; and in both countries, it is not the poverty, but the enterprising and projecting spirit of the people, their desire of employing all the stock which they can get, as active and produc-

tive stock, which has occasioned this redundancy of paper money.

In the exterior commerce which the different colonies carry on with Great Britain, gold and silver are more or less employed, exactly in proportion as they are more or less necessary. Where those metals are not necessary, they seldom appear. Where they are necessary, they are generally found.

In the commerce between Great Britain and the tobacco colonies, the British goods are generally advanced to the colonists at a pretty long credit, and are afterwards paid for in tobacco, rated at a certain price. It is more convenient for the colonists to pay in tobacco than in gold and silver. It would be more convenient for any merchant to pay for the goods which his correspondents had sold to him, in some other sort of goods which he might happen to deal in, than in money. Such a merchant would have no occasion to keep any part of his stock by him unemployed, and in ready money, for answering occasional demands. He could have, at all times, a larger quantity of goods in his shop or warehouse, and he could deal to a greater extent. But it seldom happens to be convenient for all the correspondents of a merchant to receive payment for the goods which they sell to him, in goods of some other kind which he happens to deal in. The British merchants who trade to Virginia and Maryland, happen to be a particular set of correspondents, to whom it is more convenient to receive pay-

ment for the goods which they sell to those colonies in tobacco, than in gold and silver. They expect to make a profit by the sale of the tobacco; they could make none by that of the gold and silver. Gold and silver, therefore, very seldom appear in the commerce between Great Britain and the tobacco colonies. Maryland and Virginia have as little occasion for those metals in their foreign, as in their domestic commerce. They are said, accordingly, to have less gold and silver money than any other colonies in America. They are reckoned, however, as thriving, and consequently as rich, as any of their neighbours.

In the northern colonies, Pennsylvania, New York, New Jersey, the four governments of New England, etc. the value of their own produce which they export to Great Britain is not equal to that of the manufactures which they import for their own use, and for that of some of the other colonies, to which they are the carriers. A balance, therefore, must be paid to the mother-country in gold and silver and this balance they generally find.

In the sugar colonies, the value of the produce annually exported to Great Britain is much greater than that of all the goods imported from thence. If the sugar and rum annually sent to the mother-country were paid for in those colonies, Great Britain would be obliged to send out, every year, a very large balance in money; and the trade to the West Indies would, by a certain spe-

cies of politicians, be considered as extremely disadvantageous. But it so happens, that many of the principal proprietors of the sugar plantations reside in Great Britain. Their rents are remitted to them in sugar and rum, the produce of their estates. The sugar and rum which the West India merchants purchase in those colonies upon their own account, are not equal in value to the goods which they annually sell there. A balance, therefore, must necessarily be paid to them in gold and silver, and this balance, too, is generally found.

The difficulty and irregularity of payment from the different colonies to Great Britain, have not been at all in proportion to the greatness or smallness of the balances which were respectively due from them. Payments have, in general, been more regular from the northern than from the tobacco colonies, though the former have generally paid a pretty large balance in money, while the latter have either paid no balance, or a much smaller one. The difficulty of getting payment from our different sugar colonies has been greater or less in proportion, not so much to the extent of the balances respectively due from them, as to the quantity of uncultivated land which they contained; that is, to the greater or smaller temptation which the planters have been under of overtrading, or of undertaking the settlement and plantation of greater quantities of waste land than suited the extent of their capitals.

The returns from the great island of Jamaica, where there is still much uncultivated land, have, upon this account, been, in general, more irregular and uncertain than those from the smaller islands of Barbadoes, Antigua, and St. Christopher's, which have, for these many years, been completely cultivated, and have, upon that account, afforded less field for the speculations of the planter. The new acquisitions of Grenada, Tobago, St. Vincent's, and Dominica, have opened a new field for speculations of this kind; and the returns from those islands have of late been as irregular and uncertain as those from the great island of Jamaica.

It is not, therefore, the poverty of the colonies which occasions, in the greater part of them, the present scarcity of gold and silver money. Their great demand for active and productive stock makes it convenient for them to have as little dead stock as possible, and disposes them, upon that account, to content themselves with a cheaper, though less commodious instrument of commerce, than gold and silver. They are thereby enabled to convert the value of that gold and silver into the instruments of trade, into the materials of clothing, into household furniture, and into the iron work necessary for building and extending their settlements and plantations. In those branches of business which cannot be transacted without gold and silver money, it appears, that they can always find the necessary quantity of those metals; and if they frequently

do not find it, their failure is generally the effect, not of their necessary poverty, but of their unnecessary and excessive enterprise. It is not because they are poor that their payments are irregular and uncertain, but because they are too eager to become excessively rich. Though all that part of the produce of the colony taxes, which was over and above what was necessary for defraying the expense of their own civil and military establishments, were to be remitted to Great Britain in gold and silver, the colonies have abundantly wherewithal to purchase the requisite quantity of those metals. They would in this case be obliged, indeed, to exchange a part of their surplus produce, with which they now purchase active and productive stock, for dead stock. In transacting their domestic business, they would be obliged to employ a costly, instead of a cheap instrument of commerce; and the expense of purchasing this costly instrument might damp somewhat the vivacity and ardour of their excessive enterprise in the improvement of land. It might not, however, be necessary to remit any part of the American revenue in gold and silver. It might be remitted in bills drawn upon, and accepted by, particular merchants or companies in Great Britain, to whom a part of the surplus produce of America had been consigned, who would pay into the treasury the American revenue in money, after having themselves received the value of it in goods; and the whole business might frequently be transacted

without exporting a single ounce of gold or silver from America.

It is not contrary to justice, that both Ireland and America should contribute towards the discharge of the public debt of Great Britain. That debt has been contracted in support of the government established by the Revolution; a government to which the protestants of Ireland owe, not only the whole authority which they at present enjoy in their own country, but every security which they possess for their liberty, their property, and their religion; a government to which several of the colonies of America owe their present charters, and consequently their present constitution; and to which all the colonies of America owe the liberty, security, and property, which they have ever since enjoyed. That public debt has been contracted in the defence, not of Great Britain alone, but of all the different provinces of the empire. The immense debt contracted in the late war in particular, and a great part of that contracted in the war before, were both properly contracted in defence of America.

By a union with Great Britain, Ireland would gain, besides the freedom of trade, other advantages much more important, and which would much more than compensate any increase of taxes that might accompany that union. By the union with England, the middling and inferior ranks of people in Scotland gained a complete deliverance from the power of an aristocracy, which had

always before oppressed them. By a union with Great Britain, the greater part of people of all ranks in Ireland would gain an equally complete deliverance from a much more oppressive aristocracy; an aristocracy not founded, like that of Scotland, in the natural and respectable distinctions of birth and fortune, but in the most odious of all distinctions, those of religious and political prejudices; distinctions which, more than any other, animate both the insolence of the oppressors, and the hatred and indignation of the oppressed, and which commonly render the inhabitants of the same country more hostile to one another than those of different countries ever are. Without a union with Great Britain, the inhabitants of Ireland are not likely, for many ages, to consider themselves as one people.

No oppressive aristocracy has ever prevailed in the colonies. Even they, however, would, in point of happiness and tranquillity, gain considerably by a union with Great Britain. It would, at least, deliver them from those rancorous and virulent factions which are inseparable from small democracies, and which have so frequently divided the affections of their people, and disturbed the tranquillity of their governments, in their form so nearly democratical. In the case of a total separation from Great Britain, which, unless prevented by a union of this kind, seems very likely to take place, those factions would be ten times more virulent than ever.

Before the commencement of the present disturbances, the coercive power of the mother-country had always been able to restrain those factions from breaking out into any thing worse than gross brutality and insult. If that coercive power were entirely taken away, they would probably soon break out into open violence and bloodshed. In all great countries which are united under one uniform government, the spirit of party commonly prevails less in the remote provinces than in the centre of the empire. The distance of those provinces from the capital, from the principal seat of the great scramble of faction and ambition, makes them enter less into the views of any of the contending parties, and renders them more indifferent and impartial spectators of the conduct of all. The spirit of party prevails less in Scotland than in England. In the case of a union, it would probably prevail less in Ireland than in Scotland; and the colonies would probably soon enjoy a degree of concord and unanimity, at present unknown in any part of the British empire. Both Ireland and the colonies, indeed, would be subjected to heavier taxes than any which they at present pay. In consequence, however, of a diligent and faithful application of the public revenue towards the discharge of the national debt, the greater part of those taxes might not be of long continuance, and the public revenue of Great Britain might soon be reduced to what was necessary for maintaining a moderate peace-establishment.

The territorial acquisitions of the East India Company, the undoubted right of the Crown, that is, of the state and people of Great Britain, might be rendered another source of revenue, more abundant, perhaps, than all those already mentioned. Those countries are represented as more fertile, more extensive, and, in proportion to their extent, much richer and more populous than Great Britain. In order to draw a great revenue from them, it would not probably be necessary to introduce any new system of taxation into countries which are already sufficiently, and more than sufficiently, taxed. It might, perhaps, be more proper to lighten than to aggravate the burden of those unfortunate countries, and to endeavour to draw a revenue from them, not by imposing new taxes, but by preventing the embezzlement and misapplication of the greater part of those which they already pay.

If it should be found impracticable for Great Britain to draw any considerable augmentation of revenue from any of the resources above mentioned, the only resource which can remain to her, is a diminution of her expense. In the mode of collecting and in that of expending the public revenue, though in both there may be still room for improvement, Great Britain seems to be at least as economical as any of her neighbours. The military establishment which she maintains for her own defence in time of peace, is more moderate than that of any European state, which can pre-

tend to rival her either in wealth or in power. None of these articles, therefore, seem to admit of any considerable reduction of expense. The expense of the peace-establishment of the colonies was, before the commencement of the present disturbances, very considerable, and is an expense which may, and, if no revenue can be drawn from them, ought certainly to be saved altogether. This constant expense in time of peace, though very great, is insignificant in comparison with what the defence of the colonies has cost us in time of war. The last war, which was undertaken altogether on account of the colonies, cost Great Britain, it has already been observed, upwards of ninety millions. The Spanish war of 1739 was principally undertaken on their account; in which, and in the French war that was the consequence of it, Great Britain, spent upwards of forty millions; a great part of which ought justly to be charged to the colonies. In those two wars, the colonies cost Great Britain much more than double the sum which the national debt amounted to before the commencement of the first of them. Had it not been for those wars, that debt might, and probably would by this time, have been completely paid; and had it not been for the colonies, the former of those wars might not, and the latter certainly would not, have been undertaken. It was because the colonies were supposed to be provinces of the British Empire, that this expense was laid out upon them. But countries which con-

tribute neither revenue nor military force towards the support of the empire, cannot be considered as provinces. They may, perhaps, be considered as appendages, as a sort of splendid and shewy equipage of the empire. But if the empire can no longer support the expense of keeping up this equipage, it ought certainly to lay it down; and if it cannot raise its revenue in proportion to its expense, it ought at least to accommodate its expense to its revenue. If the colonies, notwithstanding their refusal to submit to British taxes, are still to be considered as provinces of the British empire, their defence, in some future war, may cost Great Britain as great an expense as it ever has done in any former war. The rulers of Great Britain have, for more than a century past, amused the people with the imagination that they possessed a great empire on the west side of the Atlantic. This empire, however, has hitherto existed in imagination only. It has hitherto been, not an empire, but the project of an empire; not a gold mine, but the project of a gold mine; a project which has cost, which continues to cost, and which, if pursued in the same way as it has been hitherto, is likely to cost, immense expense, without being likely to bring any profit; for the effects of the monopoly of the colony trade, it has been shewn, are to the great body of the people, mere loss instead of profit. It is surely now time that our rulers should either realize this golden dream, in which they have been indulging themselves, perhaps, as

well as the people; or that they should awake from it themselves, and endeavour to awaken the people. If the project cannot be completed, it ought to be given up. If any of the provinces of the British empire cannot be made to contribute towards the support of the whole empire, it is surely time that Great Britain should free herself from the expense of defending those provinces in time of war, and of supporting any part of their civil or military establishment in time of peace; and endeavour to accommodate her future views and designs to the real mediocrity of her circumstances.

To return to the Electronic Classics Series, go to
<http://www.hn.psu.edu/faculty/jmanis/jimspdf.htm>

To return to the Adam Smith page, go to
<http://www.hn.psu.edu/faculty/jmanis/adamsmith.htm>